

PASO DE LOS TOROS
**UNA CÁRCEL
OLVIDADA**

Testimonios de ex presas políticas en el interior

Establecimiento Militar de Reclusión N°1 Femenino
de Paso de los Toros

Título: Una cárcel olvidada
1.^a ed.: octubre de 2018
2.^a ed.: noviembre de 2018
3.^a ed.: octubre de 2019
256 p.; 16 x 22 cm.

ISBN: 978-9974-49-946-1

© 2018, del autor
© 2018, Editorial Fin de Siglo
Convención 1537 - Tel/fax: 2908 8781
editorial@findesiglo.com.uy
www.findesiglo.com.uy

Queda hecho el depósito que ordena la ley.

Diseño de portada: ALEJANDRO MUNTZ
Diagramación y armado de interior: ELENA BOTELLA

*A las compañeras y los compañeros, los familiares,
los hijos y las hijas, los de antes y los de después;
los nuestros y los que sentimos como nuestros.*

*A todos los que iluminaron aquellos años
y estas páginas.*

Algunas consideraciones preliminares

Año 2016. El propósito es traer al presente, en unas pocas palabras, lo que fue escrito hace ya más de una década respecto a lo comenzado a vivir por algunas de las protagonistas hace 44 años atrás.

Quizás hoy fueran otros los textos que escribieran sus autoras para plasmar los hechos que protagonizaron. U otros los hechos que recordarían. Sabemos que la memoria es fuerte, persistente –tozuda dicen algunos–, pero también frágil, selectiva, cambiante, y siempre condicionada por el presente histórico y los momentos vivenciales de cada quien.

Las «fracturas de la memoria» dan cuenta de la multiplicidad de lo vivido-recordado y vuelto a vivir. A veces, en una sucesión caótica o en un orden seriado que no responde ni en un caso ni en otro a los cánones de una lógica previamente estructurada y/o sistematizada.

La demora en la aparición de este libro nos permite decir hoy que el 24 de octubre de 2015 se estableció una señal contra el olvido. Contra el olvido grande y el olvido chico. El olvido grande se ha venido venciendo con la colocación de las Marcas de la Memoria desde hace ya un buen tiempo. El olvido chico, el de esta historia que sus protagonistas mujeres nos presentan acá, tuvo el inicio de su derrota histórica con la colocación de la placa que identifica como cárcel y centro de tortura de la dictadura al Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino de Paso de los Toros.

Dicha colocación no solo posibilitó el encuentro-reencuentro de muchas protagonistas rodeadas por familiares, amigos y gente de Paso de los Toros, sino además una gran mesa redonda donde, más allá de cierta formalidad y, por qué no, de una solemnidad popular, primó un rico y fraternal intercambio de opiniones sobre el «de aquí en más». Eso es lo que queda por hacer.

Estos recuerdos-memoria, entonces, no solo nos trasladan a un tiempo pasado; a la vez nos posicionan en este presente. Ambos son nuestros, son de nuestra historia. Son Historia.

Oscar Buschiazzi Spinelli

Las reuniones del grupo de ex presas de Paso de los Toros

Elizabeth Hampsten

«Soldado, cuidado, las mujeres son las peores»

Los últimos sábados de cada mes, algunas de las mujeres que fueron presas políticas en Paso de los Toros en los años setenta se reúnen en la casa de una o de otra, por turno. Viven ahora en Montevideo, pero nacieron y pasaron los años pre-dictatoriales en el interior, en ciudades como Salto, Paysandú, Tacuarembó, y Treinta y Tres, en diversos pueblos o en el campo. Después de haber estado en el Centro de Reclusión Femenino N.º 1 de Paso de los Toros, cuyo nombre oficial era Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino, los militares las trasladaron al Centro de Reclusión Femenino N.º 2, la cárcel de Punta de Rieles. Ahora, más de veinte años después de su liberación, están en el segundo año de estas reuniones mensuales de sábados, donde obtienen una intimidad que dicen no sentir con ninguna otra persona. Todavía extrañan a sus compañeras de la cárcel, el poder decirle a una «cuéntame tu vida» y escucharla mejor que a cualquier pariente. Y el hecho de que hoy pertenezcan a diferentes grupos políticos (como ya ocurría dentro de la cárcel) causa pocos enfrentamientos.

Hablan de la comida asquerosa, del hacinamiento, de cuando dos o tres de ellas tenían a sus hijos consigo durante el día; hablan de compañeras enfermas, de las que ya murieron o se fueron del país, y de las que no ven, que no saben dónde están, que *desaparecieron* y de mil cosas más. En junio del 2006 una de ellas vino de visita desde Estocolmo y sigue mandando mensajes y saludos. A todas les parece extraño que a más de 20 años del final de la dictadura no se mencione a Paso de los Toros como cárcel de mujeres, ni que, por ejemplo, en el libro *El Norte profundo, Un viaje por Tacuarembó, Artigas, Rivera y Cerro Largo* de Carlos María Domínguez (Montevideo; Ediciones de Banda Oriental, 2004), que empieza con una descripción de Paso de los Toros, no se diga nada sobre el establecimiento de reclusión de prisioneras políticas en ese lugar.

Las reuniones en Montevideo de estas ex presas empezaron cuando tres del grupo, que asistían a un seminario sobre testimonios en la Facultad de Humanidades, tanto hablaban y comentaban sobre Paso de los Toros que se les propuso un proyecto sobre el tema. De allí surgieron las reuniones, además de las primeras semillas de este libro. El tema del seminario había sido «Del testimonio a la historia», con la idea de ver cómo y hasta dónde se puede arribar a un sentido histórico empezando con el testimonio, y completándolo con los métodos de análisis, comparación, y otras fuentes de datos con que se construye una historia. Ese es el enfoque que daremos a nuestro intento.

Paso de los Toros fue un lugar fundamental, con cinco cuarteles en la zona, en la estrategia de la dictadura. Es ahí, comenta una ex presa, donde encontraron el cráneo de Gomensoro y huesos que pudieran ser los de Elena Quinteros. Respondiendo a su propia pregunta de por qué juntaron allí a mujeres del interior, ella señaló el «oprobio» que era en el interior «que las mujeres se escaparan de los hombres» y se involucraran en la militancia. Para olvidar que había mujeres presas, las autoridades las metieron en un pueblo igualmente olvidado. Según el código no escrito de la gente que vive en el interior del país, las mujeres deben dedicarse únicamente a ser amas de casa, así como lo fueron sus abuelas.

La mujer que informó sobre la existencia de un cartel en el cuartel de Colonia —«Soldado cuidado, las mujeres son las peores»—, nos hace observar que abundan las evidencias sobre el miedo que les tenían sus captores, al punto de llegar a re-encarcelar a las «peligrosas», o preparar armados a los árboles sobre la ruta durante el traslado entre un centro de reclusión y el otro. ¿Era por vergüenza a su propio miedo que les escupían en los tachos de comida o las sometían a un hostigamiento sexual casi continuo? Esos hombres se enfrentaron a mujeres con más preparación que ellos, con caracteres decididos, ética y valores firmes, y poco sumisas, características que los soldados del interior poco conocían en las mujeres. El temor que evidenciaron los militares respecto a las mujeres presas es un tema que merece estudio.

Aunque esta investigación se propone aportar la mayor cantidad posible de datos acerca de las experiencias carcelarias en Paso de los Toros, el enfoque central se localiza en las vidas del presente de cada mujer, en el *después*. Así preguntamos: ¿Cuál fue su experiencia a la salida de la cárcel? ¿Qué les pasó con la educación, la salud, el trabajo,

la relación de pareja e hijos, si los tuvo? (o antes o después). En un trabajo basado mayormente en lo testimonial, o en lo que cuenta cada mujer, es obvio que los datos aportados van cambiando con los años, poco quizás en los hechos esenciales, pero sí algo en su concepción, en la reflexión. Entonces la pregunta no es tanto «¿Qué te pasó en Paso de los Toros?», sino: «¿Ahora quién piensas que sos, considerando la suma total de los años en que estuviste presa y los que has pasado desde entonces?». Queremos saber del *ahora* además del pasado reciente, mejor dicho, nos interesa el pasado visto desde el presente.^(*)

Elizabeth Hampsten

Nació en 1932. Es profesora –actualmente jubilada– de la Universidad de Dakota del Norte, EE.UU.

Historiadora y escritora, siempre se interesó por los temas de la paz y los derechos humanos.

En los años 60, en EE.UU., formó parte de los norteamericanos que participaron activamente en acciones contra la guerra y en favor de los derechos civiles.

Conoció nuestro país durante su infancia, junto a sus padres. Esos recuerdos la trajeron de regreso al Uruguay.

Es así que podemos encontrarla en una austera vivienda de Costa Azul. Se vincula solidariamente con sus vecinos, dando clases de inglés a quien le interese, también colabora con mujeres que tejen buzos en forma artesanal, y ayuda a que se organicen para comercializarlos.

Por los 90, cuando todavía el silencio ocultaba dolorosos relatos de la historia reciente, lleva adelante en nuestra Facultad de Humanidades un seminario, *Del testimonio a la historia*, revalorizando el testimonio oral. Esta experiencia se desarrolló durante varios años y fue el embrión de posteriores trabajos de investigación y memoria colectiva.



(*) Esta introducción fue escrita a principios del año 2002, en los inicios de este proyecto.

Contexto histórico

A mediados de los años cincuenta, el país se encontraba inmerso en la crisis de un modelo económico que había generado un importante desarrollo de la industria liviana para el mercado interno, pero cuyo proceso de crecimiento se había estancado. Ese desarrollo había generado un crecimiento de la población obrera industrial y de la población de Montevideo a través de la migración del interior del país a la capital. Pero los ingresos de la clase obrera comenzaban a deteriorarse y también las posibilidades de conseguir empleo.

Los años sesenta estuvieron marcados por la inflación, la especulación, la fuga de capitales, la disminución de las reservas de oro, el crecimiento de la banca privada, la reducción del papel del Banco República, la constante caída del salario real y el aumento del costo de vida, provocando descontento y movilización de los sectores sociales organizados. La crisis económica y financiera se hacía sentir en los trabajadores asalariados, en la clase media urbana y en los trabajadores rurales.

La crisis también era política, y moral. Se vivía un descreimiento en «los políticos» que votaban leyes en beneficio propio relacionadas, por ejemplo, con sus sueldos, jubilaciones, compra barata de autos y que practicaban el «clientelismo» para la obtención de votos.

Los gobiernos de los años sesenta –primero los dos colegiados del Partido Nacional con predominio del sector herrerista (1958-1966) y luego los gobiernos Colorados hasta el golpe de Estado de 1973– si bien tuvieron características diferentes, no lograron paliar la crisis. La liberalización de la economía y el dismantelamiento del Estado neobatllista serían parte de ese proceso. Ejemplo de ello fueron el abandono del intervencionismo estatal y el arbitraje como mecanismo de negociación, primero con la reforma cambiaria y monetaria de 1959 y luego con la no convocatoria a consejos de salarios a partir de 1968. El agravamiento de la crisis fue acompañado por el endeudamiento externo con el Fondo Monetario Internacional, una política interna y externa anticomunista, el alineamiento con el gobierno de Estados Unidos en el contexto de guerra fría y el abandono de prácticas democráticas en la

resolución de conflictos. Desde los años cincuenta, se fueron instalando las medidas prontas de seguridad por parte del poder Ejecutivo, en diversos momentos, para reprimir huelgas y manifestaciones obreras.

El gobierno de Pacheco Areco (1968-1971) se caracterizó por el acrecentamiento del autoritarismo y la violencia estatal, junto con los decretos que clausuraban diarios de izquierda, congelaban salarios y precios, prohibían el derecho a huelga, militarizaban a funcionarios públicos y privados, y suspendían actividades en la enseñanza.

En ese contexto las Fuerzas Armadas habían comenzado a cambiar su perfil. Ya desde los años cincuenta habían comenzado un proceso de politización, formándose en la Doctrina de la Seguridad Nacional, elaborada por el gobierno de los Estados Unidos, recibiendo entrenamiento y adoctrinamiento en la Escuela de las Américas de Panamá. Su intervención directa en la represión comenzó a partir de 1971, cuando el presidente Pacheco Areco les encomendó la represión de la guerrilla del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Este hecho, de intervención en asuntos internos del Estado, es un punto importante en la escalada de violencia represiva del Estado y en el cambio de sus funciones jurídicas. Durante los años sesenta actuaba la policía, avalada por las medidas prontas de seguridad, para reprimir manifestaciones, allanar locales políticos, sindicales y de prensa de izquierda. Las consecuencias de esta represión fueron los asesinatos de estudiantes y obreros desde 1968 en adelante, encarcelamiento y prácticas de tortura. En 1970 una comisión investigadora del Senado comprobó que la tortura era un hecho habitual en las comisarias. Pero, además de esta violencia practicada desde el Estado, existían, desde principios de los sesenta, grupos de ultraderecha que agredían y violentaban a estudiantes y obreros, reprimían y asesinaban a integrantes de organizaciones políticas de izquierda. En esta escalada de violencia, el año 1972 es el momento de apogeo de las agrupaciones de ultra derecha (JUP) y de grupos paramilitares como el escuadrón de la muerte y el Comandos Caza Tupamaros. A su vez es el año en el que se establecieron las Fuerzas Conjuntas para la represión y fue cuando el Poder Ejecutivo, con los votos del Parlamento (exceptuando los de los representantes del Frente Amplio) aprobó el «estado de guerra interno». Esta medida fue declarada inconstitucional por la Asamblea del Colegio de Abogados y fue sustituida por la Ley de Seguridad del Estado, que daba potestad al Poder Ejecutivo y las Fuerzas Armadas para impartir justicia.

Por otro lado, los años sesenta fueron una época de movilización estudiantil, social y política, de cuestionamiento al orden existente, en el que varios sectores de la sociedad comenzaron a buscar la posibilidad de un cambio revolucionario.

A nivel universitario, la década empezó con la aprobación de la Ley Orgánica de la universidad (1958), por la que se estableció la autonomía y el co-gobierno. A pesar de ello el movimiento estudiantil se continuó movilizándolo, junto al movimiento obrero, los gremios de estudiantes de secundaria, IPA y magisterio luchando por el presupuesto para la enseñanza, el boleto estudiantil y las reivindicaciones del movimiento sindical. Abrió la década, también, con la primera de cuatro marchas de los trabajadores de la caña de azúcar de Bella Unión mostrando a los montevideanos las condiciones de vida de sectores sociales rurales que no parecían pertenecer a la «Suiza de América».

Un punto de inflexión importante en esa movilización social organizada lo constituyó el año 1964 debido a la formación de la Convención Nacional de Trabajadores, que luego de varios intentos, lograba unificar al movimiento sindical, y la realización del Congreso del Pueblo, que elaboró un programa de reformas económicas, sociales y planteaba la posibilidad de que se produjera un golpe de Estado al cual había que enfrentar con la huelga y la ocupación de los lugares de trabajo.

En este período, los partidos políticos uruguayos sufrían divisiones internas. Dentro de los partidos Colorado y Nacional estas llevaron a la atomización en diversidad de sectores y, a principios de los setenta, a la separación de grupos que pasaron a integrar la coalición de izquierda Frente Amplio. Los partidos de izquierda, Socialista y Comunista, también sufrieron divisiones, lo que dio lugar a la formación de diferentes agrupaciones separadas de ellos. Por otra parte, estos partidos se enfrentaron con el dilema entre la lucha armada o la vía electoral para el cambio, lo que generó nuevas divisiones. De esta forma, unas agrupaciones participarán de la guerrilla y otras, como el Partido Comunista del Uruguay serán partidarias del camino electoral. Por último, la Unión Cívica también se dividió dando lugar a la formación del Partido Demócrata Cristiano.

De este proceso de divisiones en los partidos políticos, y de movilización social organizada, surge en 1971 el Frente Amplio como agrupación de izquierda que buscaba llegar al gobierno por la vía electoral. También en ese contexto de posibilidades y dilemas entre la vía electoral

o la lucha armada, y de ideales revolucionarios alimentados por el triunfo de la revolución cubana de 1959, comenzó su accionar el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, movimiento guerrillero que pasó por diversas fases. Comenzó en 1966; en las elecciones de 1971 realizó un apoyo crítico al Frente Amplio y en 1972 fue derrotado al ser desarticulado su aparato militar por las Fuerzas Armadas.

Las elecciones de 1971, denunciadas por el Partido Nacional como fraudulentas, dieron como triunfador al Partido Colorado. El gobierno continuó la política autoritaria y represiva ya instalada. Una vez desarticulado el aparato militar de la guerrilla en 1972, la represión continuó contra el movimiento obrero y estudiantil y el Frente Amplio.

Entre febrero y junio de 1973 se gestó el golpe de Estado. Este proceso comenzó con una crisis institucional en el Ejército, con desavenencias entre este y el presidente Bordaberry. La difusión de los comunicados 4 y 7 por parte del Ejército generaron expectativas en sectores de la izquierda, pero en marzo el presidente y las Fuerzas Armadas establecieron un pacto en la base aérea Boiso Lanza. Crearon el Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), ámbito compartido entre el presidente, los ministros y los comandantes en jefe de las tres armas y el jefe de estado Mayor de las Fuerzas Conjuntas. El 27 de junio de 1973 el presidente Bordaberry firmó el decreto de disolución del Parlamento, y con el apoyo de las Fuerzas Armadas, se convirtió en dictador.

Frente a la disolución del Parlamento y la realidad del golpe de Estado, la Convención Nacional de Trabajadores y la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay comenzó inmediatamente una huelga con ocupaciones de los lugares de trabajo y los centros de estudio. El Partido Nacional y el Frente Amplio realizaron una declaración conjunta contra el golpe de Estado. El 9 de julio convocaron a una marcha multitudinaria en la avenida 18 de Julio en repudio al golpe que fue fuertemente reprimida. El 11 de julio la CNT levantó la huelga. La represión hacia las primeras formas de resistencia realizadas contra el golpe de Estado, y la dictadura cívico-militar que se estaba instalando, consistió en encarcelamientos masivos, ilegalización de agrupaciones de izquierda, supresión del derecho de huelga, intervención de la Universidad con la detención del rector y los decanos y control de la prensa.

La dictadura cívico-militar, que abarcó los años 1973 a 1985, se ha dividido en tres períodos. Una primera etapa denominada «comisarial», de 1973 a 1976, donde el gobierno en manos del COSENA buscó «poner

la casa en orden» a través de un importante despliegue represivo, la censura, prohibición de partidos políticos, ilegalización de la CNT, categorización de ciudadanos en A, B y C de acuerdo a su participación en partidos u organizaciones políticas, destitución de empleados públicos (sobre todo en la enseñanza), promoción de un discurso nacionalista y elaboración del Plan Nacional de Desarrollo. La segunda etapa, de 1976 a 1980, ha sido denominada «ensayo fundacional». Comenzó con la destitución de Bordaberry por las Fuerzas Armadas, que asumieron la responsabilidad política del gobierno, aunque los presidentes de facto eran elegidos entre civiles. Durante ese período se elaboró el plan político para la institucionalización del régimen. Se redactó un proyecto constitucional, se continuó con una política propagandística y educativa nacionalista y anticomunista con un alto grado de represión y violencia estatal, coordinada con los demás gobiernos dictatoriales de la región a través del Plan Cóndor.¹

La última etapa de la dictadura, considerada de «transición» (1980-1985), comenzó con la derrota del proyecto constitucional del gobierno dictatorial, en el plebiscito de noviembre de 1980, que llevó a un replanteo del proyecto político de los dictadores y que en 1982 permitió la realización de elecciones internas de los partidos legales, Colorado, Nacional y Unión Cívica. El año 1983 fue de importantes y masivas concentraciones políticas, como el acto del Primero de Mayo y el del Obelisco, movilizaciones estudiantiles, caceroleadas, reorganización legal de organizaciones sociales y fortalecimiento de otras organizaciones (PIT, ASCEEP, SERPAJ, FUCVAM, etc.). Esa movilización popular llevó a la paralización de las negociaciones por voluntad del gobierno dictatorial, que en el año 84 las retomó, estableciéndose los acuerdos entre las Fuerzas Armadas, el Partido Colorado, el Frente Amplio y la Unión Cívica en el conocido Pacto del Club Naval, del cual no se levantaron actas. Se convocó a elecciones nacionales en noviembre de ese año, pero seguían existiendo presos políticos y proscripciones (Freireira Aldunate no pudo ser candidato a presidente por el Partido Nacional, así como tampoco Liber Seregni por el Frente Amplio, lema que debió presentarse como Partido Demócrata Cristiano). En la elecciones

¹ Las dictaduras constituyeron un fenómeno regional ubicado en el contexto de guerra fría, dentro del cual la influencia económica y militar estadounidense fue clave en su lucha antisoviética, anticomunista y anticubana. En 1964 comenzó el avance golpista, primero en Bolivia y Brasil, luego Uruguay, Chile y Argentina. Estos gobiernos coordinaron sus acciones represivas.

de 1984 triunfó el Partido Colorado con Julio María Sanguinetti como presidente, quien asumió en marzo de 1985. Inmediatamente fue aprobada, por el nuevo Parlamento la ley de Amnistía que permitió la liberación de todos los presos y presas políticas.

La cárcel fue la práctica represiva más extendida en la dictadura uruguaya, al punto que Uruguay llegó a ser el país con mayor cantidad de presos políticos por habitante². La dictadura, como terrorismo de Estado, vigiló la sociedad a través de mecanismos de destitución y clasificación política, la censura a los medios de comunicación, vigilancia de las organizaciones sociales, la coacción física a través del encarcelamiento, la tortura, el asesinato y la desaparición, utilizando como centros de detención cárceles, establecimientos militares y centros clandestinos. El exilio económico y político generó una sangría generacional que se llevó, entre 1960 y 1985, a más de trescientos mil uruguayos. No obstante, esa sociedad reprimida y vigilada generó espacios de resistencia a través de la música, el carnaval, las cooperativas de vivienda, las ollas populares, el teatro, y diversos medios que hicieron posible la comunicación, la liberación y generaron bases populares para las luchas que vendrían una vez finalizada la dictadura. La desigualdad social, la pobreza, el endeudamiento externo, la búsqueda de verdad y justicia con respecto a los crímenes cometidos por el Estado durante la dictadura son permanencias que ha dejado ese período de nuestra historia y son también, motivos de lucha y resistencia de organizaciones sociales y de derechos humanos desde la apertura democrática hasta el presente.

Montevideo, 28 de junio 2016

María José Bolaña (*)

2 Se estima el número de presos y presas políticas a lo largo del período dictatorial en un total de 5925. Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en Uruguay (1973-1985). FHYCE-CSIC-UDELAR, Montevideo, 2008.

(*) Profesora de Historia, egresada del IPA en 1999. Actualmente culminando su maestría en Historia Rioplatense en FHCE, UDELAR. 3 tomos.

Voces de ex presas

testimonios

Teresita Almada de Cruz

*Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino,
Paso de los Toros, departamento de Tacuarembó*

No puedo evocar ningún episodio de mi vida de presa en Paso de los Toros sin que me asalte la imagen de esa cárcel, por lo que comenzaré por su descripción.

La cárcel de Paso de los Toros se construyó para albergar presos comunes. No obstante, fue destinada a la reclusión de mujeres presas políticas.

Se inauguró el 19 de diciembre de 1972.

Por la mañana de ese día trasladaron —desde el cuartel de Paso de los Toros— a cuatro compañeras. Pocas horas después, llegó la primera *tanda* de presas políticas que estaban en el cuartel de Tacuarembó. Seríamos, doce o trece.

La segunda *tanda* llegó el 30 de diciembre de 1972.

En los meses siguientes, continuaron llegando compañeras de otros departamentos; de Salto, Paysandú, San José, Florida, Soriano, Colonia, Treinta y Tres, Rocha, Maldonado.

El edificio de la cárcel era una construcción de hormigón revocada con salitre, para que permaneciera húmeda, siempre. Estaba dividido en dos sectores, el derecho, más chico y destinado a las consideradas *peligrosas* y el sector izquierdo, donde ubicaban a las *menos peligrosas*. Nunca supimos los fundamentos del criterio de selección.

El sector derecho tenía una celda grande para cuatro reclusas, pero albergaba a ocho o diez

Constaba de cuatro nichos (base de cemento) donde se colocaban los colchones (que a los meses se pudrían con la humedad).

Después, sobre ellos, empotraron cuatro cuchetas más.

En una época la celda grande se llovía y la lluvia caía sobre las cuchetas. Entonces, como era imposible dormir con palanganas sobre las camas, ideamos una especie de embudo gigante, pegado desde el

techo con nailon tubular, cuyo vértice terminaba en un balde en medio de la celda.

Las banderolas tenían el vidrio pintado de gris; se podían abrir poco; la abertura era muy estrecha. Y en la parte de arriba, tenían un vidrio chico, fijo, sin pintar.

Toda la cárcel era gris. Las rejas, paredes, vidrios, pisos, puertas... todo gris, hasta nosotras con los uniformes grises, de brin grueso. Las puertas eran blindadas y muy pesadas, con una mirilla, y fuertes y reforzados cerrojos.

A un lado de la cárcel estaba la comisaría, del otro lado, los bomberos; cruzando la calle, enfrente, el edificio de la Región Militar N.º 3. O sea, estábamos *rodeadas*.

Más lejos, se encontraba el cuartel, donde habían estado las compañeras *caídas* en Paso de los Toros y los compañeros. Con el correr de los años, siguieron llevando a otros compañeros.

Los rehenes también pasaron por él.

Algunas veces, por algún trámite o temas de salud, nos trasladaban en tren hasta Montevideo. Ciertas guardias exigían, para llevarnos bajo su custodia, que viajáramos sin uniforme. Y ellos también exigían lo mismo; así trataban de ocultar la situación y pensaban que ganaban en seguridad.

Otras guardias, en cambio, nos hacían ir uniformadas, y ellos por supuesto también.

En uno de esos viajes en tren hasta el Hospital Militar en Montevideo fui sin uniforme.

Entonces, cada vez que yo quería ir al baño preguntaba a voz en cuello: «¿Soldado? ¿Puede llevarme al baño?» Y ellos quedaban muy enojados y me prohibían que lo volviera a hacer. Pero si quería ir al baño de nuevo, como el ruido del tren era intenso, volvía a pedir permiso a viva voz. Por supuesto, la gente de los otros asientos se volvía para vernos. Otros miraban de reojo por temor, y algunos que iban pasando por el vagón regresaban y hacían el trayecto mirando una y otra vez.

En una ocasión logró ingresar a la cárcel una delegación de la Cruz Roja Internacional, para recorrer las instalaciones y vernos. Aprovechando la oportunidad, me quejé ante el comandante de que no me entregaban las cartas que mi compañero me escribía, cada quince días,

desde la cárcel de Libertad. Hacía meses que no me llegaban. Y él me respondió, como si fuera una chanza: «Será que le escribe a otra».

Hubo una época en que los niños menores de diez años podían entrar al penal –los días de visita– de mañana e irse de tarde, al finalizar el horario de la visita. Pasaban el día con nosotras. Las que teníamos dos o más niños recibíamos la ayuda de las «tías» para el entretenimiento de estos, pues había que charlar en conjunto o de a uno, según sus problemas, sus conflictos o sus estados de ánimo. Para los niños, el resto de las compañeras eran «las tías».

Entonces, de acuerdo a las características de cada niño o niña, se elegía la «tía» que acompañaba.

Mi hija Sandra, por ejemplo, tímida, triste y tan quieta, además de sufrir mucho de su poliartritis, pasaba algún rato con «tías» tranquilas jugando a las maestras (ellas lo eran generalmente), que a Sandra tanto le gustaba. O jugaban a las madres, etc.

Fernando, de temperamento eléctrico, y que siempre trataba de disimular su pesar, llevaba su guitarra y entonces nos pasábamos muchas horas con la guitarra, cantando. Y algunas compañeras hacían el acompañamiento con tambores improvisados. Tobí, «un pony de lujo» como le decía Fernando, galopaba ratos con él sobre su espalda. O caminábamos por el patio, abrazados, o nos sentábamos apretaditos en el suelo, recibiendo noticias de la familia, de sus vidas en la escuela, en el barrio, etc.

Lloraban muchas veces, no querían irse y dejarnos. Querían vivir allí con nosotras.

Mientras tanto, los otros familiares se acomodaban en una plaza; allí comían y pasaban el rato hasta la hora de la visita. Muchos de ellos habían emprendido el viaje al penal la noche anterior. Siempre cargados con los paquetes con algo para nosotras. Lo permitido: yerba, azúcar, papel higiénico, etc.

A veces, cuando llovía, llegaban mojados a las visitas.

Con el tiempo, estos encuentros con los hijos, se terminarían. Cuando llegó el comandante Simeone decidió que los niños ya grandecitos (mayore de 12 años o 10, no recuerdo bien) no deberían entrar más porque era «traumático» para ellos el vernos allí.

Ya no tendrían el mismo tiempo para charlar, jugar, abrazarse fuerte. Costaba mucho lograr que afloraran su dolor y angustia, que logaran expresarse. Pedir consejo... descifrar su problema, que para ellos era

inmenso y que su mamá, con tanto cariño en la voz y ternura en esas manos que sabían acariciar como nadie, siempre lograba aliviar o sacar las dudas. Contarle sobre la visita al padre, también preso, aunque en el penal de Libertad.

Con esas rejas de por medio, ¿cómo lograrlo? Fueron épocas duras, de dolor y de angustia.

Otro de sus atropellos contra nosotras fueron las denominadas «requisas». Sin previo aviso, entraban en *tropel* policía militar femenina y masculina. Entraban unos cuantos. Nos hacían salir al patio, como estábamos. Si era invierno, no importaba si no podíamos *manotear* un saco o poncho. Teníamos que salir rápidamente, *arreadas* como ovejas entre gritos y amenazas.

Ellos revolvían las celdas totalmente, daban vuelta colchones y almohadas (y los abrían) por si teníamos algo entre la lana.

Tiraban todo al piso: yerba, azúcar, jabón en polvo, cartas, fotos de los hijos, padres, otros familiares; manualidades. Todo entreverado por el piso o sobre las camas revueltas, mojadas, libros manchados o rotos... Era desolador regresar a las celdas cuando terminaban la requisa (su obra).

No sabíamos dónde pisar o por dónde empezar a ordenar, limpiar. ¿Cómo tragarnos la rabia, la impotencia, el dolor de ver las cartas o fotos de los seres queridos inutilizados?

La guardia femenina entraba a observarnos. ¿Llorábamos o cantábamos? ¿Quiénes?

Todo les servía para estudiarnos y catalogarnos después.

Una vez, alguna compañera tuvo la ocurrencia de confeccionar una araña negra de alambre y lana que realmente parecía verdadera, y la dejábamos bajo una almohada o en alguna caja, para que los sorprendiera en caso de requisa.. Si se oía un grito de terror, reíamos: los habíamos engañado.

En la cárcel no había llaves de luz, ni baños individuales. No abríamos ni cerrábamos puertas ni ventanas.

De acuerdo al momento, la celda era baño, cocina, dormitorio, sala de estar, calabozo...

¡La cantina!... No era un lugar físico que conociéramos o frecuentáramos para tomar mate, café o té o algún refresco. O un lugar para ir a

comprar algo, como durante años algunos familiares creyeron, porque debían dejarnos dinero «para la cantina». De esos depósitos, los militares, nos traían alguna fruta o verdura, papel higiénico, jabón, pasta dental...

Durante esos años nos estuvo vedado hacer cosas que cualquier persona efectúa en forma natural en la vida diaria.

En contrapartida, las presas hacíamos volar nuestra imaginación para realizar hermosas manualidades que regalábamos a los hijos, demás familiares, amigos y a los compañeros del penal de Libertad.

Y también se ponían a la venta a través de nuestros familiares para poder ayudarlos económicamente; para costear los paquetes, o algo que ellos necesitaran. Tanto pues volaba nuestra imaginación que una vez, ya casi sin saber qué artesanías hacerles a los compañeros, y que además permitieran entrar al penal de Libertad, se me ocurre una *brillante* idea, que –aclaremos– todas las demás compañeras aprobaron: «¡Qué bueno, che, lleva poco material y poco espacio para enviarlo, y es sumamente original!»! ¿Qué era? Un porta peines ¡Sí, eso mismo! Porta peines para los queridos «teros» como les decíamos «las brujas» a los compañeros del penal de Libertad.

Entonces así se confeccionaron, de cuero, repujados, cosidos con finísimos tientos y con alguna frase o poema de algún escritor de nuestra preferencia.

Al tiempo, llegaron las respuestas. Alguno dijo: «Gracias, muy útil, lo agarré de portabiromes». Otro: «Muy lindo, le puse flores silvestres desecadas y luce en la cucheta,» y mi compañero: «Gracias, mi amor, hermoso, y más aun lo que escribiste en él, pero no tenemos cabellos, nos afeitan la cabeza periódicamente, por lo tanto no hay peines, pero gracias igual.»

Teníamos una biblioteca con libros que autorizaban ingresar, otros eran *censurados*. Hacíamos una lista de obras que cada una quería leer y se la entregábamos a la compañera encargada de la biblioteca, que luego nos los repartía.

También nos entraban revistas de manualidades en general o de punto cruz. Diarios no, ¡prohibido!, a no ser cuando nos daban pedazos de ellos para limpiar los vidrios y los *devorábamos* para después pasar las noticias a las demás compañeras. Los leíamos con mucha cautela pues si nos descubrían, ¡zas!, éramos sancionadas.

La adrenalina nos subía cuando bajábamos de la escalera con una pelotita de papel apretada en la mano, derecho al baño, para leer y poder transmitir después.

Un fresco día a fines de setiembre de 1977, nos trasladaron a Punta de Rieles.

Semanas antes, nos sacaron (para que se llevaran los familiares) casi todas nuestras pertenencias. Cartas, fotos (ni de los hijos nos dejaron), material y herramientas de trabajo, ropa, zapatos.

Solo lo indispensable quedaba con nosotras.

Un solo par de zapatos y dos mudas de ropa, lo demás para afuera.

Esa madrugada del 30 de setiembre, nos llamaron y con el bulto personal de cada una nos subieron (a las del sector chico, derecho o de las «peligrosas» según ellos) a un ómnibus, esposadas al respaldo del asiento delantero, lo que nos martirizó por algunos kilómetros hasta que, rogándole y explicándole al oficial encargado que llegaríamos con las muñecas trozadas a Punta de Rieles, logramos que nos libaran las manos del asiento delantero, manteniéndonos esposadas a la otra compañera del asiento.

La guardia toda con armas cortas y largas y hasta la enfermera, una pobre señora que nunca se metió en nada, con máscaras de gas.

Llovía cuando llegamos a Punta de Rieles. Las calles interiores del penal eran un fangal y nos enterrábamos en las huellas recientes de los vehículos que nos habían transportado.

Siempre lo recuerdo así: «un pueblo de cowboy en tiempos de guerra», no sé por qué se me grabó esa imagen. Asocié el barrial de las calles, los toldos de los camiones, compañeras vomitando entre colchones y bultos, y ellos parapetados en trincheras, el armamento... los gritos...

El Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino de Paso de los Toros quedó para recibir a detenidas *liberadas* que, por medidas de seguridad, no eran efectivamente puestas en libertad: las llevaban allí hasta decidir definitivamente su destino dentro del país, o el destierro.

Teresita Almada de Cruz

Nací el 12 de julio de 1940. Trabajé en el Hospital de Tacuarembó, antes y después de haberme recibido de enfermera, siempre en forma honoraria. Además trabajé en un Banco de Sangre particular como transfusionista.

Me casé con Juan José Cruz, *Pepe*, y tuvimos dos hijos, Sandra y Fernando.

Estuve recluida como política durante siete años, salí en diciembre de 1979 y me fui a Tacuarembó. Posteriormente me trasladé a Montevideo para poder ir a ver a Pepe y poder trabajar: resultaba difícil en mi ciudad lograr algo estable.

Marché a la capital con mis dos hijos,

Los militares me realizaron mucha persecución, dada mi condición de encontrarme en régimen de «libertad vigilada». Por ejemplo, siempre debía presentarme en el cuartel del km 14 de camino Maldonado antes de ir a visitar a mi esposo. Allí sufría largas e interminables esperas, además de los allanamientos en mi domicilio, citaciones, etc.

Decidí exiliarme en Suecia a través de ACNUR, a efectos de lo cual permanecí meses en Río de Janeiro, Brasil, para finalmente arribar con mis dos hijos al país elegido.

Allí trabajé en el cuidado de ancianos y me capacité en esta profesión.

Regresé a Uruguay el 9 de marzo de 1985.

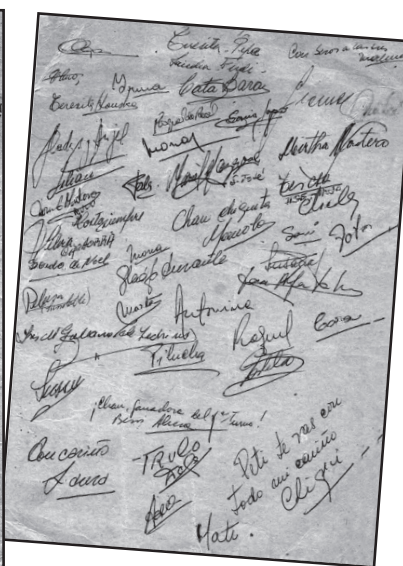
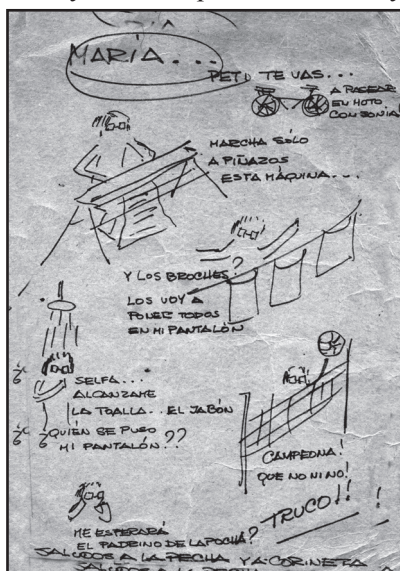
Me inscribí en el Hospital de Clínicas, fui llamada a trabajar, pero por problemas familiares tuve que postergar el ingreso dos veces consecutivas (prórroga de seis meses de espera) hasta que me vi obligada de renunciar por los mismos motivos.

En la actualidad disfrutamos con Pepe, amigos, compañeros y compañeras, y de mi hijo Fernando, mis nietos y mi bisnieta, viajando a Suecia, donde viven, o cuando ellos vienen a visitarnos.



María Noble

Me pareció interesante aportar a este libro la tarjeta que recibí de mis compañeras al salir en libertad, para compartir la creatividad, el afecto y el amor que nos tuvimos y tenemos.



María Noble



Nací en Tacuarembó el 6 de junio de 1953. Estudiaba magisterio, tercer año.

Me detuvieron el 14 de junio de 1972 y me llevaron al Cuartel 5to de Caballería de Tacuarembó.

En diciembre de ese año nos condujeron a Paso de los Toros, y junto a las cuatro presas de allí inauguramos la cárcel de esa ciudad.

Salí en enero de 1974 y volví a mi ciudad. Estuve diez años en libertad vigilada, razón por la cual gestioné el traslado a Montevideo.

Estudié pedicuría en la UTU y posteriormente la carrera de técnico podólogo en la Escuela Técnica de la Facultad de Medicina.

Tuve cuatro hijos: Agustín, María Eugenia, María Virginia y Andrés.

En la actualidad soy pensionista y disfruto de mi familia, hijos y nietos.

Selfa Noble

La calle de los Suspiros...

Las autoridades correspondientes me avisaron que saldría en libertad esa tarde aproximadamente a las 16 horas.

Hacia unos días una compañera, Azilde Leal, que era del departamento de Colonia, me había mostrado una serie de fotos de su ciudad.

Me comentó que ella le había pedido a la familia le mandaran fotos de su pago, dado que iban pasando los años y deseaba volver a tener presente sus rincones, paisajes, lugares.

Me habló de la calle de los Suspiros, de la que yo nunca había sentido decir nada. Me mostró una foto y me contó que había diferentes versiones de por qué la llamaban así.

Una relacionada con ser la calle de las prostitutas. Las mujeres se asomaban a las ventanas para llamar la atención a los hombres.

Otra, a que por esa calle llevaban a los condenados a muerte para fusilar.

Ese día que me avisaron que yo salía, cuando entramos del recreo en la mañana, arriba de mi almohada estaba esa foto, una fotito chiquita pero muy significativa.

Yo pensé: ¿Cómo vino a dar esa foto acá desde la celda de Azilde (que quedaba enfrente)?

Dado que la guardia revolvía todo cuando salíamos a los recreos, fui a verla rápidamente y le dije:

—¡¡Mira, Azilde, la foto que estaba arriba de mi almohada!!



–¡¡Sí, fui yo que te la puse cuando entramos, porque te la quiero regalar!! –me aclaró.

Yo la tengo todavía.

El año pasado en octubre fui por primera vez en una excursión a Colonia con los maestros jubilados de Tacuarembó.

Recorrimos varias veces la calle de los Suspiros; mi mente trajo a Azilde, la foto, y a mis queridas compañeras que hasta hoy estamos juntas.



Selfa Noble

Nací en Tacuarembó el 9 de junio de 1946. Estudié magisterio y trabajé en la Escuela n.º 61 de Caraguatá.

Caí presa en junio de 1972. Me llevaron al cuartel de dicha ciudad y al día siguiente me trasladaron al cuartel de Paso de los Toros.

El 5 de diciembre inauguré, junto a otras compañeras de Paso de los Toros, el primer establecimiento de reclusión femenino.

Salí el 2 de mayo de 1975, volví a Tacuarembó y trabajé en diversas actividades.

Me casé el 10 de octubre de 1979 con Edgardo Montemurro, con quien pusimos un almacén.

Tuvimos dos hijos: Luis Efraín y Raquel.

Con la reapertura democrática en 1985 me reintegré a trabajar en el Consejo de Educación Primaria.

Me jubilé como docente y en la actualidad vivo en Tacuarembó rodeada por mi familia y disfrutando de mis nietos.

Silvia Pose

Breve historia de una manta de amor

Veinticuatro bofetadas...

Veinticinco bofetadas...

Después mi madre a la noche me pondrá en papel de plata.

Grupo Aguaviva

Me resulta raro... removedor, traer a mi memoria el lejano invierno de 1974... o fue en 1975, no lo sé con certeza, pero sí recuerdo que era un invierno muy frío, muy húmedo y el penal no era un lugar acogedor. Las condiciones de vida eran difíciles, pero entre las cincuenta compañeras que estábamos en el sector izquierdo sobrellevábamos la situación, aunque parezca una paradoja, con alegría.

Teníamos razones para que fuera así: una de ellas era el sostén que nos brindaba la familia.

Madres, padres y hermanos regularmente se acercaban para visitarnos, realizando todos los esfuerzos necesarios y más que eso.

Mi madre, preocupada por el rigor de aquel invierno, hizo una manta que me abrigó hasta mi liberación en junio de 1977. Era una «manta traper» hecha con frazadas viejas, buzos de lana y una tela que envolvía todo eso, además del amor con el que estaba confeccionada y la preocupación de que yo no pasara frío en las noches de aquel penal que, la verdad... entre la humedad y el frío eran bastante crudas.

La manta pesaba una enormidad y, parafraseando al grupo español Aguaviva, muy conocido en aquella época —que vocalizaba una canción que decía «Veinticuatro bofetadas... veinticinco bofetadas... después mi madre a la noche me pondrá en papel de plata»—, la bautizamos «la veinticuatro toneladas» por el peso que tenía y por la relación con la madre y el cuidado de un hijo en situación complicada.

Cuando me liberaron dejé la manta para las compañeras que quedaban en el penal. Laura, «la Coco» se la llevó a Punta de Rieles cuando a

finés de ese año las trasladaron a todas. No sé qué pasó con «la veinticuatro toneladas»; seguramente abrigó a unas cuantas compañeras más durante esa larga noche que fue la dictadura.

Esta es una pequeña muestra, entre miles, de gestos de amor, solidaridad, desvelos y cuidados que nunca dejaremos de agradecer, porque sin ellos todo hubiera sido mucho más difícil de sobrellevar.

Silvia Pose Bella

Me detuvieron en la ciudad de Salto en mayo de 1972. Tenía 19 años y estaba terminando 2.º de preparatorios de medicina.

Fui procesada en noviembre de ese año.

En diciembre me trasladaron al puerto de Paysandú. Era un viejo galpón que había sido acondicionado para funcionar como lugar de detención de presos políticos. En su interior tenía separaciones hechas con madera, con costaneiros, sin techo, por lo que se oía todo lo que se hablaba, y un mangrullo donde estaba el soldado de guardia. Es lo más parecido a los campos de concentración japoneses de la 2.ª guerra mundial que vi en mi vida.

Finalmente fui llevada al penal de Paso de los Toros.

Permanecí en dicho establecimiento hasta el 19 de junio de 1977, fecha en la que fui liberada.

Al salir, con 24 años, no me permitieron ingresar a la Facultad de Medicina porque no me daban el certificado de buena conducta, uno de los requisitos que se exigía.

Ingresé a la Escuela de Colaboradores del Médico, cursé Podología y me recibí de podóloga a fines de 1979, profesión que abracé con entusiasmo y de la que he vivido la mayor parte del tiempo desde entonces hasta que me retiré hace un par de años.

Me casé, tuve una hija, viví en México durante ocho años y tengo una nieta, Julia, que es la luz de mis ojos.

Me siento una mujer realizada.



Manuela Castro

¡Pensar en Paso de los Toros!

Muchos son los recuerdos que surgen al nombrarlo: las visitas, nuestras queridas y aguerridas familias con su constante presencia; las conversaciones con diferentes compañeras apoyándonos, comprendiéndonos; los famosos *ranchos*, el menú un poco predecible que repartían de noche y de día; los recreos en los que disfrutábamos del aire libre y aprovechábamos para que el sol nos entibiara el cuerpo; los juegos como el vóley y la pelota de mano; las caminatas; los momentos de formación en la celda; las lecturas colectivas en las que debíamos ir reconstruyendo cada una de las conversaciones que nos darían la fuerza intelectual para llevar adelante el período carcelario —leíamos historia universal, economía, historia latinoamericana, entre otros temas, y también novelas—.

Pero de todos estos recuerdos yo quiero elegir un momento muy especial: las fechas en las que cumplíamos años. Ese día era toda una fiesta que ni las rejas ni los milicos podían opacar.

Siempre brillaba una sonrisa o había un guiño que la del aniversario iba acumulando en su corazón. Así se cargaba de la fuerza, la alegría y el cariño indispensables para afrontar la vida aislada y apartada de los afectos personales.

Generalmente a la mañana, cuando nos cruzábamos realizando las distintas actividades de la fajina (limpieza de baños, patios o celdario), un grupo de compañeras se reunía para prepararle a la homenajeadora pequeños obsequios. Siempre se intentaba resaltar los valores que ella tenía y que de una u otra manera fortalecían la vida del grupo.

A escondidas y en silencio —para no ser descubiertas por la cumpleañosera— bordábamos almohadones, cosíamos zapatillas, hacíamos alfileres, entre otros pequeños objetos que materializaban el cariño y el apoyo mutuo.

Pero, por supuesto, los regalos no solo eran objetos. Había lugar para la imaginación y tiempo para la creatividad, así que las que tenían habilidades en el área del humor se dedicaban a escribir relatos destacados y valiosos para la agasajada.

El lugar elegido era el patio, y la hora, el recreo. El cántico de feliz cumpleaños se entonaba con ritmos variados y casi siempre con un estilo murguero.

Por lo general el grupo humano que estaba en el sector se caracterizó por atender a la comprensión, generosidad y solidaridad entre sus integrantes por encima de las diferencias ideológicas y de las causas por las que nos encontrábamos allí.

Por supuesto que este es un relato que comparte las alegrías y las dichas que pudimos construir y que hasta hoy nos unen.

Pero existieron momentos de dolor y tristeza cuando la represión actuaba sin ninguna lógica, mostrando la miseria humana. La vida colectiva y los lazos afectivos que habíamos generado eran una de las herramientas más poderosas para enfrentarnos al dolor. También nuestra familia, que si bien no estaba presente físicamente siempre nos acompañó y estuvo a nuestro lado para hacer frente a esos momentos.

Paso de los Toros nos dejó la construcción colectiva de una experiencia de vida riquísima por sus múltiples facetas.

Nos permitió ir fortaleciéndonos como individualidades y como grupo. El sol brilló, nos iluminó y hoy caminamos por este mundo comprometidas como siempre para enfrentar la injusticia, la pobreza, el dolor, haciendo digna nuestra lucha tanto en el ayer como en el hoy.

Manuela Castro

Nací en el departamento de Salto el 30 de octubre de 1952.

Estaba cursando el último año de magisterio cuando me detuvieron, el 16 de mayo de 1972, al llegar a mi casa.

En febrero de 1973 me trasladan con un grupo de compañeras al penal de Paso de los Toros.

Me liberaron en el año 1976.

En 1977 intenté, sin éxito, culminar mi carrera docente.

Ingresé a la Escuela de Colaboradores del Médico, cursé Podología y me recibí de podóloga a fines de 1979. Fue mi ocupación laboral hasta la reapertura de la democracia, momento en que pude retomar mi carrera docente.

Trabajé en la docencia directa en diversas escuelas públicas, en Formación Docente, Tecnología Educativa, M.E.C., en la Dirección de Educación, área Tecnología y Comunicación.

Me casé, tuve tres hijos.

En la actualidad soy jubilada e intento disfrutar día a día los momentos que me ofrece la vida junto a mi familia en la que la nieta nos alegra permanentemente.



Paso de los Toros era un mundo gris, opaco, con grandes pasillos oscuros donde nos perdíamos.

Apuntaba a la fragilidad de nuestras enterezas, a ir borrando nuestra capacidad de pensar y reflexionar.

Nosotros estábamos cada una en una celda, pero a la vez estábamos con las demás compañeras con las que compartíamos ese celdario.

Teníamos una compañera que nos permitía cultivar y defender nuestra integridad, que era la alegría. Se alimentaba de los principios y valores por los que nos encontrábamos allí.

Había que alimentar esa alegría entre todos.

Había que enfrentar el caos y el horror.

Había que tener coraje y fuerzas para fortalecernos entre todos.

Recuerdo una frase de un libro que leí estando en Paso de los Toros que hasta hoy me acompaña: «al hombre le costó millones de años erigirse sobre sus dos patas, pero basta solo un segundo para volverse sobre las cuatro patas».

Mirando hacia atrás recuerdo un momento del día en el celdario: el recreo.

Todas salíamos con un almohadón al patio y allí compartíamos diferentes actividades: lecturas, bordados, tejidos, etc.

A mí me llamaba la atención, y me ayudaba, ver los rostros de todas y cada una de mis compañeras; hasta hoy me acompañan esas imágenes.

No me voy a olvidar de una aljaba de rojos alilados –me parece estar viéndola– a donde llegaba un picaflor a libar sus flores. Mirándolo, me nutría y fortalecía por su significado de libertad.

Abrazos a todas.



Ali Grisolia

Nací en Salto el 7 de octubre de 1944. Era estudiante de magisterio cuando el 18 de mayo de 1972 me llevaron presa al cuartel de Salto. De allí fui a Paso de los Toros y posteriormente a Punta de Rieles.

Salí el 22 de mayo de 1981. Me quedé en mi ciudad natal apoyando a mi familia.

Y volver a caminar y conocer la gente.



Dora Raffo

Paso de los Toros y la vida...

Aporto esta anécdota relacionada con la cárcel de Paso de los Toros, que me significó y significa mucho.

Fue en la cárcel de Paso de los Toros. En ese grupo estaba Raquel Culnev, una joven compañera de Paysandú que tenía un hijo llamado Raúl, que para ella y nosotros era «Raulito».

Durante las visitas a su mamá todas lo podíamos ver, conversar con él y disfrutar de su presencia.

Lo terrible de esta historia es que Raquel, aquejada de un quiste hidático del cual fue operada, perdió la vida en el Hospital Militar.

Al salir en libertad, reencontré a una amiga que a su vez había sido amiga y compañera de Raquel en jornadas de estudiantes de magisterio.

Es así que ella coordinó, con la abuela de Raulito, una venida a Salto para vernos. Resulta que por razones de trabajo no pude retirarme antes, y llegué a su casa con el tiempo justito, para verlo cuando ya estaban esperando un taxi que los llevaría a la terminal a tomar el ómnibus de regreso a Paysandú.

Raulito me recibió con gran alegría, aunque no creo que me haya reconocido, y me dijo:

—Vení, vení, vamos a saludar a mi mamá Raquel que está en el cielo.

Me llevó a la ventana y me mostró una estrella.

—Allá, allá está mi mamá Raquel.

La saludó con la alegría increíble que solo un niño puede hacerlo...

Desde entonces, a mí me pasa que cada vez que voy a bajar la persiana de mi dormitorio tengo que mirar las estrellas.



Raquel Culnev



Raúl Mallarino, su hijo

A los 20 años de su
muerte en prisión

Raquel Culnev descansa en Paysandú

Una delegación conformada por integrantes de la dirección del PML-PMI, de la Federación Uruguaya de Magisterio y de ex Presas Políticas, viajaron el lunes 22 de diciembre a la ciudad de Paysandú, trasladando los restos mortales de Raquel Culnev Hein, muerta en prisión en 1977.

Maestra, detenida en 1972, había sido internada al año siguiente en el Hospital Militar por problemas digestivos y un cuadro de letargia. Los médicos militares diagnosticaron un cuadro nervioso y la desvelan al cuartel de Paso de los Toros. En el 74 se repite la situación, aunque pasados vómitos, gran distensión abdominal, adelgazamiento, etc. Reinternada de urgencia en 1976, es operada y se le encuentra un quiste hídrico en el hígado, ya roto y diseminado por el organismo. Luego de dos meses, regresa al cuartel y allí permanece dos años sin ningún control médico.

En enero del 77, luego de dos colicinas hepáticas, vuelve a ser operada, aparentemente para quiste hídrico en el centro del hígado. El médico solicita estudios en el Hospital de Clínicas, pero son denegados.

Hilena Curbelo relata así este caso: "Su madre se mueve a nivel judicial tratando de agitar los tribunales, pues Raquel tiene un pedazo del fiscal de 4 años y ya está por cumplir los 5; le faltaba solo la firma del juez para quedar en libertad y poder ser trasladada al Hospital de Clínicas. Los médicos no vanían y su situación empeora, empiezan con colicinas hepáticas y transfusiones para orinar, también le he dificultad respiratoria. Solicitan nuevamente el examen en julio, a siete meses de la primera solicitud. Se le otorgan, a condición de que la familia pague una fuerte suma por el estudio. No consigue el dinero y Raquel es trasladada al Hospital de Clínicas. A pesar de su estado delicado y de los tubos de drenaje, vuela espasmoda, con lentes viejos y una fuerte custodia policial. Dos días después la operan. Ya es tarde. Tiene el hígado casi todo roto; hace una hemorragia interna y padece sangie al nivel de Paso de los Toros. Todos los compañeros se afiegan, pero Raquel no sale del coma. Muere el 11 de julio de 1977".

Este testimonio está tomado de "Muertos en prisión", publicación del Berpni, basada en una recopilación hecha durante los últimos años de la dictadura militar.

Cuando murió, Raquel tenía 26 años. Su enfermedad era curable si hubiera tenido atención médica responsable.

Dora Raffo



Nací en el departamento de Salto el 8 de agosto de 1942.

Era funcionaria del Banco de Seguros, puesto al que accedí por concurso de oposición.

El 13 de junio de 1972 me llevaron detenida al cuartel de Salto; de allí me trasladaron a un local en el muelle del puerto de Paysandú junto a otras compañeras. En febrero de 1973 fui trasladada a la cárcel de Paso de los Toros.

El 14 de junio de 1977 me liberaron y volví a mi ciudad natal.

Quedé bajo un régimen de libertad vigilada. Trabajé en la casa Soler.

En 1980 me autorizaron a no presentarme en el cuartel periódicamente, como lo hacía. Esto motivó mi venida a radicarme en Montevideo.

El 8 de marzo de 1985, por la ley 15183, volví a trabajar al Banco de Seguros en Canelones, que dejé, siendo gerente, para jubilarme.

Perla Campbell

Estoy intentando dar un testimonio que nos permita en el futuro tener referencia de lo que hemos vivido. Los recuerdos llegan de manera desordenada. Un conjunto de personas fuimos privadas de libertad a causa de nuestras ideas; nos llevaron primero al cuartel de Paysandú, luego a un galpón del puerto mal acondicionado con maderas en forma de celdas. Más tarde nos trasladaron a Paso de los Toros y finalmente a Puntas de Rieles.

Soy, según muchas compañeras, «la costurerita que dio el MAL paso»; sin embargo considero que haber participado en tareas de apoyo al Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) fue un paso importante. Estábamos luchando por Justicia, permanentemente pensando en clave de solidaridad con los más necesitados.

El hecho es que el paso lo dimos varias; éramos un grupo heterogéneo de mujeres muy jóvenes, muy unidas por un ideal, pasando por la experiencia de lo que terminó siendo una etapa muy importante en nuestras vidas. Juntas aprendimos mucho y creo que hoy somos mejores personas.

Soy, y era en esa época, una trabajadora. Después de egresar de la Escuela Industrial (UTU) y del liceo nocturno, trabajé en una fábrica de gaseosas. Más adelante tuve la suerte de ingresar como tallerista en costura en la UTU, lo que me dio herramientas en la cárcel y luego en libertad.

Mi oficio me permitió ayudar y compartir con mis compañeras la posibilidad de hacer ropa y manualidades con los materiales que los familiares nos hacían llegar. Por un lado, cosíamos prendas para los hijos de compañeras, que ellos recibían en las visitas, pero también hacíamos manualidades que eran vendidas por nuestros familiares dentro del círculo solidario existente y que ayudaba a costear los viajes de todos aquellos que tenían dificultades para financiarlos.

Nuestro tiempo en la cárcel era mucho, pero nunca resultaba suficiente para llenar nuestras expectativas. ¡Queríamos todo! Necesitábamos leer, discutir y proyectar el futuro. Después de todo, estábamos

juntas. Había también períodos de mucha incertidumbre, y en ellos, compañeras inolvidables, llenas de sentido común y gran equilibrio, eran el cable a tierra que nos ubicaba en un lugar y momento histórico: en nuestra realidad.

Ha pasado mucho tiempo pero la memoria sigue intacta. Están intactas también las ideas que me llevaron a mí y a otras a dar *malos pasos* y por eso es que hoy seguimos luchando y transmitiendo nuestros ideales.

Todas aquellas mujeres vivimos experiencias diferentes y nuestras vidas continuaron. Pero tenemos muchos años compartidos que no podemos olvidar. Hoy seguimos unidas más allá de las distancias, compartiendo lo aprendido con nuestros hijos y nietos. Todavía hoy, proyectando el futuro.



Perla Campbell

Nací el 5 de febrero de 1945 en Paysandú, donde viví mi infancia y adolescencia. Trabajé como cajera en una empresa de la ciudad y como docente suplente de un curso de costura en la UTU.

Luego comencé mi trabajo independiente en el área de la costura.

Me detuvieron el 27 de junio de 1972. Me llevaron al cuartel de Paysandú, de allí a los galpones de dicha ciudad.

En febrero de 1973 fui trasladada, con un grupo de compañeras, a la cárcel de Paso de los Toros.

Salí a fines de 1977 y volví a mi ciudad natal. Viajaba a Libertad a ver a mi compañero, Omar Speroni.

En 1978 sale en libertad y conformamos nuestra hermosa familia que hasta hoy disfrutamos de la dicha de conservar.

Tuvimos dos hijos. Rafaela que nació en Uruguay y Raúl después del exilio.

Pasamos seis años exiliados en Francia por la persecución que sufrimos a la salida de la cárcel.

Regresamos en setiembre de 1985, cuando la reapertura democrática, momento en que nace nuestro segundo hijo.

Trabajé en actividades sociales en poblaciones de riesgo y ocupé cargos de responsabilidad parlamentaria y a nivel de la Intendencia Municipal.



Laura De Gregorio

Paso de los Toros, cárcel de presas políticas

Era una cárcel para presas políticas ubicada en la pequeña ciudad de Paso de los Toros, en el departamento de Tacuarembó, República Oriental del Uruguay.

Llegamos en junio de 1973 adonde ya estaban compañeras tupamaras. Éramos unas pocas detenidas que pertenecíamos al Partido Comunista Revolucionario, antes Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Tuve el honor de participar en su constitución.

Me gustaría aclarar que no estoy haciendo la apología de la lucha armada, sino que se trataba de poder intentar algo para cambiar una situación injusta.

Mientras otras muchachas de mi edad buscaban un buen partido para casarse, o hacían una carrera, yo sentía que los pobres, los sin techo, necesitaban de nosotros.

Los pequeño burgueses eran la levadura, el fermento. Hoy dicen, voz de los que no la tienen.

No sé si me gusta esa expresión. Películas como *Los compañeros*, *Morir en Madrid*. Libros como los de Jorge Amado y la denuncia del sertao en *Las tierras del sin fin*.

El Che me influyó, pero ya tenía leído a Marx, Lenin y algunos más. Entonces la necesidad de tener un partido para hacer la revolución me convencía más.

Había estado tres meses en una cárcel para presos comunes en Paysandú. Nos había denunciado el cura Caballero porque estábamos en un círculo de lectura en la plaza Acuña de Figueroa (frente a su iglesia). Legalmente no era delito. El juez decidió que era muy joven y que si me dejaba adentro unos meses se me iría la idea de la cabeza. Eso fue de febrero a mayo de 1972.

El congreso de constitución del PCR fue a fines de ese año.

Consideró el Comité Central que se podía dar el salto de movimiento a partido. Fue en la Facultad de Medicina. Los camiones con soldados patrullaban las calles. Podían seguirme y poner en peligro a mis compañeros. Alguien se dio cuenta y me ordenaron abandonar la pensión.

No recuerdo dónde pasé esos días, pero seguro en alguna casa mejor compartimentada.

La gran mayoría de los militantes del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), más conocido como Tupamaros, ya estaban en cuarteles y cárceles.

El proceso militar que había comenzado con el combate a la guerrilla urbana daría el golpe el 27 de junio de 1973.

Ya estábamos en el Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino.

Para los cristianos la suerte no existe. Es Dios que nos auxilia.

Nosotras fuimos llevadas a un penal en un tiempo corto. Las demás habían estado meses en cuarteles, lo que permitía seguir interrogándolas bajo la tortura y el miedo que causa la amenaza.

Me llevaron de mi casa el 14 de mayo de 1973. El 31 ya íbamos al juzgado en Montevideo. Y, como dije antes, entramos todas juntas en junio.

De afuera parecía una oficina, un colegio, de no ser por el soldado en la garita. Esa ciudad era conocida por la represa sobre el río Negro y por el cuartel.

Mucha gente trabajaba en el cuartel, dado que no había fábricas. En mi país ser milico era casi una vergüenza. Se metía a milico el que no servía para obrero, el comercio o la oficina.

A la distancia uno se da cuenta de que el éxodo del campo ya había comenzado. Me había preparado para la tortura y para estar encerrada. En los diez años que estuve, no recuerdo que salir haya sido una obsesión. Cuando sabés que la vida y la libertad no dependen de tus acciones, el margen de acción es muy estrecho.

De ese lugar salí tres veces: al dentista particular que pagaron mis padres, al Hospital Militar en Montevideo y a Punta de Rieles, famosa cárcel o campo de concentración, hasta el día de mi libertad, el 14 de mayo de 1983.

Laura De Gregorio

Nací el 25 de abril de 1951 en Paysandú.



Fui detenida el 14 de mayo de 1973 y me derivaron al Cuartel N.º 8 de Infantería de Paysandú.

En junio me trasladaron al penal de Paso de los Toros.

En ese momento estudiaba bachillerato y ayudaba a mis padres.

Salí en libertad el 14 de mayo de 1983.

Trabajé con mi familia y un tiempo después, con dinero del extranjero para ayudar a liberados, formamos una cooperativa con cuatro compañeros.

Estuve en Paysandú hasta abril de 1991, en que vine a San Fernando, provincia de Buenos Aires.

Tuve una pareja por más de trece años. Falleció por una enfermedad.

Trabajo socialmente en áreas de la Iglesia católica.

Esas fotos de 1988 son lo más cercano a cuando salí.

Graciela Guisolfo Olivera

Nena: una amiga, una compañera

Su nombre era Rosa Nélide Irigoyen Villalba. Nació en Fray Bentos en el mes de octubre de 1924, hija de una familia trabajadora y respetuosa de sus semejantes. Los vecinos y amigos la llamábamos por su sobrenombre, Nena.

A los 16 años tuvo que salir a laburar y entró en el Frigorífico Anglo, compañía inglesa con más de cuatro mil obreros y obreras trabajando durante las veinticuatro horas del día. Era el año 1940, en plena segunda guerra mundial, y mi amiga y compañera, metida en ese mar de personas, trajinaba sin parar, con capataces gritando, exigiendo más y más a los operarios para sacar los productos en el menor tiempo posible, agudizando de esa forma una mayor explotación a los obreros y obreras. Es así como Nena fue asimilando la impotencia ante tantas violaciones laborales y humanas. No había manera de responder a todos aquellos atropellos; no existía el sindicato, recién en marzo de 1943 nació el gremio con el nombre de Unión Obrera Río Negro. Cientos y cientos de trabajadores se afiliaron al mismo y Nena fue una de ellas. Con el correr del tiempo mi amiga aportaría al sindicato –pese a su juventud– toda la rebeldía acumulada por tanta explotación y llegó a ser un puntal más en la lucha gremial, ya fuese en ocupaciones de fábricas, en paros, en enfrentamientos con la policía, en marchas a pie, etc., marcando así –una vez más– la presencia femenina tan combativa en los gremios.

Mi compañera y amiga Nena siguió trabajando y luchando día a día para poder darle una educación a su hijo y ayudar a su familia, eternamente con su carácter alegre, optimista, solidario, dispuesta a dar una mano a quien la necesitara. Esos rasgos de su carácter fueron los que siempre valoré y admiré en ella.

En el año 1972 fuimos detenidas y llevadas al cuartel local, junto a otras compañeras y compañeros. En ese lugar estuvimos cinco meses en un permanente e intenso *baile* llevado adelante por el grupo S2 del Ejército. Al cabo de un tiempo nos trasladan al cuartel de Paysandú. A los pocos días nos separan: los compañeros al penal de Libertad (EMR N.º 1) y nosotras a Paso de los Toros. Nos llevaron a una cárcel donde

ya había muchas compañeras venidas de distintos lugares del país. Nena y yo compartimos una de esas celdas. Transcurrió un tiempo duro, en circunstancias muy difíciles, pero que supimos afrontar con la unión de las compañeras, dándonos confianza, lo que nos permitió tener fuerzas suficientes para salir adelante.

Nena era una compañera que tenía mucha facilidad para las manualidades y, cuando se *podía*, porque la cosa estaba un poco *floja*, nos enseñaba cómo hacerlas. Lo interesante de todo esto es que siempre lo llevaba a cabo con humor, cariño y paciencia hacia todas nosotras. El material que usábamos para las manualidades nos lo proporcionaban, con mucho sacrificio, nuestros familiares.

Al cumplirse una parte de nuestra pena y pagando una fianza, pudimos salir en libertad condicionada y Nena, Laura, Nelsa y yo regresamos a Fray Bentos.

La vida siguió su curso y durante todos esos años siempre mantuve contacto con mi amiga y su familia. Hace ya un tiempo, Nena no podía caminar pues su artrosis no se lo permitía, pero igualmente mantenía su alegría, su franca sonrisa, su solidaridad, recordando y analizando lo vivido en la cárcel y toda la dictadura, tratando de ver siempre el lado positivo de la larga y penosa lucha de nuestro pueblo.

Su último acto de militancia fue firmar para la anulación de la Ley de Caducidad, confiada en que íbamos a plebiscitar su anulación.

Hace poco (en el mes de agosto) a los 84 años, se nos fue físicamente dejándonos su alegría, su firmeza, su convicción por la lucha de clases.

Me acerco al cajón y dándole un beso en la frente y muy bajito le digo: «Hasta siempre, querida amiga y compañera Nena...». Me pareció ver que sonreía.

Fray Bentos, noviembre 2008.



Graciela Angélica Guisolfo Olivera

Nací el 8 de noviembre de 1944.

Me detuvieron el 7 de junio de 1972.

Salí de la cárcel el 2 de julio de 1973.



Laura Belli

Después, es otra historia...

Quiero escribir y no sé por dónde empezar. Es que la vida ha sido tan rica en vivencias que se mezclan las etapas y los años, los buenos, los malos y los peores... todo queda registrado en la memoria. ¿Cómo vas a olvidar cuando nuestros queridos y tiernos hijos veían con ojos atemorizados cómo se llevaban a sus padres con la metralleta apuntándoles la espalda?

¿Se imaginan el dolor de esos niños y la incertidumbre al preguntarse, en su inocencia, si los volverían a ver?

No.

Es imposible obviar esa etapa tan cruel. Ellos también fueron víctimas del terrorismo de Estado.

Caímos mi compañero, el Negro Franco, y yo el 6 de junio de 1972 en Fray Bentos.

No voy a entrar en detalles sobre la represión en ese cuartel. Ya han corrido ríos de tinta sobre la perversa e inhumana situación que vivimos miles de orientales en los cuarteles de todo el país.

A los cinco meses nos trasladaron a todos los compañeros al cuartel de Paysandú. A los compañeros, en su mayoría, los llevaron al penal de Libertad en San José y a otros compañeros al cuartel de Salto. Posteriormente a las compañeras nos condujeron a los galpones del puerto, transformado en cárcel, donde estuvimos recluidas hasta febrero de 1973, fecha en que nos transportaron al penal de Paso de los Toros. Nos llevaron en los infames camiones del Ejército y por la ruta 26. Fueron muchas horas de viaje. Llegamos a Tacuarembó y de allí a Paso de los Toros.

Ni bien arribamos nos ubicaron en sectores derecho e izquierdo. Yo estuve en ambos y me pusieron el N.º 060. Al principio la vida fue de apriete, obedecer, gritos, órdenes, rejas, puertas que se cierran, cerrojos..., hasta que un día empezó a aflojar. Las compañeras ya habían hecho el plan de socializar todo lo que traían los familiares en las visitas, inclusive la información.

Se formaron grupos de estudio, grupos que trabajaban en artesanía, y hasta tuvimos un grupo en el que nos dedicamos a cultivar verduras aprovechando un pedazo de terreno muy pequeño pero que servía.

Los recreos eran nuestro fuerte: hacíamos gimnasia, deportes,... también nos sentábamos en rueda a cantar y tomar mate.

Nunca olvidaré el día en que estábamos en el recreo, una compañera tocaba la guitarra y cantaba muy bien y todas nosotras sentadas a su alrededor tomábamos mate; su voz era hermosa y nos elevaba. Y fue en ese momento que nos bajaron al piso.

¡¡Se acabó la música, todo el mundo a las celdas!! Nos habían hecho una requisa y nos quitaron libros, apuntes, diarios personales y de todo.

Los milicos andaban nerviosos. Esto fue el 27 de junio de 1973. Golpe de Estado. Hubo apriete. Recuerdo que en dos oportunidades y estando de fajina, nos tocó, junto a otras compañeras, la tarea de limpiar la cloaca *al balde* y verter el agua con materia en tanques que traían los milicos en un jeep. Debo decir que el penal no tenía saneamiento. Nosotras estábamos molestas haciendo esa tarea y un oficial que nos controlaba nos dijo: «no se aflijan, muchachas, pasa en las mejores familias».

No puedo decir lo que pensamos y nos abstuvimos de decir.

El despacho del comandante tenía un ventanal que daba a un pequeño patio todo cubierto de pedregullo. El solcito de invierno daba a pleno en su ventanal y el Sr. comandante tomaba mate, fumaba y tiraba los puchos al patiecito.

Estando también en mi turno de fajinera con otra compañera fuimos designadas para el patio con la orden de levantar los puchos del *supremo*. Nosotras habíamos vichado la cosa y nos llevamos un tarrito, autorizadas por la milica, pero una de nosotras facilitó unas pinzas de cejas. Fuimos a hacer el trabajo y levantábamos con las pincitas pucho por pucho y los poníamos en el tarrito. Además había que remover las piedritas para poder levantarlos.

El Sr. comandante, que nos miraba a través del ventanal, llamó a la milica y le dijo que el trabajo teníamos que hacerlo con las manos. El gorila tenía sus extravagancias. Fue solo para *verduguearnos*.

Lo que más me costaba aceptar y obedecer, y me ponía de muy mal humor, era que en pleno invierno nos hicieran levantar a las siete de la mañana, ir todas en orden y en fila al patio donde la milica pasaba lista y al nombrarte debías decir presente. Después venía la rutina y la fajina, si te tocaba. Hasta hoy me acuerdo y me embronco.

Recibíamos cartas de nuestra familia. Yo recibía de mis dos queridos hijos, Iván y Elenita, que habían quedado en Fray Bentos y que solo una vez en seis meses pudieron ir a Paso de los Toros. El viaje era muy largo y las visitas solamente se admitían una vez por semana. Para colmo el día que fueron se rompió el tren, llegaron tarde a la visita; por suerte igual los dejaron entrar.

No los vi hasta que salí en libertad, pero ahí empieza otra historia.

Cuando me informan que iba a salir en libertad, sentí que dejaba ahí un pedazo de mi vida y de mi corazón, porque mis queridas compañeras quedaban adentro. No disfruté de ese momento cuando salía, claro que no. Repito que ahí adentro de ese infame penal militar quedaba una parte de mí. Y quedaba en el alma el amor fraterno por quienes habían sido mis queridas compañeras, como lo fueron Graciela, Nelsa y Nena, junto a las que salí, el mismo día, en libertad.

¿Libertad?

No, para nada: fue una libertad restringida, controlada, vigilada. Lo único positivo y hermoso resultó el reencuentro con mis queridos hijos y con mi compañero, al que fui a ver al penal de Libertad lo más pronto que pude.

A los seis años de estar *libre* fui procesada por el tribunal militar y la pena era de dos a seis años de penitenciaría, o sea que quedaba, como me dijeron, con una pata adentro y otra afuera, según mi comportamiento.

Bueno, resultaron años muy duros. Presentarse semanalmente al cuartel, humillaciones de todo tipo, bajos jornales y cuando veían en tu cédula «lv» (libertad vigilada) te despedían. No podías patear, tenías todo prohibido. No eras nadie; temor y terror te acechaban cada día.

¡Que época fulera! Estuve bajo libertad vigilada por once años, viviendo a gatas.

A pesar de eso y de todo, había que meter pa'delante; tenía dos hijos adolescentes que iban al liceo y a la escuela industrial. Ellos eran mi sostén, tiraron junto conmigo, nunca exigieron nada que yo no pudiera darles. Siempre me apoyaron y levantaron mi ánimo cuando creía caer. Sabía que iba a llegar el día en que todo sería distinto.

Y así sobrevivimos.

Cada quince días íbamos a ver al padre y compañero y ahí también aguantaban el verdugueo de las milicas con los niños, con las madres,

con los abuelos. Nadie se salvaba, pero todos tenían una recompensa y era ver a los compañeros firmes y lúcidos, con la mirada vislumbrando un horizonte que con los años reconstruiríamos nuevamente. Y así fue.

A los ocho años cumplidos de preso, sale en libertad el padre y el compañero.

Y ahí iniciamos un período que nunca olvidaré. Juntos los cuatro, vivimos en plenitud nuestro reencuentro.

Así, de disfrutar y trabajar, fuimos felices.

Con el tiempo los hijos formaron sus parejas y nosotros decidimos ir a vivir a nuestro querido Cerro. Trabajamos ahí cuatro años y en 1990 el Negro se jubiló como ex obrero del frigorífico Anglo de Fray Bentos.

Entonces decidimos comprar un terreno en el barrio en formación que era Santa Catalina. Ahí construimos nuestra casita. Ahí vivimos catorce años. Ahí disfrutamos y tuvimos la dicha de que llegaron seis nietos a llenar de alegría nuestra casa.

Y allí también hubo algo que le dio sentido a nuestra vida y a nuestra forma de pensar, y fue el trabajo social que pudimos desarrollar en ese barrio humilde, pero de gente trabajadora y a la vez muy fermental, que quería hacer algo para mejorar la calidad de vida de sus pobladores.

A ese barrio, que en su inicio fue de pescadores, con el tiempo fue llegando mucha gente a hacer su rancho, su casita, para vivir dignamente.

Santa Catalina ya era asentamiento conformado con su escuela pública, su policlínica del M.S.P., rodeada de un hermoso paisaje de playa y monte.

Aquello era un paraíso, pero faltaban cosas esenciales que hacían al bienestar del pueblo.

Varios vecinos se juntaron y tuvieron la iniciativa de formar una comisión de salud a la cual nosotros nos integramos de inmediato. Se logró, al cabo de un tiempo, la personería jurídica. Toda la comisión trabajaba a la par y en forma honoraria.

Se consiguió al apoyo de la Universidad de la República a través del programa Ápex y la reconstrucción de la policlínica, que estaba muy venida a menos. Se trabajó por la educación, la promoción y la prevención de la salud por medio de la IMM y se consiguió una camioneta en desuso, toda rota, que llevamos al barrio, y los vecinos, con lo que cada uno sabía, transformaron en una ambulancia que fue el orgullo del barrio.

Para nosotros era un trabajo que hacíamos con gusto y amor, porque no debe haber nada más reconfortante que trabajar para la gente, ir a sus casas, a sus ranchos, saber sobre sus problemas y necesidades y por supuesto tratar de llevarle una solución.

Y la encontramos, vaya que sí. Y así fue que mucha gente se incentivó y se sumó al trabajo comunitario del barrio.

También esta comisión se sintió apoyada cuando se consolidó un nuevo grupo de familias que ocuparon un terreno contiguo al barrio, dando lugar a que Santa Catalina se extendiera aún más.

Esta gente, joven en su mayoría, le dio un gran empuje al trabajo social. Crearon merenderos para los gurises de la zona, trabajamos en salud mental haciendo festivales, competencias y todo tipo de recreación.

Con el tiempo fueron ellos quienes se hicieron responsables de esa comisión y la sacaron adelante.

Corría el año 2003 cuando mi compañero y yo volvimos a nuestras raíces, Fray Bentos.

Él siempre decía que éramos fraybentinos y cerrenses. Y hay razón y la hay porque después... es otra cosa.

Laura Belli, Fray Bentos, 2008

Compañera Nelsa Suiziña

Corría el año 1970 y Nelsa con sus joviales 19 años se integró al MLN; creía en la vida, creía en la lucha revolucionaria por un cambio para todos.

En lo que hacía a su persona, la destaco como muy laboriosa: hacía tapices de punto; elaboraba pasteles de hojaldre de primera categoría que la hicieron famosa, siempre tenía algún pedido, ¡eran los pasteles de Nelsa!

Pero también tuvo la suficiente lucidez política para pensar que no solo era ella, sino muchos compatriotas que la pasaban mal y se convenció de que había una sola forma de cambiar las cosas y era la lucha y se definió por la lucha revolucionaria como única vía posible para lograr una «patria para todos».

Solidaria cien por cien, militante comprometida y responsable. Nelsa tenía la particularidad de ser una persona muy jovial, jocosa y risueña, y en los momentos cruciales sabía dar su toque de humor, de modo que al final todos nos aflojábamos y reíamos.

Junto a nosotras fue detenida en el mes de junio de 1972 y llevada al 9.º de infantería, el cuartel de Fray Bentos.

Después de seguir todo el difícil y angustiante camino junto a las demás compañeras, nos llevan –previo paso por Paysandú– y vamos a dar al penal militar para mujeres de Paso de los Toros. Nelsa en el penal siguió tejiendo y enseñando a las demás compañeras, cuando se lo permitían.

Salimos juntas en libertad un 21 de julio de 1973, junto a las compañeras Graciela, Nena y quien escribe. Al poco tiempo Nelsa formó su familia, esposo e hijos y siguió viviendo en Fray Bentos, hasta que el 9 de abril de 1996 la compañera Nelsa fallece.

Fue una compañera de lucha de la planta. Todas las compañeras las quisimos y la recordamos. Los compañeros y compañeras que ya no están entre nosotros ¿han muerto? ¿Muerto?, no, viven, son los compañeros de la vida.

Laura Belli



Nací el 4 de agosto de 1936 en Fray Bentos. Me casé con Humberto Bernabé Franco. Trabajaba en el ANGLO. Tuvimos dos hijos, Iván y Elena.

El 6 de junio de 1972 me llevaron presa al cuartel de Fray Bentos. Recorrimos con las compañeras que allí estaban otros cuarteles. De junio a noviembre del mismo año nos trasladaron al 9.º de Infantería de Paysandú y de allí a Paso de los Toros.

Me otorgaron la libertad el 22 de julio de 1973. Me fui a Fray Bentos, donde me reencontré con mis hijos que habían quedado con su abuela.

Trabajé de doméstica. Una profesora me ayudó dándome trabajo en su casa. Al tiempo, un año medio aproximadamente, a ella le costó su trabajo.

Estuve en libertad vigilada desde julio de 1973 hasta diciembre de 1983, concurriendo todos los lunes a las 8.00 al Cuartel 5.º de Artillería.

Con la muerte de Tralal me amenazaron: si no me portaba bien llevarían a mi hijo, quien tenía 12 años, al cuartel. Esto motivó que realizara todas las gestiones necesarias para radicarnos en Montevideo.

A los ocho años salió Humberto del penal de Libertad y allí nos reunimos.

Fueron años muy duros y difíciles, pero siempre juntos sobrevivimos a la enorme noche de la dictadura. De eso se trataba, de sobrevivir. Lo conseguimos.

Mis hijos fueron mi pedestal y punto de apoyo para lograr la sobrevivencia.

Tengo seis nietos y dos bisnietos. Soy viuda y pensionista.



Chela Fontora

Paso de los Toros

En la década de 1960-1970 se va profundizando la liberación de las mujeres dando origen a la realidad, al conocimiento. Varias de ellas fueron ejemplos: Julia Arévalo, Alba Roballo, mujeres que con su discurso y su lucha marcaron el camino. También hay otras menos conocidas, pero no menos importantes, como las grandes sindicalistas Delia Martínez, María Julia Alcoba, Jorgelina Martínez, etc.

Además de vivir una compleja situación política nacional, marcada por lo que era América Latina en ese momento con el triunfo de la revolución cubana, era efervescencia, era muerte, era dolor de las separaciones y era entrega. Frente a todo esto no se podía estar ajeno a la muerte del Che Guevara, quien con su discurso cuando sale de Cuba pega fuerte por su entrega a la lucha por los más desposeídos...

Todos los hechos de esos momentos, más la historia de los trabajadores, de los estudiantes, la lucha de los cañeros, los que por primera vez salen en una marcha con sus mujeres y sus hijos para tener una participación activa. Naturalmente en esa participación vamos tomando posición para un lado u otro.

La lucha ideológica era fuerte y acrecentaba lo que sería la represión en el futuro. No había hecho político que no llevara a que nosotros tomáramos conciencia. Era todo el panorama en general, con la pobreza, la desocupación, la corrupción...

En mi caso, cambia la realidad cuando Sendic nos ayuda a ver cuáles eran nuestros derechos. Nos sentimos parte de las organizaciones sociales, sindicales y políticas. De todas maneras la participación de la mujer estuvo pautada por tres ejes fundamentales: ser madre, cumplir con las tareas de la casa y ser militante. Ser mujer y militante en esos momentos, y aun hoy, es difícil.

Nos encontrábamos con resoluciones de compañeros en las que nosotras, por ser mujeres, no podíamos participar; solo se tomaban bajo fuerte discusión y decisiones personales. La participación de la mujer

quedaba reducida a la tarea de la casa y del campamento, sin darles la dimensión que ellas tenían y aun tienen. Estas decisiones de compañeros eran normales, porque ser mujer se veía como ser débil a pesar de que a lo largo de la historia ellas han demostrado la entrega y entereza en la lucha de los pueblos por su liberación.

De norte a sur, de este a oeste, los trabajadores de Bella Unión se movilizaban. Esta lucha me aportó conocimiento y solidaridad; no podía ser indiferente al hambre, a la miseria, a la desocupación, a lo que yo misma vivía en carne propia desde que nací.

La lucha fue adquiriendo otra dimensión a medida que el pueblo se movilizaba. Se implantaron medidas prontas de seguridad. En 1968 se empezó a reprimir en gran escala a obreros, a estudiantes. Los cañeros siempre fuimos atacados con lo más fuerte... volvieron las detenciones, las torturas, las muertes y las cárceles.

Las acciones del MLN golpearon el corazón del poder económico y político con la financiera Monty, los Mailhos, mostrando al pueblo la corrupción impune, amparada por la oligarquía de turno. Es así que me siento involucrada dentro del proceso uruguayo.

En mayo de 1970 me procesan por primera vez. Ya en ese momento sufrí lo que más adelante iba a ser una práctica corriente por parte del representante del poder del Estado, de quienes están para velar por nuestra seguridad, y nuestros derechos.

Las violaciones a los derechos humanos ya eran sistemáticas; así fui a parar por primera vez a la cárcel de Cabillo, desde donde más adelante me fugué con un grupo de compañeras.

A los pocos meses me vuelven a agarrar y ahí empieza el calvario que poco puede imaginar un ser humano. Como fieras enceguecidas que agarran a sus presas para torturarlas con las más crueles violaciones.

Así me pasearon por los cuarteles de Durazno, Flores, Colonia, Mercedes, Durazno nuevamente, Paso de los Toros, Colonia otra vez. Será por eso que aquel día, en ese cuartel en el que estaba acostumbrada a que me llamaran «pichi», me sorprendió cuando dijeron que aprontara mis cosas. Pregunté qué cosas, porque mis cosas eran lo que llevaba puesto y una bolsa de nailon preparada porque ellos decidían cómo y cuándo sacarme y trasladarme. Esa palabra «apróntese» nos llenaba de terror, más de lo que diariamente nos sucedía. Nunca podíamos imaginar qué nuevas ideas tendrían para torturarnos, qué nuevos métodos y en qué cuartel nos tocaría.

La inestabilidad y el intento de despersonalizarnos fue lo corriente, aplicado por los represores.

Lo que recuerdo es que me ponen junto a otras compañeras y nos tiran para arriba de algo, después no recuerdo más nada. Antes de salir nos hacen poner de piernas abiertas, los brazos arriba y esposadas, cabeza contra la pared. Pensamos: nuevamente plantón. Ahí comienzan a revisarnos, sin ningún escrúpulo, ano, vagina, senos,... lo llamativo es la segunda parte, cuando empiezan como si fuera el inicio, pelo, orejas, boca, planta de los pies.

Después de esta velada emprendemos el viaje, sin saber el rumbo. Podía ser cualquiera, pero hubo una parada muy especial en Mercedes, donde me encuentro y la conozco, a la querida compañera Luisa Cuesta. Estoy unas horas y me sacan para la casilla de los perros, castigada; las causas las creaban ellos mismos.

Ellos crearon la categoría de «buenas» y «peligrosas». En la última me encontraba yo.

La verdad que la memoria es selectiva y lamentablemente hay cosas que borré. Seguramente hubo un día que nuevamente, y sí, sé de mi llegada a la cárcel de Paso de los Toros. Esta merece una mención especial. Situada increíblemente dentro del pueblo, alejada de Montevideo, en el corazón del interior del país. Un día, ya estando libre, participé de una charla sobre las cárceles del Uruguay donde, sorprendente y lamentablemente, esta no aparecía. En mi intervención hice saber que allí también se torturó y se mataron compañeras.

Cuando me tiran para abajo del vehículo en el cual nos trasladaron, mis pensamientos vuelan imaginando. No tuve tiempo, me entran rápidamente; ya adentro me sacan la venda. Me impresionó la cantidad de rejas y la oscuridad.

Nuevamente la revisión que solo se justificaba por el manoseo; en realidad ellos eran quienes hacían y deshacían.

Allí empiezo a ver rostros sonrientes, guiñadas cómplices. Entramos a las celdas. Era el único momento en que entrábamos por propia voluntad. Las horas nunca alcanzaban para compartir familia, dolor o alegría; sabíamos que en cualquier momento nos mandaban formar filas y nos separaban; porque ellos nos catalogaban de buenas y malas. MIS COMPAÑERAS ERAN DIFERENTES.

Con los ojos brillantes, parecían una estrella en la oscuridad, iban de un lado para otro para contarnos todo, algunas con lágrimas pero sin perder la sonrisa; nos ofrecimos nuestras manos, nuestro cariño, nuestra historia, nuestra solidaridad.

Esa cárcel era fría, construida desde un principio con ese objetivo. En invierno sus paredes filtraban agua, en verano era insoportable el calor, las celdas abarrotadas de compañeras. En esas condiciones también supimos buscar la sobrevivencia creando canciones, cuentos, poemas, juegos para nuestros hijos y para sobrellevar la soledad del adentro.

Hay dolores que se llevan mejor que otros. Aquel día en que a Terecita y a mí nos comunican que no podemos estar con nuestras hijas, nuevamente se nos parte el corazón. Como si no pasara nada preguntamos por qué. Por supuesto que la respuesta ya la teníamos, pero nunca aceptábamos nada calladamente. Pensábamos cómo estarían nuestras hijas con este nuevo desprendimiento; ellos sabían encontrar la forma de revolver el dolor.

En aquel río manso, una noche, estando en el cuartel, dos oficiales (yo siempre vendada) me hacen saber que era fácil hacerme desaparecer en el río Negro poniéndome una cuerda con una piedra en el cuello. Ignoraba que ya lo habían hecho con otros queridos compañeros. Ahí está la Región N.º 3 con su negra historia, con su impunidad, con nuestros familiares a los que más de una vez al terminar la visita los llevaban a amedrentarlos. Con el cuerpo del compañero Gomensoro que aparece ahí. ¡Cuántos más habrán sido, de los que no sabemos! Poco se ha hablado de lo que pasó en el interior del país que todavía sigue impune y silenciado. Nuestro pueblo tiene memoria, nosotros tenemos los hechos vividos en carne propia. Nuestro pueblo, nuestros jóvenes, tienen derecho a la verdad. Hoy, después de veintitrés años, seguimos reconstruyendo nuestra historia para que nunca muera; jamás quedarán en el olvido los compañeros que soñaron con un mundo mejor. ¿Dónde están? Con ellos luchamos, con ellos teníamos utopías, con ellos sembramos semillas que no se morirán jamás. Tenemos derecho a saber la verdad. ¿DÓNDE ESTÁN?...



Chela Fontora

Nació el 20 de mayo de 1947
Tiene una hija, tres nietos y cinco bisnietos.
Desde su salida trabaja en el área social y de DDHH.



Cristina Ramírez

Querida mamá:

Te elegí a vos para colocar mi granito de arena en este mar inmenso que han decidido navegar las compañeras...

Cuando salí de la casa, mucho antes que casi todas, me prometí que el mundo sabría lo que allí dentro ocurría, y he intentado hacerlo en cada lugar donde he estado, vivido y trabajado. Y en cada una de mis actividades, pero este aporte a la gran tarea de combatir la desmemoria no lo he podido concretar todavía. Mis compañeras van por el segundo libro y yo...bueno, en eso estoy...

¿Por qué te elegí a vos para comenzar esta tarea? Para comenzar por el principio de todos los principios, para comenzar por quien hizo posible mi vida, más allá de haberme parido.

Para comenzar por alguien que estuvo muchos años en mi imaginario como a la sombra de ese gran hombre lleno de vida, lleno de alegría, que es tu compañero, mi padre.

A la sombra, con tu parquedad, con tu austeridad, con tu seriedad, con esa tristeza ancestral, seguramente transmitida por esos genes indios que andan en nuestra sangre.

Esta está en el deber de lo colectivo, pero sobre todo en el deber de lo individual, de mi amor de hija, de mi agradecimiento, porque esa sombra se convirtió en la sombra protectora que tanto necesité para mí y para mi hijo, que cuidaste y criaste, al que le diste amor no de abuela sino de madre en esos años tan duros para todos nosotros.

En las noches de terror, yo soñaba y gritaba con esos sueños de angustia que solíamos tener, y puteaba, todas las noches puteaba, pero sobre todo gritaba ¡¡¡MAMÁ!!! Y ese grito te traía a vos, acudías en las sombras de la noche y de los sueños. Luego salí, ya no tuve pesadillas angustiosas, salvo alguna vez en que, por otras razones que la vida tiene he vuelto a sentir angustia, y allí estuvo otra vez ese grito, porque sabía que vos estabas, y estás siempre.

¡Cuánta presencia aún en la ausencia física!

Me imagino que todo debe de haber sido muy difícil para vos; yo lo presentía, lo sabía en definitiva. Pero que otro lo piense, lo sienta, no es lo mismo que vivirlo; sufrías por mí y por mi hijo, que no tenía a su madre. Sufrías cada vez que ibas a un cuartel, y te decían: «Ya no está más en el cuartel de Durazno, ahora está en Flores. Ibas al de Flores y te decían: «Está incomunicada, es rebelde, canta canciones de protesta». Tú con ese niño, mi niño recién nacido, ibas a Montevideo y de allí a los diferentes cuarteles del interior, porque de Paso de los Toros no salía ómnibus para Flores, Florida, Mercedes, Colonia, el Hospital Militar. Llegabas, ¿estaba yo realmente ahí? No lo sabías, te decían que estaba incomunicada, no podías recibir cartas, no podías verme.

Vos, tan tímida, tan solitaria, tan parca, te encontraste con un mundo tal vez más cruel del que habías conocido y eso que tu vida no fue fácil, pero yo, como madre, sé que no hay nada más cruel que saber que un hijo sufre.

¡Y eso te hizo gigante! Saliste de las sombras allí en Durazno, tu primer contacto con otras madres, con esposas e hijos en cada cuartel, en cada calabozo, en cada penal, en cada tortura, en cada momento.

Una sola sombra eran todas, que se convertían en el sol de cada visita, de cada paquete, de cada dolor.

Tu dolor, ahora compartido con otras madres, era el mismo dolor, pero te hacía más fuerte, te daba coraje, te enfrentabas a los milicos, ¡esos seres malditos!!!

Aprendiste rápidamente que la palabra solidaridad, que tu hija siempre pronunciaba, tenía un altísimo contenido práctico en toda tu odisea, en todo tu recorrido por los cuarteles de casi todo el Uruguay, con tu nieto a cuestas, chiquito, que lloraba, que se enfermaba, y que no me dejaban ver. Comenzaste a practicar la solidaridad, a recibirla primero frente a las puertas del cuartel de Durazno cuando te preguntó alguna madre por quién estabas con ese bebito. ¡Ah!, la madre de la flaca! Y tú recibiste calor, compañía, apoyo económico, alojamiento, comida y sobre todo mucho amor; y supiste lo que era la reciprocidad y también la brindaste con creces cuando más adelante nos llevaron a «Paso Toro», como le decíamos al penal de Paso de los Toros, Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1.

Madre, por ese ser gigante en que te convertiste durante mi cana y mi exilio. Cuidaste a mi hijo primero; luego, cuando partimos al exterior, hiciste, hicieron, junto a todos sus abuelos, que fuera tan presente nuestra ausencia que, cuando mis hijos bajaron del avión un año después en Caracas, ellos gritaran mientras corrían hacia nosotros: «mamá», «papá». Tanto Martín como Patricia, tan chiquita, que había quedado con un año, reencontrándonos a sus dos años y reconociéndome así, como si fuera cosa de un mes y sé que eso fue tarea de todos sus abuelos, pero sobre todos de las abuelas, por ser mujeres, por ser madres. Tan importante ese rol en la instancia que nos tocó vivir en nuestra historia, esta historia del Uruguay que todavía sangra y que aun no ha podido cerrar sus heridas.

Hoy, a través de la experiencia, de las historias por otros contadas, por otros vividas, sé que el papel de las mujeres, de las MADRES, jugó una rol protagónico y combativo, lo hemos visto muchos. Como esa mujer que tuvimos el gran honor de tener entre nosotros, que fue la TOTA, como Faride, por vos tan querida, como la madre de Marianela, como tantas otras, como vos, mi madre, que por un tiempo fuiste madre de tantas y tantos... mi madre grande, del tamaño de la Historia.

Gracias, mamá, por tu aporte al deseo de cambiar el mundo por otro mejor, más justo, más solidario y que por un instante (años) no solo se creyó sino que fue posible a través de las acciones de todas ustedes.

GRACIAS, MAMÁ, porque siempre te tuve ahí, aun sin verte en mi incomunicación y después siempre en las visitas del penal.

Gracias por haber podido comprender, por haber crecido de golpe para poder salir del lugar que la sociedad te había asignado: ser mujer de..., madre de..., ama de casa, salir al mundo a dar y recibir; aunque después volvieras a tu lugar. La historia ya estaba hecha, tu experiencia, tus vivencias ya te harían para siempre diferente.

El grito que nos libera

Tu silencio, compañera, fue nuestro silencio, década tras década
 tu desgarró, el nuestro
 tu olvido, el mío, el de ella, el de ellos
 tu cuerpo mancillado, el de todas
 tu cuerpo recuperado, a través de la memoria y la historia, será el
 cuerpo de la mujer eternamente oprimida
 tu rebeldía, tu silencio, sobre el que depositaron la doble ira de atre-
 verte como ciudadana a levantarte y luchar contra la injusticia, y
 osar como mujer a querer un mundo mejor y colocarte a luchar al
 lado de los guerreros.

Esa ira también cayó sobre ti y todas nosotras, mujeres haciendo historia, explícitamente, calladamente, en cada paquete de las madres, en la mirada de las hijas, en cada hijo arrancado del pecho que lo amantaba. Haciendo historia humildemente, en el anonimato.

Las consecuencias de esa ira solo las podremos sanar hablando, recuperando la voz, nombrando, poniendo en palabras una historia que no es la tuya, no es la mía, no es la nuestra solamente, es la historia de siglos de mujeres mancilladas, maltratadas, torturadas para sacar información, y torturadas como ejemplo o solo como botín de todas las guerras.

Si tú recuperas tu voz, tu memoria, tu coraje, si te atreves a enfrentar nuevamente el horror.

Si aún con tanto miedo te animas a mirar a los ojos de los torturadores, que seguro te mirarán tratando de volverte atrás en la máquina del tiempo para que pierdas la voz y solo pueda salir un grito. Pero tú, NO, tú recuperarás la palabra, por vos, por tus hijos, por las mujeres todas.

Pero sobre todo por vos, tu reencuentro con tu antiguo cuerpo, y más que nada sanar heridas de cuerpo y psique que no las ves, no las vemos, pero nuestra memoria se cuela y sangra.

La memoria social se cuela, sabe y no sabe, tiene dudas, ¿sucedió realmente?

Tu voz será lo que le dará cuerpo a tanto dolor.

Tu palabra será la palabra desgarrada de todas las mujeres torturadas en la dictadura. Tu testimonio será el llanto de una historia de siglos de mujer despreciada.

Tu verbo dolorido de mujer será el humilde pero a la vez profundo, desde los orígenes de la historia, desde la profundidad de tu ser, el grito avasallado por los siglos.

Será el aullido que al fin ondeará como bandera para la mujer, la libertad.

Cristina Ramírez

Nací en Montevideo en 27 de setiembre de 1951.

Estudiaba bachillerato en Durazno y estaba embarazada.

Pasé siete meses en el Hospital Saint Bois, donde nació mi hijo. A la semana lo llevaron al Pereira Rossell, y a mí a Paso de los Toros.

Salí el 30 de setiembre de 1974. Me reuní con mi hijo en Montevideo. Las *fuerzas del orden* me otorgaron la libertad vigilada; debí firmar una vez por semana en el Cuartel de Blandengues N.º 1 de Caballería.

Me fui a Venezuela en el año 1977 sin mis hijos, ya que no autorizaron su salida. Allí estudié enfermería y trabajé en esta profesión.

En la actualidad estudio cerámica en UTU. Tengo dos hijos, tres nietos. Soy jubilada bancaria.



Mirtha Montero

La salida

Creo que fue en abril que llegó la comunicación al penal. A mi hermana y a mí nos habían firmado la libertad; gran alboroto y alegría alrededor, abrazos, risas, cantos, tironeos. ¡Qué sensación extraña la de esos momentos! Había llegado la ansiada libertad. Aún hoy cuando lo evoco siento esa angustia, ese querer salir y quedarme, esa mezcla de alegría y tristeza que me tenía rígida y con la boca abierta. Los recuerdos de ese tiempo se amontonaban en la mente: esas vivencias duras y profundas y el sentir que tenía que separarme de mi nueva familia, mi familia del alma, dolía mucho. Y llegó el instante de la salida en pleno invierno. Con el colchón al hombro, lágrimas y respirando profundo, caminamos lentamente por las calles de Paso de los Toros.



Mirtha Montero

Nací el 3 de diciembre de 1939 en Durazno, en el paraje Santa Bernardina. Es allí donde paso mi niñez, en ese lugar mágico cerca del Yi.

Me recibí de maestra y trabajé en escuelas rurales del departamento en cerro del Convento.

Fui detenida y me llevaron al cuartel de Durazno. De allí me trasladan al cuartel de Flores, luego al de Colonia, al de Mercedes y finalmente llevan a todo el grupo a la cárcel de Paso de los Toros.

En la actualidad soy jubilada y disfruto de la familia, hermanos, sobrinos y sobrinos nietos.



Ana Alfonso

Éramos irreversiblemente jóvenes, con el bagaje de cuestionamientos al orden establecido, llenas de ideales y de ganas de vivir.

Estábamos allí con nuestras diversidades y nuestras coincidencias. Descubriendo que éramos hermanas de la vida, seguras de que podríamos cambiar el mundo haciéndolo un lugar más justo para todos.

Por el momento, desconocíamos hasta cuándo tendríamos que vivir en condiciones que distaban de ser justas y agradables, y para lograrlo teníamos nuestra alegría y nuestra creatividad. Sabíamos que cuando nuestra fuerza flaqueaba estaban las compañeras apuntalándonos.

Siempre había alguien que proponía algo para *romper las rejas*: alguna obra de teatro, como aquella en que Olga en lugar de «olor a pecado» dijo «huele a pescado»; las tertulias cantadas con el cancionero de tangos, en las que si no estaban Bocha o Argelia sonaba a cualquier cosa; el recreo con la voz y guitarra de Elizabeth; la revista creada por Pucky, Laura, Graciélita y más, donde algunas vivencias eran humorísticamente graficadas como si fuesen experimentadas por algún famoso; y así millones de cosas.

Desafortunadamente los carceleros también tenían creatividad para cambiarnos las reglas y complicarnos más nuestro cotidiano, como por ejemplo aquel invierno que prohibieron calentar agua para el mate.

¿Se imaginan un lugar muy frío y húmedo donde no existe la posibilidad de tomar algo caliente?

Pues bien, pudimos burlar la orden: un poco con creatividad y otro poco con suerte hicimos un calentador con una lata de leche y alcohol. Ese litro de alcohol nos había acompañado desde el cuartel de San José (lo usábamos para el calentador del baño) y había entrado y salido con Mariel de los cuatro cuarteles a los que nos trasladaron y por último entró al penal de Paso de los Toros.

Cuando muy felices prendimos por primera vez dicho calentador, el olor a pintura quemada que desprendió la lata fue tan fuerte que inundó todo el pasillo. Y sonó la llave en la reja. Una soldado y la enfermera

entraban.... Seguro sintieron el olor.... Vivíamos cuatro en la celda, dos salieron y Negrita sopló fuerte para apagar. Yo, que estaba de cuclillas frente a ella, sentí la caricia de las llamas y quedé con el rostro totalmente depilado.

Increíblemente la guardia no se dio cuenta; habían entrado a dar medicación a una compañera en la celda de al lado.

Al calentador lo trasladamos al baño y funcionó a las mil maravillas mientras duró el alcohol.

Ana Alfonso

Nací en San José el 25 de abril de 1947.

Estudiaba magisterio y trabajaba como maestra realizando suplencias.

Me detuvieron el 15 de mayo y me llevaron al cuartel de San José, donde paradójicamente se había emplazado tiempo atrás el tambo que tuvo mi papá tiempo antes.

Estuve diez meses allí, luego me trasladaron al cuartel de Durazno y de allí a Flores, Colonia, Mercedes durante dos años, y finalmente me llevaron a Paso de los Toros.

Me liberaron en julio de 1976. Volví a San José donde estaba mi familia.

Me casé y tuve dos hijas, Leticia y Melina.

Tuvimos diez años de exilio en Dinamarca. Allí estudié para analista programador.

Regresamos a Uruguay en 1991, mis hijas y yo. Al principio fuimos a San José, donde yo había hecho mis estudios magisteriales y me sería más fácil apoyarlas en la adaptación al sistema educativo uruguayo que difería mucho del escandinavo.

Conseguí trabajo en Montevideo y ahí vivo desde entonces.

En la actualidad soy pensionista y comparto diferentes actividades sociales.



Raquel Bonilla

Flashes y reflexiones

Todos los recreos eran iguales en Paso de los Toros. De mañana, el patio chico, donde el lujo consistía en tomar aire, o frío, en un lugar muy estrecho en que continuábamos con las manualidades o simplemente mirábamos el cielo (el gran lujo de esa cárcel), el cielo de Paso de los Toros (aclaro que después de las 11, porque hasta ese momento la niebla que surge del río no permite verlo), surcado, al menos en mi memoria, por una fauna a la que no estaba acostumbrada en mi ciudad sureña, el San José de mi infancia feliz.

El recreo del patio grande lo compartíamos, por separado, con *las peligrosas* a las que no nos dejaban ver, pero de las que se nos había segregado hacía pocos días no sabíamos por qué, y con las que nos encontraríamos en reacomodos posteriores, sin que tampoco pudiéramos saber el porqué. Siempre es difícil comprender la lógica de quienes no la tienen, pero que sin embargo conservan siempre la coherencia de la maldad y el despotismo.

El patio grande nos permitía otros lujos. Podíamos aprovechar el sol durante esa hora. A veces sentaditas contra la pared, continuando el tema que habíamos comenzado en las celdas o terminando las manualidades que procedían del mismo lugar. Otras, caminando alrededor de la *cancha* de volley.

¡Qué locura esa cancha!, ¡cuántas angustias, cuántos dolores le dejábamos, transformados en gritos de entusiasmo por lograr el tanto para ese cuadro que duraba lo que duraba el partido!

Después del recreo pensábamos en el baño al que solo tenían acceso las que habían elegido el turno de «después del recreo». ¡100 litros para cincuenta personas! Por lo menos a nosotras no nos daban las cuentas. Ni el agua. De manera que tuvimos que hacer turnos, de ocho o de diez personas, en diferentes momentos. Y como tampoco nos daban las cuentas si demorábamos mucho, descubrimos que había que enjabonarse mientras la otra se duchaba (¡brrr, que frío en invierno!), y mientras otra se secaba, una entraba y la siguiente se preparaba. Si alguna vez el

calefón tenía algún problema y no marchaba ese día, llegamos a bañarnos con agua helada en pleno agosto. La ducha era fundamental; el hacinamiento lo requería para conservar la dignidad también a través de la higiene. La mayoría lo estamos pagando con creces en este momento. Otras ya se nos fueron.

Una cosa no tuvieron en cuenta nuestros captores para destruirnos. Tal vez debieron habernos dejado solas, no mirarnos siquiera. Pero ellos insistían...: sanciones arbitrarias, requisas que no eran mera observación de lo que había, en fin... Eran un atropello a nuestra intimidad no solo sacando toda nuestra ropa y pertenencias, sino que las encontrábamos a nuestro regreso pisoteadas por asquerosas botas sucias que tenían en su interior las extremidades de esos pobres seres obsecuentes e insensibles... Destino de los libros requisados (nuestras armas más peligrosas): el fuego. Sin comentario.

Y si alguna desavenencia se había producido entre nosotras por causas del momento, desaparecía al instante, porque teníamos la misma impotencia, la misma rabia. Nos volvíamos UNA.

Hace muy poco tomé conciencia. ¡Parecía tan natural! Durante todo el tiempo de reclusión, tanto en Paso de los Toros, como en los cuarteles, nunca sentí una discusión en la que se alzara la voz. ¡Qué orgullo!

En uno de esos inviernos, pero un día de sol, se anunció «la pandemia». Vino así sin aviso, y nos devastó.

Comenzó por las más vulnerables. Era la fiebre asiática o porcina, no recuerdo exactamente cómo la denominaban afuera. Empezó por las menos favorecidas en salud, pero creo que nadie se salvó. Sobre las bases de hormigón que oficiaban a manera de camas, los colchones ardían por el calor de los cuerpos. Al principio no nos habíamos dado cuenta, pero cuando lo vimos, aquello estaba todo negro y mojado. ¡Qué espanto! Pero ¿a quién le podía interesar eso, si no a nosotros que estábamos salvaguardando nuestras propias vidas? Se actuó rápido. Las que iban quedando sanas demostraban su eficiencia. Corrían, inventaban caldos con un «sum» y alguna cacerolita, con verduras que trajeron los familiares de Paso de los Toros. Verdaderas enfermeras inventadas. Tratábamos de tranquilizar a nuestros familiares. A pesar de nuestro estado, ellos eran nuestra mayor preocupación. Había que hacerles sentir durante la visita, por quienes las recibían, que todo iba a ser controlado.

Nos preparábamos para las visitas como para un baile. Era para nosotras la fiesta máxima. Bien maquilladas, y alguna blusita seleccionada

para que realzara en algo el gris del uniforme. De la cintura para abajo no interesaba. Era necesario que los familiares nos vieran bien. El lugar de la cita eran dos rejas con un espacio en el medio. Y en ese entorno teníamos que comunicarnos. Había excepciones. Los familiares con problemas de salud estaban autorizados a sentarse, mesa por medio. Aparecieron entonces las enfermedades más variadas: problemas de várices, cardíacos, etc. La mayoría, madres, por supuesto. Todo bien documentado. Y entonces sí, nos robábamos unos abrazos apretados. Terminadas las visitas, no era raro vernos con el rimel corrido.

Y cuidado con lo que se hablaba, que no costara una sanción. Las sanciones consistían en quedarse sin visita o sin recreo.

Más de una vez alguna visita que venía de lejos tuvo que volverse porque su familiar estaba «sancionado». Motivo de sanciones: contestarle a la soldado, mirar a las compañeras que estaban en el otro sector si por casualidad nos cruzábamos y, delito mayor, hacerles un gesto, sonreírles...

He aquí un diálogo loco que pudo haber sido motivo de sanción.

—Guardia, ¿puedo lavar el uniforme? (Había que consultarlo.)

—Dice la jefa de guardia que está sancionada por querer lavarlo.

—Ah, bueno, entonces ya que estoy sancionada, lo lavo. Y luego de la siguiente consulta...

—Si no lo lava no hay sanción

Parece mentira, pero así eran esas pobres mujeres disfrazadas de verde aceituna...

Vuelvo a sentir el silbato del tren. Fue el compañero de todos mis días. En esa época, Paso de los Toros era la estación adonde llegaban las máquinas diesel y de ahí hacia el norte, creo que por el estado de las vías, seguían las máquinas a vapor, con un silbato casi de barco. Alguna vez, seguramente sonó durante el sueño. Debe ser por eso que recuerdo aquel en que un crucero partía en un cielo y un mar muy azul. Sí, de alguna manera había que liberarse...

Hace muy poco tiempo encontré a un empleado de AFE de aquellos tiempos. Grande fue mi asombro cuando me contó que pretendían hacernos llegar mensajes, para que con el sonido del silbato nos llegara esta consigna: SE VA A ACABAR...SE VA A ACABAR...Gente de AFE, misión cumplida, GRACIAS.

Las salidas en libertad de las compañeras eran el entusiasmo del penal. Preparar el regalito, ayudarlas a lucir bien para la familia, los amigos, las parejas, si las había. Aprontarse para la canción de despedida... los adioses. «No te olvides de ir a ver a... o si ves a... decíle...». Y cantarles para demostrar nuestra alegría, que era también nuestra esperanza.

Pero un 24 de junio todo cambió. Sí, ahora yo estaba del otro lado. ¡Qué extraño! Ahora éramos nosotras las que nos íbamos, las últimas maragatas que habíamos estado en el penal. Las compañeras nos cantaban *Vivo en un rancho* con la misma alegría de siempre, ¡qué homenaje! Y nada menos que NUESTRO HIMNO maragato.

Verlas detrás de las rejas sabiendo que nos íbamos... fue desolador, desde esa nueva perspectiva.

Creo que es tiempo de echar una ojeada a ese duro pasado para rescatar la riqueza de cada uno de esos protagonistas que no figuran en ningún libro, pero que de cada rincón, del más alejado, del más anónimo, del más humilde y grandioso al mismo tiempo, por su importancia, contribuyeron con una palabra de aliento, con un gesto, con el «buen día» a nuestra familia, con el «saludos a fulanita cuando vaya a verla» o con el «llévale este retacito de lana que es lo único que tengo y a lo mejor le sirve para algo». ¡Y vaya si servía!! O a las amigas que a cada nacimiento nos enviaban las fotitos de sus retoños, y a nuestros hermanos y hermanas que nos presentaban los suyos. Ellos fueron nuestro sostén.

Nos seguimos reuniendo, La primera vez en el centro del país. Dos de nuestras compañeras prepararon el encuentro. El Yi fue testigo.

Emoción, reconocimiento, y nuevamente tiempo compartido. Guitarrada, canciones evocadoras, candombe, murga, que supimos recrear en aquellos días en que esas *locuras* trataban de ponerle color al gris de los días y de los uniformes. Eran momentos en que toda esta música no había pasado a tener la fuerza de la expresión popular multitudinaria que tiene ahora.

Un poco más tarde el pretexto fue dejar impresos los recuerdos, ahora se ha vuelto una necesidad. Disfrutamos un asado, una buseca. La sobremesa es de intercambio, y cuando la discusión comienza a volverse apasionada, una entrada oportuna con una canción de antaño, o una palabra dicha con humor, hace que todo el mundo entienda, se una al canto y recuerde...

La historia continúa, pero ahora miramos hacia delante con otros ojos... desde otro lugar, y con otro horizonte.

Raquel Bonilla



Nací el 11 de febrero de 1945 en San José. Era estudiante de magisterio y profesora de francés en secundaria.

El 14 de mayo de 1972 me detuvieron y me llevaron al cuartel de dicho departamento. Pasé por diferentes lugares antes de llegar a Paso de los Toros: una semana en el cuartel de Durazno, volví al cuartel de San José, pasé al de Flores, Colonia, Mercedes y finalmente llegué a la cárcel de Paso de los Toros.

Me dieron la libertad en junio de 1976. Volví a casa de mis padres en San José, donde debí permanecer un año con libertad vigilada, firmando cada semana en el cuartel, hasta que pude *emigrar* a Maldonado en busca de trabajo, y allí me radiqué.

En 1985, cuando se produce la apertura democrática, vuelvo a secundaria y UTU como profesora de francés.

Tengo un hijo, educador social.

Fui miembro de la Junta Electoral de Maldonado en el período 2004-2009 por el MPP, en el que milité desde sus comienzos y hasta fines de ese período electoral.

Soy miembro de la comisión que trabajó para la compra de la casa del FA de esta ciudad. Participé de la formación del comité Patria Nueva- 4047.



En la actualidad soy jubilada y apoyo al MIDES como voluntaria social en la realización de narraciones y actividades creativas.

Luján Buday

El desfile

Los sueños me han acompañado a lo largo de mi vida y con ellos he dilucidado muchas cuestiones que no he podido ver con claridad en el análisis diario.

Cuando estaba presa soñaba con frecuencia que tenía que dar exámenes de asignaturas que ya había rendido un año antes de *la caída*.

Poco tiempo después de salir en libertad, la gran mayoría de mis sueños eran –y aún son– referidos al período o a la situación de presa.

En 1978, año en que salí, quedé embarazada de mi único hijo. Me enfrentaba así a una circunstancia sumamente difícil, complicada, ya que tenía que adaptarme por partida doble a la realidad de la vida en libertad, y a buscar la manera de sustentar una familia con todo lo que ello significaba, fundamentalmente en el plano económico.

Mi objetivo inmediato era conseguir un trabajo que me diera la posibilidad de acceder a un seguro de salud para poder solventar el parto. Fue así como fui a dar al frigorífico de mi ciudad. Entraba a las seis de la mañana y volvía a mi casa a eso de las cuatro de la tarde. Unos meses estuve en la sección donde hacían los frankfurters y en la de empaque. Pero lo más relevante de mi estadía en el frigorífico fue comparar el régimen disciplinario que rige en una fábrica, con el de una cárcel.

Ambos tienen puntos en común, como por ejemplo, los diferentes niveles en materia de responsabilidades jerárquicas. Convenía no hablar con nadie, pues siempre había algún capataz que estaba pronto para amonestar. En síntesis, había que *marcar el paso*.

Fue así como un día soñé que una banda militar recorría las calles de la ciudad tocando una de esas marchas características de las fechas patrias. Al son de la música y vestidos de verde, los soldados, marcaban el paso con vehemencia. Impresionaba verlos. Un motivo que despertó mi curiosidad, fue ver que en sus cabezas, en lugar de llevar los gorros típicos para la ocasión, tenían puesta una peluca al estilo de una corte inglesa, formando bucles que caían a los lados del rostro –en forma

vertical— con raya al medio y cerquillo. Pero, en vez de ostentar una peluca de material común, usaban una hecha de frankfurters.

Luján Buday

Fui detenida el 29 de mayo de 1972 en el cuartel de Florida (mi ciudad natal). Ahí permanecí hasta julio de 1974, año en que se nos trasladó a la cárcel de Paso de los Toros. En 1977 vacían la cárcel y nos llevan a la cárcel de Punta de Rieles, en Montevideo.

Salí en libertad el 2 de marzo de 1978. A partir de ahí quedo bajo libertad vigilada hasta 1984, lo que significa que durante esos años tengo que presentarme semanalmente en el cuartel.



Como me había recibido de maestra en 1971, en 1985, con la vuelta a la democracia, fui restituida y trabajé hasta jubilarme.

Me casé. Tuve un hijo y disfruto de dos nietas pequeñas.



Elegí esta foto, pues me la sacó Eduardo Mondello, a quien conocí en esa oportunidad y luego no volví a ver.

Estando presa me enteré que él también estaba en el penal de Libertad. Años más tarde, cuando lo liberan lo vuelven a detener y lo torturan hasta su muerte en el Batallón de Ingenieros de Laguna del Sauce, departamento de Maldonado.

Esta foto es un homenaje a su memoria.

Ana Lavecchia

Estoy trabajando en este libro, desde su inicio, en los talleres de la Facultad de Humanidades, donde surge la idea.

Cuando estamos llegando a su fin me propongo escribir, pensar en qué decir de todo lo vivido.

La cárcel de Paso de los Toros,... a veces son recuerdos aislados, otros surgen en cualquier momento, están siempre.

Recuerdo la llegada, el traslado desde el Cuartel de Ingenieros N.º 2 de la ciudad de Florida donde hacía un tiempo largo estábamos.

En ese momento no sabíamos a dónde nos llevaban, el camión, la capucha, el puente de entrada a la ciudad (ese puente que durante años fue mi conocimiento de ella).

El recibimiento solidario y amoroso de las compañeras: preguntaban y preguntábamos.

Esta cárcel fue el lugar, de entre los que estuve, del que tengo recuerdos lindos.

Uno muy especial, muy presente, es la visita de los hijos. Estas visitas eran cada 15 días, un domingo.

Allí pasaban con nosotras todo el día. Esas horas eran las horas de ser madres, cambiarlos, saber cómo era hacerlo, darles de comer (todo un momento), jugar, cantar, contar cuentos, compartir con las «tías».. Cuando se iban era agarrar papel y lápiz para contar a su papá, que estaba en la misma situación, lo vivido, lo poco que había hablado, y mientras escribíamos nos sentíamos papas.

Paso Toro es, más allá de los muros, sus paredes grises, su baño gris....es, las compañeras.

Hoy reafirmamos ese sentimiento cuando nos reencontramos, lo vivimos, lo disfrutamos.

Este libro es por todo eso.

Alguien dijo: «la memoria apunta siempre al mañana y esa paradoja es la que permite que en ese mañana no se repitan pesadillas, y las alegrías, que también las hay en el inventario de la memoria colectiva, sean nuevas».



Ana Lavecchia

Nací el 23 de setiembre de 1951 en Florida. Me casé en 1971 con Héctor Benítez y tuve una hija en mayo de 1972.

Cursaba el preparatorio de abogacía cuando en junio de 1972 fui detenida por el Batallón de Ingenieros N.º 2 de Florida.

Me trasladaron de allí al GIOR y de ahí al batallón de camino Maldonado de Montevideo. Volví a Florida al batallón y de allí me llevaron a Paso de los Toros en 1973.

Salí en 1976 y me fui a mi ciudad con mi hija.

Trabajé en distintas actividades, según las posibilidades que surgían, que eran pocas, dado que debía presentarme al cuartel por estar en régimen de libertad vigilada.

En la actualidad estoy jubilada. Junto a Héctor, compartimos nuestro tiempo con los hijos y los nietos. Disfruto de los encuentros con mis compañeras de Paso de los Toros.



Ana Faedo

La requisa

Preludio

Hacía ya varios días que flotaba algo extraño en el aire del penal de mujeres de Paso de los Toros.

Nadie podía decir a ciencia cierta qué era lo que se sentía, pero todo el ambiente estaba cargado de una imprecisa densidad. Dos días antes se había producido el cambio de guardia de las milicas que estaban en contacto con las presas y el relevo era realmente inquietante. Había llegado «la Chacha», una milica paraguaya que aparentemente era cabo, pero que ya todas las presas sabían que tenía grado de suboficial, que jamás lucía. La troupe que la acompañaba había pasado, al igual que ella, por todos los lugares de tortura, distinción reservada para las milicas de mayor dureza y crueldad. Algo se estaba preparando, aunque nadie podía decir todavía qué cocinaban. A pesar de ser ellas, las de la nueva guardia, las peores milicas de todas las que se habían conocido, se sentían aparentemente muy tranquilas, como esperando algo. Algo para lo que ya estaban preparadas.

Para ese día se aguardaba el relevo de la guardia masculina, la exterior del penal, y todas las presas estaban pendientes de eso, ya que según quienes llegaran se confirmaría o no que se preparaba una nueva ofensiva represiva, tal como todo parecía indicarlo.

A pesar de la gran expectativa que consumía a las presas, la vida rutinaria del penal proseguía con aparente normalidad. Los horarios de labores, de lectura, de los grupos de estudio, los turnos de baño, el reparto de cigarrillos, el vóleibol en el patio del recreo, el reparto de té con leche en polvo y pan con dulce de membrillo de la tarde, y el horario después del *rancho* de la noche, reservado para conversar de las visitas, de los hijos, de la familia, del *cuéntame tu vida*, y del mundo de *afuera* del cual las detenidas tratan de no estar descolgadas, a pesar de los largos años de separación de todo eso que les han impuesto.

El ruido del motor de un vehículo pesado acompañado del de varios más livianos pone a todos sobre aviso. El silencio tenso dentro del penal

duele en los oídos, el miedo eriza los cabellos de la nuca. Ha llegado el relevo de la guardia masculina.

Una de las compañeras de mejor vista, la alegre Perlita, se acerca rápidamente hacia el locutorio de las visitas, desde donde puede observar la llegada de los camiones y ver al oficial que viene a cargo de la guardia. El silencio en el penal es total, tenso, pegajoso, frío, desgarrante.

La compañera que hacía de vigía vuelve con el rostro desencajado y pálido: «Guardia de Artigas, vino Geraldíño». No se necesitan más explicaciones, la conjura se ha cerrado. Ha comenzado una nueva ofensiva. Pocos minutos más tarde resuena por todo el sector izquierdo el grito de la milica encargada de la guardia femenina:

—¡Sector izquierdo! ¡A formar para lista!

Lentamente todas salen de sus celdas y se dirigen a la formación tratando de no perder detalles de todos los gestos y cambios de palabras de los milicos. Geraldíño hace su aparición con paso triunfante tratando de compensar su escasa estatura con un ridículo andar de pasos exageradamente largos para sus cortas piernas. Con actitud estudiada comienza a pasar la lista, mirando detenidamente a cada presa. Ninguna le baja la mirada. La batalla ha comenzado.

Al regreso de la lista, María, Silvia y Julia se reúnen en la celda de Silvia.

—Bueno, en realidad no podemos saber qué es lo que pasa, pero debemos tener las antenas paradas día y noche para ver qué se traen entre manos estos malditos —recomienda Silvia, una de las más jóvenes, con su voz profunda y calmada.

—Recién tendremos visitas dentro de una semana, así que no nos queda más salto que tratar de escuchar todas las conversaciones de ellos y, si se puede, la radio que tienen prendida durante la noche los milicos que hacen la guardia en el techo —reflexiona María en voz baja.

—Yo puedo tratar de escuchar de noche, casi siempre alrededor de las dos de la mañana. Los milicos aburridos ponen la radio un poco más fuerte, por allí arriba de mi celda, y yo tengo muy buen oído —recuerda Julia, pasándose la mano por el cabello enrulado, corto y casi siempre algo alborotado—. Y se los tengo que decir —agrega—, yo siento que se avecina un gran movimiento...

—¡Vos siempre sintiendo cosas! —murmura Silvia sacudiendo la cabeza.

Se separan apresuradamente al sentir los pasos de la milica detrás de ellas, en su recorrido celda por celda para chequear qué ambiente hay en el sector.

El resto del día transcurre en medio de una aparente calma que solo podría engañar a alguien completamente ajeno a esa realidad. El patrullaje de las milicas durante el resto de la jornada se hace incesante, con una frecuencia desusada. Al llegar la hora del toque de silencio y apagarse las luces de las celdas, todas se acuestan en sus cuchetas, aparentemente dispuestas a dormir profundamente. Pero son pocas las que realmente duermen.

Julia, con los ojos cerrados, trata de no dejarse vencer por el sueño que, luego de dos o tres horas de quietud y calor de la cama, amenaza con vencerla. Dos o tres veces se despertó sobresaltada, tras dormirse unos instantes, con el temor de que hubieran sido horas y no minutos.

Oye los pasos monótonos del soldado de guardia sobre el pedazo de techo que cubre la celda de Julia, el amodorramiento avanza cada vez más y lentamente se va perdiendo en un tobogán en el que es muy dulce deslizarse. De pronto algo la alerta, oye muy bajo la voz de un locutor y la música de fondo de una radio que, por fin, el soldado aburrido ha encendido. Haciendo un gran esfuerzo trata de descifrar las palabras que se le escapan por la distancia y el viento de la noche. Reconoce la música de algunas propagandas y cuando ya la atención nuevamente comienza a decaer oye una música que la estremece de pies a cabeza. Es una marcha militar que siempre se ha oído, desde la implantación de la dictadura militar, para hacer anuncios de nuevas ofensivas de terror. Por más esfuerzos que hace para escuchar solo consigue oír palabras sueltas:

«En París... asesinado... subversión... atentado... paz... familia... coronel Trabal... salvar al país»

El resto del comunicado se pierde en los remolinos de viento de la noche que de pronto se hace más fría y silenciosa, como debe ser la selva cuando el jaguar ronda buscando su presa.

Julia siente que la sangre se le hiela en las venas, ahora ya sabe que la ofensiva es un hecho, está pensada fríamente y ya largaron la coartada a la opinión pública para tener las espaldas cubiertas. No podrán

engañar a todo el mundo, eso también lo sabe Julia, pero de todas formas lo intentarán. Ya sabe que no tendrán visitas, lo máspreciado por las presas, por un largo tiempo.

Eso significa la desinformación, o la información reducida a escuchar algún informativo pirata o lograr oír las conversaciones de los soldados de la guardia externa, que por suerte siguen siendo muy indiscretos, a pesar de las recomendaciones de los oficiales en cuanto a que deben cuidar lo que dicen en todo momento.

Le viene a la mente un cartel que logró ver en la enfermería de un cuartel, cuando le sacaron la capucha:

«¡Soldado, cuidado! ¡Las mujeres son las peores!»

Julia se arrebujaba en la cucheta y se acurruca como un feto buscando devolver el calor a sus congelados pies.

Luego de unos instantes de dejar correr su imaginación y evocar recuerdos de todo tipo, trata de dejar la mente en blanco y de encontrar el sueño.

De nada vale darle vueltas ahora a los hechos, solo resta esperar la mañana para poder, junto a las demás, buscar una forma de enfrentar al enemigo a pesar de la evidente desigualdad de recursos.

Cierra los ojos, respira profundamente, se cubre la cabeza con la sábana para evitar la luz del corredor que le da de lleno en el rostro noche tras noche, y se duerme en espera del amanecer.

Fortísimo

Dos días más tarde, sentada en medio del terrible desorden de su celda de dos por tres compartida con otras dos compañeras, después de la más brutal requisa de los últimos tiempos, le escribe una carta a Juan. Una carta que jamás le enviará pero que de todos modos quiere escribirle como una forma de compartir también ese momento de represión y amargura.

Le costó encontrar una lapicera y una hoja de papel en medio del terrible desorden de la celda, pero al fin los halló y se sentó en un rincón de ella a escribir una carta sin destino, aunque tan necesaria como el aire que respiraba.

Recorre con una mirada lenta toda la celda, suspira profundamente y comienza a escribir:

Juan querido:

Te escribo esta carta sabiendo que nunca la vas a leer sencillamente porque nunca te la podré enviar, pero la escribo de todas formas.

Los milicos han dicho en comunicados oficiales que los Tupameros han asesinado en París al coronel Trabal.

En consecuencia, las bestias de uniforme han usado este hecho a todas luces falso para lanzar una gran escalada represiva.

Claro que debe ser cierto que Trabal ha sido baleado, pero los culpables, con seguridad, deben usar el mismo uniforme que él usaba.

Entraron a las celdas como perros rabiosos, agitados, hambrientos, desaforados. Han roto todo.

Se complacieron en hacer pedazos las cosas más queridas para nosotras, las fotos de nuestros hijos, las cartas de los compañeros, los colgantes hechos en hueso que nuestros compañeros nos mandan, todo aquello que lleva tiempo, amor y esfuerzo plasmar con los magros materiales con los que contamos.

Esos regalos que nos alegran la vida y acortan las distancias y que tanto trabajo les cuestan a los familiares sacar del penal de Libertad y luego lograr que entren aquí.

Meses después de hechos, cuando recalán aquí, entran o no los colgantes según el humor del comandante de guardia, y cuando por fin llegan a las destinatarias son recibidos con la algarabía general.

Cada vez que uno de esos «boniatitos» llega hasta nosotras es admirado por todas, pasa de celda en celda, de mano en mano, y nos recuerda que los compañeros están allí, presentes, a pesar de los milicos. Cuesta mucho desprenderse de esos «boniatitos», su pérdida duele doblemente. Recuerdo uno de ellos en especial.

Había entre nosotras una compañera que había sido teresiana. Para ella la religión seguía significando mucho a pesar de haber hecho su opción por «la Orga». Su compañero le había enviado un crucifijo de hueso con incrustaciones de cobre, muy bonito, de verdad. Ella no se lo quitaba nunca, solo para ducharse, en la ducha «de la trinidad», ya que lo hacemos de a tres para ahorrar agua caliente, que de todas formas siempre sale casi fría.

El día que se iba en libertad, luego de cuatro años y medio de prisión, en el momento en que la llamaban para irse, entre los gritos de las soldados y el golpeteo de puertas cerrándose para impedir que nos despidiéramos de ella, y las órdenes de sanción para fulana y para mengana, que la abrazaban de todas formas, y los cantos de despedida –que no podían acallar– ella se sacó el crucifijo en el último momento y me lo colgó al cuello.

Me abrazó llorando y me dijo muy bajito con una voz ahogada por la emoción: «es lo que más quiero, es para ti».

Por todo este significado que poseen es que estas pequeñas reliquias fueron tan buscadas para ser destruidas o robadas durante la requisita.

Estoy sentada en una celda de dos por tres, con una cucheta y una cama de una plaza en completo desorden, sobre las que hay cajas de ropa y de manualidades en total confusión: azúcar, yerba y jabón en polvo desparramado por todas partes, agua de la pileta, que pierde goteando tristemente, y varios buzos mojados y algo más tapando la taza turca en la cabecera de la cama. El panorama no puede ser más desolador.

Las fotos de los niños y familiares rotas, las láminas de paisajes, que pegamos con jabón en las paredes grises, brutalmente arrancadas y deshechas, y en medio de todo este caos estoy yo en una imagen totalmente surrealista, sentada en posición de Buda, escribiendo. Si esto no fuera tan trágico, sería hasta gracioso de ver. Las otras dos compañeras de celda, tiradas sobre el revoltijo de la cucheta, miran el día luminoso que se filtra por la ventana. Nos han dado quince minutos para arreglar las celdas, pero nadie arregla nada. ¡Es tal la bronca que tenemos!

Las milicas se pasean por el pasillo gritando, y haciendo sonar las botas y los palos en las puertas, pero tienen miedo, se siente el olor del miedo saliéndoles por todos los poros. Temen alguna reacción violenta y ellas están de alguna manera encerradas con nosotras, como el domador con los leones, y nunca se sabe lo que puede suceder. Sería estúpido de nuestra parte agredirlas en estas circunstancias, pero igual tienen miedo.

Por ahora ellos tienen las armas y el poder, pero ya llegará el día en que la tortilla se vuelva, y estaremos otra vez en la calle, con la gente que nos quiere apoyándonos, para darles a estas basuras su merecido...

Alguien ha comenzado a silbar en una de las celdas de adelante, parece que es en la diez; eso las pone más nerviosas aún. Si, es en la diez y ya se le suma la nueve. Silban Los Compas del Mameluco, canción hecha por compañeras de la cárcel de Punta Rieles, que llega a nosotras por las compañeras que compartieron con ellas el Hospital Militar. La música es de El Hombre del Mameluco, del Sabalero, ¿recuerdas?

Y en unos minutos todo el sector silba o tararea, de la doce hasta la una. Una compañera pide para ir al baño y al pasar por el pasillo, saltando colchones y cajas rotas, tararea los primeros acordes de la 5.^a Sinfonía que para todas significa: ¡victoria! (a pesar de todo).

Lentamente todas nos ponemos a ordenar. Se salvaron casi todos los libros en sus berretines, eso es bueno.

Algunas todavía putean...

Y se oye, rebotando de celda en celda, una melodía que desgarrar el silencio y se eleva más allá de los muros. ¿La oyes?:

*Los compas del mameluco
 Los de la bocha pelada
 Los que dejamos un día
 Llegando la madrugada
 Descubrimos sus secretos
 A través de sus miradas
 Van cargadas de recuerdo
 de ilusiones y esperanzas
 Mate a mate en cada celda
 Trillando las horas largas
 Y el mar se les hace inmenso
 Y el cielo se les ensancha
 Y el viento trae de lejos
 Lo que estas nubes nos tapan.
 Los compas del Mameluco
 De gorritos y alpargatas
 Andan pensando en nosotras
 ¡Caramba, qué cosa rara!
 Sepan los Neris queridos
 Las brujas también extrañan.
 Y de pronto lo esperado
 En el portón algo blanco
 Trae sobres a rolete
 Dice ONDA en el costado
 Se alborotan los sectores
 Es el correo esperado
 Y corren de boca en boca
 Chimentos de los pelados
 Pero manijas a un lado
 Que hay que seguir caminando
 Y aunque el sendero sea largo
 La luz nos está alumbrando
 Y lo trillaremos juntos
 Aunque nos esté costando
 La semilla dará frutos
 El camino se hace andando*

Tè amo, y aunque no me quedase nada más que lo que no se puede perder en un naufragio, mi cuerpo y mi recuerdo, mis manos y solo lo que llevo dentro de mí, mientras yo viva vivirás en mí.

Hasta siempre. Julia.

Julia ha terminado la carta que quería escribirle a Juan, deja la lapicera a un lado, se levanta del rincón donde había estado sentada, se dirige hacia la taza turca, dobla la carta y comienza a romperla en mil pedazos diminutos, cada vez más diminutos, y los tira lentamente en la taza turca por la que hace correr el agua. Contempla cómo se van por el caño los restos de sus palabras que Juan nunca leerá, pero que tal vez un día ella le contará... Si es que vuelven a encontrarse...

¡Sí, claro que sí, algún día se lo contará!

Luego se vuelve hacia una de sus compañeras de celda que la contempla atentamente y le comenta con una sonrisa:

—¿Te imaginás cómo se va a reír Juan el día que le cuente que le mandé una carta por las cloacas?

Las dos se ríen unos instantes por la imagen creada y luego la compañera acota:

—Capaz que le llega antes que por el correo interno, ¿no?

Todavía con la risa en la cara se dedican de lleno a la tarea de recrear una habitación de la celda arrasada.

Afuera el sol brilla con inusitada claridad.

¿LOBO ESTÁ(S)?

Tú me llamaste y el lobo dormía.

Te escuché en silencio y aún dormía,

Acepté en voz baja y colgué con cuidado:

«Juguemos en el bosque,

Mientras el lobo no está»...

¡Y hace tantos años que quiere jugar!

La primavera bajaba lentamente hasta el arroyo

La tarde en que dejé mi pueblo

Sin volverme para atrás para no oír su jadeo.

Corría detrás de mí con los ojos refulgentes.

Si no miro no me ve, voy pensando
 Y no me vuelvo.
 La nieve de Copenhage me llegaba a la rodilla
 Y el lobo ya no corría, o al menos yo lo creía.
 El olor de una cocina me trajo de vuelta el *rancho*
 Y sentí su jadeo en la nuca y el corazón palpitante.
 Y ya no me abandona aunque se esconda de a ratos,
 Me asalta en las multitudes y los espacios cerrados,
 Rasguña todas las puertas en las noches de tormenta,
 Me mordisquee las tripas cuando veo la polenta,
 Vivaldi y la primavera, me dejan vacía el alma,
 Su aullido horada la noche y quedo jadeante en la cama.
 Yo lo ignoro y no lo nombro y a nadie llamo,
 Y cierro puertas y cierro puertas, pero allí está.
 Tú me llamaste y él dormía o al menos yo lo creía.
 «Nos juntaremos las Brujas, ven que queremos verte».
 Yo te propongo un hechizo para jugar en el mundo,
 Dame tu mano, y la tuya, y la tuya, y haz la ronda
 Comienza a girar despacio, despacito, todas juntas,
 Y cantemos muy bajito, muy bajito y ya más fuerte
 Y más fuerte, y más fuerte y todas juntas
 Para capturar al lobo y podernos liberar.
 «¡Juguemos en el mundo mientras el lobo no está!
 ¿Lobo está?»

Annete Faedo

Hola.

Soy Ana María Faedo Cáceres pero me dicen Anette.
Encontré una foto de pocos días antes de caer presa.
Tenía 24 años. Ya era directora efectiva de la Escuela rural N.º 74.

Estaba casada y con dos hijas de 5 y 3 años.

Hoy tengo 66 años y soy, además de maestra, licenciada en Ciencias de la Educación y trabajo como docente en el IPA.

Dicté Historia de la Educación e Investigación Educativa.



Tengo varias investigaciones y artículos publicados.
Una de mis investigaciones refiere a la educación de las mujeres en las cárceles de la dictadura.

Sigo casada con Jorge Bordone hace ya 48 años.

Tenemos 3 hijos y 5 nietos.

Al salir de la cárcel, el 19 de abril de 1979, me refugié en ACNUR, Brasil.

Me fui sola con mis hijos. Jorge seguía preso.

Nos refugiamos en Dinamarca.

Luego nos reunimos con Jorge en Suecia en 1981.

Allí nació nuestro hijo menor.

Siempre trabajé como maestra y me especialicé en educación de discapacitados.

En 1998 regresamos a Uruguay.

Volví a trabajar como maestra.

En 2000 ingresé a la Facultad de Humanidades y me recibí de licenciada en 2004.



Desde 2005 trabajo en formación docente.

Tomo pocas horas y lo hago porque aún disfruto de mi actividad.

Isabel Gómez

Paso de los Toros

Las primeras referencias sobre esta cárcel las escuché en el cuartel durante los interrogatorios: «¡Te vas a pudrir en Paso de los Toros!» Pero no les prestaba atención. En ese momento eran otras las urgencias: cómo lidiar con el miedo, con el frío terrible de aquel junio del 73, cómo enfrentar a aquellos milicos agrandados con la inminencia del golpe de Estado.

Un año después se hizo realidad la amenaza.

Yo recuerdo aquel día como un gran desgarramiento. Dejaba a las compañeras con las que había caído (con las que se crean lazos tan especiales) y era trasladada con otras que recién empezaba a conocer; de otras ciudades, de otras organizaciones políticas. Sobre todo dejaba mi pueblo, donde estaban mis familiares a mano y podía verlos todas las semanas.

Mi estado de ánimo estaba por el suelo y a veces me he preguntado si fue por eso que la cárcel me impresionó tan mal. Hoy estoy en condiciones de decir que no, que era realmente un lugar horrible. Todo gris: paredes, pisos, techos, puertas. El cemento se te venía encima. Chico, bajo, pasillo angosto y oscuro, muchas puertas con mirillas, rejas, muchas rejas.

Recuerdo que entramos escoltadas por milicos que nos habían hecho desnudar y revisado asquerosamente. Al llegar al celdario vemos un ser todo gris también, pero con remiendos de color en su uniforme que le daban un aspecto payasesco. Nos saludaba con sus ojos chispeantes. Entonces no te conocía, Malena. ¡Qué pinta de loca tenías! Claro, nosotras todavía conservábamos la ropa de calle.

Para mí fue el colmo: un lugar horrible y lleno de locas.

Estuve en un estado de negación y rechazo como una semana. Solo abría la boca para decir «¡esto es horrible!» y no aceptaba que nadie me convenciera de lo contrario. Las compañeras con las que había llegado se empezaron a integrar y de a poco fui recuperándome. Empecé a ver... a oír... ¡allí estaba la diferencia!: las compañeras.

Empecé a ver la luz y sentir el calor de un montón de «fueguitos» como dice Galeano, chisporroteantes unos, otros serenos, algunos medio apagaditos. A todos agradezco que alumbraran mi cana.

El lugar físico

No sé si lo hicieron adrede o si se gastaron plata en otras cosas y les quedó mal hecho.

Pero era un sitio lúgubre. Los techos tenían graves problemas que nunca pudieron solucionar, ¿o no quisieron? Cuando llovía un poquito más de la cuenta se formaban enormes goteras por donde caía agua sobre las camas, que no podían correrse porque estaban pegadas a la pared y además no había lugar a donde moverlas. Poníamos unos náilonnes y hacíamos una carpa encima de las cuchetas con caída hacia baldes o palanganas.

Un día en el que teníamos todo este despliegue llegó una visita de la Cruz Roja. El comandante trataba de minimizar la carpita y las palanganas. Uno de los visitantes sentenció: «es una pecera humana». Nosotras contentas por el reconocimiento y el comandante haciéndose el distraído.

El hacinamiento era impresionante. En celdas ya pensadas de pocas dimensiones, habían duplicado y en algunos casos triplicado el número de habitantes. Existía poca ventilación, ventanillas que se abrían en un ángulo de 35°.

El piso y las paredes era muy húmedos, supongo que también por problemas de construcción. Los días de humedad se empapaban, ¡y eran tantos los días húmedos en Paso de los Toros!

Allí se sentía el frío y el calor con intensidad. En verano aquel cemento se calentaba y esto, unido a la poca ventilación, hacía que se formara un vaho caliente y asfixiante.

Además las milicas tenían la orden de obligarnos a mantener puestas las camisas del uniforme. Era importante para ellos que la tonalidad gris no se rompiera por ningún motivo. Nosotras nos ingeniábamos para poner toques de color por todas partes. Colgábamos *bolsilleros* de color hechos con arpillera y retazos de colores, y *guriseros* (cartulinas de color con fotos de gurises queridos: hijos, sobrinos, hermanos). Elegíamos camisas o buzos coloridos para que en las visitas asomaran debajo del uniforme. Así alumbrábamos un poco nuestros rostros, que con la mala alimentación y el encierro iban tomando también un tono grisáceo.

Visitas

Un día en el 76 me llamaron para la visita del abogado. Era el gordito Gilomen, abogado de oficio, milico. No tenía ninguna novedad, no pasaba nada con mis papeles; ¿a qué vino?, me preguntaba. De repente de entre sus carpetas cae al escritorio una foto de mi padre en la que lucía pálido y demacrado (estaba enfermo de una úlcera estomacal). Yo no pude retirar mi vista de la foto. Cuando el gordo vio que me había impactado, agarró la foto y empezó a hablar de mi padre, que era tan bueno, que sufría tanto y que estaba tan enfermo y bla bla. Recuerdo siempre la angustia con que salí de aquella visita, convencida de que mi padre se estaba muriendo. Pensaba: ¿lo habrán torturado a él contándole lo mal que lo pasaba su hija presa? Eran realmente instrumentos de una política de destrucción psicológica. Por suerte mi padre fue operado y vivió muchos años y pude compartir con él la última etapa de su vida.

Visitas de niños

Una vez al mes, con el arribo de la excursión del norte del país llegaba a nuestro *pozo* la alegría, la gracia, la luz de los niños. Pasaban de la mañana a la tarde con nosotras. Yo era de la idea de que no había que invadirlos y los miraba de lejos hasta que ellos, con sus juegos o curiosidad, me regalaban, a veces, sonrisas, besos o preguntas, que atesoraba. Tengo un recuerdo tan nítido de estos chiquilines que hoy son hombres y mujeres...

Recuerdo a Raulito, el hijo de Raquel, con aquella mirada dulce e inteligente, como su madre. Tenía un lenguaje tan desarrollado para sus pocos añitos que nos asombraba. Inolvidable el desparpajo de las hijas de Anette, que increparon a la milica que les abría las rejas: «¿Por qué tenés encerrada a mi madre? ¿Sos vos la que no la deja salir?» ¡Por Dios qué lindos eran!

Los hijos de las compañeras de Paso de los Toros iban casi todos los días. Antonina, recuerdo sus carcajadas jugando con su madre y sus mejillas siempre rojas. Adrianita, que desviaba la charla con mucha gracia cuando se le preguntaba por su padre también preso. No podía o no quería hablar de eso. Y el Peque, revoltoso, que un día dijo: «Yo no me voy a casar ni un día».

Yo temía por la salud psicológica de estos chiquilines, pero parece que era tanto el amor que encontraban, en ese sitio oscuro y gris, que lo recuerdan como una linda experiencia.

Viaje

Viajábamos a Montevideo de particular para ir al juzgado, con milicos también de particular y guardia armada.

Ya habíamos hecho los trámites, veníamos mi compañera con seis y yo con ocho años de pena encima. Llegamos a la estación Central y de pronto una milica abre una especie de placar que había en una habitación más grande. Cuando entramos allí no podíamos creer lo que nos estaba pasando: el estupor, la impotencia, fueron increíbles cuando la milica cierra la puerta con llave y nos quedamos ahí paradas, a oscuras, junto a un montón de paquetes. Primero echamos sapos y culebras sobre las milicas de mierda que seguramente habían ido de compras o a visitar algún novio. Después no podíamos parar de reírnos de la situación tan estrafalaria en la que nos encontrábamos. Ahí pasamos horas.

¡Qué soberbia la de los milicos en ese 76, que hasta la última de las milicas nos veía como cosas fácilmente depositables en un guarda bultos!

Convivencia

Aun hoy me asombra la manera sabia con la que encaramos la convivencia, al menos en el sector izquierdo, donde yo estuve. El hacinamiento y condiciones precarias en las que vivíamos provocaban una total falta de intimidad. Uno iba al baño o se duchaba siempre rodeada de varias personas. Era imposible estar a solas. Estaban las condiciones dadas para el surgimiento de conflictos. Sin embargo tuvimos siempre una intuición maravillosa para resolverlos. No recuerdo momentos de gran tensión ni agresividades por problemas de convivencia. Éramos respetuosas de las reglas que establecíamos por consenso, respetábamos turnos, etc. Elegíamos actividades que favorecían nuestra salud mental: trabajo creativo haciendo manualidades, lectura recreativa o estudio en grupos.

La mayoría de las compañeras pertenecían al MLN, éramos muy pocas las que proveníamos de otras organizaciones: PCR, ROE y PC.

Después del 76 llegaron más compañeras del PC.

La actitud de las compañeras del MLN respecto a las que caímos por otros grupos no era homogénea. Había un grupo más cerrado con el que teníamos una excelente relación a nivel de convivencia, eran solidarias, cálidas, pero no existía relación política. El otro grupo era mucho más abierto y se produjo entre estas compañeras y nosotras un intercambio muy fecundo que nos enriqueció a todas. Esta, creo que resultó una experiencia muy positiva de superación del sectarismo; sin embargo, por lo que yo he podido saber no fue muy frecuente ni dentro de las cárceles ni en el exilio.



María Isabel Gómez

Nací el 25 de diciembre de 1950.

Composición familiar: divorciada, dos hijos y dos nietas.

Breve derrotero desde que salí de la cárcel: tres meses con libertad vigilada en Mercedes.

Me traslado a vivir a Montevideo, donde sigo presentándome durante casi 2 años.

Trabajo en Edde S.A. (fábrica de confección de prendas de punto), Genis y Lampert S.A. (compra y venta de electrodomésticos) y en jardín de infantes y guardería Despierta y Canta.

En 1985 me acojo a la ley de restituidos y comienzo a trabajar en Educación Primaria como maestra, hasta que me jubilo en el año 2003.



Graciela Castillo

Paso Toro

No recuerdo cómo llegué a la cárcel de Paso de los Toros. Sé que fui trasladada desde el cuartel de Mercedes, pero no tengo ningún recuerdo de cómo salí del cuartel, ni con quiénes, así como tampoco del momento de la llegada a la cárcel, ni de la primera impresión una vez que entré al celdario, nada.

Por eso entiendo cuando Lilián dice que no se acuerda del traslado de Paso de los Toros hacia Punta de Rieles. Y recurre a nuestra memoria y pregunta: «¿Con quién viajé? ¿Alguien se acuerda si iba conmigo?» Y alguna puede contestarle, ibas en tal camión, o en el ómnibus, esposada a fulana, etc., etc., pero no es lo mismo el recuerdo de los otros.

Sí tengo muy presente la madrugada en que nos trasladaron desde Paso de los Toros hasta Punta de Rieles. Todavía puedo ver la luna enorme, y los perros sobre el techo de la cárcel.

He oído muchas veces los cuentos de las compañeras acerca del trato que recibimos al llegar al EMR N.º 1 (Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 de Paso de los Toros), del manoseo cuando nos revisaron, que las milicas esto, o esto otro. Pero no es lo mismo que te cuenten algo que te ocurrió, si no te acordás. Es como si le hubiera pasado a otro. Es curioso cómo actúa la memoria. Porque recuerdo perfectamente algunas cosas que nunca ocurrieron, o por lo menos solo ocurrieron en mi cabeza.

Durante la etapa de la tortura en el cuartel de Colonia, tuve algunas alucinaciones. Supe que fueron alucinaciones en algún momento posterior, pero quedaron grabadas en mi memoria como recuerdos de sucesos reales y hasta ahora puedo evocarlas como si se tratara de un recuerdo igual a otros.

Hay gente que recuerda ordenadamente los hechos; yo —en cambio— tengo como flashes de diferentes momentos, fotos. Escribo lo que recuerdo hoy, pero sé que es distinto de lo que hubiera escrito hace unos años, y seguramente los cambios seguirán sucediendo. Este relato es provisorio, por lo tanto, y por supuesto, personal, aunque el plural se

cuele por todas las líneas, ya que la experiencia de la prisión se trató de «nosotras» y de «ellos».

Llegar a Paso de los Toros fue –en primer lugar– no estar más en un cuartel. En el cuartel había pasado la etapa de los interrogatorios, es decir, la tortura.

Tal vez el cambio de lugar me diera la ilusión de un cambio de situación. Pero un día se presentó el mismo Gavazzo –quien había estado en el operativo del cuartel de Colonia– a interrogarme en la propia cárcel –no solo a mí–. Me recordó, además, que podía sacarme en cualquier momento y llevarme adonde él «trabajaba», así lo dijo. «¿Trabajo?» Todavía tengo casi intacto el recuerdo de la sorpresa por semejante expresión aplicada a sus actividades.

Más allá de eso, la relativa privacidad que ganábamos (con relación a la vida en los cuarteles) posibilitó la profundización de los vínculos con las compañeras, las heridas que traíamos se irían cerrando. Y la ayuda de muchas acompañaría un proceso de superación difícil, largo y permanente. Al salir de los cuarteles, las crisis eran inevitables; yo tuve oportunidad de recuperarme y ayudar a otras que llegaron después. Pero las crisis seguirían ocurriendo, en diferentes momentos, como etapas del transcurrir del tiempo y el desarrollo individual.

Y así unas a otras nos íbamos sosteniendo en una práctica cotidiana. La convivencia en condiciones de hacinamiento potenciaba cualquier problema que pudiera presentarse: diferencias políticas, la propia situación de encierro, la separación de la familia, la incertidumbre con respecto al presente y al futuro. Sin embargo, teníamos la intención firme de no dejarnos superar por las características de la prisión.

Hoy me resulta difícil pensar en las dimensiones de las celdas, del patio, cuando éramos aproximadamente 60 mujeres con un solo baño. Sin embargo, convivíamos dentro de las reglas que establecíamos nosotras mismas, amén de las que nos eran impuestas.

Existían las reglas que ponía la prisión, pero esas no eran importantes para nuestra vida como sí lo eran las que nosotras establecíamos. Para bañarnos, por ejemplo, hacíamos turnos. De todos modos, siempre había unas cuantas interesadas por turno. El grupo se desnudaba dentro del baño, para ir pasando cada una rápidamente por el chorro de la ducha y aprovechar al máximo el agua caliente a efectos de que alcanzara para todas.

Cada día organizábamos los diferentes turnos. Había gente que tenía sus preferencias y formaba prácticamente un plantel estable: el primero de la mañana o el último turno de la tardecita. Tal vez representara una prolongación de los hábitos de la vida de afuera aquel baño de las primeras horas de la mañana, previo a la ida al trabajo, o, por el contrario, el de la noche, que deja atrás la jornada. Había quien prefería bañarse después del recreo, o las que resolvían a último momento. Porque muchas veces se oía el grito en el pasillo: «Sobra un lugar en el turno de baño». Y enseguida otro grito respondía: «Va fulana». Nos causaba mucha gracia cuando el grito decía: «Va Dora», porque sonaba como el nombre de un conocido personaje militar de la época, que por supuesto no teníamos derecho ni a mencionar. Entonces nos tomábamos esa pequeña revancha y sonaba a voz en cuello sorprendiendo a la guardia que estaba atrás de la reja de entrada. Cuando aparecía Dora, chancleteando por el pasillo rumbo al baño, la guardia ya tenía todos los elementos para hacerse la composición de lugar. Si se olvidaba del asunto, o terminaba en una sanción —por faltar el respeto o vilipendio o vaya a saber qué— ya no dependía de nosotras. Era un riesgo, pero el ejercicio de la libertad impone riesgos, y en la cárcel, una broma podía transformarse en algo peligroso. Eran tiempos difíciles.

El humor era una válvula de escape. A veces surgía espontáneo, simple; otras, mordaz o elaborado en representaciones colectivas que debíamos organizar clandestinamente. Y no podíamos divertirnos por impedimento de la propia reglamentación del establecimiento, pero también, en muchos casos, por nuestras propias limitaciones. A veces ganaba el miedo, o sentimientos negativos que nos iban empujando al aislamiento. Por lo tanto el humor muchas veces fue una búsqueda consciente, una conquista, y, aunque suene excesivo, un acto de resistencia.

Cuando llegaban compañeras nuevas, les preguntábamos —entre muchas cosas de orden práctico— acerca de sus preferencias de horarios para ubicarlas en alguno de los turnos de baño.

Me acuerdo cuando vino la gente de Treinta y Tres y una de ellas me dijo algo como: «Si hay lugar, me incluyo en el segundo turno de la mañana, porque prefiero bañarme después de haber movilizad el intestino». Me sorprendió la explicación. Después, con el transcurso de los años, muchas veces encontré ese comportamiento metódico aplicado a muchas cosas, un sistema de racionalizar los recursos y también de expresarlo casi en forma didáctica que caracterizaba a algunas compañeras.

Todo se expresaba con palabras, los recuerdos, los cuentos de la visita, las posiciones políticas. Cuando sonaron acompañadas de la guitarra, las palabras fueron canciones, y en la voz generosa de algunas compañeras atravesaron muros y tiempos hasta calentar nuestros corazones todavía hoy.

Con palabras estaban escritos los libros que nos permitían trascender la realidad cotidiana. Fuimos cabras y corderos en el entusiasmo de *El Retorno de los Brujos* y en nuestras celdas se acomodaban los Karamazov junto a los Aureliano Buendía, mientras alguna mirada se perdía por las callecitas del París de Víctor Hugo, y en *La Tienda de los Milagros* Pedro Archanjo cebaba mate para que la aguja no interrumpiera nuestra labor sobre la arpillera.

También las palabras revelaban el análisis de los hechos, y hasta ocultaron los hechos, en ocasiones. Palabras para nombrar, palabras para callar.

A veces, la prisión me sugiere esa serie de muñequitas rusas –las matrioskas– que se van descubriendo una dentro de la otra y así sucesivamente. La situación de estar presas trajo aparejada otras situaciones y otras...tanto a nivel individual de cada una de nosotras, como también en nuestras familias.

Los días de visita eran los sábados. La familia tenía que trasladarse cientos de kilómetros para unos minutos de posible encuentro. Pero podía ocurrir que al llegar se enterase de que una sanción ocasionaba la suspensión de la visita.

Mis padres, mis hermanos y yo vivíamos en Carmelo con mi abuela. Desde que ella se enfermó de una grave afección cardíaca, su vida se limitó tanto, que casi no podía salir de la casa. Ni a misa podía ir, y, sobre todo, «nada de disgustos» había indicado el médico. Por supuesto que cuando a mí me llevaron presa nadie se lo dijo a la abuela. Tampoco cuando mi hermana tuvo que huir a la Argentina. Y mis padres, que nunca salían a ningún lado, se transformaron en los más entusiastas excursionistas de fin de semana: cada sábado ubicaban a los hijos chicos con quien pudieran y se largaban. Era día de visita.

Puede ser que mi abuela no haya sospechado nada. Puede ser que haya creído que la delgadez de mi madre se debía a que, por fin, había encontrado una dieta exitosa para bajar de peso. Es probable que nunca haya pescado un tramo de conversación inquietante en un pueblo donde

se produjo una razia que abarcó a tanta gente. Es posible que pensara que habíamos tenido tanta suerte, que justo mi hermana y yo habíamos viajado a Buenos Aires y estábamos siguiendo nuestros estudios con alguna nostalgia, pero con total seguridad.

Pero también puede ser que, frente a la verdad descubierta y no queriendo estropear la esmerada puesta en escena de la familia, haya preferido entonces quedarse en ese mundo particular y anacrónico donde la colocó la demencia y así finalmente le evitó a todos –tan católica como era– si no la piedad, al menos la mentira.

La aparición de un preso en la familia, o más de uno, como se dio en tantos casos, generó muchos problemas en su entorno, pero apareció también la capacidad de enfrentar esas dificultades. La enorme trama solidaria que fueron tejiendo las familias llegó a ser también una muñequita rusa de esta serie dolorosa, aunque sin duda llena de esfuerzo y capacidad de resistir.

Paso de los Toros era una cárcel gris y opresiva, pero no teníamos una vigilancia permanente en las celdas, y había cierta libertad de circulación en el celdario. Eso nos daba algo de privacidad, que contribuyó al desarrollo de relaciones no tan condicionadas por el espacio de la celda.

Yo llegué a Paso de los Toros en 1974, la mayoría estaba desde 1972; a la luz de todo el tiempo que transcurrió después, se puede decir que recién empezaba la etapa carcelaria.

La tortura y la perspectiva de pasar muchos años en prisión, o vaya a saber qué cosa, habían perturbado a algunas compañeras. Aparecía (otra muñequita rusa) la locura. No sabíamos cómo encarar ese problema, pero de alguna manera lo hicimos, charlando, leyendo algún libro con ellas, en fin, intentando romper el aislamiento que iban creando. Me acuerdo del término *bancar*, que podría interpretarse como darle sostén al otro, aguantarlo en una situación difícil, y se aplicaba a ese tipo de relación.

Sin embargo, en algún momento desterramos esa palabra, entendiendo que en las relaciones todas las partes aportaban lo suyo, y aun la compañera en peor condición era capaz de dar algo. Otra vez la palabra, ese mundo del lenguaje donde jugamos tantas batallas. En ese espacio acotado de las paredes de la cárcel parecía que todo podía ser abarcado por nuestra mirada y que nuestra voluntad de hacer y ser mejores todo lo podría.

Todos los problemas que se generaban podían ser objeto de análisis, todas las relaciones, las emociones, los conflictos entre las personas, las crisis interiores, los afectos, el sexo, los valores, todo parecía estar regido por cierto orden que nos resultaba conocido y casi previsible, o por lo menos, abarcable.

Las primeras habitantes de Paso Toro fueron todas del mismo grupo político, después fuimos llegando otras. Todas nos recibieron con enorme afecto, pero algunas, sin tener en cuenta el origen político establecieron una relación con la más amplia y abierta discusión sobre cada uno de los temas, en una relación absolutamente igualitaria que surgía de las mismas condiciones de existencia.

La experiencia que dejó esa relación, abierta y afectuosa e igualitaria, es otra muñequita rusa.

Sin embargo tampoco nos abandonan otras vivencias; la muerte de compañeras, la presencia de la delación.

Todo ha pasado, pero aun así, todo ha quedado dentro, más allá de nuestra voluntad de recordar u olvidar.

Cuando nos juntamos hoy con las compañeras de Paso Toro ya no somos las mismas, en algún sentido, pero también seguimos siendo aquellas jóvenes presas.

Estas mujeres grandes, que somos en el presente abuelas, madres con una vida a cuestas, de preocupaciones normales, de trabajo, de vida de familia, estas mujeres con quilos de más, con canas, con arrugas, estas mujeres mayores nos despojamos –por momentos– de las peripecias familiares, de las historias de pareja, de los avatares económicos, de los problemas de los nietos, de los hijos que emigraron, de los hijos enfermos y hasta de los hijos muertos, de los padres que están demasiado viejos y de los que ya no están. Las voces se multiplican en anécdotas desordenadas, superpuestas, y la memoria emerge, fragmentaria, torpe, incompleta, inevitable.

No fueron relaciones idílicas durante la cárcel, no lo son ahora tampoco. ¿Qué aprendimos? Me lo he preguntado muchas veces, no lo sé. Seguramente aprendimos diferentes cosas cada una.

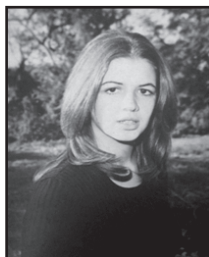
Paso de los Toros fue una cárcel que se cerró en septiembre de 1977, y la totalidad de las presas fuimos trasladadas a Punta de Rieles. Partimos llenas de incertidumbre, pero también con algo de alegría por dejar una cárcel deshabitada. Lo que no sabíamos era que la cárcel sería

reabierta como lugar de «retención» de presas políticas que tuvieran la libertad otorgada. El propio régimen militar que les había dado la libertad consideraba que no estaban lo suficientemente recuperadas y debían seguir presas, debido a medidas especiales de seguridad. Así funcionaba.

Pero la cárcel de Paso de los Toros, como cárcel de retención, también se cerró un día. Y hubo una única habitante, que pasó esos días previos completamente sola.

Difícil imaginarse la soledad de la cárcel en esos últimos momentos, una mole de cemento gris, con su laberinto de celdas, grandes y chicas completamente vacías, Mary lo vivió —en su condición de retenida—; fue la última en salir de Paso de los Toros. ¿O fue Luisa?

Graciela Castillo



Vivo en Montevideo, estoy casada, tengo dos hijos y una nieta.

Nací el 9 de octubre de 1954, me llevaron presa en enero del 74 y salí en julio de 1981, siete años y medio más tarde.

Después de diversos emprendimientos, que no se mantuvieron en el tiempo, me llegó la oportunidad de un trabajo estable.

Gracias al apoyo de la familia, empecé a trabajar en un tema desconocido y novedoso para mí: comercio exterior.



Marigen Lilena Consiglio

Creo que es difícil escribir, no es lo mío. Uno tiende a recordar lo mejor de cada una. ¿Para qué recordar todo aquello que tanto daño te ha hecho? Claro que mis recuerdos están indisolublemente unidos a mi compañero. Nos arreglamos muy jóvenes, él tenía 20, yo 17. Estábamos estudiando, nos casamos, no terminamos nuestros estudios. Teníamos otros objetivos: hacer la revolución. Eran tiempos de efervescencia. En el 68 las luchas estudiantiles estaban en su apogeo, la revolución cubana, Camilo Torres que toma las armas y se va a la montaña a luchar por su pueblo, la muerte del Che en Bolivia. Todo esto nos inducía a engancharnos en cuanto acción política se presentara. Nos sentíamos comprometidos con el momento histórico.

Los domingos salíamos a hacer trabajo de concientización, salíamos a hablar con la gente, éramos ingenuos, idealistas.

Mi familia estaba compuesta por mis padres, mi hermana y una tía a la que adoraba. Mi madre fue una trabajadora que nos quería ver progresar, estudiar, tener una vida digna. Nunca nos faltó nada, más bien nos dieron demasiado. Con mi compañero nos llevábamos bien, éramos felices, nos comprometimos juntos con el MLN-Tupamaros, una opción que tomamos a conciencia. Por supuesto que estábamos a contrapelo respecto a nuestras familias. En realidad fue Edgar, mi compañero, quien me mostró el camino. Yo pasaba por la vida sin ninguna trascendencia. Más adelante quedé embarazada, decidimos irnos a Salto y tuvimos dos hijas, Adriana y Melisa. Pasó el tiempo. El propio accionar de la organización y el vivir en un pueblo chico hizo que fuéramos de los primeros en caer presos, allá por febrero del 72. No se había dado el golpe. Bueno, esto es un decir porque el gobierno de Pacheco Areco se caracterizó por la aplicación sucesiva de medidas prontas de seguridad. Eso era algo que le permitía al gobierno incurrir en todas las violaciones a los derechos de las personas con el consentimiento de los parlamentarios.

Nuestras niñas tenían tres y dos años de edad. Quedaron con mis padres, mi hermana y mi tía. Nosotros marchamos al cuartel con los milicos, porque a pesar de no haberse dado el golpe aún, la jueza de turno, Thevenet, que estaba en connivencia con los milicos, fijó despacho

en el cuartel y allí nos interrogó. Fuimos a dar a la cárcel de Salto, frente a la plaza Treinta y Tres, en un edificio ruinoso. En la parte de las mujeres, ubicada frente a donde se encontraban los presos distinguidos (léase aquellos que no eran unos pobres diablos), había dos habitaciones, una taza turca (es decir, un agujero donde hacíamos nuestras necesidades) y un patio. En una habitación estaban las presas comunes: había prostitutas, proxenetas, asesinas de sus hijos recién nacidos y, por supuesto, ladronas. Había hasta una iluminada por Dios, una mano santa que con su poder *sanaba*. Así mató a un muchacho. En la otra habitación estábamos las tupas, éramos tres. Más tarde cayó una *bocamaro*, o sea alguien que se pasaba diciendo que conocía a tal o cual tupa y así cayó. Graciela, Mary y yo pasamos tres años allí y recibíamos la visita de nuestros hijos. Durante un tiempo la proxeneta trató de poner a las otras comunes en contra de nosotras. Quiso tener el gallinero bajo su mando pero no lo logró. La comida era horrible, unos fideos flotando en agua sucia. Nuestras familias nos traían la comida. Era así de mala la comida porque los carceleros se robaban la carne y las verduras. Dejaban los huesos y los nabos.

Nos entreteníamos tejiendo, leyendo y haciendo palabras cruzadas colectivas. Los compañeros hombres estaban en el mismo lugar, más abajo. Las niñas pasaban un rato conmigo y otro rato con el padre. Melisa era aguerrida. Un día se paró delante del carcelero y le dijo: «¿Cuándo vas a soltar a mi madre?» Adriana era más introvertida, fue la que más sufrió, creo.

En el 75 nos llevaron a Paso Toro, habíamos pasado a la *justicia* militar. El viaje no lo recuerdo, tengo mis defensas. Los hombres pasaron a Libertad, el penal de hombres. En Paso Toro era todo más reglamentado, pasamos a depender de los milicos.

El celdario era gris, franqueamos una reja, otra reja... Estaban las milicas, género femenino no quiere decir dulzura, quiere decir ensañamiento, porque primero las pisoteaban a ellas y ellas a nosotras. Los milicos son así, cada grado va pisoteando al anterior hasta llegar a nosotras, las *pichis*. con nuestra doble condición de ser mujeres y ser guerrilleras.

Pasamos a tener un aislamiento total con respecto al mundo de afuera. No nos permitían diarios, radios. Los milicos que hacían la guardia en el techo escuchaban la radio, y alguna palabra suelta podíamos captar. Así nos enteramos de que había compañeros afuera que aún luchaban.

Después supimos que esa sucia treta fue montada para justificarse frente a EE.UU. ya que estos estaban por negarle al gobierno militar la ayuda monetaria que le prestaban. Con la captura de los compañeros del PVP justificaban la necesidad de seguir accionando, cometiendo crímenes. A veces podíamos rescatar de la basura algún pedazo de diario y así leer entre líneas, lo demás lo conjeturábamos.

Retención

Durante el gobierno del tristemente famoso Pacheco Areco comenzaron a implementarse las medidas prontas de seguridad, allá por el año 1968, en caso de conmoción interna o externa.

Cuando me dieron la libertad, en el año 1978, justo acababan de llegar a Punta de Rieles las compañeras del Fusna; era invierno.

Me llevaron al calabozo, no me dieron ropa de calle, no me dio tiempo de alegrarme. Nos pusieron unos ponchos a mí y a una compañera muy joven, y también esposas.

Nos acompañaban un capitán y una soldado femenina. Fuimos en tren, de Montevideo a Paso de los Toros. ¡Oh! sí, volví a ese lugar bien conocido por mí. Habían pasado 10 meses nada más desde que habíamos abandonado el Establecimiento de Reclusión Femenino N.º 1, ahora «de retención».

Durante el viaje, sentadas en aquellos vagones memorables, el capitán iba leyendo el diario.

Yo me atreví a pedirselo para hacer lo propio. Él consintió diciéndome: «Recordalo para cuando se dé vuelta la tortilla». Me reí, ¡qué frase aquella! La gente nos miraba, nosotras mostrábamos las esposas.

Llegamos. Había muchas compañeras, algunas conocidas otras no. No logro discernir cuál era el criterio para la selección. A mi familia le dijeron que yo era «peligrosa». En el expediente éramos diez. Otra compañera y yo fuimos las elegidas para tan merecida sanción.

Por esa época mi compañero fue puesto en libertad e iba a verme. Llevaba a nuestras hijas. Cuando él llegaba decíamos: «Ahí viene nuestro esposo». Era el único, «el Egarito».

Al comandante al frente del establecimiento ya lo conocíamos, Siemeone. Ahora era menos amable. Recuerdo siempre su prominente carretilla. Estuve 18 meses, lo que completó 8 años, 3 meses y 11 días de

PRIVACIÓN DE LIBERTAD. Estos 18 meses no figuran en el legajo institucional.

Un día me llama Simeone y me informa que a Edgar lo tenían preso nuevamente. Dijeron que estaba comunicado con el comunismo internacional. En realidad se movía para conseguir que algún país nos recibiera como refugiados. Después de estar un año empezábamos con mayores especulaciones, volábamos.

Los días de retención son iguales a los de reclusión, solamente que aún más desesperanzadores. Se sabe que todo depende de la arbitrariedad, si es que podemos establecer categorías.

Recuerdo a dos compañeras que cantaban muy bien, Zulema y no recuerdo el otro nombre. Alegraban nuestros días.

Los lugares de retención eran diversos, los cuarteles, Carlos Nery... Sé de una compañera que permaneció *retenida* cuatro años.

Las visitas de las niñas cumplían los requisitos. Una vez dejaban entrar a una, en la próxima, a la otra. Encontraban allí un motivo para impedirlo: tenían piojos.

El viaje desde Salto era terrible: salían a las 12 de la noche, arribaban a Trinidad a las 4 de la mañana; allí a esperar hasta las 6: 30 para llegar a las 7 y algo a Paso de los Toros. Hacer tiempo para estar a la hora de visita. Edgar dejaba a las niñas e iba a presentarse al cuartel. Esto si entraban las dos, si no dejaba a la que no entraba en casa de Lita, mamá de Inés. Mi agradecimiento es infinito a esta maravillosa persona.

Llegó el día en que me dieron la libertad. Fue mi madre a buscarme. A ella le avisaron que lo hiciera. Se ve que Edgar no era de fiar.

Estamos bien. En julio de 2017 cumplimos 50 años de casados. Bueno, con ese intervalo de 8 años, nos tuvimos que conocer nuevamente.



Lilena Consiglio

Nací el 25 de mayo de 1947.

Mi familia está compuesta por mi esposo, tres hijas, seis nietos... ninguno de los cuales vive en Uruguay, todos en España.

Estoy jubilada; milito en el comité del barrio. Hace 23 años que soy secretaria de Finanzas de la coordinadora Ñ.

Me gusta leer, es mi mayor entretenimiento.



Cecilia Buschiazzo

Recuerdo

No me gustaba y me impresionó el gris del uniforme. Y pensé qué hacer para colorearlo. Lo mejor, pensé, un dibujo de vivo color. Y allá fue una lana roja y un inmenso 132 abarcando casi toda la espalda; yo no lo veía, pero para todos era un distintivo desde lejos.

Estaba en el comedor, con el plato servido en mi mano buscando un lugar en la mesa para sentarme a comer. Llevaba en mi cabeza un gorrito rojo y blanco, modelo original, propio de nosotros (había otro igual rojo y negro). Los usábamos en el recreo, pero yo lo usaba con el propósito de sujetar mi cabello largo dentro y por eso casi todo el día. De pronto me percaté de que varias compañeras me observaban como con asombro.

Alguien me dice:

—Te hablan. —Presto atención a la voz que repetía: «¡132! 132!» Era yo, claro.

Enseguida la pregunta:

—¿Ud. en su casa comía con el gorro puesto?

Estaba tan desprevenida que le contesté:

—En mi casa no usaba gorro. —Y quedé esperando lo que vendría...

Viaje a Paso de los Toros

Viaje a Paso Toro (así llamamos a la cárcel y al período).

Sería el 24 de octubre....un día antes de mi cumpleaños.

—¿Iré?

—¿Para qué?

—¿Recordar, «pasar por el corazón», sufrir?

Llegué, de modo diferente, claro, por mi cuenta; vi la cárcel desde fuera. Y ahí mismo, en la calle era una algarabía: abrazos, exclamaciones, alegría, pasando por el corazón, recuerdos de contención, apoyo, fuerza, temores, dolores, ternura, afectos, sentimientos agolpados.

Entré a la cárcel, el lugar donde estuve. No encontré nada de mí, pero salí con la vivencia de que el significado verdadero de ese período es menos material, más etéreo, y estaba en el contenido, en el significado de cada abrazo que dimos y recibimos y era lo que sobrevolaba por encima del recinto. En ese plano estuvimos y estamos hoy. Esto es lo atesorado, lo que nos une, nos hace estar hoy aquí, fuertes, seguras, haciendo el camino que cada una se ha trazado, con responsabilidad, dignidad y la convicción firme de que la vida es IR, e IR de la mejor manera posible siendo protagonistas de nuestra propia historia.



Cecilia Buschiazzo

Nací el 25 de octubre de 1943 en Rosario, Colonia. Concretamente en el paraje Artilleros, donde asistí hasta 6.º año a la escuela rural de ese lugar. Lo recuerdo con mucho cariño y afecto.

Luego me trasladé a Juan Lacaze, donde cursé el liceo. Comencé a trabajar como adscripta de la institución en 1967.

En 1968 me casé y los dos caímos presos, yo el 3 de julio de 1972 y salí en 1976. Volví a Juan Lacaze y tuvimos un hijo, Luciano.

Debido a la persecución política que sufrimos, que iba desde interrogatorios a citaciones, decidimos irnos al exterior.

Suecia fue nuestro destino. Allí nació Ana Victoria.

Con la reapertura política de 1985 volví al país.

En 1986 fui restituida y quedé trabajando en Montevideo en los liceos 17 y 37.

En la actualidad soy jubilada, disfruto de mis hijos y nietos y volví a Juan Lacaze a vivir.

Ana Espinosa

Las ventanitas al mundo

1

De vez en cuando se abría una ventanita al mundo que nos permitía sacar la cabeza y respirar, recordar y sentir un soplo de libertad, sentir que el afuera estaba ahí, cerca, en el dentista, ... ¡nos llevaban por la calle!, entre un milico armado y una femenina, pero... por la calle,... la vereda Los árboles... el olor a comida... el olor a vida. El Dr. Silva no era el Dr. Mengele, pero perdimos varios dientes bien pagados por ese ratito de estar en la calle.

2

Otra ventanita se abrió, en forma imprevista, un día que nos informaron que viajaríamos a Montevideo. Nos llevaron en tren, aunque no lo creas, con toda la gente en un vagón común: nosotras, los milicos, cuatro tipos armados, dos en cada puerta y dos milicas desarmadas, sentadas con nosotras.

Nosotras dos vestidas con el uniforme gris al que le hicimos unas pinzas en la cintura, dobladillado y planchado para la ocasión y el número, bien grande y en rojo, bordado en la espalda.

En el andén nos mantenían apartadas de la gente, pero en el tren era bien diferente: habían reservado unos asientos, pero con dos asientos libres enfrentados a los nuestros. Nos advirtieron que no habláramos con nadie y pensábamos que nadie querría hablarnos... pero todos querían vernos. Incluso algún travieso familiar que había logrado enterarse y tomó el mismo tren únicamente para estar unas horas cerca de nosotras.

Frente a mí se sentó una viejita de esas que solo quieren charlar, y minutos después empezó a intentar una conversación, por lo que yo le regalé una sonrisa y una mirada seguidora aunque sin emitir palabra.

Las milicas comenzaron a ponerse nerviosas, pero la aguerrida señora no se dio por enterada. Comencé a contestar con un sí o un no, un claro, un por supuesto.....

Después que vació su repertorio del tiempo, lo mal que se viajaba, los baños sucios, los bagayeros, empezó la sección preguntas: «¿de dónde son?», «¿a dónde van?», «¿viajan seguido?»

—No, en realidad, no.

—¿Por qué irán tantos militares? ¡Y armados! Qué mal...

—Bueno. En realidad...no sé...

—¿Ustedes son militares?

—No, no, desde luego que no.

—¿Son de Paso de los Toros?

—No, de San José.

El viaje duró cerca de seis horas, creo, y la conversación se generalizó, dejamos de contestar con monosílabos, y a charlar abiertamente.

Bueno, esta buena señora logró arruinarle el viaje a las milicas, que quedaron más verdes que sus uniformes de hacernos señas para que cortáramos la conversación, algo que por supuesto no hicimos hasta que la viejita, agotada, se durmió, sin saber, tal vez, que había estado conversando con dos presas políticas y que nos había regalado uno de los viajes más placenteros e insólitos de nuestra vida.

Ana Espinosa



Nací en San José el 3 de julio de 1949. Estudiaba magisterio y bachillerato.

Me detuvieron en abril de 1975 con un grupo de militantes de la UJC.

Me llevaron al cuartel de San José, 6.º de Infantería, que era la región.

En octubre de ese año nos trasladan a Paso de los Toros, más tarde a Punta de Rieles.

Salí de la cárcel en noviembre de 1979, fui a San José a trabajar en la empresa familiar.

Con la reapertura democrática terminé mi carrera docente y ejerzo en Montevideo.

Soy maestra directora efectiva y estoy en actividad.

Tengo un hijo con el que disfruto la vida a pleno.



Beatriz Pereyra

Cuando llegamos a Paso de los Toros, ya teníamos años de estar juntas en diferentes cuarteles. Quiero dar testimonio de otra cárcel olvidada, que se ha denominado «la cárcel del este».

1972. Prisioneros en el cuartel número 10...muerte de Nucho Batalla...policías femeninas del pueblo, conocidas...todos los cuarteles del país tienen prisioneros...septiembre de 1972, presas de Treinta y Tres al número 11 de Minas (visitas continuas de los militares de la Región).

14 de diciembre del 72, vuelta a Treinta y Tres con las compañeras (3) de Lavalleja. Ya estaban ahí en el Batallón de Infantería número 10 las compañeras de Cerro Largo, Rocha y Maldonado. En ese mes se incorporan las policías femeninas del Ejército; en Navidad ya estaban.

Permanecemos en ese cuartel de Treinta y Tres hasta el 15 de abril de 1976, fecha en la que se nos traslada a Rocha. Andaba la Cruz Roja. Ahí no llegó. Se mejora la comida y se nos da más recreo. En Treinta y Tres era una hora por día. En Minas fue peor. Nunca tuvimos visita de niños que no fuera con una mesa mediando entre ellos y nosotras, y la mayoría de las veces con soldado incluido. En el este los niños pequeños debían compartir el mismo tiempo y espacio físico que los adultos que concurrían a visitarnos. No conocieron el lugar donde vivíamos. Los hijos no cruzaron nunca la plaza de armas que los separaba de las cuadras donde nos mantenían separadas en dos sectores. En Rocha (cuartel número 12) estuvimos hasta el 26 de julio de 1976, cuando se junta a todas las mujeres del interior en el Establecimiento de Reclusión Femenino número 1, sito en Paso de los Toros, Región 3. La Región número 4 se desprendió de sus prisioneras. Gregorio Álvarez, fue jefe, como todos sabemos.

En setiembre del 77 se nos traslada al Establecimiento de Reclusión Femenino N.º 2, en Punta de Rieles.

En Rocha, donde se nos autorizó a leer el diario *El País*, el capitán del S2, Silvera, me mostró (también a otras compañeras) fotos (no diarios, fotos) de personas recogidas en redes de pescar, con mutilaciones.

Me dijo que eran arrojadas desde barcos asiáticos, porque los asiáticos son muy inhumanos.

En el año 75 la cárcel del este crece con compañeras del Partido Comunista y del Movimiento Marxista (muchas de Treinta y Tres y Maldonado).

Ejemplo de doble discriminación: mujeres e interior. Ahora la placa en Paso de los Toros rompe los ojos de la academia.

La cárcel del este no tiene número. Fue, en las entrañas asesinas del 10 de Infantería, ¿respaldo de Goyo Álvarez, el jefe de la región?

Muchas compañeras muertas: Sonia Martínez, el 20 de mayo pasado, compañera muy torturada y trasladada dentro de la región militar en ese régimen de torturas, ¡como tantas!



Beatriz Pereyra

Nací el 27 de abril de 1943. Me casé con Artigas Gándaro y tuvimos dos hijos.

Era maestra rural en actividad.

Me liberaron desde Punta Rieles el 8 de noviembre de 1977 y volví a mi ciudad natal con mis hijos.

Realicé diversos trabajos: limpiezas en un bar, en librerías, etc.

Luego nos trasladamos a Montevideo y a través de CIPFE conseguí un trabajo.

En la actualidad soy jubilada.



Silvia Beatriz Cuitiño

Me detuvieron en Minas, departamento de Lavalleja, en el año 1972.

Recorrí cuatro cuarteles de la región militar, siempre sometida a extremas medidas de seguridad. Ejemplo de ello fue lo sucedido con la muerte de Trabal. Nos comunicaron con los familiares suspendiendo las visitas, nos retiraron el recreo.

Nos hacían realizar trabajos de suma violencia como, por ejemplo, lavar las capuchas con que eran sometidos a torturas nuestros compañeros.

Cuando nos trasladaban de un sitio a otro, era siempre con tratos brutales, por citar alguno, a los empujones,

Nos llevaban como paquetes, un ropero inmenso. Recuerdo aún la voz del capitán Álvez diciendo:

«No se preocupen que con los baches (del camino) se acomodan».

Hasta hoy, cuando viajo y hay situaciones de pozos o irregularidades en las carreteras, surge en mi mente la voz con esa expresión.

Al llegar a Paso de los Toros fue muy distinto. Si bien el trato militar con las presas era estricto, se daban muchas situaciones que nos reconfortaban el alma.

Podíamos conversar entre nosotras en espacios reducidos, nos permitían salir a espacios abiertos donde recibíamos el sol, el aire, caminábamos en el contorno del patio, efectuábamos algunos ejercicios y jugábamos a la pelota de mano frente a una pared que para nosotros se transformaba en un frontón.

Podíamos realizar manualidades para los familiares, leer los libros que estaban autorizados a ingresar.

En cuanto a mi situación, debo decir que fue muy difícil, dado que no tuve más que una sola visita de mi familia. La distancia y otros inconvenientes impidieron otras.

Cuando mi hijo me visitó tuve la posibilidad de estar con él enfrente y revivir mi condición de madre. Única vez en seis años.

Por todo lo expresado, paradójicamente, la llegada a la cárcel de Paso de los Toros fue una liberación.



Silvia Beatriz Cuitiño

Nací en el departamento de Colonia, Rosario, el 1 de agosto de 1950.

Me casé en el año 1969 con Edén Hernández Sánchez, con el que continuamos recorriendo la vida.

Tenía un hijo de 22 meses cuando me detuvieron, el 6 de junio de 1972, en Minas, Lavalleja.

Recorrí diferentes cuarteles en esta situación, como lo relata mi testimonio.

El 4 de febrero de 1978 salí en libertad y me fui a vivir a Minas, en donde estaba mi hijo.

Fue muy difícil sobrellevar la vida allí debido a las diferentes situaciones a que era sometida cuando me iba presentar en el cuartel, pues tenía libertad condicionada: plantones, violencias verbales, etc.

Seguí visitando a mi compañero en el penal de Libertad y buscando trabajo en Montevideo. Trataba de radicarme allí.

Al salir él nos fuimos al exterior. Tuvimos dos hijas.

En la actualidad soy pensionista, vivimos con Edén, los hijos y los nietos que conforman la familia.

Lilián Canosa

La primera marcha

Las distancias son más largas cuando la pena aprieta el corazón.

Por los caminos bordeados de cerros chatos, viajábamos, el 26 de mayo de 1977, las cuatro maestras amigas: Kira, Blanca, Lety y yo. Sobrevivientes de una época durísima en los cuarteles y cárceles del departamento de Artigas, marchábamos hacia Tacuarembó a enfrentarnos nuevamente con un mundo desconocido: la cárcel de mujeres de Paso de los Toros.

Siempre había sido, para mí, solamente un punto marcado en la geografía de mi país; nunca tuve ocasión de pasar por allí; ni siquiera sabía que albergaba en sus entrañas una cárcel de presas políticas. Ni en mis más exaltadas pesadillas imaginé que mi osamenta iría a reforzar ese núcleo humano. Envueltas en una niebla de llanto dejábamos atrás nuestros amores, nuestra docencia, los amigos, las calles del pueblo.

¡Qué difícil resultaba recomponer el cuerpo y el alma!

Los días oscuros y las noches eternas estaban ahí atravesados por cuñas de ayes lastimeros, de frases entrecortadas, de claroscuros donde se recortaban nítidamente las figuras de nuestros torturadores.

Revivirlo una y otra vez nos hacía bien, agregábamos una que otra anécdota graciosa y liberábamos así esos fantasmas que nos perseguían sin darnos tregua, y reíamos.

El frenar brusco de la camioneta dejó caer un manto de hielo que recaló en nuestros huesos. Habíamos llegado. Al principio, mucho no pudimos ver. Se abrió un portón totalmente tapiado, la camioneta entró, se cerró la salida a la vida y nos encontramos rodeadas de soldados armados y soldados mujeres que se hicieron cargo de nosotras.

Nos despojábamos de golpe, en ese instante, de la condición de personas para pasar a ser presas de un establecimiento de reclusión del gobierno de facto. Ahora sí, de ahí en más, comenzaríamos a vivir «la cana».

Oscurecía.

Las uniformadas nos condujeron sin ningún miramiento a un patio donde permanecemos mirando a la pared, de piernas abiertas y brazos detrás de la cabeza.

Me asombraba el despliegue de soldados. ¡Señores! ¡Qué se han creído!, aquí llegan cuatro mujeres, maestras, que poco y nada tienen que ocultar.

—¿Son de izquierda?

—Sí.

—¿Han atentado contra la patria?

—No, ustedes han atentado contra la patria y las instituciones.

—Ustedes son la peor lacra social.

—Si usted considera que respetar los derechos de los ciudadanos es ser una lacra, yo lo entiendo al revés: los que atentan contra las libertades lo son.

En una piecita desprovista de muebles nos desnudaron y pasamos la de Papillon, mientras las milicas buscaban en cualquier lugar oculto un imaginario código o mensaje secreto traído para alguien. Fantoques, ridículas marionetas de un sistema que tarde o temprano se haría pedazos... pero para eso el pueblo organizado, los obreros y estudiantes, las fuerzas políticas, deberían decir ¡BASTA!

Las atrocidades fueron tantas y el poder de asombro ante ellas, infinito. El vocablo *vergüenza* no figuraba en el léxico militar, al que le era totalmente desconocido, como tantas otras palabras. Quizás algún día las incorporen a su diccionario y queden allí grabadas a fuego. En fin, las cuatro reclusas bellaunionenses pasaban a engrosar la lista de los protagonistas del terrorismo de Estado.

«La Mosca», un cabo bajito de ojos saltones, se hizo cargo de nosotras. Tolete en mano nos entró por una puerta que daba a un comedor de mesas largas y bancos de madera. Lo cruzamos, abrió una reja y llegamos al sucucho. Lugar pequeño y alejado del resto del celdario. Durante el trayecto no vimos a nadie, no se oía ni una tos que fuera delatora de vida. ¿Dónde estarían las demás compañeras? Por supuesto, encerradas en sus celdas bajo amenaza de no hacer ruido, así la entrada de las *nuevas* era más espectacular y daba miedo.

Mucho después nos enteramos de que las demás *compas* hacían conjeturas. Supieron por los pasos cuántas éramos; por el ruido de las agujas de tejer al caer, que hacía un buen tiempo que estábamos en cautiverio,

conjeturas que muy pronto confirmarían. Una que pidió un medicamento, porque se sentía mal, de reojo leyó la chapa de la camioneta: era de Artigas.

La mitad de nuestra vida era casi un libro abierto para aquellas leonas. Entramos temblorosas en la celda poco iluminada y apenas llegamos comenzó a volar por los aires la ropa que había sido revisada hasta el cansancio: sábanas, toallas, ropa interior, zapatos. Todo caía de cualquier modo, hasta en nuestras cabezas, si no le dábamos captura antes. Extenuante el recibimiento del *hotel*.

Habrían de pasar pocos minutos para que conociéramos más de tan elegante alojamiento.

Después de lograr un orden aparente, tomamos una real dimensión de dónde estábamos.

La celda era pequeña para albergar a cuatro personas. En medio de ella el esqueleto de una cucheta cuartelera nos recibió en gris mayor. Era dura y alta. No importaba, en esa época todavía podíamos saltar para elevarnos, pero y las otras dos... ¿dónde dormirían?

A lo largo de las paredes corrían unos *nichos* de ladrillo y mezcla con un revoque desprolijo, y no pasó mucho tiempo para que nos percatáramos de que ellos serían nuestras camas *celestiales*, así que allí ubicamos nuestros colchones.

Tardamos poco en saber que tendríamos que forrarlos abajo con cartones, porque con el calor del cuerpo la base sudaba y nos humedecía-mos la espalda.

Hacía frío, comenzaba el invierno.

Después vinieron las necesidades biológicas naturales. Un baño, ¿dónde está el baño? Nada por aquí, nada por allí.

El desamparo y la soledad se hicieron más patentes que nunca. Al lado de uno de los nichos, un hueco con una taza de loza nos indicó, como un semáforo blanco, que ahora pasaríamos a hacer una vida comunitaria compartida hasta en los más mínimos detalles. Firmemente compartida.

Kira cantaba con su guitarra mientras otra de nosotras comía o charlaba y nos bañábamos acucilladas sobre la letrina, enjabonándonos y enjuagándonos con agua de un balde que extraíamos con un jarrito. ¡Todo se volvió tan habitual!

La vida fue corriendo su carrera, la puerta de barrotes permanecía estática y su chirrido solo se oía cuando salíamos al comedor, a los recreos en el patio grande o a recibir a nuestros familiares el día de visitas.

Un ventanuco alto daba hacia un pequeñísimo jardín, cuidado por las presas. Al principio no salíamos al recreo. Preferíamos quedarnos a lamernos las heridas, a revivir recuerdos, a recrear en palabras las vidas de nuestros seres queridos, las que por momentos se iban diluyendo como fantasmas.

Llegó a nuestra celda como un torbellino. Lilena fue la primera que pidió para pasar al sucucho y hacernos la visita de rigor. Su sonrisa amplia y su mirada directa y franca nos alegró el corazón.

Nos abrazamos, nos contó sobre la vida cotidiana del penal, ofreció ayudarnos en lo que fuere. La veo así aún hoy, sigue siendo la misma mujer solidaria, tozuda y fuerte, a pesar de ser pequeña y delgada.

Podría seguir este relato, camino mil veces andado, mil veces contado, pero sé que otras compañeras lo harán. Lo lindo es saber que están ahí, a la vuelta de la esquina.

La pesca

Dirán ustedes que en todas estas historias que he venido contando nombro poco a otras compañeras. Todas están ahí, juntitas en mi memoria, aquellas con las que conviví en los penales, las amigas de mis amigas que conocí después que fui puesta en libertad y también las que todavía me falta conocer.

En este testimonio quiero agradecer a una mujer presa y en su nombre a todas las demás.

Su nombre es Gloria –lo averigüé más tarde–, su apellido es Echeveste y sé que actualmente vive en Maldonado, aunque nunca nos hemos vuelto a ver.

Recién llegadas al penal N.º 1 de mujeres de Paso de los Toros sentíamos una hambruna pocas veces saciada. El *rancho*, comida de la tropa y de las reclusas servida al mediodía y por la noche, consistía, en todos los lugares que recorrí, en agua grasienta casi sin verduras, ni arroz, ni fideos (algún hueso de caracú nadaba perdido en la olla de grandes dimensiones) y una rebanada de pan servida como acompañamiento. No más.

Sentada frente a mí en una de las largas mesas del comedor, me observaba, desde hacía unos días, una compañera mayor que yo. Viéndome tomar cucharada tras cucharada del líquido elemento, calibrando mi tamaño, mi delgadez y mi desconocimiento, por ser reclusa nueva, me dijo un día apenas abordamos el comedor:

—Te estás alimentando mal.

—No hay otra —le contesté.

Esbozó una sonrisa cómplice y me contestó bajito:

—Tenés que aprender a pescar. Cuando me acerque a la olla seguime y observá bien lo que hago.

¿Pescar? ¿Es que acaso la sopa tenía pescado y yo ni cuenta me había dado?

Obediente, aunque desconfiada, la seguí presta en la cola del comedor, pegadita a ella.

Como soy muy alta, pude mirar lo que ocurría por sobre su hombro y lo que sucedió a continuación.

Tomó el cucharón con decisión impidiendo que lo hiciera primero el soldado, lo hizo girar bien abajo en círculos y de repente invirtió el giro, sacó el cucharón y sirvió su plato.

Dejándome paso me hizo un guiño y fue a sentarse.

Traté de repetir exactamente lo que había visto. ¡Qué buena suerte!

Cuando me senté pude observar que mi plato venía más compacto que otras veces. Tenía premio: un huesito con carne, un trocito de acelga y otro de zanahoria y un par de arvejas que me miraban con sus ojos verdes. Allí estaba la preciada «pesca» de la que había hablado mi compañera. De subsistir se trataba.

Mi valija está llena de recuerdos. Crudos, dolorosos algunos, festivos otros, agradecidos y solidarios los más. Con ella voy caminando la vida de todos los días.

Gracias, Gloria.

Día de encuentros

Rebuscando entre los cajones un par de medias más abrigadas (el invierno se niega a migrar), sacando a la mortecina luz atardecida cordones, cartas, viejas boletas de cuentas ya pagas, al fondo, tapada por un recorte de diario de época, como buscando ocultarse y permanecer

así, encuentro una fotografía –ya en sepia diluida– y al levantarla a la altura de mis ojos –que ya necesitan ayuda de los lentes para ver– quedo prendida a otros ojos oscuros que me miran. Es un encuentro especial, motivador, removedor. Muy personal. Y quedo ahí, suspendida en el espacio sin tiempo. Mis ojos, los otros. La mirada.

Se abre la boca del remolino de esa pupila negra y caigo en ella sin espacio para la duda ni el asombro y giro sin conciencia, sin dolores, sin apremios. Caigo. Está oscuro.

–Contestá, hijo de puta, no le saques el culo a la jeringa, contestá, te digo.

Quiero moverme pero no puedo, apenas logro balbucir algunas palabras inteligibles y mi cabeza –que pesa toneladas– cae hacia el costado.

En total atontamiento siento que me golpean una y otra vez y el aire sale de mis pulmones haciendo un esfuerzo. La sed se ha instalado en mis neuronas y solo recuerdo el sabor del agua. La sed.

El aturdimiento me permite distinguir todavía –creo que pronto desmayaré– que es de noche, que está muy oscuro, que estoy al descampado, que me rodean voces y manos sin rostros, manos que duelen, solo manos que con el puño cerrado se hunden en mi estómago. Lo aplastan contra la columna. Nuevas manos se acercan, me persiguen. Ya están ahí, contra mi cuerpo. Esta vez vienen abiertas, como alas, alas de terror y maldad. Duras como el granito. Ahora buscan un lugar más acogedor, mi abdomen, y se hunden con placer hasta hacer papilla mis intestinos, planchándolos sin almidón contra la espalda una vez y otra y otra más («para que te avives, negro cabrón»). ¡Qué tiene que ver el almidón con todo esto! No domino mi cabeza, mi mente ya empieza a alucinar. Esfuerzo, eso es lo que tengo que hacer, esfuerzo, para no caer, para recordar, para oír, para ver: Vamos, memoria mía, no te achiques, no me dejes, vos podés, ¿vos podés? Yo puedo ¡Él puede...!

No sé de dónde apareció la silla, grandiosa silla que me permitiría descansar unos minutos (igual seguirían teniéndome estaqueado sujetándome de brazos y piernas).

Hombres fuertes aquellos y bien dispuestos, prontos a acatar órdenes y a cumplirlas a la perfección. Donde manda capitán no manda marinero, dice el refrán. «¿Qué tiene que ver un refrán en tan horripilantes momentos? Alucinas, alucinas, vida mía, y mueres un poco...»

—Denle nomás a ese machito, así canta de una vez. Decime vos, pijo. Hablá o sos fiambre.

Eso es lo que quiero, el nombre de tu contacto ¿acaso es la doctora? Tan valientes ustedes, tan inteligentes, tan defensores de la patria y se mean en los pantalones de primera. Hablá de una vez o lo vas a lamentar.

¿Lamentar? ¿Qué hay que lamentar? ¿El salvajismo del ser humano o los sueños de libertad de otros?

—Por favor... ¡no me pegues más, hermano!

—Encapuchalo, gringo, vamos a hacerlo bailar twist.

Un cerrar de ojos y la cabeza me estalló en mil añicos, el cuerpo me quedó livianito y los oídos parecían una caldera hirviendo por explotar.

—Dale con más fuerza con esas bolsas de arena...no le vayas a errar.

No oí ninguna palabra más. Un profundo hueco silencioso me fue lamiendo los pies, recorrió mis encogidos testículos, ascendió hasta la garganta y allí quedó, en esa boca negra del túnel.

Papá me esperaba con una sonrisa cómplice vistiendo sus mejores galas de capitán del Ejército, de las FF.AA., de «los verdes» como les decían. Me miraba a los ojos y yo —su único hijo— lo miraba también y le pedía extendiendo la mano: «Acompañame, papá, en este viaje no quisiera estar solo».

Refulgían al sol sus botones, su sombrero, sus blasones, su uniforme en sepia, me decía que sí con la cabeza pero...lo vi girar, caminar y perderse hacia el otro lado.

Lilián Canosa

Nací en Bella Unión el 27 de diciembre de 1945.

Estudí magisterio y siendo maestra de la Escuela N.º 3 de Bella Unión los militares le solicitaron a mi papá que me llevara hasta allí, diciéndole que al rato lo llamarían para que me fuera a buscar.

Allí me detuvieron junto a tres maestras con las que trabajaba en la misma institución.

Tuve un largo recorrido antes de llegar a Paso de los Toros.

Primero me dejaron en Bella Unión en el Batallón N.º 10 de Infantería, luego fui al batallón de Artigas y de allí a la cárcel común de dicha ciudad.

Volvimos al N.º 10 de Infantería.

Finalmente el 27 de marzo de 1977 nos trasladan a Paso de los Toros, a una celda de reclusión chica a la que le llamábamos «el sucucho».

Salí de allí el 8 de marzo de 1978. Primero fui a Montevideo, luego me trasladé a Bella Unión con mi familia.

Al comienzo trabajé en clases particulares que me solicitaban mis conciudadanos. Cuando la reapertura democrática, Vicente Foch Puntigliano nos recibió en la escuela avalando nuestro reintegro.

En la actualidad estoy jubilada, trabajo por la cultura y soy presidente de la Comisión Pro-museo.



Lila Cornalino

Vivencias

Cárcel de mujeres de Paso de los Toros, sector izquierdo, celda 12. Tenía el N.º 146.

Pasado el inevitable proceso, se viene el temido, y por momentos deseado, pasaje a la cárcel. Contradictorio sí, pues salir del cuartel tenía su importancia y la principal, el cambio en las visitas y el no estar más sola en una pieza.

Cambio de visita, ver y sentir cerca de mí a mis dos pequeños hijos, a mi madre, tal vez a otros familiares. Iba a un mundo nuevo, misterioso, imposible de imaginar, de prever. Tantas veces pasando por esas veredas, mirando esa fachada, imaginando vidas en su interior... eso era una cosa, pero pasar a ser parte del lugar constituía algo nunca sospechado.

Llegar, sentir el cierre del gran portón a mis espaldas, nueva revisión (separarme para siempre de mis caravanas, pulseras, recuerdos familiares de toda una vida, fue como volver a separarme de mis afectos, parece tonto pero se sintió), entrevista con autoridades, y pasar luego al hall o pieza donde funcionaría el comedor, lugar de recibir medicamentos, paquetes, lugar de visitas, pieza gris, silenciosa, puertas y rejas cerradas, solo soldados femeninas que me guían a una celda igualmente gris y vacía, con una pequeña ventana con rejas y una cucheta. ¿Estaría sola, aislada del resto de compañeras que se encontraban en la cárcel? ¿Qué pasaba con el resto de las detenidas? ¿No podría juntarme con ellas, quiénes eran? La pregunta surgió en mi mente al instante. Después supe que el lugar era llamado «el Sucucho».

Una de las primeras órdenes fue mantenerme ahí, tratar solo con las dos compañeras que compartían la celda pegada, que tendría recreo separado de las demás, en un pequeño patio, y no podía pasar al celdario. No entendía nada.

Recién pude ver a algunas compañeras a la hora de la comida, y varias se jugaron una carrerita para darme un beso, que sirvió para experimentar un cierto alivio y sentirme menos sola. Cuando preguntó

por qué debía estar separada, tratando solo con esas dos personas, me contestan que es por mi seguridad, pues al ser yo una comunista podía tener problemas. ¡Qué absurdo! Ahí iniciaron un nuevo trabajo psicológico: el método, utilizado durante todos los años que duró la detención de cada una de nosotras, que intentaba quebrarnos, anularnos física y mentalmente.

Felizmente a los pocos días pude pasar al celdario, compartir los recreos y comidas con el resto de las compañeras. No lograron la división que buscaban.

No recuerdo bien la fecha en que me llevaron a la cárcel local, creo fue sobre mediados de abril. Sí tengo clara la primera visita con mis hijos en la celda el Sucucho. Venían con la túnica y delantal puestos, hermosos, salieron del jardín de infantes en horas del recreo para merendar conmigo. Una nueva experiencia para ellos, como tantas otras a las que tendrían que acostumbrarse.

Timidez, angustia, alegría, amor, sus ojos interrogantes, sus caritas lo decían todo y qué poco podía decirles yo en ese primer día, si estaba casi como ellos. Abrazos y besos infinitos intentando recuperar todos los perdidos en los dos meses anteriores.

Los primeros meses iban dos veces en la semana, de 15 a 18 horas, y los domingos pasaban el día con nosotras. Con el correr de los días pudimos actuar con más naturalidad y nos llenaban de risas, cantos y muchas veces de llanto. Ante mi insistencia pude compartir el recreo y el patio grande con todas, y fue mejor aún cuando me cambiaron de celda y pasé a convivir en la número 12 del sector izquierdo, donde éramos ocho compañeras. Y aprendimos a compartir; a jugar todas juntas, a reír y llorar, a compartir visitas, cartas, paquetes, y a nuestros hijos. No olvidaré nunca que cuando uno de ellos estaba mal, triste, siempre había una compañera que se hacía cargo del otro para permitirme atender mejor a quien en ese momento me necesitaba más.

Durante varios meses, muchas veces recibí la visita de algunos de mis sobrinos y aquel lugar gris y asfixiante se volvía alegre al llenarse de risas, juegos y hasta de peleas de niños. Mis hijos, junto a los de otras dos compañeras de Paso de los Toros, eran quienes más nos visitaban. Lamentablemente había compañeras que no tenían la suerte de ver a sus hijos seguido, por la distancia del lugar y la difícil situación económica que casi todas las familias atravesaban.

Nuestros hijos, los hijos de todas, pasaron a ser los «sobrinos» de todas las que allí estábamos.

¡Qué difícil fue ingresar a un mundo temido y desconocido no sabiendo cómo actuar, cómo y con quién poder hablar, preguntar, intimar!, algo que suponía no le había pasado a muchas, creyendo que casi todas llegaron allí en grupo y se conocían de antes. Igualmente pensé que el temor que yo sentí lo vivió cada una de allí en el instante de arribar. Y con qué cariño y admiración recuerdo los momentos en que las compañeras empezaron a acercarse a mí tratando de que entrara en confianza, pudiera sentirme más segura y lograra comunicarme con naturalidad.

Es muy difícil seleccionar vivencias o recuerdos de ese período, son infinitas las anécdotas que vienen a mi mente. Hasta ahora trato de recordar las situaciones o momentos que nos llenaban a todas de alegría, que permitían por unas horas olvidar la triste realidad que vivíamos. Buenos momentos que por lo general tenían que ver con nuestra entrega de manualidades; con el recibir los paquetes (y aquí recuerdo cuando llegaba mi madre o mis niños con yuyos fresquitos para los famosos *tesones* de cedrón, marcela, pitanga, tilo, etc., que hacíamos en una olla a la cual le agregábamos cáscaras y trozos de limón y cáscara y pedazos de manzana (esta última dependía de la abundancia en los paquetes), y repartíamos celda por celda. Las cartas de nuestra familia, de nuestros compañeros presos, saber cómo estaban, poderlos sentir un poco más cerca, más junto a nosotras, más dentro nuestro. Cartas que leíamos y releíamos, que eran motivo para amontonarnos en una celda para compartir la lectura y la mayor parte de las veces leer entre líneas porque la censura dejaba sus huellas en ellas. Todos estos momentos, más las charlas, las lecturas, las manualidades compartidas, nos llenaban el día.

Pero lo que realmente completaba mi vida era la visita de mis hijos. Los domingos pasaban el día entre nosotras desde las 10 de la mañana a las 18 horas. Era hermoso y muchas veces difícil.

Cuando empezaron a ir a la cárcel, Aleida tenía cinco años y medio y Luis Enrique, más conocido como Peque, tres y medio. Siempre llegaban ansiosos, alegres, nerviosos pero también tímidos, temerosos, y a pesar de todos los esfuerzos que yo realizaba y también las compañeras que colaboraron siempre, debía enfrentar tremendas escenas de caprichos, de llanto, de enojos por la separación. Escuchar preguntas que resultaban difíciles de contestar. Si nosotras, mujeres grandes, sufríamos

la situación que nos tocaba vivir, ¡cómo no iban a sufrir y rebelarse ellos! si lo que veían era a su madre en un lugar espantoso (como me decía Peque, agregando el « acá no me gusta»), que no podíamos irnos juntos, que no me podían tener todo el tiempo, que ellos me necesitaban. Que no podía llevarlos a la escuela, no podía aliviarlos cuando estaban enfermos, que no podía cuidarlos, darles el amor que les hacía falta.

Recuerdo mil cosas, mil circunstancias y vivencias del año y medio que estuve en la cárcel de Paso de los Toros antes del traslado a Punta de Rieles. La tristeza y pesar que sentíamos cuando fallecieron padres de algunas de las compañeras; la impotencia y dolor de la enfermedad y fallecimiento de Raquel Culnev: solidaridad, compañerismo, hermandad... Se crearon lazos magníficos. Y así como compartíamos el dolor también compartíamos la alegría de las salidas en libertad; varias compañeras fueron despedidas con cantos, con regalos, abrazos, con mucha emoción y lágrimas de alegría.

El cierre de la cárcel, el traslado a Puntas de Rieles, eran rumores que se sentían y nos tenían a todas en vilo. Corría todo tipo de charlas, de especulaciones, hasta que llegó la confirmación y el día de partida. Fue de las cosas más horribles que me tocó vivir: dejaba a mis hijos, a mi madre, mis sobrinos, mi querido pueblo, todo lo que había sido mi mundo..

Fue una noche eterna, silenciosa, con escasos cuchicheos intentando darnos ánimo unas a otras, al no saber si seguiríamos juntas. Imposible dormir, a pesar de que presentíamos que el siguiente sería un largo día, como fue. La salida, la subida al camión todo cerrado con un toldo —en el que viajé esposada a la baranda y a Beatriz Moreno—, las voces de mando de los oficiales; el ir intuyendo el amanecer sentada en ese incómodo banco sin poder mirar a ningún lado, todo eso fue creando una gran opresión en mi pecho, una angustia sin límites, y cuando noté que comenzábamos a cruzar el puente Centenario y vislumbré unos pequeños rayos de sol, sentí que mi cara se humedecía por unas rebeldes lágrimas.

Pasamos a ser una gran familia, una familia a la que luego de muchos años algunas nos fuimos reintegrando, que mantenemos lazos de amistad, de compañerismo y que a pesar de todo lo vivido podemos considerarnos victoriosas, pues hemos ganado: amamos, reímos, cantamos, recordamos y estamos VIVAS.

Lila Renée Cornalino Viñas

Nací el 20 de octubre de 1946.

Me casé el 13 de setiembre de 1968 con Walter Durbal Lima Percoco, nacido el 4 de junio de 1941. Actualmente soy viuda desde hace 9 años y tengo tres hijos: Aleida de 47, Luis Enrique de 45 e Isabel de 32 años.

En el momento de mi detención tenía dos: Aleida de 5 años y Luis Enrique de 3.

Hasta ese instante, además de encargarme de mi casa e hijos, hacía ropa para afuera y para algunos comercios de la ciudad. Fui detenida el 16 de febrero de 1976, en horas de la tarde, en la playa La Correntada (estaba con mis hijos, sobrinos y un grupo de amigas hablando sobre la detención de mi cuñado el día 14 de febrero por la noche). Tenía entonces 29 años.

A mi esposo lo detuvieron también el mismo día (16 de febrero de 1976) de tarde; lo sacaron del Banco República donde estaba trabajando.

A mis hijos y sobrinos, en el primer momento, los mandé a casa de unos amigos, pues las F.F.C.C. estaban allanando la casa de mis padres y de mi hermana. A mí antes de llevarme para el cuartel me pasaron por mi casa para revisar, etc.

Estuve cinco años presa. Salí en libertad el 17 de febrero de 1981, con 34 años de edad. Mi esposo estuvo cuatro años y salió el 26 de febrero de 1980.

Durante esos años mis hijos vivieron con mi madre. Pasaban algunos días de vacaciones con una cuñada mía en Montevideo, que era quien los llevaba al penal a ver al padre y algunas veces estaban con una de mis hermanas que los acompañaban a verme a mí.

Fue muy complicado para mi familia, pues mi padre, también detenido en la misma fecha, estuvo cinco años preso y siempre en el cuartel de Salto, y además mi esposo y mi cuñado (este último detenido seis años y medio) los dos en el penal de Libertad. La situación económica se volvió tremenda ya que mi madre tenía un hijo de 11 años, los míos



eran dos y mi hermana que tenía su esposo detenido tenía cuatro niños, uno recién nacido.

A pesar de los pesares sobrevivimos todos, algunos de los chicos con muchos traumas y problemas psicológicos que hasta ahora arrastran, pero se salió adelante.

Esta era una ciudad difícil, una especie de centro militar, ya que estaba el cuartel o Batallón de Ingenieros, Artillería, un comando y la cárcel de mujeres.

Costó mucho trabajar después que salimos, pues estábamos muy controlados: debíamos presentarnos día por medio en el S2 de Artillería llevando anotado a dónde íbamos, quiénes nos visitaban (si es que se animaba alguien) y desde qué hora hasta cuándo.

Como al año de salir comencé a coser. Mi esposo trabajó en un almacén, estaba de encargado y yo también lo ayudaba. Nosotros vivíamos al fondo. Después me dieron una pequeña pieza pegada al almacén y una camarada, amiga de Montevideo, me daba ropa a consignación para vender y otra compañera me consiguió tejidos. Así me instalé con algo que pretendió ser una pequeña *boutique*, a la que le fui agregando prendas que yo hacía y también vendía.

Atravesamos muchas dificultades. En dos períodos en que mi compañero quedó sin trabajo, tratamos de vivir de lo poco que se vendía en la *boutique*, lo cual sirvió para vivir, a pérdida, del poco capital que pude ir invirtiendo. Entre eso y changas que hacía mi esposo y posterior ayuda de una compañera, se llegó al año 1985 y, ya en democracia, a fines de marzo de ese año, lo reintegraron al Banco República, su lugar de trabajo. En el año 1985 nació mi tercera hija: Isabel



Yo cobré la PER casi dos años, porque cuando falleció mi esposo en el año 2008 tuve que renunciar a ella pues me informaron en BPS que tenía que optar entre la pensión especial o la pensión del Banco que me correspondía por mi esposo y que económicamente me servía más.

Él nunca cobró la PER. Cosas totalmente injustas.

Gianna Carla Canina Lavarino

Una gota de buen humor

A mediodía hacíamos la fila, para que nos sirvieran la comida, en un silencio muy respetuoso hacia los soldados que nos atendían. Cuando llega mi turno, miro, en mi plato había un hueso pelado, enorme, que ocupaba casi todo el espacio.

Le digo al soldado:

—Por favor, yo no como hueso. ¿Puede sacarlo?

—Coma —me grita el cabo que estaba al lado.

—No soy perro —le contesto.

—¡Apellido!

—Canina —respondo.

—¡Sancionada! —exclama él, muy irracional.

No hubo forma de hacerle entender que Canina, es mi apellido. Por lo tanto, terminé sancionada y sin comida.



Gianna Canina

Fecha de detenida: 27 de junio de 1972. Era maestra en la Escuela N.º 8 de la ciudad de Paysandú. Salí el 3 de agosto de 1974.

El 20 de diciembre me casé con el maestro Telvio Pinheiro. Tenemos una hija, María Magdalena y una nieta, Helena.

Nos fuimos a vivir a Melo y luego a Aceguá, departamento de Cerro Largo, una villa localizada en la frontera norte con Brasil.

Mis primeros trabajos fueron tejidos y manualidades.

Luego, conseguí empleo en el escritorio de una empresa comercial.

En 1985 fui restituida a mi cargo de maestra efectiva, esta vez en la Escuela N.º 74 de Aceguá.

Actualmente estoy jubilada, amparada en la ley de destituidos.



Ana María Risvegliato

El traslado

El recuerdo del traslado del penal de Paso de los Toros al de Punta de Rieles tiene algo de surrealista.

O tal vez sea el recuerdo recortado a través de los años y el sentir ese desprendimiento y esa incertidumbre del «qué será de nosotras», «¿nos volveremos a encontrar?...»

La madeja empieza a desatarse y las imágenes van apareciendo, vienen y van.

A fines de setiembre de 1977 nos trasladaron al penal.

De madrugada nos llaman.

Llevar los colchones al patio chico.

Formar en el corredor en silencio.

Sentir a las compañeras vibrando juntas.

Percibir silenciosas miradas que dicen mucho.

Nada de despedidas ni abrazos.

Es como un despojo.

Formadas a lo largo del corredor del celdario del sector izquierdo estamos todas juntas.

Llaman y hacen salir de la fila a unas seis o cinco compañeras, cinco números entre los cuales está el mío,¹⁴⁵.

Nos hacen pasar al frente; allí nos hacen formar en lo que era el comedor, de modo que quedamos de manera perpendicular a la fila formada por las compañeras.

A través de las rejas nos miramos, miradas que dicen mucho.

Nos sacan al patio delantero, donde hay esas túnicas blancas, ¿serán enfermeros? Es todo muy raro.

Hay perros, veo enormes perros. Por los techos hay mucho movimiento. ¿Los perros están ahí arriba también?

Muchos uniformes verdes, masculinos y femeninos. Me sorprenden esos blancos, no son de los colores que estábamos acostumbradas a ver en el penal.

Hay un bus en el que se encuentran las compañeras del sector derecho, aquellas con las que nos impedían comunicarnos.

Ahí nos ponen a las pocas que habían sacado de la fila, las demás irán en camiones.

Vamos esposadas de a dos. Silencio absoluto, sin mirar hacia los costados ni manifestar nada a la que llevamos al lado.

Pasan muchas horas y empieza a amanecer. Vamos atravesando el país desde el centro hacia el sur.

Habíamos perdido el contacto con la naturaleza, pues en Paso de los Toros teníamos solo un cuadrado de cielo en los recreos.

Se ve un cielo rosa, muy bello. Oigo el grito de una milica, ¡y cómo no voy a mirar! Vale la pena arriesgar, el paisaje es hermoso. A pesar de la incertidumbre.

Hay una curva y lo bello del paisaje se descompone: veo una cola enorme de jeeps, camiones y camionetas verdes, gran despliegue. Ahí vamos.

Al fin llegamos al penal de Punta Rieles, donde reina el terror. Nuevas compañeras, nueva vida.

Con el paso de los años y los frecuentes traslados de sector, a veces nos reencontramos con algunas compañeras de Paso de los Toros.

En libertad no nos vimos durante mucho tiempo. Pasaron los años... y nos volvimos a encontrar poco a poco.

Nos seguimos queriendo y necesitando. Y abrazando.

Necesitamos abrazarnos.



Ana María Risvegliato

Nací en San José el 31 de mayo de 1947. Allí crecí.

Daba clases de música, de piano, guitarra y acordeón. Era profesora de lengua italiana cuando caí presa en marzo de 1975. Me llevaron al Batallón de Infantería de San José. El 3 de octubre me trasladaron a la cárcel de Paso de los Toros.

Salí en libertad desde Punta de Rieles, en 1979. Me fui a San José unos meses.

Debido a la persecución política sufrida debí emigrar a Francia.

Tengo dos hijos nacidos en Francia.

En la actualidad alterno mi vida entre los dos países, Francia y Uruguay, que me dieron identidad y felicidad.



Corina Iriondo

Recordando

Estábamos almorzando con Chela (Hilda René Rinaldi) en el comedor del primer sector del Establecimiento de Reclusión N.º 1 de Paso de los Toros.

Las mesas en que comíamos eran fuertes, de madera, y para mí tenían algo de familiar.

Con Chela habíamos trabajado en el Banco de Seguros.

Y un día le dije:

—Chela, esta mesa es conocida. Mirá en la esquina de la pata. Veo una inscripción BSE y un número.

Mi alegría fue enorme, Chela quedó cortada, impactada.

¡¡Estábamos comiendo en las mesas de nuestro trabajo!!

Hay muchas historias, buenas, regulares y malas. Me quedo con una de las buenas, sucedida cuando en Estados Unidos perseguían a Ángela Davis.

Nosotros nos enteramos por las visitas.

Y un día en que hacíamos actividades para distraernos (manualidades diversas), entra en la celda 12, mi casa, Ángela Davis, tratando de hablar en un inglés muy elegante, a traernos un mensaje solidario.

Era Ulma López, una compañera de otra celda.

Estuvo fantástico.

Corina Iriondo

Nací el 20 de setiembre de 1937 y tengo dos hijos.

Me divorcié. Trabajaba en el Banco de Seguros del Estado, en Salto.

El 8 de julio de 1975 caí presa, me llevaron al cuartel de Salto y en agosto de 1976 me trasladaron a Paso de los Toros. Posteriormente a Punta Rieles.

Salí el 8 de julio de 1983 y fui a vivir a Montevideo con mis hijos.

En 1985, con la reapertura democrática, me restituyeron al Banco de Seguros del Estado.

En la actualidad soy jubilada, Vivo la alegría de mis hijos y nietos.



Hilda Rinaldi

Gladys Bertulo

Recuerdos

Hace muchos años que ocurrió pero jamás lo pude olvidar. Fue en la Navidad del año 1972, la primera Navidad en la cárcel, cuando con las compañeras estábamos detenidas en los galpones del puerto de Paysandú. Esa noche, la Nochebuena del 24 de diciembre de 1972, afuera era todo algarabía pues se festejaba la llegada de la Navidad, la fiesta de las familias, y nosotras las presas cada una con sus recuerdos, con sus tristezas, con sus angustias, con sus deseos de abrazos escondidos ... pues era la primera Navidad sin la familia, y de pronto, justo a las doce de la noche, surge la voz del compañero González Perla cantando con voz potente: «Estamos prisioneros, carceleros, yo de estos torpes barrotes y tú del miedo...» Esto fue muy impactante y se hizo un profundo silencio para escuchar esa canción que nos llegó al alma y nos emocionó hasta los huesos. Para mí la Navidad más emocionante e inolvidable de mi vida y cada vez que escucho esa canción me retrotrae a aquel momento y me vuelvo a emocionar ¡¡DEBO AGRADECER AL COMPAÑERO POR LO QUE ME HIZO VIVIR EN ESOS MOMENTOS TAN ESPECIALES!!

Un día de visita

Me habían cambiado de sector, desde el de las «IRRECUPERABLES» al de las «RECUPERABLES» y llegó el día de la visita, que era para mí una vez al mes, dada la distancia a recorrer, desde Young a Paso Toros, para mi madre, quien llevaba a mi hijo más chico, Daniel, que en aquel momento tenía dos años. Había llegado hacía un buen rato y estábamos caminando por el pasillo largo del recinto carcelario cuando, de pronto, una visita inesperada: llegaba Marcelo, mi otro hijo, de 10 años. Daniel lo vio y se le escapó un grito: «HERMANO» y salió corriendo por aquel pasillo con los bracitos extendidos para colgarse de su cuello. Esta imagen jamás se borró de mi mente y hoy, hombres los dos, siempre se las recuerdo, porque para mí simboliza el cariño del uno hacia el otro.



*Gladys Raquel Bertulo Pais,
Modesta o el Oso YOGUI*

Nací el 14 de enero de 1939. Soy maestra jubilada.

Fui detenida el 1.º de junio de 1972 y liberada el 26 de junio de 1976.

Cuando salí, no me permitieron ejercer el magisterio.

Trabajé en todo lo que pude, salí de merca-
cachifle a vender cosas por la campaña, hice
empanadas para vender, di clases de ma-
nualidades, clases particulares de prima-
ria y muchos otros emprendimientos.

Cuando me fue posible, estudié técnica
en podología médica y también trabajé
como podóloga.



María Catalina Irigoyen (*Yita*)

La partida

29 de septiembre de 1977.

Llamaron a que nos reuniéramos en el comedor. Salimos de las celdas e íbamos a oír la orden que estábamos esperando.

Al día siguiente teníamos que estar prontas con nuestros bártulos a las dos de la madrugada. Nos llamarían antes.

Sabíamos que nos trasladarían a la cárcel de Punta Rieles.

Al horario anunciado nos hicieron formar una fila india. Dejamos el sector y nos pararon en el patio del frente.

Una noche fría pero maravillosa. ¡Estar afuera de noche!

La luna llena ocupa todo el cielo.

La escena que iluminaba la luna era increíble. Una fotografía de película.

Sobre el techo del penal estaba la guardia con perros. Una estática imagen nos muestra un soldado, un perro, otro soldado, otro perro, y así cubriendo todo el borde del techo.

Los soldados cubiertos con capas y capuchas apuntándonos con fusiles.

¡Una estampa surrealista!

La luna por detrás los recortaba como sombras en la altura, y ella, magnífica, nos regalaba ese espectáculo que podía haberse sentido terrorífico pero era tan mágica la escena que yo solo veía la belleza de un cuadro.

Luego de estar tres horas o más paradas en ese patio llegó el ómnibus que nos trasladaría a la nueva cárcel.

María Catalina Irigoyen (Yita)

Nací el 11 de setiembre de 1949 en Fray Bentos.

Era maestra cuando caí presa el 6 de junio de 1972. Me llevaron al Batallón N.º 9, que estaba en el centro de la ciudad.

Seis meses estuve incomunicada en el cuartel. A fines de octubre me trasladan al cuartel de Paysandú y una semana después, a los galpones del puerto de dicha ciudad.



En febrero de 1973 nos llevan a Paso de los Toros en camiones, con los brazos hacia atrás y las muñecas atadas con alambre, las piernas abiertas y, en ese espacio, sentada, otra compañera.

Firmé la libertad el primero de junio pero salí en libertad el 30 de octubre de 1973. Volví a Fray Bentos.

El 20 de julio de 1974 me detuvieron nuevamente. Estuve 10 años más. Salí en libertad en 1984.

Me quedé en Montevideo trabajando en diferentes actividades.

En 1987 nacieron mis hijas prematuras con menos de seis meses.

Ana tuvo una hemorragia cerebral importante y vivió 16 meses.

Con la reapertura democrática me restituyeron en 1985. Concurse para un jardín de infantes de una cooperativa donde trabajé durante tres años.

Me reintegré posteriormente a la educación pública.

En 1993 comencé la Facultad de Psicología que terminé en 1996.

Mi hija Laura, dedicada a la docencia, me acompaña. Es profesora de Historia, egresada del Instituto de Profesores Artigas.



Edith Castillo

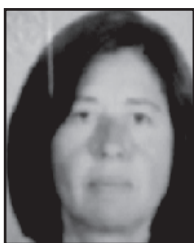
Paso de los Toros

Al entrar a la cárcel quedé sorprendida no bien estuvimos en un espacio rectangular limitado con una pared, ¡¡¡con espejo!!!

Pasó el tiempo. Muchas veces nos mandaban hacer tareas inútiles. Aquel día, tuve que limpiar los espejos, uno daba al sector izquierdo, otro, al sector derecho, donde me encontraba.

Concentrada en mis pensamientos, miraba la imagen reflejada, cuando sentí a alguien que gritaba: «¡¡QUÉ ME MIRA!!», al tiempo que surgía por la izquierda una soldado con cara furiosa. La miro, sorprendida por el grito y su inesperada aparición. Salió de lo que era una habitación cuyas paredes estaban constituidas por grandes espejos que ayudaban a que fuéramos vigiladas desde allí sin que lo percibiéramos.

Esa vigilancia permanente se extendió durante toda nuestra estadía en la cárcel de Paso de Los Toros.



Edith Filomena Castillo

Nacimiento: barrio Patulé o Saladero, departamento de Salto, el 29 de diciembre de 1940.

Maestra.

Año 1972: la represión comenzaba con más fuerza. La avioneta sobrevolaba el pueblo de Belén buscando compañeros.

Detenida allí el día 12 de mayo de 1972; trasladada al cuartel del Batallón de Infantería N.º 7 de Salto y posteriormente al departamento de Paysandú, al galpón del puerto, transformado en un centro de detención



De a poco se fueron llevando a la cárcel de Paso de los Toros a las que allí estábamos. Llegamos a ese penal en los primeros meses de 1973. Nos introdujeron en aquel edificio cuyo frente, pintado de blanco, sería donde nos alojaríamos.

Azil de Leal

*El día en que Argelia Gargano y yo
llegamos al penal de Paso de los Toros*

El día en que Argelia Gargano y yo llegamos al penal de Paso de los Toros recibimos una sorprendente impresión. Veníamos ansiando ser trasladadas desde el cuartel de Colonia, en el que habíamos pasado más de medio año y donde vivíamos restringidas a unos pocos metros de celda. Nos ilusionábamos con la idea de tener más compañeras en nuestro entorno y poder practicar otras actividades: manualidades, ejercicios físicos, intercambios humanos. No recuerdo cómo fue el traslado ni ningún otro detalle. Pero sí la impresión al ver aquel corredor medio en penumbra del que pronto surgieron caras sonrientes emergiendo de vestimentas insólitas. No puedo decir que estaban uniformadas, aunque todas llevaban uniforme, dado que no había dos iguales. El pretendido uniforme se componía de chaqueta y pantalón. A unas les bailaban las prendas y a otras no, pero las diferencias estaban en el colorido. Los uniformes evidenciaban haber sido concebidos en color gris, pero aquello que nos saltaba a los ojos era de lo más variopinto. Cada una tenía su variedad y colorido, y eso, unido al deseo de levantarnos el ánimo a las recién llegadas, nos impresionaba como si hubiéramos entrado a un circo. Los pretendidos uniformes habían sido confeccionados hacía mucho tiempo y sufrido muchos lavados, por lo cual se habían decolorado y gastado a tal punto que habían requerido ser remendados. Las chicas, muy intencionalmente, entonces, se procuraron remiendos coloridos y con estampados con los que exageraban el aspecto payasesco que los parches le daban a aquel fondo gris desvaído. No recuerdo qué indicaciones nos impartieron las soldados, ni nada más. Creo que en ese momento no hubo uniforme para nosotras, sino que llegaron más tarde, cuando entregaron nuevos a todas. Pero sí me ha quedado grabada la gracia y alegría que emanaba de aquellas chicas jóvenes que desafiaban el medio sacando de su juventud toda la gracia y el humor posi-



Argelia Gargano

bles para iluminar aquellas celdas grises, aquel corredor oscuro y aquel futuro incierto. Graciélita con sus «chinchillas» (*chinchishas*), la Puqui y María Rosa, entre otras, nos brindaron la bienvenida y nos acariciaron el alma con sus bromas alentadoras.

Y luego la otra impresión, la de estar en un zoológico. Cuando empezamos a conocerlas se nos aparecieron «la Sapota», «la Cocodrilo», «la Cachorra», «la Libélula», «la Monita», amén de otras con apodos no menos curiosos como «la Sote», «la Carlanco», «la Pepi», «la Negrita», «la Totó», «la Cora», «la Paca», «la Cuca» y «la Puqui», «la Chela», «Pelusa», «la Chiqui», etc. Gracias a todas ellas, y a las demás que no llego a nombrar aquí, pudimos sobrevivir.

*La resistencia de Cuca
y estrategias para sentirse viva*

Éramos ocho en nuestra celda. La puerta solía estar abierta, tanto durante el día como por las noches. Pese a que ya se habían apagado las luces y se había dado la orden de que era hora de acostarse y hacer silencio, nosotras desafiábamos el reglamento carcelario y nos disponíamos a pasar un buen momento. La principal promotora de esos desafíos a las órdenes carcelarias era Cuca, pese a que su aspecto, sus gestos y su voz no podían hacer sospechar que albergara tanta rebeldía. Ella era la que dormía la siesta, cuando eso estaba prohibido, ocultándose detrás de su colchón que colocaba algo inclinado en forma casi vertical. Ella era la que le decía que sí a la soldado que daba la orden de retirar la ropa que se estaba secando en la ventana para luego volverla a colgar en cuanto la soldado se alejaba.

Aquella noche, como de costumbre, se hizo una rueda en torno a la cucheta de Cuca. Ella era la que se apoltronaba en su lugar y nosotras la rodeábamos para saborear unos mates y jugar al truco a la luz de una vela. Cuca quedaba de frente a la puerta mientras que todas las demás estábamos sentadas de espaldas a la entrada de la celda.

Normalmente, los soldados estaban fuera del celario, sentadas en los bancos que había en el comedor, y una reja nos separaba de ellas. Pero de cuando en cuando patrullaban el pasillo que conducía a las celdas.



Mary Irma Placeres
(Cuca)

Muchas veces, al oír el ruido de la reja que se abría, nosotras nos dispersábamos rápida y silenciosamente hasta nuestras respectivas cu-chetas y todo quedaba aparentemente en orden. Pero ocurrió en una oportunidad que una soldado entró muy sigilosamente cuando estábamos todas rodeando a Cuca. Como esta la vio venir sin que hubiera habido tiempo para apagar la vela y dispersarnos, Cuca fingió un desmayo súbito. Se produjo un gran alboroto y la soldado entonces decidió llamar a «Gargano», Argelia Gargano, doctora en medicina, reclusa ella también y recientemente llegada al establecimiento de Paso de los Toros.

Era una noche cálida y Argelia se apareció en camisón y algo desconcertada. Yo le quería hacer saber que lo de Cuca era fingido, pero no podía expresarlo en palabras debido a la presencia de la soldado. Gesticulé como pude y ella me dio un pellizcón disimulado para aclararme que captaba la situación.

Argelia pidió que se alejaran un poco todas para no quitarle el aire a la desmayada y una de las compañeras tomó una gran palmeta para hacerle aire a la supuesta enferma, que en realidad casi le hace agarrar una pulmonía a la doctora, según ella misma relató después. No sé qué diagnosticó Argelia ni cómo siguió la actuación de Cuca. Lo que sí recuerdo es que otra de las compañeras tuvo la ocurrencia de pedirle permiso a la soldado para ir a calentar agua para «hacerle un té» a la enferma. Fue autorizada y esa agua sirvió para seguir tomando mate un rato más.



Azilde Leal

Oriunda de Colonia del Sacramento, nacida en 1946, es profesora de literatura, de español y de francés.



Teresa Hernández

La despersonalización

En la cárcel de Paso de los Toros un día el comandante Erosa nos forma en el patio central y nos dice que él quiere evitar que haya desigualdades entre las detenidas de ese penal y plantea que, a partir de ese día, íbamos a vestir un uniforme gris y que además cada una tendría un número.

Así que ese número va a pasar a ser nuestra identidad, no vamos a tener nombre

Nos van a llamar para la carta, para la visita o para el paquete por ese número.

Yo le llamo, a este procedimiento la despersonalización, la pérdida de identidad, al dejar vulnerable al ser humano para otras acciones del terrorismo de Estado o de propósitos de la dictadura o de regímenes militares, o del comando de la dirección del penal.

Porque tuvimos otra experiencia, nos reúne el mismo comandante Erosa y nos plantea que ellos podían ser el vínculo para vender nuestras manualidades —nosotros tejíamos, bordábamos trabajábamos en cuero, hacíamos artesanías—. Pero además dijo que éramos capaces de hacer cananas. Es decir, quería que fuéramos objeto de sus intereses. Tenía propósitos muy claros: utilizarnos para sus necesidades.

Teresa Hernández

Nací el 19 de diciembre de 1945 en el departamento de Salto. Estaba estudiando enfermería cuando fui detenida por la Policía, el 21 de febrero de 1972, en el marco de las medidas prontas de seguridad.

Me llevaron a interrogar al cuartel, dada la existencia de las Fuerzas Conjuntas.

Al no comprobarme ninguna actividad ilícita fui liberada en la Jefatura de Salto. Bajé los escalones de dicha institución y me estaba esperando un jeep del batallón cuyos ocupantes me detuvieron por medidas prontas de seguridad.



Del cuartel me trasladan a la Carlos Nery, de febrero a agosto de 1972, cuando me vuelven a llevar al cuartel de Salto acusada de participar en actividades de la organización del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Después soy trasladada con otras compañeras a un galpón del puerto de Paysandú, luego a la cárcel de Paso de los Toros, de allí a la cárcel de Punta de Rieles.

Salí en libertad el 23 de marzo de 1985 con la reapertura democrática.

Vine a vivir a Bella Unión, revalidé mi título de enfermera y trabajé en esa profesión. A los nueve meses me presupuestaron en el Ministerio de Salud Pública.

En la actualidad soy jubilada, vivo en esta ciudad y disfruto de mi familia.

Zully Esmirela Curbelo

Quiero recordar, para esta compilación de testimonios, este episodio de resistencia de vida y sobre todo de una manera de compartir la risa, alegría y el compañerismo.

Cuando se da el incidente yo me encontraba en la celda N.º 3, es decir casi al final del pasillo, para llegar a la cual se debían abrir dos rejas, una al inicio del celdario y otra al medio.

La compartíamos Olga, Raquel, Dora y yo.

En esa época las puertas de las celdas se cerraban por la noche, en otros períodos cambiaba la situación y estas permanecían abiertas, lo que alteraba también nuestra vida en su interior.

La lectura fue muy importante en aquella situación y la disfrutábamos sobre todo en la noche; claro que las luces de las celdas se apagaban y buscábamos las maneras de recibir un rayito de luz en los libros para seguir enriqueciendo nuestras almas.

Recuerdo que una vez me leí el libro *Mi planta naranja lima*, de Mauro de Vasconcelos, de un tirón; lo terminé a altas horas de la madrugada.

Bueno, ese día estaban las puertas cerradas y debíamos valernos de la luz que penetraba por la mirilla de la puerta.

Nos arreglábamos. Raquel con un espejito reflejaba unos rayitos de luz que se enfocaban en su libro y así hacía su lectura. Yo, como estaba en la cucheta de arriba próxima a la puerta, usaba la luz que entraba por la mirilla. Dora, ubicada en una cucheta de abajo, no tenía muchas posibilidades; entonces se sentaba en una banqueta recostada a la puerta y allí leía, con la escasa luz que por la mirilla entraba.

Todo funcionaba estupendo.

Un día la milica, a la que le decíamos «Petete», alta, flaquita y con aspecto de muy lista, ingresó al celdario abriendo las dos rejas sin realizar ningún ruido.

La sentí cuando estaba llegando a nuestra puerta.

—Dora, Dora... —dije rápidamente. Ella no me oyó, pues leía completamente ensimismada.

La Petete dio un golpe en la puerta, alumbró, con su linterna y dijo:
 –¿Quién está ahí? –Fue todo un espectáculo observar el rayo de luz de la linterna en la cabeza de Dora mirando hacia arriba.

–Yo, yo –respondió Dora.

–Acuéstese inmediatamente –ordenó la milica.

La imagen de Dora pescada infraganti resultó fantástica. Hasta hoy nos reímos como en aquel momento en que tuvimos que taparnos la boca para no estallar en carcajadas.

No recuerdo si la sancionaron, sí recuerdo la sorpresa de Dora y todo aquel instante que nos permitió sabernos vivas y resistiendo.



Zully Esmirela Curbelo

Nací el 5 de febrero de 1955, en Paysandú.
 Era estudiante cuando me detuvo el Batallón N.º 8 de dicho departamento, un poco antes del golpe.

Fui trasladada a Paso de los Toros el 14 de junio de 1973.

Salí en libertad en agosto de 1978. Volví a Paysandú y trabajé realizando diferentes tareas.

Fui a Montevideo en 1981 y estuve hasta 1984; estudié pedicuría en la UTU.

Regresé a Paysandú, trabajé como podóloga y continué mi capacitación en la Escuela de Tecnología Médica de Paysandú.

En la actualidad soy jubilada y disfruto de mi ciudad, compañeros y amigos.



Carmen Beretta Curi

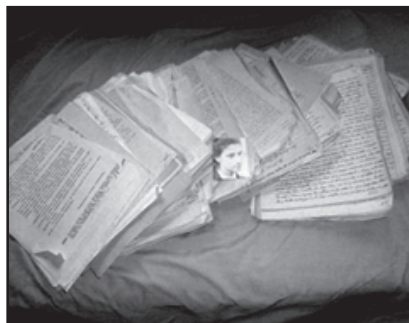
Gracias, querida familia, por haberme acompañado SIEMPRE!!

Cientos de cartas que releo a vuelo de pájaro, que recorrieron caminos de ida y vuelta entre 1972 y 1985. Ellas hilvanaron trece años de la época más dura de nuestro país, unieron el adentro y el afuera sobrevolando el tiempo.

Arrimaron miradas, abrazos, noticias, esperanza.

Atravesaron muros y rejas depositándose, amorosamente, en la celda que iluminaban con su llegada y cuyo contenido compartíamos entre las compañeras presas.

Los *flashes* de cartas a que hago mención corresponden al período entre 1972 y 1977, en el que estuve recluida en el Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino de Paso de los Toros. A excepción de la última, 1985, anterior a la salida desde el penal de Punta de Rieles (1977 -1985).



En una de las primeras cartas, del 24 de diciembre de 1972, conmigo ya en Paso de los Toros, decían:

Querida hija María del Carmen Beretta Curi :

El destino te ha arrancado de nuestro lado, pero todo lo considero como un velo tenue, tan tenue, que detrás se ve tu alma de siempre, conmovida por todos los que sufren, y ese bien, para llegar, volver a toda la Patria, aún falta, todavía no se abrió ese sendero, hasta que Dios así lo quiera.

A él hay que pedirle que todo sea lo que disponga, su voluntad y no la nuestra.

Mañana, como todos los días, te recordaremos hondamente cuando se celebra mundialmente el Nacimiento del niño Jesús y a Él le pedimos para que pronto estés a nuestro lado. Él oye las oraciones que nacen desde el fondo del corazón.

Consideramos la Navidad de mañana sin brindis, porque hay muchísimos seres en el Mundo que sufren despiadadamente

Un abrazo inmenso y besos de tus padres y hermanos y sobrino».

Nací el 16 de diciembre de 1947.

Mi infancia transcurrió en un hogar sin grandes dificultades económicas. Con las necesidades básicas cubiertas. Mi padre era empleado de UTE, corredor de libros, batllista del viejo Batlle. Batllista a muerte. Mi madre, ama de casa las 24 horas del día, pendiente de papá y nosotros. Católica desde niña. Oriunda de Florida, catequista en Rivera adonde la familia se trasladó cuando ella era muy pequeña. Simpatizante del Partido Demócrata Cristiano. Mi hermano y yo estudiamos en centros educativos públicos: escuela, liceo, universidad. Siempre en búsqueda de un camino de cambios

Hogar católico practicante.

Crecí en el Uruguay de los años 50, mucho antes de la dictadura, pero donde empieza a darse una serie de cambios que van a incidir a lo largo del proceso de nuestro país.

En el 58 yo contaba con 11 años, mi hermano 12. La realidad nos golpeaba día a día, las discusiones políticas estaban presentes en todos los ámbitos. Nada escapaba a nuestros sentidos e íbamos tomando conciencia de ello.

Si bien en esa etapa no tenía una clara inquietud por asumir un compromiso, fueron tiempos de escucha atenta: la radio, los diarios me/nos iban introduciendo en esa realidad que, al crecer, la iba sintiendo como necesitada de un inevitable compromiso social.

Como católica practicante, mi compromiso, inicialmente, fue dentro de la Iglesia. Y más aún cuando surge la llamada Teología de la Liberación, que atravesó el pensamiento de la Iglesia y creó una orientación dentro del cristianismo a la que adhirieron tanto sacerdotes como feligreses. Fue una corriente que, por primera vez en la historia de América

Latina, reflexionó y profundizó sobre la realidad de las personas y los pueblos de nuestra América. Da una nueva dirección a la tarea del cristianismo y de la Iglesia. Surge en el Concilio Vaticano II, concilio ecuménico¹ sacudiendo a la Iglesia tradicional para que asuma una responsabilidad real frente a la pobreza y la injusticia social. Por otra parte la Iglesia se acompasaba a los nuevos tiempos de compromiso o quedaba en el camino.

Esta corriente, si bien fue resistida por gran parte de la Iglesia tradicional, con gran poder económico, tuvo muchos adeptos y seguidores. Así se puso en marcha la práctica y convocó sobre todo a los jóvenes. Nunca como en este período la actividad de la Iglesia uruguaya tuvo tanta resonancia. Si bien en su seno subsistían las tendencias tradicionales, el liderazgo, en esos años, lo mantuvieron obispos de concepciones políticas más avanzadas.

Ya adolescente, empecé a ver a través de esta orientación la posibilidad, como cristiana, de poner al servicio de la pobreza la palabra de la Iglesia que venía cuestionándome por verla tan alejada del mundo real. Las visitas que realizaba, con mi hermano, a los asentamientos me generaban un estado de incomodidad total. Yo, de tapado, abrigada, de zapatitos de taco, entrando a casas de lata, sin piso, apenas unos colchones en el suelo, poca ropa, comida menos..., me sentía ridícula.

Cada vez más me cuestionaba pertenecer a la institución Iglesia.

Sentía que era perder el tiempo

La década de los años 60, en Uruguay, fue signada por un alto nivel de actividad social expresada en movimientos sociales, sindicales y propuestas de transformación de la sociedad desde una vertiente revolucionaria de la izquierda uruguaya.

El año 1968 constituye un hito importante en el ciclo de instauración, en el Uruguay, de un régimen autoritario (Jorge Pacheco Areco) y una nueva relación de fuerzas entre las clases sociales, en perjuicio de los trabajadores. Este proceso culminó con la dictadura entre los años 1973 y 1985. En estas décadas los jóvenes no nos sentíamos al margen de la realidad y esta nos empujaba a actuar

1 Un concilio ecuménico es una asamblea celebrada por la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas con carácter general a la que son convocados todos los obispos para reconocer la verdad en materia de doctrina o de práctica y proclamarla. Es uno de los eventos históricos que marcaron el siglo XX.

En lo personal mi opción fue el MLN (Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros).

Era estudiante de Facultad de Humanidades y Ciencias, haciendo la carrera de Psicología.

Pertenecía al gremio estudiantil y, al mismo tiempo, me vinculé al MLN y llegué a formar parte de su estructura entre los años 1968 y 1972. El Movimiento tuvo un fuerte crecimiento en 1968, tanto en Montevideo como en el interior del país. Sobre todo de jóvenes.

El período de militancia dentro de esta organización fue muy exigente y difícil. Entre la legalidad y la clandestinidad, aprender a vivir y sobrevivir, estar siempre alerta, cuidar y cuidarte, siempre en riesgo, bordeando la muerte. Hoy aquí, y mañana no sabés dónde. No podías apegarte a nada ni a nadie. Dispuestos a perderlo todo, incluso la vida.

La organización era ilegal. Una vez que te identificaban pasabas a la clandestinidad y tenías que adquirir una identidad falsa. Ya no pertenecías al mundo legal, se cortaban los estudios, el trabajo, la vida social, los vínculos familiares. Mostrarte lo menos posible, salir únicamente para acciones concretas.

Los ideales y la convicción eran dos pilares fundamentales que permitían seguir adelante superando las dificultades que se presentaban cada día. No era fácil. Renunciamos a muchas cosas de nuestras vidas personales.

Como mujer tuve que vencer y vencer escollos. Primero una lucha conmigo misma, con los valores recibidos, con los roles que la sociedad nos adjudicaba y adjudica: el ser mujer como fragilidad. Fue una lucha, en primera instancia, contra la educación recibida. La ruptura con los roles sociales asignados: mujer-esposa-madre-protectora. La ruptura con la Iglesia. El alejamiento de la familia, que era doloroso.

Era un ser social que veía y vivía la injusticia. Desde muy chica fui testigo de la pobreza, conocí gente humilde, con necesidades elementales sin cubrir. Acudían a casa con mucha frecuencia y mi madre los recibía y ayudaba dentro de las posibilidades de nuestro hogar. Esto me taladraba la cabeza.

En 1972, con el accionar de las Fuerzas Conjuntas, que así se llamó a la represión llevada adelante por todas las Fuerzas Armadas: el Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea, nuestra organización fue desarticulada y los militantes fuimos torturados, presos, desaparecidos, y los que pudieron se exiliaron.

La cárcel tenía como objetivo la destrucción ideológica, moral, psíquica. Buscaba el renunciamiento político de todos/as los/as presos/as.

Que los reconocieras como la autoridad a la que tenías que obedecer.

Estabas militarizado.

Nuestra respuesta fue la resistencia, no someternos.

Los ideales nos mantuvieron y nos permitieron enfrentar, en su momento, la tortura y la cárcel.

Entre 1972 y 1977 quienes resultamos detenidas en el interior del país, luego de los interrogatorios, pasaje a la *justicia* militar, fuimos llevadas en tandas al penal de Paso de los Toros, denominado Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1, Femenino.

Para los familiares implicó un peregrinaje permanente. Distancias. Costos. Madrugones. Esperas. Deambular por el pueblo esperando la hora de visita y salir corriendo para no perder el tren o el bus. Mi familia vivía en esa realidad. No podían concurrir a las visitas quincenalmente como estaba permitido. Lo hacían cada mes, mes y medio o más.

Nunca dejaban de escribir cartas, dos carillas, lo permitido. No más.

¿Cómo sobrevivieron estas cartas?

La meticulosa, prolija, minuciosa, metódica y ordenada dedicación de mi padre lo hizo posible. Su formación en la administración del Estado (en UTE) le llevó naturalmente a organizar todo meticulosamente, con una lógica administrativa.

Dice mi hermano: «[...] así numeraba las cartas y llevaba un registro de los paquetes que iban al cuartel con un listado completo de contenidos. En cuanto a las cartas, durante mucho tiempo las tenía ordenadas en biblioratos. Cuando estábamos en Barcelona, a veces respondíamos dos cartas juntas. Si no habíamos respondido alguna pregunta, en la siguiente carta remitía a las cartas en cuestión indicando sus respectivos números. También pretendía que numeráramos nuestras cartas, cosa imposible con lo anárquicos que éramos».

Al escribir, lo hacían con carbónico y así empezó a crearse este archivo. Alrededor de 1900 páginas compilan mis cartas, las de mis padres, hermano y cuñada, de tíos (estas nunca las dejaban pasar), de familiares de otras compañeras con las cuales se comunicaban para solucionar necesidades: llevar y traer cartas, paquetes, llamadas telefónicas.

cas, coordinar viaje de niños que llevaban al penal para ver a sus madres, etc.

Mi padre fue el artífice principal de este archivo.

De las cartas de tíos, primos, etc. que ya sabían no entrarían, me enviaba una copia a mano y archivaba el original en casa.

Las que mandaba mi hermano, del exilio, también las copiaba; en este caso guardaba la copia, porque el original, al ser familiar directo, en general, llegaba a mis manos.

No omitieron ninguna carta de toda la correspondencia intercambiada. Se conservó, no digo en un cien por ciento, pero casi.

Reconozco que me sorprendió, al salir en libertad, encontrarme con este trabajo de archivo. Un archivo cargado de vivencias, de amor, dolor, esperanza, solidaridad.

No es la intención publicarlas.

Solo un reconocimiento a ellos, mi familia, que dedicaron sus vidas a acompañarme en esta larga, dolorosa, prolongada, etapa de mi vida.



No hay palabras que puedan expresar mi agradecimiento y no tengo la certeza de habérselos comunicado a cabalidad.

La dictadura atrapó con sus garras al Uruguay TODO.

Unas/ unos fuimos presas /os

Otras/os desaparecidas/os.

Muchas/os exiladas/os.

Otras/os en el insilio

Entre los miles de uruguayos/as que permanecieron en el país estuvo mi familia.



El insilio fue estar *libres* dentro de rejas nacionales, esperando el allanamiento, la detención arbitraria en la calle, en el trabajo, en la casa. Vigila-

dos, observados, allanados, perseguidos, indagados, interrogados.

El 1.º de mayo de 1974, mi padre, hermano y cuñada fueron arrancados de su casa, en la avenida 8 de Octubre, y llevados al Cilindro.

Manifestantes, conmemorando esa fecha en una demostración relámpago, recorrían un tramo de 8 de Octubre, me cuenta mi hermano que vivía sobre esa avenida.

Algunos jóvenes conocían su casa. Mi hermano y cuñada daban clases particulares. Llegados allí, entraron tratando de esconderse, escapar por el fondo, saltar el muro que salía a la otra calle.

Tras los manifestantes aparecieron los milicos, allanaron, detuvieron y los llevaron.

De esto me enteré al salir en libertad. Nunca me transmitieron preocupaciones en la cárcel. Entendían que ya tenía bastante con estar presa.

Me cuenta mi hermano que, en el Cilindro, el que llamaba la atención, por la edad, era mi padre. Casi la totalidad eran jóvenes.

También me cuenta que, en el momento de la detención en que debían subir a un *ropero* (vehículo grande que usaban los milicos para llevar un número importante de detenidos), le dieron un sablazo por demorar en subir (por el problema de su pierna) y otro a mi hermano por interceder. Llevaron varios *roperos* con detenidos, eran un núcleo muy grande que se movilizaba. Separaron a hombres y mujeres. A los hombres los tuvieron de rodillas con las manos en la nuca durante varias horas. De vez en cuando les gritaban frases denigrantes. Luego los hicieron sentar y les pasaron tijeras y máquinas de cortar el pelo. En la noche los ingresaron al Cilindro.

Los milicos lo tenían de rodillas y le decían: «Viste, viejo, por andar metiéndote en lo que no te importa, y saltando muros».

Mi padre quería hacerles entender que él era rengo, no podía saltar muros. Estaba haciendo un carrito de madera para la feria. Era aficionado a la carpintería, y había hecho muchos trabajos en nuestra casa: placares, cuchetas, era muy ingenioso.

«Callate –le decían– ¿te creés que no te vimos?»

Papá y mi cuñada estuvieron una semana y mi hermano más tiempo. Por supuesto que siendo familiares míos eran vigilados de otra forma.

En mi familia se vivió la cárcel, el insilio, el exilio.

La comunicación, desde la cárcel, era a través de visitas y cartas, cada quince días, o más, según hubiera sanciones individuales o colectivas: pérdida de visita, de cartas, de paquetes.

Algunas cartas nunca llegaron a destino, la censura lo impidió. Era una de las tantas formas de sanción: no visitas, no recreos, no cartas, calabozo. Había un doble objetivo: las presas y las familias.

Las cartas de mi familia muestran su comprensión de mi militancia, aunque no la compartían. Reafirmaban el espíritu de justicia social que me impulsó a esa opción:

En la carta N.º 34 del 9/04/73 decían:

En toda correspondencia pueden crearse frases o expresiones con raro sentido, pues decirte que hemos venido contentos de allí, sabiendo que estás presa, parece una ironía [...] Y sobre el doloroso encierro que hoy soportas por nuestros semejantes desvalidos, por los sin ayuda, por los sin socorro [...] Hasta que se den soluciones a tantos y tantos problemas [...] Es muchísima la juventud entre rejas, es muchísima la juventud de fuera que impetuosamente buscan su sitio en la sociedad de la que hoy se sienten desplazados, sin porvenir cierto. ¿Qué destino les aguarda a los niños de hoy? Pienso en mi nietito, hoy apenas con tres años de edad [...].

Cuando salí del penal no tenía ya ninguna carta conmigo. Eran destruidas cuando requisaban las celdas tomando, rompiendo, retirando los libros, las cartas, fotos, todas las cosas que tenían un significado afectivo que sabían eran importantes para nosotras.

Recuerdo un poema que me envió mi hermano cuando estaba en el penal de Paso de los Toros.

Quedó grabado en mi memoria.

Me lo envió en una tarjeta hecha a mano por él —la tarjeta no la recuerdo bien—. Creo que la mandó para uno de mis cumpleaños.

No está en el montón de cartas archivadas. Había llegado el original y no sobrevivió a la destrucción de que eran objeto nuestros preciados y queridos bienes.

PALABRAS PARA JULIA

(José Agustín Goytisolo)

Tú no puedes volver atrás
Porque la vida ya te empuja
Como un aullido interminable
Interminable

Te sentirás acorralada
Te sentirás perdida o sola
Tal vez querrás no haber nacido
No haber nacido
Pero tú siempre acuérdate
De lo que un día yo escribí
Pensando en ti, pensando en ti
Como ahora pienso

La vida es bella ya verás
Como a pesar de los pesares
Tendrás amigos, tendrás amor
Tendrás amigos
Un hombre solo, una mujer
Así tomados de uno en uno
Son como polvo no son nada
No son nada

Pero tú siempre acuérdate
De lo que un día yo escribí
Pensando en ti, pensando en ti
Como ahora pienso

Otros esperan que resistas
Que les ayude tu alegría
Que les ayude tu canción
Entre sus canciones
Nunca te entregues ni te apartes
Junto al camino nunca digas
No puedo más y aquí me quedo...y aquí me quedo
Entonces siempre acuérdate
De lo que un día yo escribí
Pensando en ti, pensando en ti
Como ahora pienso

La vida es bella ya verás
 Como a pesar de los pesares
 Tendrás amigos, tendrás amor
 Tendrás amigos
 No sé decirte nada más
 Pero tú debes comprender
 Que yo aún estoy en el camino, en el camino
 Entonces siempre acuérdate
 De lo que un día yo escribí
 Pensando en ti, pensando en ti
 Como ahora pienso

Si bien este poema lo tuve materialmente conmigo poco tiempo, siempre lo recordé, lo recordé guardado en la memoria.

Como dice León Gieco.

«Todo está guardado en la memoria
 Sueño de la vida y de la historia

Todo está clavado en la memoria
 Espina de la vida y de la historia»

El valor de todo lo que nos llegaba de la familia, compañeros, es indescriptible.

Llegaran como llegaron: en palabras, en miradas, en silencios, escritos o en canciones.

Quedaban atesorados en cada una y eran alimento permanente en los momentos difíciles del hostigamiento dentro de los penales.

Estas cartas ponen el énfasis en la realidad social que se vivía en el país, llevando a los jóvenes a buscar una profunda transformación social.

No ocultan el sufrimiento que les acompaña por la situación que estaban viviendo.

Carta N.º 26

Nos perdonarás en que insistamos en querer hacerte ver que tu situación actual tiene para nosotros la profunda raíz del revelado de la vida social que te sorprendió en temprana edad por su injusticia por aprovechados y aprovechadores impuros y por esa purificación

te vemos y te sentimos y estamos entristecidos por verte alejada de nosotros. Es hora que dejes de preocuparte tanto por los demás como forma de no sufrir.

Sabemos desde nuestra lejana juventud que el 80 % de la población tiene que padecer lo insufrible para que un 20 % lo disfrute todo, todo, con alarde, con prepotencia y hasta desfachatadamente, con incoloro orgullo.

Nunca hubo soluciones concretas para el pueblo, para las masas. Para el estudio de Leyes primordiales [...] El Uruguay debe observar la histórica trayectoria rica en ejemplos, de Países Milenarios que, en los momentos de profundas crisis políticas lograron, por medio también de profundas reflexiones –que es de lo que carece hoy nuestra Patria–, el logro de armoniosas leyes que desemboquen, indefectiblemente, en la tan anhelada PAZ.

Escribir era introducirse en el afuera, imaginar, soñar, recordar, reconstruir, abrazar. Escribir era buscar la forma de decir para que llegaran a destino. Tanto nosotras como las familias. Por ello aprendimos a decir sin decir claramente. Con el tiempo, el lenguaje adquiría un significado que iba más allá de lo dicho en esas palabras. Encontramos la forma de burlar la censura.

Entre las compañeras compartíamos las visitas, las cartas, las noticias; los sabores y sinsabores, las dificultades del afuera, llorar y reír juntas; compartir esa realidad acompañándonos en todo momento.

Ese colectivo que se conformó en la cárcel a lo largo de los años perdura hoy en el afuera. Mantenemos los lazos surgidos en las difíciles situaciones de la militancia y la cárcel. De los interrogatorios y el aislamiento.

Hoy nos seguimos encontrando, reencontrando en lo que llamamos «Encuentros», valga la redundancia, que realizamos mensualmente.

La siguiente, enviando un balance económico de la venta de manualidades que nosotras hacíamos (y ellos ofrecían a vecinos, familiares, compañeros de trabajo), integra una de las decenas de cartas que papá armaba. Se aprecia allí un detallado informe de ventas, compras de material, depósito a cada una de las integrantes del equipo de trabajo en forma equitativa. Saldo en su poder.

Estos balances se repitieron durante el período de prisión en Paso de los Toros, en el que se mantuvo el equipo de trabajo.

Luego, en 1977, trasladadas a Punta de Rieles, la realidad cambió.

Balance N.º 5 del 27 de mayo de 1973

Fue cerrado sin saldo a favor de Uds.

Ventas realizadas por tu hermano:

<i>1 cigarrera de cuero</i>	<i>\$ 500</i>	
<i>1 cartera de cuero</i>	<i>\$ 3000</i>	
<i>1 forro bolsa agua caliente</i>	<i>\$ 700</i>	
<i>1 bolso arpillera</i>	<i>\$ 4600</i>	
<i>1 porta lápices</i>	<i>\$ 1200</i>	
<i>1 porta documentos</i>	<i>\$ 600</i>	
	<i>\$ 15600</i>	
<i>Gastos por compra de lana</i>	<i>\$ 2800</i>	<i>\$ 12800</i>

Ventas realizadas por mamá

<i>1 pasamontaña</i>	<i>\$ 900</i>	
<i>1 batita</i>	<i>\$ 2500</i>	
<i>1 porta lente de piola</i>	<i>\$ 500</i>	
	<i>\$ 3900</i>	<i>\$ 3900</i>
<i>Saldo</i>	<i>\$ 16.700</i>	

Por carta n.º 47 establezco saldo a favor mío de \$ 4215 por compras de materiales (ver detalle en carta n.º 45)

\$ 4215 \$ 12485

Dejando \$ 485 para el próximo balance restan \$ 12000 que serán depositados en la cuenta de cada una de las integrantes del equipo de trabajo:

<i>Analia Fabre</i>	<i>\$ 3000</i>
<i>Mirtha Pirez de Riguetti</i>	<i>\$ 3000</i>
<i>Teresa Díaz de Piedra</i>	<i>\$ 3000</i>
<i>Maria del Carmen Beretta Curi ...</i>	<i>\$ 3000</i>
<i>Sumas iguales</i>	<i>\$ 12000</i>

A la administración: por compras efectuadas para:

<i>Dora Raffo</i>	<i>1 Sun</i>	<i>\$ 730</i>
<i>Silvia Pose</i>	<i>1 Sun</i>	<i>\$ 730</i>
<i>Alí Grisolia</i>	<i>1 Sun</i>	<i>\$ 730</i>
<i>Teresa Hernández</i>	<i>3 ov.lana (\$430)</i>	<i>\$ 1290</i>
<i>Urruti de Cabillón</i>	<i>1 ov.lana</i>	<i>\$ 430</i>

Total a mi favor \$ 3910 según comprobantes de cuentas No. 1 y 2 que se detallan y adjuntan.

Cobrado hoy 29/07/73

Pocas veces mi madre lograba introducirse en las cartas elaboradas de papá. Él era muy absorbente y dominante. Mamá, muy suave, y callada, resignada. La fe la ayudaba a sostenerse y sostener, sobre todo a papá.

La fe le daba fortaleza que irradiaba con paz.

Más de una vez fue a verme, junto con mi hermano, en alguna plaza de Montevideo, cuando estuve clandestina. Este amor que me brindaban a riesgo de ser detenidos. Cuando empezaron a seguirlos autos que no les perdían la pisada, tuvieron que dejar de hacerlo.

Carta de mi madre, original de puño y letra.

Querida Carmencita: quería pedirles que hicieran algunas cabezas de las negras con aros grandes, como las que hicieron para fin de año, para pañuelos o repasadores, que gustaron mucho. Hacerlas para Mayo que haremos una exposición y venta para el día de la Madre. Esta exposición la hacemos en casa de Al, en 8 de Octubre y tiene mucho éxito. Te envío unos retazos de tela, te los manda Regina junto con un beso enorme. Lo mismo de todos los conocidos y familiares. Un beso grandote de mamá para ti y todas las compañeras que siempre se las recuerda con el mismo cariño.

Para ti un beso grande, muy grande de mamá.

Como a todos, familiares y presos, nos sostenía la esperanza.

17 de octubre de 1975, carta N.º 162

[...] Estos atardeceres de profundo colorido primaveral tienen la virtud de llenar el alma con tintes de esperanza, de hermosas fantasías que al hacerse realidad nos darán a todos nosotros, a muchos como nosotros extraordinaria fe en el futuro [...]

Todavía faltarían 10 años para que esos sueños se hicieran realidad!!!!

Los familiares soportaron zozobras, maltrato, incomunicación, sanciones, manoseo, destrato, burlas, humillaciones.

Última carta, del 2 de febrero de 1985

Querida hija: no sabemos, cómo una persona, hombre o mujer, podrá comprender, cómo podrá sentirse una vez alcanzada su libertad definitiva, en cada nuevo día. Creo que será como haber dejado atrás una gran angustia y que abre ahora, por supuesto, soñados días de soñados aletazos de alegrías.

Ya no hay más limitados movimientos, ¡libres!!! Considero que cualquier ser humano verá las cosas ahora como un nuevo nacer, comenzando por llamar la atención las cosas de la naturaleza, las olas que se duermen en las orillas de las playas, observar también el vuelo incansable de las aves, el vivaz movimiento de los animales domésticos.

Quedar sorprendidos por el estridente pitar de las fábricas, establecimientos industriales, así como a la vez, el desplazamiento rápido de las personas que regocijadas van a iniciar una cotidiana y hermosa tarea que les permitirá que miles de hogares vivan risueños porque hay pan en la mesa y sus hijos, atendidos debidamente por sus padres van a la escuela o liceo.

*Finalmente como metáfora o alegoría me queda expresar aquella frase que Garcilaso de la Vega, quien dictara clases de literatura, dijo a sus alumnos al salir de prisión «decíamos ayer».**

Con nuestros corazones en ti tu hermano y familia, papá y mamá.

* Si bien así fue escrito por mi familia, no es claro que el autor de esta frase haya sido Garcilaso de la Vega. Hay fuentes que adjudican esas palabras a Fray Luis de León u otros.

En el montón de cartas hay decenas de agradecimientos de familiares que de una u otra forma se apoyaban en ellos para resolver necesidades de sus hijas presas conmigo.

A modo de ejemplo:

12 de diciembre 1974

Estimado señor, se extrañará de recibir estas líneas porque no me conoce. Soy la madre de Cristina Peña y, a pedido de ella y de Gladys Bertullo, es que hoy me dirijo a usted. En primer lugar, ya que tengo la oportunidad, deseo agradecerle todo lo que hace por mi hija, vendiendo sus trabajos ya que acá se hace difícil vender [...] etc. Matilde Zuasnábar

15 de setiembre 1977

Sr. Alcides Beretta: Le escribo estas breves líneas para agradecerle lo que hizo por mí [refiere a que solicitamos a mi padre si podía pagarle la fianza para salir en libertad, ya que en ese momento no contaba con la plata para ello].

Eulalia S. de Muhletaler

Fui detenida en junio de 1972 y liberada el 28 de febrero de 1985.

Me fueron a buscar mi padre y mi madre. Era fecha de cumpleaños de mi hermano exiliado en España.

Llegamos a casa de noche y enseguida llamamos por teléfono. En España serían las tres de la mañana. Por la hora de la llamada mi hermano cuenta que dijo «Carmen salió en libertad».

El reencuentro con la vida tuvo sus dificultades. Los años de cautiverio nos marcaron, la familia nos encontraba raros, el sufrimiento de ambas partes era difícil de conjugar. Tal vez querían encontrar al joven o la joven adolescente que un día había salido del hogar, volver atrás el tiempo. Imposible.

Temían que volviera a pasar algo. Querían que permaneciera en casa.

Montevideo era una efervescencia con las salidas de los presos de los penales, de Jefatura. Multitudes en las calles, gritos de libertad, cánticos, banderas, aplausos.

No podía dejar de salir a sumarme a ese río de gente que palpitaba e inundaba las calles.

Tenía que aprender a andar de nuevo. No conocía el dinero, Había que reconocer la ciudad, los barrios, las calles, los buses. Buscar trabajo. Retomar estudios. Seguir con el compromiso político. Volver a enamorarme.

Rehacer la vida.

Y pude. Pudimos.

A los pocos meses de liberada empecé a trabajar, retomé los estudios, me casé, tuve una hija, terminé los estudios, me integré al trabajo social, y en eso sigo.

Si fue difícil empezar a escribir, terminar es más difícil aún.

¿Puedo decir que terminé?

¡¡Definitiva y rotundamente NO!!

¡¡Se puede agregar tanto más!!

Pero es inabarcable.

Así está bien, me digo. Así está bien.

Gracias, querida familia, por haberme acompañado SIEMPRE

Carmen Beretta Curi

Nací en Montevideo el 16 de diciembre de 1947.



Como católica practicante, entre 1964 y 1969, milité en la Iglesia católica; como estudiante, en la Facultad de Psicología, lo hice a nivel gremial.

En 1968 me integré al Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) en busca de cambios profundos; quedé clandestina en 1969.

Fui detenida en junio de 1971 y en ese mismo año participé en la fuga denominada «La Estrella» realizada por el MLN.

En 1972 fui detenida en Bella Unión, trasladada al cuartel de Artigas y después a las de Salto y Rivera. En diciembre de 1972 fui conducida al Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino de Paso de los Toros.



En 1977 me llevaron con el conjunto de las compañeras presas al Establecimiento Militar de Reclusión N.º 2 de Punta de Rieles.

Fui liberada por la lucha del pueblo el 28 de febrero de 1985.

Actualmente vivo en Ciudad de la Costa donde milito a nivel social y formo parte de un taller de narración oral.

Cristina Peña

Rejas grises, paredes grises, piedras grises.

El establecimiento estaba sin terminar, tenía muros altos, no veíamos lejos, pero a pesar de lo duro del suelo logramos hacer un cantero donde las generosas arvejillas nos regalaban sus colores.

En invierno sentir el sol en el rostro era un privilegio; subidas en un banco, lo teníamos un ratito más antes de que el muro lo escondiera.

Fuimos capaces de sacar, de una lana o un pedazo de tela, «obras maestras», de transformar un trozo de pan y una rodaja de tomate en una exquisita pizza que cocinábamos en aquel antiguo calentador, que seguido quemaba su resistencia y la *electricista* del grupo se encargaba de componer, igual que los viejos sum que usábamos para calentar el agua para el mate.

Fuimos capaces, capaces de transformar lo gris en algo colorido, de cantar en las difíciles, de festejar cumpleaños y navidades, aun separadas por puertas y rejas.

Todos son recuerdos mágicos de *brujas* obligadas a subsistir y resistir. No fueron vacaciones, aunque reímos, también lloramos, hubo separaciones y pesares, el estar lejos de la familia, hijos, compañeros, y de todo lo ya conocido; pero construimos otra familia entre cuyos integrantes, aun prácticamente sin vernos, el abrazo es fuerte y sincero cuando nos encontramos.

El tiempo ha pasado, hay imágenes que se borran, otras se transforman, sentimientos que se archivan... Logré quedar con los recuerdos que me hacen sonreír y que por suerte tienen rostro y nombres. Las guardo en el cofre de mis tesoros, COMPAÑERAS.

Cristina Peña

Nací el 24 de octubre de 1951 en Tacuarembó.

Me recibí de maestra, pero fui detenida por las Fuerzas Conjuntas en junio de 1972; pertenecía al Movimiento de Liberación Tupamaros.

Fui llevada al cuartel del 5.º de Caballería de Tacuarembó, luego trasladada al Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 Femenino de Paso de los Toros, hasta julio de 1976.

Salí con régimen de libertad vigilada sin poder ejercer mi profesión. Trabajé mucho, pero en otras actividades.

Me casé, tengo dos hijas y cuatro nietos.



Otras creaciones de las ex presas

Las Truqueras

(la murga del Penal de Paso Toro)

Truco, truco, aquí llegamos,
 chúpense esta sorpresa.
 Somos ocho las truqueras
 Improvisando de murgueras...
 Don Juan Díaz de Solís
 introdujo las barajas;
 él hacía solitarios ...
 cosa bien de aristocracia.
 Y vinieron los charrúas
 e inventaron el «Envido»,
 se olvidaron de las leyes
 y perdieron el partido!
 Artigas les pone el truco,
 poca liga le tocó.
 Pero a ponchazos nomás
 a los «godos» los corrió.
 Vinieron los portugueses
 y el «re truco» nos gritaron.
 Fructuoso y Juan Antonio
 De aparcero´apechugaron.
 Con el pasaje del tiempo
 se le complica al que juega,
 Con la «liga» no hay quien pueda,
 Hay que aplicar otra «ciencia»
 Primer Turno, Primer Turno,
 Primera siempre será.
 Si en esta no la ganamos
 Habrá otra oportunidad.

Retirada (música de Garúa)

Nos vamos!!!!Y al partir vamos dejando
 en las notas de este canto
 retazos de nuestro corazón

Por eso ..suene fuerte el redoblante
 pa'que sientan los ausentes
 el canto de nuestro corazón.
 Pensando...encontrarnos algún día
 Pa'vivir la algarabía del amor
 Con igualdad y libertad
 Las murguistas ya se van
 Y al partir dejan su corazón...
 Dejan su corazón.....

La escoba

Paso de los Toros, enero 1 de 1975

Yo soy la muchacha, la más renombrada
 más solicitada de todo el penal
 desde la mañana, muy de madrugada
 se grita mi nombre por el corredor.
 Soy la más trabajadora, la que no tiene descanso
 y de la diaria fajina nunca me safo.

Y todos los días, todos los días
 las chicas me reclaman noche y día
 todos los días, todos los días.

Soy tan breve como un soplo y tengo el pelo cortón
 sin que me hayan agarrado Cora o Toto.
 Nunca yo tengo descanso
 y de celda en celda voy
 y hasta a veces me reclaman de otro sector.

Yo estoy aquí, pero es un gran error
 yo estoy aquí por equivocación
 pero igual muy importante soy
 Si no, miren la cola que se armó en el corredor
 Si no, miren el barullo que por mí han hecho hoy

Vamos a la cama que hay que descansar
 no olviden que mañana las volveré a llamar.
 Ya llegó el silencio hay que aparentar
 pero entre nosotras qué podrá pasar.

Otras voces

testimonios de familiares

Fernando Cruz

(hijo de Teresita Almada y José Cruz)

Parte de una carta de Fernando a su padre...

Me comentabas en tu última carta, papá, que se reunirían las compañeras en casa, y se me hace que querría estar un rato con esa gente, aunque no creo que logre reconocer a ninguna. El tiempo deja sus huellas y uno era muy niño aún. Me decías que si quería escribirles unas líneas para leerles y me gustaría que les dieran mis saludos y un abrazo a todas y cada una de ellas, pero no encuentro palabras para dialogar, así de repente. Tengo muy gratos recuerdos de Paso de los Toros, lo saben todas las que me veían corretear de celda en celda y a veces de sector en sector. Ayer, cuando me contabas que se reunirían en casa me puse a pensar en aquella época, en aquellas vivencias y se me caían las lágrimas. Me parece increíble que ante aquellas circunstancias yo guarde solo gratos recuerdos. Me da hasta un cierto sentimiento de culpabilidad, un cierto remordimiento, pues sé exactamente lo que significaba cada minuto, cada hora, cada día, cada año detrás de aquellas grises rejas. Pero la culpa es justamente de mamá y todas aquellas que supieron superar la angustia, la tristeza, las rayas, la desesperación y compartir con uno, siempre, de forma tan entera, cada visita. Eran realmente momentos importantes en nuestras vidas de niños, de niños que soñábamos todos los días con aquellas anheladas horas juntos y con aquellos besos y abrazos. Si bien vi lágrimas y dolor, siempre palpé esperanza, entereza, simpatía, cariño, amor, y eso fue lo que siempre me quedó grabado, esos fueron los momentos que para mí personalmente predominaron y aun perduran frescos en mi memoria. Pero no puedo escribir, no puedo escribirles, no sé por dónde comenzar ni qué decirles que no me suene a poco, que no me suene pobre, o que pueda reflejar correctamente lo que quería transmitirles. Van, como decía, un fraternal y fuerte abrazo que las abarque a todas con la esperanza de algún día poder vernos nuevamente. Me imagino que pasarán un agradable rato juntos y me llena de alegría saberlas aun compartiendo juntas, a pesar de los pesares, de los años y todas las trabas que el tiempo de por sí va poniendo en el camino... (Tomado de las cartas de Fernando Cruz desde el exilio)

Nevsky

(familiar de Teresita Almada de Cruz)

Qué difícil es poner en palabras mis vivencias de simple ama de casa en tiempos de la dictadura que asoló nuestras vidas.

Me golpeó en los años en los cuales estamos floreciendo en hijos y en que la inmensa mayoría de nosotros estábamos, egoístamente, dedicados a ellos y a nuestro diario vivir.

¿Por dónde comenzar?

Para mí todo arranca el día que me dicen: «Tere y Pepe están presos».

No podía creerlo; eran mis primos queridos; para mí, símbolos de honradez, humanidad, amor fraternal.

«¿Presos?»

¿Y por qué?

Comencé a averiguar, preguntar e informarme más sobre quiénes eran y por qué luchaban «los tupas», como los llamaban.

Y entonces, muy fragmentariamente, fui conociendo sus sueños, aspiraciones. Por supuesto sabía quién era Sendic.

Aplaudía desde mi hogar las marchas de los cañeros, su lucha por la tierra, cuando comenzaron las acciones más violentas.

Nunca, nunca dudé del lado que estaba la justicia, mis sueños compartidos.

Pero fui criada y seguía teniendo a mi lado a los que te decían: «No te metas»; o «¿No quieres a tus hijas?»

Lejos de mí comprender que aquellos que estaban luchando, muriendo, siendo presos y torturados, querían a sus hijos como yo; pero que, además, querían a los míos, y he ahí su grandeza, a los de todos y buscaban un mundo mejor para todos, no para ellos.

Aplaudí, gocé con cada uno de sus triunfos, lloré, sufrí, morí un poco con sus derrotas.

Un día, en la mañana temprano, sentí por la radio una música que llegó a ser la más odiada de las músicas, las marchas militares. Anunciaba la disolución de las cámaras.

Corrí a casa de mi hermano, militante del 26 de Marzo a avisarle, y rápidamente, y sin que me diera cuenta, se había exiliado cuando los sicarios llegaron a buscarlo. Lo habíamos salvado.

Vivió muchos años en el exilio añorando su paisito.

Duros días llegaron, la fantástica huelga general; la resignación aparente para seguir dándonos noticas en el almacén, en la feria, en los cumpleaños, etc.

Días de no saber dónde estaban nuestros amigos queridos, si presos, muertos o exiliados; días de tener miedo a hablar hasta con los vecinos, de que en plena madrugada llegaran los milicos y a punta de metralleta revolvieran todo y se llevaran libros, discos, como en casa de mi padre, después en la nuestra.

Saber que niños de 16, 17 años habían «pasado a la clandestinidad» y desaparecían... Jorge, Raúl, Carmen y tantos, tantos otros.

Precisamente a uno de ellos lo denunció su ¡abuelo! Eso lograron los dictadores; que las familias sufrieran divisiones insalvables, que sospecháramos hasta de nuestra propia sombra.

Seguimos con nuestras vidas. La alegría cuando comenzaron a llegar las cartas desde el pueblo Libertad, Paso de los Toros, Punta de Rieles, las cárceles en que estaban.

Siempre tratábamos de enviarles cartas, un libro, una madeja de lana para que supieran que no los olvidábamos.

Nos hacían sus devoluciones, pero sus cartas venían llenas de tachones que imposibilitaban saber qué querían contar en su totalidad.

A veces nos llegaban las manualidades y nos apurábamos a venderlas para ayudar a las familias con algo de dinero.

Cada día que jugaba con mis hijas o las ayudaba a hacer los deberes o las bañaba, o simplemente las abrazaba, lloraba y pensaba en todos los compañeros que no podían hacerlo y perdían esos momentos tan valiosos e irrepetibles de la vida.

Los que quedamos *afuera* sufrimos sí, represión, escasez, silencio.

¡¡¡Qué gran silencio había en mi país!!!

Pero no puedo comparar yo mi sufrimiento con el de ustedes.

Nunca, nunca agradeceré bastante los sueños compartidos de justicia social por los que sufrieron lo imposible de contar y que yo, aun

compartiéndolos plenamente, pasé con los míos, en casa, soñando con verlos llegar.

Hoy, a tantos años de esos dolores atroces, viven en nosotros; no olvidaré nunca a los que no están, pero tampoco a lo que ustedes sufrieron y la entereza, el valor que han demostrado y demuestran en la vida nuestra de cada día.

¡¡¡Los quiero, compañeros y compañeras de ruta!!!

Teresita Castro
(hermana de Manuela Castro)

Corría el año 1973. Me siento bien recordando, con alegría, las imágenes se me hacen cada vez más nítidas y auténticas.

Chapicuy ruta 3, cerca de Salto, en el campo, aprontando el viaje a Paso de los Toros. Oma (la madre de mi esposo) y mis hijos Gabriel y Leonel rumbo a Salto en el fitito azul. Oma queda en Salto. Mi hermana Eli pronta con mis sobrinos Fede y Nacho, bolsos, meriendas, scones, la infaltable torta de la Mama.

Acá vamos, a visitar a la tía Manu, que está presa en el batallón. ¡Qué viaje!

Nuestro ingenio de madres y maestras se agudizan para hacer tantos kilómetros.

Manejar, cantar, hacer cuentos y jugar al veo-veo de cosas en la ruta: encontrar un caballito blanco en el campo, un nido de hornero en un poste.

Los momentos son únicos e irrepetibles. Siempre sentí, y siento, que así se deben vivir.

He ahí los esbozos de la felicidad.

«Y ¿qué le van a decir a la tía Manu cuando lleguemos? ¿Se acuerdan, Gaby y Leo, cuando vamos al penal de Libertad a visitar a papi? Bueno, parecido, la tía está con muchas compañeras.

Juegan un rato con ella y luego nos volvemos».

Sí, sí, son muchos y variados los recuerdos que surgen cuando el tiempo nos lleva a aquellos años marcados a fuego por los ideales que nos mantenían con esperanzas, amor y responsabilidad en la vida que profesábamos.

El reencuentro con Manu fue fuerte pero hermoso; verla como siempre, contenta con sus sobrinos, dándonos ánimo, eso era lo más importante. Pasan los años y siento que estas vivencias son parte de una historia que hoy nos une a nosotras, a los hijos y a los primos y hacen un camino para los nietos.

La forma como lo hacíamos era la realidad cruda de muchos seres que transitamos por el penal de Libertad, batallones y juzgados, en busca de saber algo. Era la única manera de tenerlos, pero era.

A tantos años de transcurridos estos hechos me siento tranquila, en paz con lo vivido.

Coraje y valores hacen posible el transcurrir por la vida encontrando los caminos que deseamos.

Elizabeth Castro
(hermana de Manuela Castro)

Celebro la vida

30 de octubre de 1952, una fecha cualquiera para muchos y sin importancia alguna.

No así para la familia Castro-Guglielmone, ya que para ella fue y es *la* fecha.

Ese día nacieron las mellizas, mellizas y gemelas; como si fuera poco. Festejo doble por la llegada de Elisabet y Manuela, «sanitas y preciosas», para alegría de la familia y del barrio. CELEBRARON la vida...

Con el paso de los años desarrollamos esa comunión irrepetible, exclusiva de todos los mellizos: mismos gustos, igual intensidad emocional, y esa alegría espontánea que nos lleva a reírnos *como descosidas* sin que nadie a nuestro alrededor sepa por qué.

Y el día inesperado sucedió...se vino la noche, oscureciendo la vida... noche de la intolerancia, de la prepotencia, de la cana.

La dictadura militar fue el pretexto para empañar nuestra alegría, y de toda la democracia uruguaya, por cometer el osado delito de pensar diferente.

Tarde soleada, terminada la jornada en el Instituto de Formación Docente; «pasada obligada» por Aloha a tomar un cafecito con Daniel, luego camino a casa pensando «en la clase de piano con Victoria Chai-búm.»^(*)

Una vecina de toda la vida, Lili Irrazábal, con la cual compartíamos a Copito, el perrito blanco con el cual jugábamos cuando niñas, me dice:

—Apúrate Eli. ¡En tu casa te precisan!

Fue sorpresiva e impactante esa noticia. No sabía cómo reaccionar. No imaginaba lo que vería después.

(*) Otro homenaje a un ser humano excepcional, noble, creativo y con mucha experiencia para formar sus estudiantes.

En la esquina de las calles Treinta y Tres y Varela... ¡oh sorpresa!, un despliegue descomunal, nunca visto. Cordón policial, camiones del ejército, autos, camionetas.

—No se puede pasar —ordena un soldado.

Ahí comprendí...

¡Era en mi casa!, mis padres, mi hermana.

La inercia del caminar, las preguntas no me permiten divisar todos los obstáculos frente la puerta de mi hogar: soldados, bayonetas, etc. Oigo:

—Dejala pasar, no ves que es igualita.

Frente a la puerta de casa, en un auto negro, Manu sentada en la parte de atrás, aún con túnica, dos soldados cruzan sus fusiles, alcancé a preguntarte:

—¿Qué hiciste, Manu?... ¡¿Qué hiciste, Manu?!—

—Está incomunicada —fue la respuesta del soldado—. Aléjese.

Tu mirada, Manuela, lo decía todo. Hoy la tengo presente...

En el zaguán un tumulto de policías entran y salen, no recuerdo sus diálogos. Adentro, un caos. Papi, sentado, con la mirada perdida, como buscando explicación; mami en otra pieza, presa de la desesperación. La casa revuelta y en desorden hasta el último rincón.

No tengo idea del tiempo, no sé cuánto duró ese innecesario loquero llamado «procedimiento».

Después, después silencio... Como buscando en él los porqué de esa situación, trataba desesperadamente de asimilar la ausencia desgarradora, forzada e impensada de la Manu, arrebatada del seno familiar con brutal irracionalidad.

Poco a poco nos fuimos consolando, si existe el consuelo para tal crueldad. Papá incrementando su mutismo, perdido en el limonero con Terry y el mate. Mamá, con aguerrida fuerza interior, enfrentando la comunicación con su hija.

Junto contigo, también se fueron dos amigas de la infancia: Silvia Nicolini y Silvia Pose. Eran tres los hogares que buscaban consuelo en el barrio.

Pasó el tiempo, largos e interminables años...llegó el tan ansiado reencuentro. Volvió la vida...

Hermana, supiste ser buena hija, buena hermana, buena amiga, buena persona; estudiante aplicada y perseverante en tu quehacer escolar y liceal, y profesional competente.

El magisterio, pasión y vocación inculcada, heredada de la querida tía Inés Giosa, quien con amor y dedicación supo llevar adelante un grupo de 100 alumnos de 6.º año en la Escuela N.º 8 de Salto.

Hoy, a los 64 años todavía cantamos y reímos con la misma fuerza con que lo hacíamos en nuestra niñez, con la fuerza que nos hizo crecer, con la tranquilidad de haber cumplido, y que el sacrificio de lo vivido sirvió y es ejemplo...

En estas palabras para ti abrazo a todas las familias de los presos políticos, a los exiliados, a los que sufren hoy por la ausencia de derechos humanos.

Te amo, mi mitad intra y extra uterina.

CELEBRO LA VIDA

Mario Castro
(hermano de Manuela Castro)

Todo cambió para todo. Comenzar a buscar recuerdos después de tanto tiempo genera una amplia gama de sensaciones. Ese día todo cambió para todo. En lo familiar, el vacío y el dolor; en lo personal, no expresar nada sobre el tema en la casa para no molestar a papá y no crear más caos.

Hacer historia entre mi hermana y yo sobre esto es algo que realizamos esporádicamente en forma superficial, tal vez por vivirlo y sentirlo diferente, o simplemente por un respeto mutuo al silencio y al secreto.

Viajes eternos, caravanas con un grupo de madres éramos los viajantes a la cárcel. Revisaciones, inspecciones, ruidos de puertas pesadas y llaves eran la antesala.

El abrazo, regalos, canciones y amor me esperaban dentro.

Si en la guitarra sonaban aquellos versos tan nuestros, «Manuelita vivía en Peguajó, pero un día se marchó...», ¡qué paradoja!, mi hermana Manuela –mi Manuelita– vivía lejos de su propio Peguajó.

Era un lugar gris. Los recuerdos de bordados, los trabajos en suela, libros eran el gran movimiento de ese día, eran el común denominador.

Sentarnos al final del pasillo en la arena, con la guitarra, pero en algún momento la realidad golpeaba, el guardia con su arma aparecía en el techo.

Este conglomerado de vivencias en un niño genera también lo que uno es como adulto.

Es seguro que crearon en mí preguntas sin respuestas que nunca se vaciarán. Forjaron en mí, de cierta manera, al padre, al esposo, amigo, hermano y profesional que soy hoy.

De la tristeza de viajes con bolsos, a la alegría de estar adentro, juntos.

Ellas, las presas, tuvieron la habilidad de mostrarnos que todo allí estaba bien siempre, una sonrisa en sus labios.

El tiempo fue eterno, pero ese día llegó y la fuimos a buscar a su libertad, caras alegres, lágrimas y nuevos sueños; pero nunca, nunca, una palabra sobre esta historia escuché en nuestro hogar.

Mi conclusión: en el amor y el perdón todo es posible, incluso en la cárcel, pero ese día todo cambió para todo.

Elena Franco
(hija de Laura Belli)

Cinco minutos

No sé cuándo fue, pero estoy segura de que era invierno. Recuerdo el frío intenso de la madrugada, el silencio, la estación de trenes vacía, solo nosotros, mi abuela, mi hermano y yo. Estamos esperando el tren que saldrá a las cinco rumbo a Paso de los Toros; aún faltan dos horas y no me importa esperar. Veremos a mi madre después de mucho tiempo... ¿un año?, no sé, pero pasó mucho tiempo y la expectativa me llena de inquietud.

El viaje se hace largo, la locomotora se rompe y nos quedamos en medio de la nada, en la vía. Se detiene el tiempo. El silencio es ensordecedor. El sol otoñal entra por la ventana y solo el lento cambio de dirección de sus rayos dentro del vagón contradice la percepción: el tiempo transcurre, implacable.

Llegamos tarde, demasiado tarde, la visita terminó. En la oficina principal del establecimiento, mi abuela, flanqueada por nosotros, suplica, ruega, se humilla frente al poderoso pidiendo una excepción por los niños. Él, erguido, impecable, descansado, ajustado a la norma, sostiene una negativa rotunda, no hay manera de transgredir las reglas, la visita terminó.

Me agoto, ya no quiero escuchar, dejo caer la cabeza sobre mi mano apoyando el codo en el escritorio. Entonces algo pasa, un ruido seco irrumpe, me sobresalta y confunde. Todo sucede en simultáneo, un cigarrillo encendido gira en el aire, la reacción de sorpresa del milico, la mirada de odio de mi abuela, ese giro de la sumisión al autoritarismo. No dijo nada, solo me miró y como un disparo me atravesó letalmente. No vi la regla que sostenía un cigarrillo y me apoyé sobre ella. Comprendo en el momento que ya no veremos a mi madre y soy culpable. El mundo se hace añicos, inmóvil, lo veo derrumbarse.

La voz militar interrumpe la catástrofe, sus palabras juntaron los pedazos y el mundo se reconstruyó: «Cinco minutos, solo los niños, pero cinco minutos. ¡No más!»

Un corredor, alguna reja, el corazón salta de mi pecho; otra vez la expectativa del encuentro, nuevamente es posible, ahora sí, no importa que sean cinco minutos, los milicos no saben nada del tiempo, nada.

Recuerdo la luz intensa de un sol de verano. Mi madre, linda, con una camiseta de manga corta color amarillo pálido, las sonrisas de todas esas mujeres, besos, abrazos, caricias, todo al mismo tiempo. Mi cuerpo rodeado de todos esos cuerpos como una madre multiplicada, un juego intermitente de abrazo y separación para poder mirar: que tan grande, que tan linda, buscar rasgos parecidos y vuelta al abrazo. En medio del tumulto amoroso alguien ofrece leche y queso que sin probarlos nos nutrió. Me sentí colmada de amor.

No sé cuánto tiempo duró la visita de «cinco minutos», pero en algún momento terminó. Cuando salí era otra y el mundo también era otro en aquella tardecita de primavera en Paso de los Toros.

Estaba confirmado, el amor existía, estaba encapsulado en las cárceles pero existía, solo era cuestión de esperar, y yo podía. Después de esa visita podía resistir el más crudo invierno. De cinco minutos de amor se puede vivir una dictadura entera.

Iván Franco
(hijo de Laura Belli)

*Mas, el tiempo pasó.
Pasaron días y días; tiempo y tiempo.
Y vino, y sobrevino la noche.*

Liber Falco

La casa

La casa original era bonita, con estilo sobrio, frente grande con canteros bien cuidados, y muchos árboles frutales. Un zaguán de hierro y vidrio, flanqueado por las ventanas de los dos dormitorios, eran los únicos elementos de la fachada. No tengo claro si fue mi abuelo el que la mandó construir o si la compró hecha, pero de aquella casa solo fue quedando la fachada. Los magros recursos económicos de los tres hijos provocaron que, a medida que se iban casando, se agregaran piezas, baños y cocinas. Mi abuelo no vivió ese proceso, murió antes. El primero en casarse fue Humberto, mi padre; luego Elsa, la mayor; por último Aroldo, el más chico. Cada uno, a su tiempo, ocupó parte del terreno y construyó su *apartamento*, siempre pegado a las construcciones ya existentes y nunca hacia el frente.

Estos agregados se hicieron sin ningún criterio arquitectónico, con materiales baratos y terminaciones rústicas. Cada uno tenía su espacio, su casa, todas comunicadas por dentro por alguna puerta. El jardín y la fachada siempre se mantuvieron igual. Eran *nuestra* fachada. Después de nacer mi hermana, empezaron a llegar los primos. Al final éramos nueve gurises los que vivíamos en esas casas.

En los cumpleaños y en las fiestas de fin de año nos juntábamos todos. En diciembre, mi abuela armaba un pesebre, dentro de la estufa a leña, con cartón piedra y un lago que era un pedazo de espejo donde nadaban unos cisnes de plástico. Mi tía Elsa armaba el arbolito de Navidad al lado. En mi casa no se armaba nada.

También se organizaba en conjunto los campamentos en el balneario Las Cañas. Se contrataba un camioncito y en una madrugada de verano, cuando recién comenzaba a clarear, cargábamos las carpas, los

bolsos de ropa, los juguetes, la parrilla, y todo lo que desde hacía muchos días o meses se venía preparando, y marchábamos.

Recuerdo el olor a nafta del camioncito. Un Opel del 40, creo. La abuela y alguna de las madres con bebé, en la cabina, los demás en la caja, sentados sobre los bultos. A mí me gustaba ir en la parte de la caja que se junta con la cabina. Parado y tomado de la baranda ponía mi cara al viento y disfrutaba del traqueteo y del paisaje, pero sobre todo me gustaba cuando en las bajadas el camioncito tomaba velocidad. Me asombraba con los dormilones, unas aves muy grandes de colas largas que a esas tempranas horas dormían en la carretera y que recién levantaban un vuelo lento y desganado cuando el camión parecía que las iba a pisar.

Otros momentos de reuniones se daban en las noches de verano en el jardín de la casa. Las ventanas abiertas y las luces apagadas. Los grandes se sentaban en perezosos y charlaban. Apenas se divisaban los cuerpos y las brasas rojas de los cigarros; los chicos correteábamos, o nos tirábamos en una frazada en el suelo y, panza arriba, competíamos a ver quién veía primero un satélite o una estrella fugaz. Los grandes también se sumaban a este juego.

También estábamos todos juntos el día que Nacional jugó la final de la Libertadores con Estudiantes de La Plata, en el 71. Mi padre se había trepado al techo y hacía girar la antena de la televisión tomando el caño con las dos manos y haciendo mucha fuerza. Mientras, abajo, uno de mis tíos miraba la tele por la ventana y le gritaba a papá cuando la imagen mejoraba. Creo que se sintonizaba un canal argentino, se veía muy borroso, como con lluvia. Pero no importaba, lo seguíamos con las miradas fijas en la pantalla, con el relator contando lo que veíamos y lo que no, y con la emoción a flor de piel. Al otro día, en el habitual partido de fútbol en la calle, con pelota de plástico, los que éramos de Nacional elegíamos qué jugador de los flamantes campeones de América éramos. Claro, todos querían ser Artime, el 9, o Cubilla, aquel endiablado puntero que con mágicas piruetas se le escapaba siempre al marcador de punta. A mí me gustaba el puesto de arquero, así que no tenía problemas: era Manga.

Por esa época fue que empezaron a llegar a casa los compañeros. Algunos venían a reunirse; iban cayendo de noche, cruzaban como fantasmas negros por el jardín a oscuras, y entraban inmediatamente al comedor. Las puertas y ventanas cerradas, y mi hermana y yo en el

dormitorio. Sabíamos que no debíamos preguntar y, sobre todo, que no podíamos hablar con nadie de las reuniones.

Otras veces llegaba alguno a quedarse unos días. Estaban siempre adentro de la casa y nos hablaban de la lucha de clases y de geopolítica. Una compañera, una noche, tiró una manta en el suelo y, con dos palos de escoba nos enseñó posiciones de tiro: una rodilla en tierra o tirados panza abajo (en este caso había que poner los talones bien a ras del suelo para exponerlos lo menos posible).

Una noche, mi hermana, que estaba jugando en el jardín, entró gritando: «¡Papá, papá, vienen los milicos!» Mi viejo salió corriendo hacia el fondo de la casa. Los primeros que entraron tomaron a mi madre y le ordenaron que se quedara quieta conmigo y mi hermana, otros fueron en busca de papá y lo trajeron.

Los sacaron de casa a los dos juntos. Mientras los llevaban por el jardín nosotros los seguíamos en silencio. «Vayan con la abuela que mamá ya viene», dijo mi madre mientras nos besaba. Salía muy abrigada, con gorro de lana y bufanda, pero de alpargatas.

Los milicos que habían entrado a casa tenían unos largos ponchos militares. Eran las 20:30 de la fría noche del 6 de junio de 1972. Mi madre se alegró de que no los viéramos cuando, ya dentro del jeep, les pusieron las capuchas.

María Angélica Benítez Lavecchia
(hija de Ana María Lavecchia y Héctor Benítez)

Una historia de amor y lucha

La historia de mis padres estuvo siempre en la familia con los relatos de ellos, de sus compañeros y de sus familiares.

En el correr de mi vida se fueron abriendo interrogantes que no se correspondían con los relatos oficiales, una historia que fui descubriendo y redefiniendo luego, con mi rol de investigadora.

En los últimos años, la historia clandestina empezó a salir a luz y empecé a comprender la que narraban mis padres. Comencé a construir una identidad que en la vida cotidiana se oscurecía por miedo, por lo que se podía contar en el afuera.

En el año 2005 tuve que visitar las cárceles del interior del país por motivos laborales. En ese momento volví a ser niña, a estar dentro del corazón de mis padres, mis hermanos y mis abuelos, a comprender una historia de dolor, de lucha y de mucho amor. Me encontré con ese mundo oscuro que tuvieron que vivir para luchar contra las injusticias de esta sociedad. A sentir un profundo amor por la historia de mis padres y por la fuerza que tuvieron para luchar contra todas las injusticias que sufrieron.

Esa historia está conmigo y mis hermanos, con un profundo amor y respeto. Nos atraviesa en la existencia cotidiana y nos da fuerza para luchar en la vida adulta contra las injusticias que nos rodean.

Siempre estuvo el cariño por la historia de este combatiente que nos enseñó la fuerza que se tiene cuando uno lucha con amor.

Este relato emerge de una experiencia particular cuando, en su condición de investigadora del MIDES (Ministerio de Desarrollo Social), fue alojada junto a otros compañeros de tarea en el cuartel de Florida. El mismo cuartel donde sus padres, en 1972, habían sido torturados y presos durante varios años, antes de ser trasladados a las cárceles donde después llevaron a cada uno.

Antonio Buday
(hermano de Luján Buday)

Los hombres de verde llegan a las doce

Todos en la casa esperábamos de un momento a otro que ellos golpearan la puerta. Era medianoche. Sabíamos que aparecerían a esa hora porque se los venían llevando a todos por la noche. Los que se iban a llevar a Laura llegarían de un momento a otro, aunque ellos ya sabían que se trataba de Luján, mi hermana.

Ya sabían que Luján era Laura cuando irrumpieron en el campo de Costas de Arias aquella tarde buscando armas escondidas, acaso en una *tatusera* enclavada en la espesura del monte. El loco Espino y yo estábamos fertilizando una pradera al voleo cuando, inesperadamente, mi compañero me dice que va a buscar el vino al boliche. En las tareas del campo es una perfecta anomalía salir a buscar vino a las cuatro de la tarde. Desconcertado por la insólita actitud, reanudé candorosamente la tarea. Casi media hora después sentí en el bajo el ruido de un motor. No podía imaginarme en ese momento que ese ruido de motor sería un sonido o, por mejor decir, una pesadilla que escucharía renovadamente por espacio de varios años.

El recuerdo de aquel camión serpenteando por la huella del bajo está sólidamente fijado al pavor que experimenté cuando vi aquel artefacto verde ascendiendo lentamente por la ladera del monte de eucaliptos. Aterrador, porque su sola vista sugería las intenciones de los que venían en su interior. Perturbador, porque su presencia sugería que los acontecimientos se precipitaban a un desenlace.

Primero se bajaron el teniente Quintana y un soldado. Con forzada amabilidad, el teniente me preguntó por Laura y yo le respondí ingenuamente, que no había ninguna Laura, que mi hermana no se llamaba Laura, se llamaba Luján.

Mi respuesta fue convincente porque era, para mí, una estricta novedad el saber que Luján se había incorporado a los tupamaros y que tenía el alias de Laura.

No me hizo más preguntas y ordenó registrar la carpa. Después se bajó el teniente Cabrera y cuatro soldados más. Las órdenes secas e imperativas de este teniente, que tenía el aspecto de recién salido de la escuela de Panamá, despacharon a los soldados a cuatro puntos estratégicos alrededor del monte. Por último se bajó un soldado escoltando a Espino, esposado.

Ya no era el mismo. No era el mismo hombre que hacía poco más de media hora había ido a hacer un *mandado*; no era aquel cuya figura se recortaba en el borde de la cuchilla, contra el cielo plomizo de aquella tarde, extendiéndome la mano a guisa de saludo. No entendí en ese momento la razón de una despedida tan ceremoniosa, con asomos de tragedia, para ir a buscar una simple damajuana de vino y volver un par de horas después. Esa es la última imagen de Espino como hombre libre que conservo en la memoria: la bombacha gris, las alpargatas negras, la camisa de tartán y el morral de bolsa de arpillera balanceándose debajo del brazo extendido.

Después, ya estaba Quintana preguntándole a Espino por el paradero de Laura o recorriendo el monte en busca de la *tatusera* que nunca encontraron o que nunca existió. El interrogatorio se desarrollaba en términos de una fingida cortesía. Si uno preguntaba afectadamente, el otro daba una respuesta artificiosa. El tono general de la conversación era propio de personas que se conocían de tiempo atrás. Parecían tener la misma edad, posiblemente habían ido juntos a preparatorios. Si fueron compañeros cuando estudiantes, este final no deja de tener un tono de amargo sarcasmo. Para entonces, quien relata ya había desaparecido de la escena. No me interrogaron, no me golpearon ni me esposaron. Me relegaron al rango de espectador de la escena.

Cuando llegué de Costas de Arias ya era de noche. Nuestra casa estaba en penumbras. La tenue luz que proyectaban las bombitas eléctricas, a causa de la baja tensión, parecía añadir más desolación a un ya resignado desconsuelo. En la mesa de la cocina estaba *El Día* con las fotos de los tupamaros capturados por las Fuerzas Conjuntas. Mientras cenábamos, en la vieja televisión de blanco y negro, con un fondo musical de marchas militares, aparecían, uno tras otro, amigos y compañeros. Esa música no dejó de sonar en nuestros oídos.

El informativo había terminado hacía dos horas y esa repugnante marcha seguía retumbando en mi cabeza. Aún hoy continúa retumbando y proyectando memorias. Luján se había resignado. No abrigaba

intenciones de escapar. Esperaba que la vinieran a buscar. Ordenaba la ropa como si se dispusiera a acudir solemnemente a un encuentro inevitable. Se preparaba para afrontar griegamente su ineluctable destino.

Esperando la llegada de los milicos, que no ocurrió la primera noche, me tiré un rato en la cama. Procuraba contener la excitación y encontrar la serenidad necesaria para lograr apreciar los acontecimientos con un grado mínimo de equilibrio. Pero el impacto de los sucesos de Costa de Arias obraba en sentido contrario. Súbitamente aparecen uno a uno los milicos, ubicados en los flancos del camión, sentados en los bancos de madera. Vamos en el camión alejándonos del monte. Seis milicos sentados, con sus rifles entre las piernas, miraban al frente con ojos indiferentes. Cada tanto, alguno desviaba su mirada para observar a los forzados pasajeros. Uno de ellos lo hacía con particular insistencia; tenía cara de perro fiel, incapaz de morder a su dueño, pero muy capacitado para entregarle la vida y matar por él si era preciso. Nos observaba de soslayo y retiraba rápidamente los ojos cuando encontrábamos su mirada. Su mandíbula estaba adelantada con respecto del maxilar, de modo que su labio inferior formaba un lecho carnosos donde se escondía parte de su labio superior, excesivamente fino. Esta malformación, combinada con unos ojos marrones y turbios, incapaces de sostener la mirada, acentuaba su apariencia servil. O tal vez sería porque, cada vez que abría la boca, asomaban dos colmillos puntiagudos y curiosamente largos que hacían pensar en un perro que mordería a quien se le ordenara. En este juego de miradas nada placentero por cierto, me encuentro con los ojos de Espino. No podíamos hablar ni hacernos señas, ciertamente; el único medio de comunicación posible era la mirada. Y eran muchas las cosas que teníamos para decirnos. Aunque habíamos hablado en abundancia, nuestra amistad era apenas reciente. Hacía unos pocos meses que Luján me había hecho conocer a su flamante compañero. Ostentaba las señas de un hombre de campo. Las bombachas y las alpargatas Rueda eran una constante en su indumentaria. Su modo de hablar era propio de la zona de los Palmares de Porrúa, como hube de enterarme después, cuando fui a aquella estancia encerrada en un recodo del río Negro, quince kilómetros aguas debajo de Baygorria. Sus ojos castaños, móviles y vivaces, escrutaban al interlocutor bajo unas cejas finas pero tupidas. Su frente prominente, parcamente frecuentada por el sol, contrastaba con el tostado rojizo de sus pómulos. Los orificios nasales se contraían y se dilataban cadenciosamente, anunciando la sonrisa que pugnaba por abrirse paso a través de unos frondosos aunque prolijos bigotes. La primera

vez que lo vi fue, tal vez, una mañana de verano. Había ido a conocerlo a instancias de Luján. Contaba yo con dieciocho años, de modo que una persona en las inmediaciones de los treinta era, a mis ojos, un viejo. Esa diferencia se evaporó rápidamente, apenas hubo comenzado la conversación. Espino tenía el modo de hablar de un tropero y el discurso florido de un letrado. Pasamos revista prontamente a nuestras opiniones sobre temas políticos de actualidad y cuestiones de orden teórico. La necesidad de la revolución socialista y la organización apropiada para realizarla eran temas casi obligados, por aquellos días, entre todos los que tenían inquietudes revolucionarias. No puedo juzgar con precisión, a una distancia de treinta y cuatro años, qué clase de coincidencias o divergencias pudimos haber tenido. En aquellos tiempos, me consideraba un leninista en cuestiones de organización (aún sigo siéndolo, aunque con una perspectiva política muy diferente a la de mi adolescencia), por ello supongo que debe haber habido un ardoroso debate al respecto. Pero, por sobre todas las cosas, predominaba un sentimiento común de rebeldía frente a toda opresión, y este ingrediente prevalecía sobre las diferencias y empezaba a envolver la naciente relación. En cosas como esas pensaba cuando nos mirábamos con Espino entre la maraña de ojos vigilantes y el vaivén del camión serpenteando por la huella. Él estaba sentado y esposado en el fondo del camión, pero todo su cuerpo comunicaba la imagen de un animal agazapado esperando el momento oportuno para escapar. ¿En qué pensaba? ¿Creería poder escapar cuando nos detuviéramos en el caserío? Ese pensamiento era hijo de la desesperación, pues íbamos derecho al cuartel sin ningún obstáculo a la vista. El desaliento corría a la misma velocidad que mi creciente confusión. ¿Qué me sucedería? ¿Me llevarían preso? Todavía no había apreciado la verdadera dimensión del proceso que tenía ante mis ojos. Aún no me había enterado de que estaban cayendo todos los compañeros, uno a uno, y que los otros no tardarían en sucumbir ante los destacamentos armados. Pero de alguna manera se percibía que lo que ahora vivíamos no era un episodio aislado.

Cuando desperté eran casi las nueve de la mañana. Nuestra madre hacía un par de horas que había llegado de cuidar durante toda la noche a una vieja enferma. Esta tarea insalubre constituía su trabajo. Descansaba apenas unos instantes y acometía con energía los quehaceres domésticos cotidianos. Los utensilios de cocina y la mujer se confundían en un solo movimiento. El resultado de este movimiento era una mesa donde todas las mañanas se mezclaban el buen olor del pan, el tentador

aroma del café con leche y el confortable calor que prodigaba la cocina a leña.

Estaba preparando el mate mañanero en aquel sitio tan agradable, especialmente al comenzar el invierno, cuando llegó Quico, el primer marido de nuestra hermana Isabel, la mayor de los ocho, en un estado de intensa excitación, con el propósito de quemar los libros y hacer desaparecer toda la literatura de izquierda que hubiera en la casa. Quico era por aquellos tiempos un oficial de policía que hacía trabajos administrativos en la Primera Sección de Florida. Era un hombre de izquierda que en la época del golpe militar fue enviado, en castigo, como comisario a Polanco del Yi. Este pueblo es, o era en aquel entonces, una especie de Siberia floridense, no tan inhóspita pero no mucho menos monótona e insalubre. Quico nunca tuvo carácter de milico. Las pocas veces que se lo veía de uniforme se obtenía la impresión de un hombre avergonzado de exhibir la marcial vestimenta. Hombre y uniforme no se congraciaban. Los amables modales de la persona contrastaban con la rudeza y rigidez del atavío. Nuestra madre aún no sabía nada, porque no le habíamos dicho y no sabíamos todavía cómo decirle. Por eso Quico me llamó aparte para comunicarme su ardiente intención. Su razonamiento consistía en que en el momento en que se llevaran a Luján los milicos procederían a un allanamiento de la casa; la existencia de literatura marxista no haría más que empeorar las cosas. El razonamiento no era muy desatinado, especialmente si teníamos en cuenta que Quico, por su lugar en la policía, podía tener información privilegiada. La idea no me seducía en absoluto. Desprenderme de libros, revistas y periódicos que habían sido el fruto de un paciente y sistemático trabajo de acumulación durante años, de varias personas, constituía para mí un serio revés. Un auténtico infortunio. La firme determinación de Quico disolvió mis tímidos reparos. Fue imposible hacer las cosas en silencio y al poco tiempo había en la casa un revuelo de grandes proporciones y fue imposible ocultarle la realidad a nuestra madre. En el pequeño patio de piso de ladrillos se instaló la hoguera donde habían de arder varias ideas. La fogata y la humareda blanca que se elevaba entre los muros y las copas de los árboles actuaban como piezas de un conjuro a las fuerzas ocultas del miedo y la desesperación. Las llamas de la hoguera coloreaban los rostros asustados; las personas que estaban a su alrededor por un fugaz instante percibieron que el dolor inicial empezaba a ser suplantado por el miedo.

¿Cuántos días pasaron antes de que vinieran por ella? ¿Tres? ¿Cuatro? No recuerdo. La espera trastornaba las conciencias. El miedo se había instalado en la casa. El espanto frente al hecho consumado preparaba el asalto de la casa desde adentro. Muchas casas fueron asaltadas desde adentro, por el miedo. Todavía no sabíamos nada del Batallón 14, de la chacra de Pando ni de los vuelos de la muerte, pero teníamos miedo. No habíamos escuchado nunca el apellido Gavazzo, Silveira o Cordero, pero teníamos miedo. No sabíamos de *plantones* ni de picanas ni de *submarinos*, pero teníamos miedo.

Por eso, cuando vinieron a tomarla desde afuera, la casa ya estaba copada. No tuvieron que derribar la puerta ni rodearla ni entrar por el fondo. Tocaron timbre, preguntaron por ella y se la llevaron. Era medianoche.

Mamita

Sacó los bolsos del ropero y los puso sobre la mesa. Ya tenía preparado todo lo que iba a llevar. Se desplazaba con lentitud. A cada rato consultaba la lista que tenía delante. No fuera que se olvidara de algo importante justo el primer día. Colocaba las cosas ordenadamente, buscando aprovechar el espacio, que sería exiguo porque no debía faltarle nada a «la Nenina» en la primera visita. No se lamentaba ni refunfuñaba. Si bien el lamento y el rezongo nunca dejaron de formar parte de su conducta durante toda la vida, esta vez procedía con perseverancia y tenacidad. Esta vez había poco lugar para la flaqueza. Eso parecía expresar su rostro. El recio mentón permitía entrever los rasgos tenaces de la voluntad y la persistencia, que luego, en el curso de los próximos siete años, se revelarían como un atributo destacado de su personalidad. La firme resolución de proteger sin vacilaciones ni cuestionamientos a su hija me conmovió intensamente mucho tiempo después. De su boca no salían frases lastimosas. Aunque esta vez deberían salir, porque toda su existencia estuvo regida por preceptos religiosos que se oponían a los actos practicados por Luján. El mandato católico exige el sometimiento ante el orden establecido y ella se estaba disponiendo a asistir, sin reproches ni sermones, a quien se había organizado para tomar las armas y violentar ese orden. Se encontraba ante una situación que no había provocado, pero una vez que se hubo creado, no la eludiría.

Pocos días antes un milico raso había llegado en una bicicleta, como si fuera un vecino atento, para avisarnos que se había fijado la fecha de

la visita. Este curioso hecho ocultaba, con el velo de una escena pueblerina, la verdadera situación de los detenidos en el cuartel.

El Batallón de Ingenieros está ubicado en las afueras del pueblo. Se llega allí, desde la ciudad, atravesando el puente de la Piedra Alta y apenas cruzando la ruta 5 ya se ven sus instalaciones, dispuestas en lo alto de una eminencia del terreno. Recién empezaba el invierno cuando se los llevaron. Los primeros fríos fueron particularmente crudos ese año. En los días de baja temperatura, cuando se levanta viento, allí sopla con particular virulencia. Y como una brutal punzada si uno está encapuchado, desnudo y de plantón. El *plantón* es un término que tiene, entre otras acepciones, un significado castrense que designa un castigo que se aplica a los soldados, obligándolos a estar de guardia sin relevarlos en horarios regulares. Este término tiene otra acepción que no está en el diccionario y es la que yo aprendí en aquellos días. El *plantón* es una forma de tortura que consiste en mantener de pie a la víctima durante prolongados espacios de tiempo, sin dejarla mover. Un dispositivo de madera mantiene las piernas bien separadas con los pies firmemente amarrados a la madera; con las manos atadas por detrás. No hay posibilidad alguna de moverse. Después de algunas horas, las extremidades del infortunado tienden a doblarse y ante cada flexión de las piernas, el verdugo lo castiga pateándolo en los pies, que ya empiezan a presentar rasgos de tumefacción. Cuando se cae, lo levantan; cuando se duerme, lo despiertan. ¿Cuánto tiempo duraba este suplicio? Nadie sabe exactamente, porque todos acaban perdiendo la noción del tiempo. Algunos creen que llegaron a estar dos semanas en estas crueles condiciones. ¿La tuvieron de plantón a Luján? En aquellos momentos no lo sabíamos con certeza, pero no ignorábamos en absoluto que la tortura era una posibilidad segura. Mucho más tarde nos enteramos de los pormenores de las atrocidades que se perpetraban cuarteles adentro. Angelita no era plenamente consciente de lo que pasaba en los cuarteles. Creo que nunca supo toda la verdad. Y yo deseo que haya muerto sin saberla.

La primera visita fue un día de fines del invierno de 1972 a las dos de la tarde. El camino del cuartel, en esa época, estaba hecho de balasto. Por el repecho que se extiende desde la ruta hasta sus primeras instalaciones, una cofradía de familiares marchaba al encuentro de sus parientes presos. Unos íbamos a pie, formando una fila india, otros llegaban en sus propios vehículos. El polvo que levantaban el viento y los camiones se amontonaba desordenadamente sobre nuestras cabezas,

formando bruscos remolinos. A las puertas del cuartel nos congregamos todos esperando que nos permitieran entrar. Por un momento experimentamos todos un sentimiento de indefensión causado por una multitud de ojos hostiles que nos espiaban y nos vigilaban. Abrieron los portones y entramos en silencio. Solo se oía el crujir del canto rodado bajo los pies de los visitantes. La edificación, básicamente construida en ladrillo visto y tejas, con puertas y ventanas de madera barnizadas, transmitía una sensación cálida y confortable. Expresaba sentimientos contrarios a los desmanes que ocurrían puertas adentro. El grupo de personas, recogido sobre sí mismo, recelaba de aquel entorno acicalado. El piso de balasto y pedregullín iluminaba la escena volviéndose más amarillo cuanto más avanzaba el fondo de nubes oscuras que venía desde el sureste.

Nos condujeron a un amplio salón donde estaba preparada una larga mesa y dos hileras de sillas. Una mesa que, en realidad, no era otra cosa que unos caballetes de madera y unas tablas de pino rústicamente trabajadas. Cuando aparecieron los detenidos se acabó el silencio. Después de tres meses sin verlos, sin saber exactamente cómo estaban ni qué clase de padecimientos sufrían, todos nos encontramos hablando frenéticamente, cada uno con sus propios familiares, porque así era la disposición militar. Como todos nos conocíamos, no solo por compartir un pueblo chico sino porque éramos casi todos de izquierda, y puesto que no podíamos hablar si no éramos parientes, nos saludábamos, hacíamos gestos con las manos, con la cabeza, con todo el cuerpo. De alguna manera, hablándonos sin hablar, burlamos la severa prohibición castrense.

Angelita observaba a su hija, con la cabeza levemente volcada hacia un costado, casi sin hablar. La fineza de su cutis mitigaba la rudeza de las arrugas y le procuraba un matiz de respetable serenidad. Mientras Luján conversaba con nosotros sin parar, eufóricamente, queriendo abarcar, en pocos minutos días o meses enteros de dramáticos sucesos, los ojos de Angelita resbalaban por el rostro de «la Nenina», buscando quizá una explicación a lo que estaba sucediendo. Creo que nunca la encontró. Pensaría en las malas influencias de los libros; de aquellos que incitaban al desorden y a la subversión; o de aquellos que inducían al ateísmo. Siempre creyó que nada bueno traerían esos libros. Y ahora lo podía comprobar con sus propios ojos y en sus propios hijos. Para ella las desdichas de sus hijos provenían de los malos libros, de las malas

influencias o de las «malas juntas». No alcanzaba a comprender que sus hijos pudieran llegar por sus propios medios a conclusiones que contrariaban toda la educación eclesiástica. Ella esperaba de los varones que completaran la carrera sacerdotal y de sus hijas mujeres, que se recibieran de monjas. Definitivamente, eso no ocurrió con Luján porque los amigos, comunistas o tupamaros, la arrastraron a donde está.

El glaucoma y las cataratas no habían hecho aún sus estragos, pero ya su mirada luchaba por abrirse paso entre las incipientes y desagradables telas que empezaban a ensombrecer aquellos hieráticos ojos azules. Eso le transfería un dejo de solemnidad que se manifestaba en su modo de comportarse: yendo al frente del grupo familiar que se dirigía al cuartel; portando los bolsos repletos de alimentos y ropa, en el tren a Paso de los Toros; o sentada en la larga mesa dispuesta para la visita. Creo que esa solemnidad le venía dada por su firme voluntad. La figura de su cuerpo era la imagen de un acto de la voluntad. Esa imagen corporal tenía por sustrato un núcleo duro, casi indestructible. La voluntad era como una esencia que se manifestaba en ella y superaba los límites que le imponía su organismo.

A la primera visita le siguieron tantas que no es posible recordarlas. Ella no faltó a ninguna. Nunca. Desafió todo. Sus creencias, su vergüenza, su organismo enfermo. Estos son los actos que unen a las personas. Por estos actos, mucho después de pasados los hechos, un día empecé a estimar la figura de Angelita desde un sitio diferente. Ya no exclusivamente como hijo, ya no desde el lugar que ocupó como madre en mi vida. Empecé a valorarla por su abnegación, en esos años tan difíciles, por encima de los vínculos de parentesco. Me di cuenta por mí mismo de que los lazos de sangre no unen a las personas con la intensidad que lo pueden lograr algunos comportamientos. No puedo olvidarme de aquella tenaz mujer dirigiéndose al cuartel todas las semanas durante el tiempo en que Luján estuvo en el Batallón de Ingenieros de Florida; de aquella mujer que ahorra todos los meses durante siete años para comprar lo que fuera necesario para darle un mejor pasar a su hija presa; o los viajes cada quince días a Paso de los Toros sin importar el frío, el cansancio, el viento, la enfermedad, la lluvia ni el dolor de cabeza.

Así era mi madre, Angelita. O «mamita» como le decíamos todos sus hijos. Esa mujer que nunca, por motivos que ninguno de nosotros se atreverá a confesar, nos decidimos a tutear.

Andrea Lluberas Consiglio

(hija menor, nacida después de la prisión de sus padres,
Edgar Lluberas y Lilena Consiglio)

Yo soy hija de ex presos políticos y exiliados. Nací en el exilio. Mi infancia la viví en Suecia, donde era una de muchas. Todos los niños con los que me crié eran hijos de exiliados, algunos de un padre solo, otros estaban con sus abuelos. En mi clase de la escuela no había suecos, salvo la maestra; la mitad éramos latinos, creo que uruguayos y chilenos, la otra mitad provenían de las guerras que había en Europa del este o en África, así que éramos todos iguales.

Llegué a Uruguay a los ocho años. No me acuerdo qué les dije a mis compañeros de clase, la novedad era que hablaba en otro idioma. Lo que sí recuerdo fue cuando una vecina me preguntó por mis padres como burlándose de que habían estado presos, y yo me acordé de lo que les habían dicho a mis hermanos cuando eran chicos: «Mis padres habían ido presos para ayudar a los niños pobres», y eso fue lo que le dije. Lo dije como con vergüenza. Fue la única vez que lo dije con vergüenza, porque yo sabía que mis padres habían luchado por el país, después de eso siempre me sentí orgullosa cada vez que contaba que mis padres habían estado presos.

Luis Pablo Bonet Cabrera
(hijo de Graciela Cabrera)

Parte de una gran historia

Siempre digo que mi primer recuerdo de mi madre ya es de cuando ella estaba presa en Salto. No he logrado rescatar de mi memoria ninguna imagen de mamá previa a su reclusión en la cárcel de policía de Salto, ubicada en la calle Florencio Sánchez, en la misma manzana que la Jefatura, la Seccional Primera y los Bomberos.

También debo reconocer que no encuentro en mi memoria ningún momento de tristeza o lágrimas cuando iba a visitarla, tanto en Salto como en Paso de los Toros y Punta de Rieles. Supo esconder muy bien su estado de ánimo, poniendo por delante el buen momento que podíamos pasar juntos.

La cárcel de Salto

Ya desde aquel momento, la cárcel de Salto (esa cárcel de Salto) era un edificio viejo con espacios grandes y con una construcción que, percibo, no tuvo como objetivo inicial el albergar presos. Recuerdo que en algunas épocas, frente a su entrada, sobre la vereda, en la calle Florencio Sánchez, se habían colocado varias bolsas de arena que servían de protección al policía o militar que vigilaba, bien armado, la entrada al lugar. Imágenes que quedaron en mi retina, producto quizás de las fantasías de un niño de no más de seis años, muy alejadas por cierto de la realidad que se vivía en el momento.

Adentro, un murito de material seguido de una reja servía de separación entre la recepción de los visitantes y los funcionarios policiales. Por una puerta colocada a la derecha y también con rejas, se accedía al recinto donde había que dejar la cédula. Luego se pasaba a un gran salón con una pieza chica al costado que era donde se realizaba la revisión. Recuerdo a una policía que casi siempre estaba y que le decían «la Cara de Yeso». Cada tanto la veo en la calle. Según me cuenta mi señora, ella era amiga de mi familia política y al comienzo de la década del '70 fue quien le avisó a una prima de mi señora y a su esposo que estaban en una lista. Eso permitió que ellos se fueran a Venezuela y no cayeran presos, como tantos. Su cara no se me olvida nunca.

Luego de ese salón grande, vacío y oscuro, se accedía a un pasillo semicubierto donde a pocos metros, detrás de dos puertas de rejas, se encontraba el patio del celdario. Rejas estas que fueron muy atractivas para el juego y la diversión durante los tres años en que periódicamente visitaba a mi madre y a sus compañeras.

Detrás de estas rejas, siempre sonriente, me esperaban mi madre, Mary (Aiello) y Lilena (Consiglio).

Dos piezas grandes y una chica eran las tres celdas. A una de las grandes solo recuerdo haberla visto cerrada, pero mi memoria me trae el sentimiento de miedo, porque alguna vez vi asomarse la cara de una mujer por una ventanita que tenía la puerta de esa pieza. Si bien durante mucho tiempo dudé sobre si esa imagen era verdad o producto de mi imaginación de niño, al preguntarle a mi madre me confirmó que era cierto.

Recuerdo que, en ocasiones, mi visita coincidía con la del hijo de Mary, Tabaré, y las hijas de Lilena, Adriana y Melisa.

No tengo muchos más recuerdos de esos tres años en que fui a esa cárcel. Fue aproximadamente entre mis tres y seis años.

En una ocasión, en que vaya a saber por qué motivo trasladaron a mi madre a la Seccional Segunda de Policía, mi abuela se enteró y salimos a las apuradas de casa. Cuando llegamos a la esquina de 19 de Abril y la que hoy se llama Gutiérrez Ruiz, la estaban sacando a ella y a otras más de la comisaría. Quizás por la memoria selectiva, no recuerdo si mamá salía encapuchada o no, lo que sí recuerdo es que estaba con esposas. La subieron a la parte de atrás de una camioneta azul con lona negra, por lo que la pude ver, y a iniciativa de mi abuela saqué la cabeza por la ventanilla del auto y le alcancé a gritar «¡mamá, te quiero!».

Paso de los Toros

De la cárcel de Paso de los Toros, es de donde más recuerdos tengo. Ya habíamos cambiado de *administradores* del lugar. Ya no estaban vestidos de azul como en Salto, sino que ahora lucían indumentaria verde.

Debo confesar, sin temor a lastimar a nadie, que solo tengo buenos recuerdos de la cárcel de Paso de los Toros. Aprendí a jugar al vóleibol con casi todas las compañeras. Recuerdo que todas eran muy altas, incluso la propia Alí Grisolia.

Quien la conoce a Alí, sabe por qué lo digo, y hasta sé que Alí era considerada de las más peligrosas de la organización; por eso estaba en un celdario aparte. ¡Con ese cuerpito, una de las más peligrosas! Seguro que los milicos tenían miedo de que se pusiera a hablar y los convenciera de su izquierdosa ideología. De eso sería muy capaz Alí, no lo dudo. De ahí que la tuvieran muy bien vigilada.

La construcción de la cárcel de Paso de los Toros creo tenerla muy bien grabada en mi memoria. Estoy seguro de que podría dibujar un plano de sus rincones y piezas con gran acierto. Recuerdo de ahí a muchas compañeras de mamá. Por ejemplo, a la doctora Argelia Gargano, quien me descubrió una pequeña afección que se pudo solucionar con una simple intervención. También estaban «la Cocodrilo» y muchas salteñas, como Mary y Lilena, Silvia Pose, Chela Rinaldi, Dorita da Luz, entre otras. Todas con edades muy por debajo de la que tengo yo hoy (2010), 41 años. Muchas, seguro, con menos de la mitad.

Recuerdo las celdas de cuatro cuchetas, las de una cucheta y una cama a su lado. Recuerdo los agujeros en el piso de algunas celdas donde aprendí a hacer mis necesidades fisiológicas «sentado en el aire». Me acuerdo de la reja que estaba en el medio del pasillo. También el momento del recreo nuestro, uno de los más esperados por mí cada vez que iba a Paso de los Toros. Las caminatas alrededor del patio de algunas y los partidos de vóley de otras. En el cuadro en que yo jugaba, siempre éramos siete. Todo acontecía con la atenta mirada desde el techo de dos o tres milicos que vigilaban. ¡Ahí sí que se vivía seguro!

En las primeras visitas a Paso de los Toros, yo pasaba a través de las rejas y recuerdo haber salido al patio, incluso cuando aún no era momento del recreo. Con el paso de los meses ya no pude pasar más. Hoy creo que tampoco pasaría.

Luego de nuestro recreo, les tocaba a las *presas peligrosas*, que venían de otro celdario pero tenían recreo en nuestro patio. Ahí nos encerraban en las piezas y pasábamos el rato jugando a miles de cosas.

Un relato aparte tienen los viajes que debíamos hacer desde Salto para llegar a Paso de los Toros.

Salía con mi abuela, de noche, en el ómnibus de Chadre que iba a Rivera. Bajábamos en Tacuarembó de madrugada y esperábamos varias horas en el local de la ONDA, frente a la plaza, a que llegara una unidad proveniente de Rivera con destino a Montevideo por la ruta 5. Bajábamos

en Paso de los Toros y caminábamos a la cárcel si era la hora, si no, dábamos vueltas con los bolsos y viandas que llevábamos.

Otra forma de llegar era ir a Durazno en ómnibus y tomar el tren a Paso de los Toros. También viajamos algunas veces en auto con otros familiares. Ya eran excursiones.

Mi abuela me dejaba en la cárcel y esperaba, recorriendo la ciudad, hasta la tarde, a que llegara el turno de su visita.

Bien valió el esfuerzo de todos esos años, para mí toda una aventura.

La viandas con milanesas hechas por mi abuela que llevábamos a mi madre eran muy esperadas por todas las compañeras. Muchas veces comprábamos cosas en un almacén que había al lado de la cárcel. Ya éramos amigos de los dueños.

En una de las visitas a Paso de los Toros, imaginé un plan de escape para mamá. Era muy sencillo e infalible, y aún no entiendo por qué no lo quiso poner en práctica. ¡No se valoran las mentes creativas!

Uno de los recuerdos a medias que tengo era el de una presa que siempre estaba sola, apartada y con cara de mala. No sé si alguna vez hablé con ella. En Paso de los Toros también llegué a compartir momentos con hijos de otras presas.

Punta de Rieles, qué lejos queda

Fueron pocos los meses que mamá estuvo en Punta de Rieles, creo que no llegaron a ser tres. Una sola vez la fui a visitar ahí. Me acuerdo del viaje en trolley desde el centro de Montevideo hasta el comienzo del camino. Luego, varias cuerdas a pie hasta la entrada del penal. Otro tramo a pie hasta encontrarme con mi madre a la sombra de lo que siempre creí era un tanque de agua. Resultó luego que era un mangrullo donde un militar vigilaba. Igualmente, ambas cosas servían para lo mismo, dar sombra. Bueno, en realidad si fuese un tanque de agua serviría para otras cosas.

No puedo referirme mucho a este penal porque en pocas semanas mamá salió en libertad.

Y al fin salió

Cuando llegó la noticia a casa de que le daban la libertad a mamá, salimos rápido hacia Montevideo. Al llegar, mamá ya estaba en el apartamento que mis abuelos tenían en la capital, en 18 de Julio y Requena,

donde ella y mi tío vivieron cuando estudiaron en la facultad y donde se conocieron mis padres y donde algunos de mis primos y yo también vivimos cuando estudiantes.

Al llegar a la puerta del edificio, corrí y abracé a mamá. De un salto me trepé en sus brazos. Esa es la primera imagen que tengo junto a mi madre en libertad. Con el paso de las horas comenzaron a llegar parientes por parte de mi padre (fallecido antes de que mamá fuera detenida. Él tenía 29 años y yo 14 meses).

Era una fila larga en la puerta del apartamento. Cada reencuentro duraba minutos ente abrazos, miradas, comentarios y lágrimas.

Habían pasado más de cinco años desde el día en que los milicos se la habían llevado detenida cuando estaba almorzando con mis abuelos paternos en Montevideo.

Todos estos recuerdos y relatos tienen muy pocos aportes de mi madre: quise que salieran lo más puramente posible de los remotos confines de *mi* memoria. Fueron años que me marcaron para toda la vida. Años que dejaron huellas en mí, muchas de las cuales las voy descubriendo con el paso del tiempo. Muchas otras personas fueron protagonistas de este capítulo y muchas otras marcaron esos años, pero al momento de escribir, lo que surgió fue lo expresado. Por algo la memoria me ofreció esto.

Sé que disfrutaría bastante y me emocionaría aún más poder sentarme junto a las compañeras de mi madre, aquellas que fueron parte de esta historia, y también junto a sus hijos, y poder enlazar nuestros recuerdos, enriqueciendo aún más mi memoria.

Me gustaría poder volver a entrar en la cárcel de Paso de los Toros, recorrer esos pasillos y celdas con tantas historias personales en su interior. Mi madre y sus compañeras no estuvieron allí por elección propia ni nosotros fuimos por placer, pero es parte de mi historia, de nuestra historia, no lo podemos negar y tampoco lo quiero olvidar.

Expresando un sentimiento

Sobre mediados del año 2006, en la Junta Departamental de Salto se realizó una sesión extraordinaria recordando el golpe de Estado. En mi condición de edil del Partido Nacional, quise aportar parte de mi experiencia de vida y sentimientos de esos años. Como lo dicho está relacionado con los relatos anteriores, considero bueno agregarlo.

En esa ocasión expresé lo siguiente:

«Sr. presidente, si bien estoy ocupando un lugar político, hoy voy a realizar consideraciones que, a diferencia de otras oportunidades, no van a implicar posiciones de mi Partido. Voy a hacer consideraciones personales, estrictamente personales.

Muchas de las valoraciones y opiniones que se vertieron en esta sesión las comparto y me siento orgulloso de pertenecer a un partido que, en su gran mayoría, ha sido uno de los que ha enfrentado a esta dictadura.

Yo quiero hoy, quizás por primera y única vez de forma pública, expresar elementos de mi vida en cuanto a este tema.

No fui protagonista de primera, segunda o tercera línea de aquellos años, pero los viví, y los viví de alguna forma. No voy a estar en ningún libro de historia, pero de forma muy egoísta hoy quiero expresar algunos sentimientos. Y quiero que se entienda que los mismos son lo más positivos. Son esencialmente agradecimientos, porque si bien aquellas páginas de la historia fueron muy tristes y negras, yo, en algunos aspectos, quiero agradecer. No homenajear, sino agradecer.

Quiero agradecer a aquellas personas a las que quiero llamar mis maestras sin túnicas. Quiero agradecer a aquellas personas que durante muchos años me dieron clases en aulas muy particulares, grises, de cemento, de hierro. Quiero agradecer a aquellas maestras de mi vida que me enseñaron muchos valores.

Valores de solidaridad en los momentos más difíciles. Aquellas maestras que me enseñaron lo que es el compañerismo, que me mostraron y me enseñaron el valor de la amistad, de la tolerancia, de la libertad, a pesar de los *salones de clase*.

Nunca escuché de estas maestras, o no recuerdo haber escuchado, ningún eslogan político, ninguna frase hecha, pero sí escuché vida, escuché vivencias y esas cosas me quedaron.

Quiero agradecerles por hacerme entender, sin decírmelo expresamente, el valor del sacrificio por los ideales. Quiero agradecerles porque me mostraron, sin decírmelo expresamente, que a pesar de estar en la oscuridad, siempre se puede ver con claridad.

Quiero agradecerles a aquellas maestras sin túnica porque, durante casi seis años, cuidaron de lo más preciado que tiene un hijo.

Lamentablemente yo aprendí muchos de estos valores en esos salones de clase. Gracias a su lucha y a la de muchos uruguayos, hoy mis hijos pueden aprender esos valores en democracia. Espero que ellos, mis nietos y muchas generaciones más puedan también aprender esos valores en democracia. Esa es mi lucha».

Luis Pablo Bonet Cabrera nació el 28 de febrero de 1969.

Alexis

(hermano de Cristina Ramírez)

Las tías sin recreos

Han pasado muchos años, tantos que el tiempo hace titilar la memoria como el fuego en el pabito de una vela sacudido por la brisa de los recuerdos.

Aun así hay algo de certeza en esas vivencias y es que a un niño de aquellos días le era un tanto difícil diferenciar lo bueno de lo malo, la realidad de la ficción.

Había mucho por hacer usando la imaginación para divertirse y eso ocupaba buena parte de nuestras jóvenes mentes.

La tristeza era un sentimiento poco, por no decir casi nada, conocido; solo cuando alguien se alejaba por viajes prolongados hacía que se asomaran atisbos de esa dolencia.

Sí dolía mucho una penitencia sin recreo, en la escuela, por no cumplir alguna tarea, o en casa, por diabluras, quedarse sin salir a la calle desde donde se escuchaban los gritos de los gurises amigos detrás de la pelota; ese sí que era un castigo extremo.

Por lo demás, la felicidad estaba al alcance de la mano; bastaba una cometa, un arco con flechas, dos o tres bolitas, el trompo, una pelota aunque fuera de medias viejas, o una tarde en el arroyo mojarreando hasta caer el sol.

Hasta los días de lluvia eran motivo de farra, corriendo por los cañadones entre las vías del tren cazando renacuajos; por eso sentíamos que el mundo y su luz eran nuestros.

Hoy, luego de cruzar el puente de los tiempos, por más que me esfuerzo y escarbo en sus rincones, solo encuentro lindos recuerdos de la infancia.

Toda esa magia la construyeron las familias, los amigos, el pueblo con su río, sus montes, y muchos *tíos* y *tías* eran bastante más que los dedos de las manos que no me alcanzaron nunca para poder contarlos.

Hubo unas *tías* en particular, compañeras de una de mis hermanas, que adoptaron como sobrino a ese niño que irónicamente a esa altura ya era tío.

Y con ese título andaba el hombrecito junto a su sobrino de recorrida visitando a las *tías* sin recreo.

Sí, sin recreo porque se habrían portado mal en el liceo, o dicho malas palabras que al director no le gustaron, no estudiaron, quizá. No supe, no sabía y tampoco creo haberme cuestionado dicha situación.

Se las sentía y veía muy felices con nuestras visitas, era como ir a un cumpleaños.

Temprano la vieja nos hacía bañarnos y vestarnos con ropa de pasear los domingos.

En su chismosa cargaba la asadera con bizcochuelo y allá marchaba con uno en brazos y el otro de la mano. Cruzábamos todo el pueblo con frío o calor, no importaba, porque íbamos contentos a visitar una MADRE, una hermana y unas *TIAS* que nos querían mucho.

La visita no fue nunca de Madre a hija.

Ella se quedaba al otro lado del gran portón y la perdíamos de vista luego de cruzar el alto muro blanco; hasta los troncos de los árboles estaban pintados de ese color.

Todo era blanco y verde, mucho verde.

Era una penitencia muy especial porque nos revisaban, antes de entrar, hasta el bizcochuelo, mis calzoncillos, también los pañales de Martincito, leían la esquila que escribía mamá...

¿Qué miedo tenían? ¿Qué fuéramos sucios?

¿Qué Martincito estuviera cagado, así no nos dejaban entrar? No sé, no lo sabía.

Luego de cruzar muchas rejas, puertas y portones, por fin llegábamos donde nos esperaban.

Ahora sí todo era una fiesta de sonrisas, abrazos, besos, y mucho, mucho cariño, tanto como cuatro mujeres madres, hermanas, hijas y tías pueden brindar a solo dos niños.

La habitación era muy apretada, con una puerta gruesa, y una ventana muy pequeña por donde no entraba el sol y tampoco asomaba la luna...

Pero ellas tenían el calor del Sol en sus corazones y la blancura de la Luna en sus sonrisas.

El brillo que irradiaban sus ojos era tan fuerte como el lucero del alba.

La penitencia dejaba de existir en esos breves momentos de agasajo, de ternura poética, cuentos maravillosos y manos que pintaban paisajes multicolores.

Si bien al Sol y a la Luna no les estaba permitido entrar al «salón de las penitencias», ellas, en cambio, con su imaginación y quizá con algunas de las lágrimas derramadas, descomponían el tibio rayo de luz que entraba sin permiso y nos regalaban un arcoíris de alegría!!!

Muchas gracias por todo, y por despertar en mí esa locura de volar con la imaginación y viajar a destinos increíbles.

«Así como Babilonia se consideró la ciudad maldita y Dios condenó a los constructores a hablar lenguas diferentes para que nunca más pudiera nadie entenderse con nadie»^(*), ustedes sufrieron el castigo de algunos que se creyeron dioses y por medio del temor quisieron imponer un pensar único, ustedes hipotecaron sus libertades para forjar desde el barro una nueva Babilonia libre y de pensamiento universal para compartir con todos.

Gracias una y mil veces!!!

(*) El entrecomillado sobre Babilonia fue extraído de un libro de Eduardo Galeano.

Leticia Bidmar Alfonso

(hija de Ana Alfonso)

La despedida

El abuelo tenía un tambo en San José de Mayo.

Mamá es la menor de tres hermanas; cuando ella nació, el abuelo ya no lo tenía y por eso fue la única de las tres que no llegó a vivir en el tambo... como tal.

Cuando estaba por cumplir sus 25 años de edad, se llevaron a mamá presa.

Al principio ella no sabía dónde estaba. Resultó ser aquel establecimiento familiar, pero convertido en el cuartel de San José.

Ahí la tuvieron primero en un altillo, después en un galpón en el que para ir al baño tenía que salir al patio porque este se encontraba adyacente al galpón.

La obligaban a ponerse la capucha para ir y para volver del baño.

—Igual no veíamos nada porque estaba todo tabicado, no se veía para afuera.

—Entonces, ¿para qué las hacían encapucharse?

—Y no sé, pienso que para que no les viésemos las caras...

Yo creo que era porque ellos no querían verles los ojos a ellas.

Por último la pasaron a un quincho grande que había sido dividido en dos sectores por un muro que no llegaba hasta el techo de paja. De un lado del muro los hombres, del otro, las mujeres: cinco compañeras y tres compañeros. Cada sector a su vez tenía celdas con muros de hormigón y techo de tejido.

Pegado al muro que dividía los dos sectores, del lado de los hombres a mitad de altura del muro, había una plataforma en la que se ubicaba un soldado a vigilar ambos compartimentos por encima del muro.

Ahí pasaban las horas las cinco mujeres, angustiadas por la incertidumbre de qué les podía suceder a la mañana siguiente.

Durante el día podían verse y compartir algunas cosas entre ellas, pero nunca veían a los compañeros del otro lado del muro ni podían hablarles.

A la noche las separaban cada una a su celda y quedaban aisladas con todas sus interrogantes.

Yo creo que el aislamiento y la incertidumbre deben de ser de las cosas más dañinas para el ser humano, de las que más te debilitan, porque te quedás permanentemente hablando con la persona que más sabe de ti y conoce bien tus mayores y más profundos miedos: vos mismo.

En tiempos de censura los valientes encontraban ingeniosas maneras de burlarla.

A la hora del almuerzo comían en el pasillo, afuera de las celdas, y algunas veces (cuando el guardia de turno era piola), después del almuerzo, a las mujeres les llovían trozos de pan provenientes del otro lado del muro. Trocitos de «hola, estamos acá y sabemos que están ahí».

Las mujeres no se explicaban cómo los compañeros del otro lado del muro –sin poder verlas– atinaban con los trozos de pan. El guardia pio-la era el que les indicaba con un dedo discretamente la dirección en la que debían apuntar.

La comida que les daban no era en ningún caso abundante y... dejémoslo ahí, así que privarse de esos trocitos de pan para comunicarse con las compañeras también dice mucho.

Mamá estuvo diez meses en total ahí. Diez largos meses de preguntarse cada día qué sería lo siguiente. Diez meses en los que no había respuestas, solo una acumulación cada vez más grande de interrogantes.

Hasta que un día les comunicaron que las iban a trasladar a las cinco, pero lógicamente sin decirles a dónde para no romper con la incertidumbre que ya se había instalado como la sexta compañera que nunca abandonaba a ninguna. Mucho menos a la noche. A la noche, de hecho, se acostaba con cada una de ellas y les susurraba al oído historias angustiantes.

Les indicaron que juntaran sus pertenencias y dejaran los libros. Mientras reunían sus cosas, la sexta compañera las abrazaba fuerte, como esos abrazos que te estrujan el pecho hasta que te cuesta respirar.

Cuando estaban preparadas para irse, el soldado de la plataforma les indicó que se parasen contra el muro.

La *sexta* compañera las miró directamente a los ojos y les empezó a hablar ligerito de un montón de posibilidades atemorizantes; no les soltaba la mano y tratando de ignorar a la incertidumbre ellas temían a lo que podía caerles del otro lado del muro... pensaron en el pan de después de los almuerzos... o incluso en el agua...

Así las imagino yo a las cinco mujeres de pie contra ese muro, abrazadas fuerte, muy fuerte, por esa sexta compañera, sin saber a dónde se las llevaban y sin saber qué podía llegarles del otro lado del muro, cuando les cayó...

...una lluvia de jazmines.

—¿Y adónde te llevaron al final, mamá?

—A Flores.

Daniela

(sobrina de Raquel Tejeiro)

Irma Raquel Tejeiro Vallejo

Nació el 26 de octubre de 1938 en Paso de los Toros. A los dos años de edad perdió a su madre y creció, junto a sus hermanos, en la casa de sus abuelos maternos. Pero con la presencia próxima de su padre, que no faltó nunca, sobre todo en los años difíciles que motivan este libro. Estudió matemática y se dedicó a la docencia de esa asignatura en el liceo del pueblo.

Durante los años 60 se fue involucrando en la lucha social de la mano de los curas oblatos que dirigían la iglesia en Paso de los Toros, y en ese camino arribó al MLN.

En esa época de militancia se enamora de Mario, con el que se casa el 26 de marzo de 1971. Estaban esperando a Antonina y el 26 de agosto nace quien fuera el sol de su vida.

El 3 de junio de 1972 pierde la libertad, es apresada junto a Mario en la ciudad de Tacuarembó, donde residían en ese momento. Fue enviada a la prisión de Paso de los Toros, para su suerte, pues pudo acompañar parcialmente el crecimiento de Anto, que vivió con su mamá-tía Gloria a tres cuadras de la cárcel hasta el 3 de junio de 1977, cuando recupera la libertad.

Vive de las clases particulares de matemática y del salario que Mario cobraba en los trabajos que en aquel tiempo podía encontrar un ex preso político, hasta que, finalizada la dictadura, recupera su cargo docente y el de adscripta.

El 5 de setiembre de 2000 ocurre el segundo momento de gloria de su vida: Valentín la convierte en abuela. Otra vez se le llena la vida.



Raquel Tejeiro
(1938-2007)

El viernes 10 de agosto de 2007 muere a consecuencia de su segundo cáncer. En 1981 le había ganado la pelea al de mama.

Los mensajes de despedida de sus alumnos fueron el reflejo de su vida militante, de compromiso y coherencia.

Recuerdos de la cárcel

Son muchos los recuerdos que atesoro de las visitas a la cárcel los domingos. Y digo bien «atesoro» porque son recuerdos gratos, fuertes, que hablan de la resistencia y la dignidad de aquellas mujeres entre las que estaba mi querida Tití.

Como vivíamos en el pueblo, a tres cuadras brasileiras de la cárcel, podíamos ir los domingos con Antonina y mis hermanos, de dos a seis de la tarde, el horario en que Antonina concurría diariamente. Unos pocos domingos coincidimos con el Cielo, el hijo de Susana, pero a él se le terminó enseguida esa visita porque cumplió doce años y tuvo que empezar a ver a su madre en el locutorio, parado a un metro de distancia y con dos rejas por medio.

Pero yo tenía poco más de diez años cuando autorizaron las visitas de los domingos y pude disfrutarlas más tiempo. Y entonces pude salir al patio a ver a mi Tití enfrascada en un partido de voley o dándole con toda el alma a una pelotita de goma con la mano, en tremendos partidos de frontón. Sin duda que estos partidos eran una descarga maravillosa, hasta una niña se daba cuenta.

Y al entrar del recreo, las compañeras iban al sucucho del fondo y preparaban el más rico mate de té que he tomado en mi vida, sentada en la cucheta de la celda tres.

Alejandro Gutiérrez
(hijo de Irma Arce, *Pilucha*)

El significado de la palabra «compañera»

Nací en agosto de 1976. Mi vieja me tuvo inmediatamente después de la cana; había pasado tres años presa. Mi padre, en aquel momento su novio, estuvo viajando periódicamente a Paso de los Toros a visitarla, le enviaba todas las semanas cartas que mi vieja siguió siempre guardando en el ropero.

Mi padre y su fe en Dios fueron, en esa época, el sostén de mi vieja, que no tenía hermanos y mis abuelos ya estaban viejitos. Mi vieja creía en Dios, le llegaban mucho las ideas de la Teología de la Liberación, creía en un Jesús liberador de conciencia de los oprimidos, un Jesús que era un instrumento para construir otra sociedad más justa, un Jesús que ayudaba a construir al hombre y a la mujer nuevos.

Al salir de la cana imagino que la vida que le brotaba la llevó a ser madre; mi historia entonces en este mundo comenzó a fluir. Nací en dictadura. Para mí las historias de la cana siempre me fueron cercanas. Pasados los años lo entendí; nací muy cerca del tiempo de la cana que se había comido mi vieja; también fui entendiendo por qué mi vínculo con ella era tan fuerte, ella se aferraba a mí, era su hijo, su único hijo en ese momento, en ese tiempo histórico donde todavía quedaban compañeras y compañeros en la cana, donde habían compañeras y compañeros exiliados. De niño todo se movía en Salto por la construcción de la represa, a mí eso me fascinaba y seguramente fue lo que me llevó a ser ingeniero. Mi vieja siempre me decía con mucha melancolía: «Mauri, los milicos me cambiaron el río» —cuando ella salió de la cana ya no estaba a la vista el salto Grande—.

Siendo yo chico, faltaba mucha gente en Salto. En mi cotidiano vivir de niño era común para mí que los amigos de mis viejos pudieran estar, o haber estado, presos. Todavía recuerdo una reunión social, un cumpleaños o algo parecido, en que llegaba gente a casa y yo le preguntaba a mi vieja por los que iban apareciendo: «¿Él estuvo preso también?» Se reían todos y yo no entendía por qué, para mí eso era común.

Mi vieja me llevaba y me traía de la escuela; cuando jugaba con ella no le podía tapar los ojos, se ponía mal, tenía reacciones impulsivas, me

sacaba las manos rápido, me decía que como la habían encapuchado en la cárcel eso le traía malos recuerdos. Yo le preguntaba qué le habían hecho, quería saber si la habían torturado. Aunque me contó que le dieron picana, mi vieja siempre salía desde otro lugar, me decía que tenían un acuerdo con las compañeras, se habían comprometido a no contar algunas cosas. Crecí con mucha calentura con los milicos, pero mi vieja no sembró rencor en mí, me decía que no era bueno el rencor. Yo quería crecer y cambiar las cosas. Fui entendiendo que si a una sociedad le sacás mucha gente, y en particular gente con militancia, con compromiso social y político, la sociedad se vuelve distinta; fui entendiendo que a nuestro país y continente lo estaban oprimiendo.

En aquellos recuerdos de niño, tengo presente momentos que me vienen, y son muchos, en los que a mi vieja le surgía una sonrisa de oreja a oreja, se agitaba y se movía rápido para abrazar, era un reencontro, los abrazos más apretados que te puedas imaginar, sonrisas, carcajadas, abrazos que se repetían, miradas intensas a los ojos. Me fue explicando que la palabra *compañera* no era una palabra común, que tenía un significado muy fuerte y que para ellas, las compañeras que estuvieron presas al mismo tiempo en el penal de Paso de los Toros, el significado tenía que ver con el haber bancado ese tiempo juntas, compartido, resistido unidas, en la cárcel.

Andrea y yo recibimos a nuestra primera hija. Esperanza llegó a nuestras vidas en mayo de 2006, mi vieja la conoció, estuvo el día de su nacimiento en Montevideo y al mes se fue, dejó de acompañarnos físicamente. Luego, en 2011, vino Candelaria. A las gurias les fui contando historias de la abuela Pilucha, les conté lo de la cana, lo de su compromiso militante, lo de sus carcajadas, lo de su sensibilidad, lo de sentirse orgullosa de haber sido siempre una militante de base, el orgullo de ese lugar de militancia, de los espacios de militancia social en varios frentes, su mirada de la necesidad de una Iglesia comprometida con su tiempo siendo siempre una frenteamplista orgullosa. Mi vieja me decía siempre: «Mauri, mirá que la política es jodida», nunca me dijo que no militara, me previno. «Tené cuidado», me decía, me pasó muchos piques que todavía me sirven cuando aparecen los entreveros, me sirven para cuidarme de la gente jodida, de los que parecen ser y dejan de serlo, de los que permiten crecer sus propias miserias humanas. Eso no es de ahora, viene y vendrá, y todos estamos expuestos, en cada puesto. Me hablaba de las miserias en las organizaciones, de la necesidad de siempre recurrir y construir la base, militancia de base, la práctica como método en todo detalle, en toda acción, la necesidad del compromiso,

cuestionar a la organización, ser exigentes con nosotros mismos, la disciplina con el método. Con mi vieja aprendí muchas cosas. Me decía que haber estado en cana es jodido pero no es garantía de nada. Mi vieja me hablaba de los valores, que hay que ayudar, pero que no hay que hacer favores, y que no está bien pedir favores; me hablaba de los militantes ejemplos de vida, que esos eran peligrosos, porque son contagiosos, que a esos siempre los iban a tentar, y querer cambiar. Yo nací sabiendo que si te comprometés con ideas que cuestionan a los poderosos, y que van en el sentido de liberar a los oprimidos y construir una sociedad más justa, hay que ser consecuente, y que eso te puede costar la vida o años de vida, pero aprendí que las ideas no se abandonan, y que las ideas se siembran con nuestro propio ejemplo, aprendí que hay que aguantar, aprendí que la posta se pasa generación tras generación; aprendí que hay que ser un poco atrevidos que hay que cuestionar, y también saber bancar en el molde y apretar los dientes, cuando esto es lo necesario.

Había cosas que no eran fáciles de transmitir a las gurisas sin la presencia física de mi vieja; en 2015 las compañeras organizaron una actividad en la que se colocaba una placa en el penal, y por medio del primo Armando, el primo de mi vieja, llegaron a mí y me invitaron a ir al acto y a compartir ese momento junto con las compañeras de Paso de los Toros. Decidimos que íbamos Esperanza y yo, Candelaria no lograría entender mucho, en aquellos años era muy chica, y si Espe me acompañaba los dos juntos tendríamos tiempo de hablar. De este modo el espacio para asimilar iba a ser el más propicio para ella. Esperanza aceptó, fuimos en un ómnibus que habían contratado las compañeras, Espe prendió las antenas, se acercó y habló con las compañeras, les preguntó por Pilucha, escuchó, vio muchos abrazos apretados, estuvo cerca del jazmín paraguayo florecido en el cantero frente al penal, luego pudo escuchar los intercambios que se dieron en el encuentro donde se brindó la palabra a los que quisieran compartir vivencias, escuchó que nombraban a su abuela y que la nombraban a ella. Esperanza es medio pelirroja, Candelaria salió morocha igual que la abuela Pilucha. Este año las dos están yendo a la escuela Paraguay, en sexto y primero; hay días en los que Cande se ríe, y esa carcajada me transporta, es como si pasara la Pilu a través de esos dientes.



Lourdes Xavier

(hermana de Ana María Xavier,
Ana María, *Chiqui* o *Chiquitina*, como la llamaban
los que la conocieron de niña en las chacras de Constitución)

El día que la vinieron a buscar

Mis últimos sueños de la mañana del 12 de mayo de 1972 fueron interrumpidos por unas voces roncadas y desconocidas. Pregunté si era mi hermano Lucho el que hablaba. Mamá, siempre enérgica y mandona, me contestó: «No, vos dormite».

Unos años más tarde, bromeábamos con la Chiqui acerca de su forma de ser. «Mamá —me decía—, es la típica idishe mame-charrúa»: la que nos sobreprotegió siempre, la que se paró frente a la muerte, frente a las rejas y la que enfrentó la espera...

*Madre,
No sé cómo abrió tanto monte
cargado de pesares,
cómo alumbró la noche
sin más candil que la
esperanza...*

Solamente eso recuerdo del día que la llevaron. Lo demás, lo escuché de mi amiga Raquel, que, con la mirada asombrada y tartamudeando, me hablaba de «los camiones que cortaban la esquina de las calles Brasil y Errandonea, los milicos armados y parados de piernas abiertas, la chanchita verde en la que se la llevaron...»

Raquel pasaba por casa todas las mañanas y nos íbamos juntas a la escuela.

La primera visita

Pasaron unos días largos, nublados y fríos, hasta que al fin nos dejaron verlas. Me acuerdo cuando atravesamos el patio gigante del cuartel hasta llegar a un galpón que parecía una especie de comedor enorme, lleno de mesas y bancos de madera largos y grises. Papá, mamá, yo y muchos más esperábamos... en silencio. No sabía sus nombres, pero

con el tiempo, con muchos caminos recorridos, nos fuimos conociendo y llegamos a ser buenos amigos. Compartimos los momentos de espera y charlas, antes y después de las visitas, y los viajes, cuando se las llevaron a Paso de los Toros.

Nos sentamos de un lado de las mesas y del otro lado las «detenidas», como les decía el militar que las acompañaba. Papá hablaba, y mamá y yo de la mano, calladas. No sé de qué hablaban, pero había angustia y una especie de misterio en el tono de la conversación... De a ratos mamá sollozaba. En aquellos tiempos, la única vez que vi llorar a mi hermana fue cuando la dejaron venir a casa al velorio de papá el 6 de noviembre de 1973.

De esa primera visita me acuerdo de la palidez del rostro de la Chiqui, que resaltaba con el cabello negro y lacio recogido en una cola. Siempre tuvo la mirada clara y serena, a pesar de las ojeras y el castaño oscuro de sus ojos.

Doce horas.

*Doce horas al año
Nos dejan ver, viejo mío,
Yo te bato
Estoy bienmasomenosmal,
Bancamos,
Vos me decís
Estamos bienmasomenosmal,
Tiramos,
Doce horas al año no bastan,
Pero alcanzan para que dejes
Tu cariño de padre y laborante
Y yo el mío de hija y compañera.*

Los viajes, otro capítulo interesante

Viajábamos a Paso de los Toros en un ómnibus contratado. ¡Ah, el ómnibus...!, por supuesto, sin calefacción, los asientos duros y sobre el respaldo una especie de barrote de metal que te golpeaba la cabeza cuando te quedabas dormido, dependiendo de la altura y edad del pasajero. Por eso llevábamos almohadas y frazadas. Canastos con termos con café, refuerzos y bizcochitos, tortas caseras de fiambre y queso, empanadas, y también se sentían otros olores que me parece eran de refuerzos de milanesas... Todo cuanto se compartía era muy rico, todo de todos...

Llegábamos temprano en la mañana. Desayuno y colas para entregar las cajas con ropa, comida, pasta de dientes, algún medicamento, cigarros, materiales para las manualidades (pedacitos de cueros, retazos de telas, restos de lanas...). Los hijos y hermanos menores de 12 años podíamos entrar y «pasar el día» (que era apenas unas horas).

Las otras visitas...

Recuerdo que me encantaba treparme a la cucheta, nos acostábamos y la Chiqui me hacía algún cuento y yo le contaba de la escuela, la maestra, los compañeros de clase. Después me mostraba los trabajos que estaban haciendo: guantes, cigarreras, cuadritos... Siempre nos llevábamos varios regalitos para las amigas, vecinos, y algún pariente que aún nos reconocía como tal. También cargábamos cajas con manualidades para vender y poder aliviar a las familias, en algo, los gastos de los viajes.

Cuando salíamos al patio, caminábamos y, a veces, sentadas en el suelo en ronda con las otras compañeras, se compartían risas y canciones. También mirábamos para arriba sentadas contra el muro y contábamos los pájaros que pasaban.

—Mirá, ¡una paloma!

—No! Es una golondrina!

—Tenés razón, ¡ya llega otra vez el verano!...

Los muros grises y altos, muy altos, me impresionaban mucho.

Algunas veces recorriamos los otros cuartos (celdas, le decían ellas). Una vez, Malena y María Rosa me esperaron con un libro que habían hecho con la Chiqui, de 18 x 11 cm, forrado de cuero con un barquito de metal repujado en la tapa. Tiene algunos poemas y una dedicatoria que dice: «[...] esperamos que sea continuado por vos.» Se enteraron que yo había escrito una poesía...

De ese librito les voy dejando algunos versos que ellas me regalaron.

Tiempo

*Tiempo de espera este
el que transcurre a pesar
de los muros,
aunque transcurra solo hasta los muros.
El de quedarse solo en el recuerdo,
en el tiempo que se fue
y ya no será más.*

*Que en un rincón de la conciencia,
 en el pensar incierto en el mañana,
 en el vértigo de no de saber
 cuándo ni cómo.
 El de querer que juntos
 siendo los mismos, aunque otros.
 Tiempo de comprender
 que lejos es muchas veces solo
 Y de sentir que solo no es vacío,
 Que estás, aunque no estés conmigo.*

El fin de las visitas, sin despedida...

Un día no pude entrar más a «pasar el día» porque había cumplido doce años y ya era «muy grande». Fue la vez que mamá no fue porque no alcanzaba para pagar el viaje para las dos; entonces, como yo «aprovecharía» más el tiempo, me tocó. Viajé a cargo de Lira, Chiquita y Nilda, las mamás de Manuela, Ingrid y Silvia. ¡Me cuidaron tanto! Y sobre todo en el viaje de regreso, porque yo no paraba de llorar... Me acuerdo que Lira se atacó del asma y cuando me abrazaba contra su pecho yo sentía el ruidito que hacía el aire al entrar y salir de sus pulmones. Pensé que se había enfermado por mi culpa, pero luego comprendí y me tranquilicé, cuando comenzaron a reunirse con mamá, ella siempre llegaba un poco agitada. Se hicieron muy compinches. Nunca pude agradecerle a Lira todo cuanto hizo por nosotras. Nos visitaba seguido y acompañaba a mamá con su presencia dulce y su charla tranquila.

Desde aquel día mis visitas serían en un lugar muy peculiar, tal vez ¡el lugar más triste en que recuerdo haber estado alguna vez! Era una especie de corredor angosto que nos separaba. Las presas de un lado y los familiares del otro. Había un murito, me parece que como de un metro de alto, y rejas hacia arriba sobre ambos lados. Una guardia caminaba por el medio del corredor todo el tiempo. ¡La primera vez que estuve ahí no podía dejar de mirarle los pies! Tenía unas botas enormes y negras.

Después de varias de esas visitas (corredor, rejas y guardia mediante), ¡no pude ir más! Le pedí a mamá que ya no me llevara. Se me partía el corazón pensando qué sentiría o pensaría la Chiqui de que no fuera más a verla, pero nunca me animé a preguntarle...

La libertad (1 de abril de 1977)

En casa había un juego de living grande y hermoso que vinieron a buscar la tarde que también se llevaron el piano de la Chiqui y algunas cosas más. El dinero que se juntó del remate, y tal vez algún peso más, fue para pagar al abogado.

En junio de 1980, nos mandaron una «Liquidación de gastos de alimentación, vestido y alojamiento de la penada militar ANA MARÍA XAVIER RÍOS [...] acorde a las órdenes impartidas por el Supremo Tribunal Militar [...]», que de acuerdo a un detalle año a año ascendía a un total de N\$ 7.821,00 (nuevos pesos siete mil ochocientos veintiuno). Me parece que nunca se llegó a pagar esto.

*Compañero,
Tenga usted paciencia
Pula con más amor esa coraza
Que a la vuelta de una mañana
Lloverán más duro
Aún las piedras
Y estaré para darte otra vez
Los buenos días.*

Y así fue, llovieron más duro aún las piedras... Fue bravo el reenganche de mi hermana con la vida en libertad. No quería salir mucho, no siguió estudiando ni buscó trabajo. Por suerte estaba cerca su compañero, Enrique, que le abrió una puerta en su vida el 6 de junio de 1979. Tuvieron dos hermosos hijos—Pablo y Paula—y disfrutaron muchos años juntos. Él y mamá la cuidaron con paciencia cuando llegó la enfermedad y la acompañaron con amor hasta la partida.

Así lo viví,
Lourdes.



Ana María Xavier Ríos
(1951-2005)

Tere Hernández, la Negra
(recordando a Mary Aiello)

Hoy es día de recordarte, Mary, la compañera que participa activamente en nuestra búsqueda durante aquella época de nuestra juventud, ya sea en el catecismo, encuentro de parroquia, guitarreadas.

Despertar de nuestras conciencias a la necesidad de organizarnos.

Fuimos juventud obrera católica, juventud agraria católica y juventud de estudiantes católicos.

Con Mary y los curas obreros de aquellas época fuimos hacia un mundo mejor como consigna; la acción revolucionaria nacía sin miramientos egoístas.

Darse a los demás marcó en Mary la exquisitez de su persona.

La vi en su entrega sin miramientos, sin excusas.

Así formó su pareja y tuvo sus hijos.

Su casa siempre estuvo de puertas abiertas.

¡¡Gracias, Mary, tu existencia jamás voy a olvidar!!



Laura Campal

Laura nació el 12 de agosto de 1949 en el barrio Colón y falleció el 30 de julio de 2013. Fue la mayor de tres hermanos.

Debido al espíritu viajero de su padre, su infancia y adolescencia transcurrió en diferentes pueblos del interior. Es así que conoció y vivió en diversas localidades: Durazno, Tacuarembó, San Gregorio y Florida.

Cursó primaria en Colón, Tacuarembó y San Gregorio, y allí comenzó el liceo. En la década del 60, la familia debe irse del pueblo por, entre otras, razones políticas, y se instala en Florida, donde termina secundaria y comienza a estudiar magisterio

Es en Florida donde inicia su militancia política ingresando al MLN y allí mismo es detenida el 22 de mayo de 1972, cuando se dirigía a una asamblea de magisterio junto con su hermana.

Estuvo presa en el cuartel de Florida, en el penal de Paso de los Toros y en el de Punta de Rieles, donde obtiene su libertad el 22 de noviembre de 1980.

Inmediatamente reanuda sus relaciones y actividades trabajando y estudiando.

Junto a su compañero se muda a El Pinar y tiene dos hijas.

Desde su casa, genera un lugar de múltiples encuentros en donde cada uno recibe siempre lo que busca: un consejo, una buena charla, compañía, o saber simplemente que Laura está (estaba) ahí, siempre dispuesta a ayudar, escuchar, tender una mano, en fin... a tejer sueños, nuevos vínculos: construyendo futuro .

Su sobrina Soledad refleja, en el texto que sigue, su carácter y personalidad:

«De niña siempre me sentí a gusto a su lado, el tiempo en su casa era disfrutable: era un tiempo de libertad, de primos, de amigos, de juegos afuera, de aventuras, de risas. Fui creciendo y me alejé de muchos tíos pero no de ella. Por el contrario, conservé y alimenté ese vínculo a conciencia pero con naturalidad. Recuerdo ir a su casa movida por el único deseo de verla a ella, a veces iba especialmente a verla a ella. Y es

que sentí siempre una conexión profunda con su alma... con su mente...con su historia.

Fue una mujer inteligente, sagaz, reflexiva, brillante. ¡Su curiosidad era tan nítida y sincera...! Gran conversadora, famosa por eso. Yo siempre sentí que, además, me escuchaba, de verdad me escuchaba, con empatía. Y eso para mí siempre fue un tesoro. Me preguntaba aquello que nadie me preguntaba y atendía las respuestas. Se tomaba unos segundos, movía sus ojos hacia arriba y comenzaba su catarata de opiniones que, para mí, eran un tesoro. No salía igual de su casa, sus charlas me modificaban.

Pero no todo era tan solemne: en esas mateadas de varios termos siempre había una parte de llorar de risa. Tenía un humor que creo heredé, o eso me gusta pensar. Irónica, ácida, crítica, se reía de lo tremendo del ser humano. Nos reíamos mucho.

Su casa siempre fue una casa llena de gente, de puertas abiertas, amigos de todas las edades y de todos los lugares. Su casa era la *casa del pueblo*, porque su corazón era así. Un espíritu que recibía y gozaba en el encuentro con otros.

Cuando pienso en ella pienso en cine, en música, en libros, en la docencia, la historia, en la psicología social. Pienso en cosas adoradas por ella y que yo descubrí por ella.

Cuando pienso en ella se me acomodan las prioridades y me río de los convencionalismos y del *deber ser* como ella se reía. Y me brota su rebeldía y su capacidad de decir lo incómodo y romper... romper esquemas.

Cuando pienso en ella pienso en la política. La mirada y la militancia política en cada gesto cotidiano, el comité, el barrio, los pibes del barrio, en ese laburo comunitario que hacía sin estructura ninguna. Pienso en la gente que pasó por su vida y se vio transformada de alguna manera.

Todo esto me fue cercano porque ella me lo mostró. A ella le fui a preguntar cosas que no les pregunté a mis viejos. Y ella contestó.

Estuvo cerca en mis dolores y en mis festejos con la misma intensidad.

Ya estoy llorando porque se fue pronto y sin avisar. Me quedó un llanto atravesado desde su muerte porque sé que tenía también sus dolores. Los de ella son los míos, los de mi familia, los de nuestra identidad como familia. Una historia dura que nos atraviesa y nos define. Renaciendo a pesar y desde esas tragedias que permitieron rearmar la vida. Laura es el recuerdo de la necesidad de reírse después y siempre,

gozar la vida en el encuentro con lo simple. Alguna vez dije y sigo sintiendo... Cuando pienso en ella suena una carcajada y una canción de los Beatles.

Manolo, con quien compartió hasta el último día el taller literario escribió el siguiente poema:

Duendes en la noche

*Ayer el sol se fue
lento,
fatigado,
sombrio,
con sus débiles caricias
tibias en el viento
quebradas en la oscuridad.
La noche robó la luz
invitando,...en
silenciosa y tranquila
morada de duendes
«cuenta-historias»
de sueños de hoy.
Nadie le ve,
todos le sienten
está ahí
sobre la cálida leña.
Acomoda sus lentes
sonríe,
frunce pícara su boca
tal vez...
tal vez, el sol no se fue.*



Manolo, 29 de abril de 2014

María Cristina y Nelly Martínez (hermanas de Somnia Martínez)

Nuestra querida Somnia nació el 13 de setiembre de 1939 en la ciudad de Treinta y Tres.

Fue una niña alegre, concurrió a la escuela. Comenzó a trabajar siendo muy jovencita en el almacén de Artemio Gutiérrez.

Fue muy luchadora, con un gran corazón. A ella siempre le gustó superarse, hacerse los gustos y mejorar la vida. Fue una persona muy especial.

El 30 de marzo de 1959 empezó a trabajar en Antel de telefonista, donde años después ocupó el cargo de supervisora.

Fue una gran militante, respetada y querida por todos.

Nos dejó el 20 de mayo de 2015 a los 76 años.

Somnia trabajaba en Treinta y Tres, en la antecesora de Antel.

Milita en el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros hasta que es detenida en abril o mayo de 1972.

Es brutalmente torturada en Treinta y Tres y luego en Laguna del Sauce, donde permanece presa por un largo tiempo.

Llega al penal de Paso de los Toros el 26 de julio de 1976 junto a las demás prisioneras del este del país.

Al salir en libertad se traslada a la ciudad de Rivera, donde vivirá con su madre, hermanas y sobrinos.

En Rivera milita en el Frente Amplio y así es recordada y reconocida en diferentes ámbitos. Se hizo mención a su compromiso militante cuando se colocó la placa en la cárcel de Paso de los Toros.

Su actitud fraterna estuvo presente de continuo en los años de cárcel.



Testimonio sobre Julia Armand Ugon

Nació el 5 de junio de 1943 y falleció el 29 de mayo de 2001.

Oriunda de Ombúes de Lavalle, descendiente de italianos, la familia pertenecía a la Iglesia valdense

Estudió profesorado de plástica en el IPA y su aporte estuvo siempre presente en las manualidades, ilustraciones, todo el arte creador en el que nos esmerábamos para mandar a la familia desde la cárcel.

Se fugó de la cárcel de la calle Cabildo el 8 de marzo de 1970, en la denominada La Paloma, protagonizada por el MLN, Movimiento de Liberación Nacional. La apresaron nuevamente en Treinta y Tres en mayo de 1972.

Llegó al penal de Paso de los Toros el 26 de julio de 1976 junto a otras compañeras del este.

Julia irradiaba mucho afecto y solidaridad hacia todas las compañeras.

La liberaron a fines de 1984.

Falleció, después de una prolongada y dolorosa enfermedad, el 29 mayo de 2001.

Julio Listre

(sobre Julia Armand Ugon)

Nos conocimos con Julia en diciembre de 1984. Veníamos de catorce y pico de años de cárcel. El primer encuentro fue en la plaza Libertad –en la reunión de los viernes de familiares de presos políticos–. Hubo atracción muy fuerte. Anticipo del amor que nos mantuvo unidos 16 años. Julia llevó la iniciativa: a los pocos días me preguntó si ella me gustaba. Ante mi respuesta afirmativa me dijo: «Entonces hagamos proyectos». Esto la pinta en su constante tejer proyectos, en su empuje vital.

Teníamos urgencia de formar familia, de tener hijos. Conseguimos una casa, adoptamos mellizos, Martín y Gastón.

Todo proyecto es una apuesta, implica riesgos. Pero eso es vivir,

Cuando nos mudamos a Colonia Valdense salíamos a revisar restos de poda («piensan que somos requecheros», decía). Con las hojas más variadas tejía y tejía tapices. Eran como metáforas de su tejer constante de vida.

En Valdense, en el local de artesanos sobre ruta 1, conservan, en muestra, uno de sus tapices. Nuestro hijo Martín, con 35 años, escribió hace un tiempo:

«Sé que estarías orgullosa de mí. No te lo decía muy seguido, pero vos y yo sabemos lo mucho que te quiero. Estás conmigo, en mi corazón y en mi alma, ayudándome siempre».

Los mellizos, a pesar de haber encontrado a su madre biológica, siguen hablando de Julia como mamá.



Compañeras y compañeros recordamos a Esther Carmen Uribasterra Matta, *Nená*

Nace el 3 de noviembre 1942 en Treinta y Tres y fallece el 3 de diciembre 1993, también en Treinta y Tres.

Eran tres hermanos. Los padres fallecen siendo ellos muy jóvenes, estudiantes liceales.

Trabaja en la Inspección de Enseñanza Primaria, donde se la valora muy alto por su eficiencia.

En la década del 60 estudia magisterio y como estudiante participa en las Misiones Sociopedagógicas y en experiencias de Extensión Universitaria en Passano, departamento de Treinta y Tres.

En 1968, recién recibida, concursa para obtener cargo de ayudantía de maestra de primer grado, pero no ejerce la docencia y sigue trabajando en la Inspección.

Es muy reconocida, en todos los ámbitos donde se desempeña, por su compromiso, coherencia, entrega y por su actitud frente a los más desvalidos.

No profesa religión ni cree en seres superiores, lo que no le impide mantener una excelente relación en actividades de la iglesia junto a sus sacerdotes.

Se traslada a Montevideo, en 1971 aproximadamente, para continuar su militancia en el MLN (Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros).

En 1971 es apresada y participa de la fuga «La Estrella» de ese mismo año. Es detenida nuevamente en 1972

Cuando es liberada, en 1985, es restituida a Primaria.

Participa en la reorganización del MLN.

Vuelve a Treinta y Tres, no recuerda el año preciso —puede ser 1987-1988—. Continúa militando en el MLN y lleva adelante una investigación en las arroceras del departamento. Tiene muchas dificultades para ingresar a los lugares a entrevistar a los peones del arrozal.

Después que fallece, los integrantes de AFUPRIM (Asociación de Funcionarios de Educación Primaria), que funciona en el local de ADEMU en una pieza, colocan allí una placa, en esa pieza, en memoria y reconocimiento a Nená por su militancia.



NENÁ

Las cadenas fortalecieron su espíritu y coraje
 Su lucha por estar del lado del más necesitado
 Dispuesta a dar su vida con valentía, un diamante en bruto
 La esperanza la hizo fuerte, el amor, el respeto, la compasión, la hizo grande
 Su lucha silenciosa, acogedora y apasionada la hizo humilde
 Siempre dispuesta, servicial, sin horarios ayudando al que lo necesitara
 Fuente de grandeza, dejando una estela por donde fuere
 Así fue ella y así será donde su espíritu se encuentre.

TE QUISIMOS
 TE QUEREMOS
 Y TE QUERREMOS

Con amor: Adriana y Carolina.

Colocación de una placa de la memoria

24 de octubre de 2015

Lectura realizada por Lilián Díaz, de un texto acordado por el grupo de ex presas políticas del Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1 de Paso de los Toros.

La autora de dicho texto es Cristina Ramírez

*«Los molinos ya no están
Pero el viento sopla todavía»*

Van Gogh

Me toca a mí, en nombre de todas, transmitir las palabras que una hija de este pueblo nos hizo llegar y que sentimos abarcaba de alguna manera lo fundamental que queríamos decir.

En este pueblo, hoy se coloca una placa, una marca, un mojón para el rumbo de la memoria, sobre esta cárcel que supo de mujeres fuertes, frágiles, de madres, hijas, hermanas, de dolor y ternura, todo en un solo cuerpo.

Es esta cárcel que supo de compañeras que habían sufrido tortura hasta la ignominia, que supo de compañeras muertas porque sí, porque las dejaron morir, como a la rusita Raquel Culnev.

Esta cárcel que supo de RESISTENCIA, del compartir con otras mujeres el dolor y la risa, y la facultad de no doblegarse, buscando a través de sus gestos cuando el silencio, de su mirada cuando el dolor, de su risa cuando el cansancio, de su burla frente a la afrenta, de su camuflaje y su escondrijo, de sus letras escritas en papel chiquito, de sus cartas compartidas, de sus hijos muy compartidos, de sus madres «viejas coraje» que nos armaban de valor y esperanza. De noticias fragmentadas, armadas como un gran rompecabezas. Así, no de a una, sino compañeras como un solo cuerpo social, así y aquí se resistió sin doblegarnos.

En esta cárcel de la que poco se habla, que no fue mencionada en el libro de Álvaro Rico *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, hubo construcción, vida, hubo historia. Esta cárcel supo de dos instancias, a cual de ellas más cruel: la primera cuando trajeron a las prisioneras políticas, del pueblo, luego del departamento, y después a todas las que andábamos transitando de cuartel en cuartel hasta llegar aquí.

Años después de ser vaciada por el traslado total a Punta de Rieles, esta cárcel volvió a ser el destino de algunas. Pasó a ser la cárcel de «retención» de compañeras que tenían la libertad firmada. ¿¡Qué libertad!?, cuando eran traídas a un lugar tan lejos de sus casas y de la calle que ya tendrían que estar circulando. Nuevamente un castigo como otro círculo del infierno de Dante. Retención, INSILIO de algunas que ya habíamos salido en «libertad» vigilada, siempre con los militares en las puertas de las casas en control extremo, o EXILIO de otras que debieron abandonar sus familias, sus pueblos, hablar en otros idiomas.

Pero resistimos, nos fortalecimos, nos volvimos a construir todas las veces.

Debemos decir que, en esa historia que hoy estamos reconociendo con esta marca, hubo otros que formaron parte constitutiva. Las familias, con su silenciosa y anónima resistencia desde el sacrificio permanente y el sostén, que llegaban de los puntos más distantes del país a visitarnos, así como los vecinos y familiares que los recibieron y apoyaron en momentos en que la solidaridad era realmente peligrosa.

Hoy algunas de nuestras compañeras ya no están, se han ido tempranamente, pero siempre estarán en el corazón y en la memoria. Hoy nos miramos en los ojos de los hijos de algunas de ellas o de los nuestros, o los hijos de los hijos, y eso nos invita a creer en el futuro.

Decíamos al comienzo: en este pueblo, marca y memoria

Hacemos énfasis en este pueblo, pueblo de trabajadores, de obreros de UTE y AFE, de comerciantes, de estudiantes y amigos. Este pueblo que también tuvo sus trabajadores presos y se vio de repente rodeado de todo lo militar, la cárcel de presas políticas, el liceo militar y otras instituciones. Todo pasó a ser verde pero no esperanza, sino verde terror.

Este pueblo que supo de compañeros torturados en el río, que supo de rehenes en su cuartel, que supo de cadáveres de compañeros encontrados en el lago (Roberto Gomenzoro Hoffman), que tiene un compañero «desaparecido» (Luis Camacho) cuyos restos descansan al fin en su cementerio. También de otro compañero, desaparecido en Argentina el 18 de febrero de 1977 (José Pedro Callaba).

Este pueblo, esta sociedad entera, tiene una marca, una herida que duele y sangra todavía en todo el Uruguay. Pedacitos de memoria salen por ahí. En los diarios a veces se han visto unos huesitos que nos interpelan y desde el pasado nos reclaman MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA.

Esto es hoy un mojón en el camino a recorrer todos juntos.

¡SALUD, PASO TORO!

¡NUNCA MÁS TERRORISMO DE ESTADO!

La placa de Paso de los Toros

Testimonio de Leticia Bidmar Alfonso, hija de Ana Alfonso

Salimos a las ocho de la mañana de Montevideo en el coche 1 rumbo a Paso de los Toros.

Mamá estaba nerviosa, la noche anterior casi no había podido dormir y no había querido comer nada.

Me hizo llegar media hora antes porque debíamos ser puntuales. Menos mal que existía una máquina de café en el quiosco de la plaza Cuba, ¡qué alegría rara y estúpida la de encontrarlo abierto!

Subimos al coche junto a las compañeras de mamá y sus orgullosos acompañantes, muchos de ellos eran hijos como yo, otros eran esposos, o «compañeros», como ellas los llaman.

Ocupamos dos asientos y yo acomodé la mochila con las provisiones en el compartimiento de arriba y la matera en el suelo a un costado de mis piernas.

—Arrancamos el mate, ¿querés?

—No, capaz que nos dormimos un ratito.

No dormimos nada. Uno de los esposos sí durmió todo el viaje.

Iban contando anécdotas de ese sitio que yo iría a ver por primera vez pero de cuya existencia siempre supe. Ahora se reían, mientras yo me preguntaba cuántas lágrimas habrían precedido a esas risas.

Yo quería registrarlo todo, oírlo todo y más que nada estaba nerviosa porque dudaba si llegaría a anotarlo todo luego, antes de olvidarme... ¡qué miedo me da el olvido!

Hacía días que venía pensando y tratando de descubrir si me daba ansiedad, curiosidad, un poco de miedo, muchos nervios. ¿Cuánto de esto se debía a mí misma y cuánto a ella?

Íbamos casi a mitad de camino cuando la compañera de mamá que venía sentada delante de mí (ella había coordinado el coche en el que íbamos) se giró y miró al asiento justo detrás del mío.

—¿Cómo vas? ¿Bien? —dijo, con mucha dulzura en los ojos y expresión maternal... como solo se le habla a un niño.

–Bien –dijo una voz serena y firme detrás de mí.

Me di vuelta y ahí la vi a ella, su pelo rojo fuego, sus preciosas pecas y sus ojos tan tranquilos, nada propios de una niña de nueve años.

–¡Ay! –exclamé impulsivamente por mi real sorpresa, no solo porque no me había percatado antes de su presencia sino por el impacto de la expresión con la que ella me miraba.

–¡Pero qué belleza que sos!

No me respondió nada, solo sonrió, pero no tímidamente como normalmente hacen los niños y a veces también los adultos, sino con la misma serenidad y un dejo de complicidad como de «sí, entiendo lo que me decís, y vos también me parece que me caés bien».

Ella era muy independiente, venía sentada con otra muchacha que se subió con nosotros y que también era hija como yo pero que hacía rato que se había dormido; así que ella venía sentadita mirando y escuchando todo, pero no se había querido sentar con su papá, que también venía en el coche y también era hijo; ella, que era nieta, era demasiado independiente para sentarse con su papá. Y fue por eso que a la vuelta nos sentamos juntas y vinimos jugando al veo veo, primero por colores, hasta que bajó el sol y ya no los distinguíamos bien, ahí cambiamos a letras:

–Veo veo

–¿Qué ves?

–Una cosa que empieza con la V y termina con la...

–¡Vejez!

No era vejez, pero me sorprendió y nos reímos un rato las dos.

Entonces decidimos empezar la lectura de su nuevo libro. Era un cuento de verano y leímos más o menos la mitad del libro en el viaje de vuelta a Montevideo, así que me prometió que la próxima vez que nos viéramos me contaría cómo terminó.

Su abuela no pudo estar ese día, como estuvieron mamá y otras de sus compañeras, porque hace años que falleció, pero ella y su papá estuvieron en su representación. Ella, con sus nueve añitos, vio y escuchó todo. Dos por tres me buscaba con la mirada, como si supiera que se iba a encontrar con la mía, ansiosa por saber cómo estaría procesando todo aquello, y me volvía a sonreír tranquila y cómplice, «no te preocupes por mí», y me volvía a dejar anonadada y llena de reflexiones sobre

cómo operan los miedos en las personas: ¿cuándo nos llegan? ¿por qué vías?

Cada vez que una compañera abrazaba a un hijo de otra compañera era algo especial que encerraba más de un significado, pero había hijos más especiales todavía, porque sus madres ya no estaban y esos abrazos las hacían emocionar sin remedio.

Sobre todo los abrazos de esa hija que, en aquel entonces, cuando las madres estaban ahí encerradas, tenía dos añitos solamente y era la única que iba todos los días después del almuerzo a visitar a su madre porque vivía en Paso de los Toros también. Así que se convirtió un poco en la hija de todas ellas, todas la disfrutaban a diario. La mamá ya no vive, así que cuando abrazaban a la hija, ella recibía el abrazo de su madre y ellas el abrazo de esa hija de todos esos años de encierro.

Se encontraban, y otras se reencontraban por primera vez después de todos los años que pasaron desde que salieron. A algunas les costaba reconocerse y cuando por fin lo hacían se abrazaban y festejaban como si hubieran logrado un triunfo de algún tipo. A esos abrazos y festejos siempre los seguía alguna anécdota graciosa:

—¿Te acordás cómo nos hacían lavarles la ropa?

—Sí, un día me harté tanto que se la enjaboné todita y la colgué toda enjabonada y haciendo la venia.

—Y un día que me tocó plancharle el uniforme, dejé la plancha apoyada sobre el culo del pantalón y saltaba gritando «¡se quema, se quema!» y el oficial me gritaba «¡levante la plancha!» y yo contestaba «me da miedo, se quema!»; le quedó la plancha marcada en el culo.

Y todas reían...

Hubo lágrimas, pero muchas más risas.

Lo único verdaderamente doloroso fueron algunos silencios, ¡que loco!, esto no sé cómo escribirlo porque todavía no terminé de procesarlo.

Como ese muchacho que se subió al estrado a decir su brillante discurso, era muy bueno de verdad, pero no hizo ni una pausa y lo dijo como apurado, como si supiese que los silencios de las pausas podían doler; lo dijo tan rápido que no dio tiempo a la reacción.

Así hablaron varios, y habló una compañera de mamá que también estaba ahí con su hija y habló en representación de todas, y recordó a

Raquel, que murió mientras todavía estaban encerradas porque no obtuvo la asistencia médica adecuada y un quiste hidático se llevó su vida. Mamá después me contó que Raquel era la dulzura con patas, que pese a todo lo horrible que le pasaba, siempre tenía una sonrisa para regalar, que parecía que sus manos casi ni se movían cuando con toda delicadeza efectuaba todo tipo de artesanías con facilidad, detalle y belleza asombrosa. Cada vez que mencionaban a Raquel a mamá se le escapaba alguna lágrima y yo le pasaba mis brazos por su cintura. No era para sostenerla, era porque podía, yo podía abrazar a mi mamá ese día, mi mamá estaba ahí.

Recordaron a todas las compañeras que ya no están mientras que yo seguía prendida de la cintura de mamá.

Festearon la colocación de esa placa en esa pared por lo simbólico del reconocimiento social de lo que había sucedido en ese edificio y lo mucho que eso impactó en la vida de todos nosotros.

Después nos dejaron entrar a ver el lugar donde pasaron todas esas cosas de las anécdotas graciosas y tantas otras de las que mamá nunca habla con palabras pero que yo he adivinado muchas veces en los silencios...odio esos silencios...algunos silencios son buenos, pero estos son horribles.

Bromeaban porque todas estaban apuradas por entrar a ese lugar del que antes habían estado desesperadas por salir.

Todas iban ingresando del brazo de sus hijos o compañeros en grupos de a cinco o seis, pues solo así las dejaban.

—Rápido porque solo tenemos hasta las dos para que pase todo el mundo. Pasen rapidito, den una vueltita, miren todo pero dejen los cuentos para cuando salgan, porque si no no da tiempo de que pasen todos.

Entramos con mamá y otras cuatro personas. Mamá me señalaba los rincones y me explicaba a qué se destinaba cada uno en aquel entonces.

—Pero ahora está todo muy cambiado. Y además, al patio, por ejemplo, yo lo recordaba mucho más grande...

Foto, foto, foto...no me daba el tiempo y ningún encuadre me parecía acertado...la luz más traicionera que vi en mi vida...me pregunto si es parte del castigo, es que hay luz, no es toda oscuridad, pero es una luz inútil, una luz triste, una luz que explica por qué mi mamá creía que el patio era más grande...solo ahí la luz es normal, aunque los muros siguen siendo tristes.

Salimos de prisa, abriéndonos camino entre el tumulto de gente que seguía allí, ansiosa por ingresar. Todos iban parando a mamá para preguntarle cómo lo vio todo. Ella intentaba darles una reseña en medio de la emoción evidente pero sin llorar, como otras que habíamos cruzado cuando esperábamos para entrar y ellas salían invadidas por la tristeza, algunas realmente desesperadas por llegar afuera.

Cuando llegamos a la última puerta (la que da a la calle) me solté de su brazo y me apuré a dar cinco pasos largos para girar y hacerle una foto saliendo de la cárcel con una sonrisa. Sospecho que esa va a ser una de mis fotos favoritas por el resto de mi vida.

Y cuando giré y la vi sonriente, detrás vi a otras madres que salían con sus hijas del brazo, todas contándoles historias sobre los rincones de ese edificio que habían habitado durante años. Esas hijas se parecían a mí, querían ver y oír, y también les dolía el silencio. Estaban orgullosas de ser las acompañantes de esas mujeres valientes, orgullosas de también formar parte de su legado. Como la hija de la compañera que había subido a hablar en representación de todas, a la que no pude evitar decirle:

—Estuvo fantástica tu mamá! Tan tranquila al hablar, sin miedo a las pausas.

—Sí, me sorprendió mucho, yo estaba más nerviosa que ella.

—Estás orgullosa, ¿verdad?

—Sí, muchísimo.

Pero el verdadero diálogo se dio entre nuestras sonrisas y nuestras miradas, y eso no lo puedo describir porque no soy escritora.

Dejamos la placa ahí, orgullosamente fijada a esa pared y fuimos todos juntos a almorzar.

El menú era pollo y ensalada en un parador junto al puente.

Mamá me contó la anécdota del puente, el día que la soltaron.

La fueron a buscar en el auto, mi tía, el que era su esposo y mi abuela, y cuando iban saliendo del pueblo se equivocaron de camino y tuvieron que dar la vuelta sobre el puente; ahí mamá no aguantó más y les pidió que detuvieran el auto, se bajó y gritó sobre el puente... rompió el silencio brutalmente.

Algún día voy a pintar lo que me imaginé.

No hablé casi nada en todo el día, estaba escuchando y escuchando.

Me enteré de que había varios sectores, uno de «las colaboradoras», que eran las que cooperaban con los militares y les pasaban información; otro de «las peligrosas», porque así las consideraban los militares por haber estado activamente involucradas en varias acciones de rebelión. Una de ellas se sentó a almorzar con nosotras en la misma mesa y yo la miraba y la escuchaba tratando de entender cómo era «peligrosa» una mujer menudita, con una voz dulce, ojitos y sonrisa simpáticos, muy educada y tranquila al hablar... claro, existe todo tipo de peligros en el mundo, depende de a qué se le tenga miedo, ¿no?

Después del almuerzo fuimos a otro parador donde habían preparado «la mesa redonda».

Nos recibieron tres músicos con dos guitarras y, cuando empezó a sonar *Palabras para Julia* en la preciosa versión de Jorge Nasser, miré a mamá y ella con una sonrisa emocionada y muy contenta me dijo bajito: «Mi canción favorita».

Tenía expresión de niña feliz en ese momento.

El muchacho vocalista realmente cantaba precioso, con una voz grave y con mucho sentimiento.

Después cantaron dos temas más con letras muy significativas.

Pasaron a la mesa —que no era redonda sino rectangular y alargada— cuatro representantes de distintos grupos y cada uno dedicó unas palabras a todo lo que habíamos vivido todos ese día y nuevamente dieron algunos testimonios.

Cuando terminaron de hablar los representantes, pasaron el micrófono a los que estábamos ahí para que el que quisiera pudiese preguntar o aportar.

Entonces varios empezaron a dar testimonios. Un hombre (que también era hijo) leyó un cuento corto sobre las botas de los militares, una compañera volvió a nombrar a muchas de las que faltaban porque ya no viven, otra pidió la palabra y habló del reconocimiento que se le debe también al pueblo entero de Paso de los Toros porque en aquel entonces el pueblo entero se había convertido en algo parecido a un cuartel gigante. Contó cómo, cada vez que trasladaban a alguna de ellas al dentista o a otro lugar del pueblo, los habitantes ya estaban acostumbrados a que tenían que hacerse a un lado o los pasaban por arriba. Que el pueblo entero de alguna manera fue también pisoteado y sin embargo en muchas oportunidades se mostraron solidarios con ellas y con sus familiares.

Entonces un señor pidió la palabra, explicó que su hermana había sido compañera y que él recordaba que cada vez que iba a visitarla paraba en el almacén para comprarle algo de provisiones para llevarle, y que la almacenera la primera vez le dijo:

–Se lo voy a envolver en periódico.

–No, pero no hace falta, con el plástico ya está bien.

–No, se lo voy a envolver en esta página de periódico que trae una noticia linda que le va a gustar leer.

–Desde entonces, cada vez iba al almacén, la señora envolvía en plástico y en alguna hoja seleccionada del periódico que luego todos sabemos que terminaba circulando por detrás de los lavabos y llegaba a manos de todas...

Y ahí ya se le quebró la voz y no pudo seguir hablando, pero tampoco hacía falta.

Hablaron de los hijos que tuvieron que crecer sin sus madres durante años y otros para siempre.

Una de ellas contó cómo la obligaron a dejar a su marido e irse con sus hijos a vivir a otra ciudad como condición para soltarla.

Hablaron de los que siguen desaparecidos y cómo los siguen buscando, de la memoria y de la ruptura de los silencios.

Y también recordaron a las madres, esas madres que criaron a sus hijos mientras ellas estaban encerradas, y además las iban a visitar y se encargaban de llevarles cosas y se organizaban entre sí porque estaban muy lejos, tenían que viajar kilómetros, se turnaban para hacerles llegar las cosas esenciales.

Cuando hablaron de que los grandes sacrificados habían sido los familiares –algunos sin siquiera sospechar que sus hijas estaban activamente involucradas en el movimiento, algunos sin compartir esa ideología y aún así se mantuvieron firmes apoyándolas en todo momento y con mucho sacrificio– y eso les salvó la vida porque las obligaba a levantarse y verse «bien» en el momento de la visita familiar –recordé la historia de mamá y el abuelo, y en ese momento no me animé a mirarle el rostro a ella porque fue entonces el momento en que me dio pánico de ponerme a llorar a gritos.

Mamá hacía dos minutos me había dicho: «voy a tener que llorar a los gritos en cualquier momento para aflojar todo».

Ella estaba aguantando y yo estaba ahí para acompañarla y apoyarla.

Pero no pude evitar sentir un poco de asombro y curiosidad al preguntarme si sería casualidad que lo único que casi me hizo llorar fuera exactamente aquello que sabía era su punto débil. Si mi miedo de olvido y de silencio sería solo mío o también es algo heredado, casi como si estuviera programado en mi ADN. Y si todo esto está de alguna manera programado en mi cuerpo, en mi alma, en mi mente, tengo que ayudar a la memoria y deshacerme del silencio.

Esto lo escribí sobre mi mamá, como tantas otras cosas que me gustaría escribir y probablemente lo haga un día. Pero no lo escribí para ella, lo escribí para mí, para recordar siempre lo que es la verdadera libertad, que nada tiene que ver con paredes, y que la verdadera libertad tiene un precio muy alto porque también es alto su valor.

Esto es para mi memoria, y contra mi silencio...





Reencuentros poscárcel

Testimonio de Elina Letamendia Casco

Caminando por la vida...

¡Qué lindos estos encuentros que nutren nuestro tránsito por la vida!

En cada abrazo esperado hay un cúmulo de emociones: amor, energía, calor de hermanos, de compañeros, de soñadores.

Momento de libros de cumpleaños que dibujan sonrisas y generan curiosidades por el autor y ver si lo leímos y escribir algo para el que lo recibe.

Momento del asado, alegría y aplausos para el asador.

Cada uno porta un anecdotario histórico con muy lindos relatos que ilustran nuestras vivencias de cuando estuvimos con privación de libertad.

Momento de fotos, a ver cómo salimos y qué lindos.

Compartir nos acerca.

Alegría por compartir.

Abrazo colectivo. Gracias.



Encuentro en Durazno, Sarandí del Yí

Primer encuentro en Termas del Guaviyú





febrero de 2015



enero de 2018



Anexo

Lista de presas que estuvieron en Paso de los Toros

Hacemos la salvedad de que no hay una lista oficial de las presas,
por lo que fue reconstruida a partir de la memoria de ellas.

Cualquier omisión es involuntaria.

	Apellido	Nombre	Nº de presa dato	Procedencia		Retenida en Paso de los Toros
1	Abella Honneger	Helen Renée	127	Colonia		RPT
2	Alfonso Muñiz	Ana María	114	San José		
3	Aiello Ibarra	Mary	140	Salto	Fallecida	PRT
4	Almada de Cruz	Rosa Teresita	009	Tacuarembó		
5	Alonso Stevenson	Adriana Beatriz		Paysandú		
6	Alvez Sosa	Paula Alicia		Durazno		
7	Antenucci Rodríguez	María Rosa		Colonia		
8	Anzoleaga Garín de Iraola	Cristina				
9	Aramburu Solís	Mabel		Artigas		
10	Aramburu Solís	Graciela		Artigas	Fallecida	
11	Armand Ugon	Julia Nelly		Colonia	Fallecida	
12	Alberti Molfino	Milka de Lourdes		Colonia	Fallecida	
13	Andrade	Inés		Paysandú		
14	Arce	Irma Yolanda	069	Salto	Fallecida	
15	Barreiro Machado	Dione Miriam	124	Florida	Fallecida	
16	Belli de Franco	Laura	060	Río Negro		
17	Benavides de Oliveira	Cristina		Rivera	Fallecida	
18	Beretta Curi	Ma. del Carmen	025	Montevideo		
19	Bertullo Pais	Gladys Raquel		Paysandú		
20	Bianchi Cerruti de Rébori	Dora Celina		Colonia		
21	Bianchi Cúccaro	Irma Sara	045	Paysandú		
22	Blanco Sagradini	Sonia Mabel		Salto		

23	Bonilla Caballero	Raquel		San José		
24	Brandao Stevenson de Lara	Celia Esther	083	Paysandú		
25	Buschiazzi Spinelli	María Cecilia	132	Colonia		
26	Brizolara Corrales de González	María Wilda		Rivera		
27	Buday Rego	Ma. del Luján	120	Florida		
28	Cabral Tulón	Elena Raquel		Colonia		
29	Cabrera	Nilda		Colonia		
30	Cabrera Goslino de Bonet	Graciela	142	Salto		
31	Campal Garay	María Laura	119	Florida	Fallecida	
32	Campbell Martínez	Perla Graciela	057	Paysandú		
33	Canina Lavarino	Gianna Carla	079	Paysandú		
34	Carnelli	Carmen		Paysandú		
35	Castagnetto Da Rosa	Ana María		Montevideo		
36	Castillo	Edith Filomena	037	Salto		
37	Castillo Salle	Graciela Juana	131	Colonia		
38	Castro Guglielmone	Inés Manuela	064	Salto		
39	Clavijo Olivera	Blanca Celia		Artigas		
40	Consiglio Aguerre de Lluberas	Marigen Lilena	141	Salto		PRT
41	Córdoba	Ana María	076	Paysandú		
42	Costa Mosteiro de González	Gloria Isabel		Cerro Largo		
43	Cornalino Viñas	Lila	146	Tacuarembó (P. de los Toros)		
44	Correia Falcetti	Nancy		Montevideo	Fallecida	
45	Cuitiño García de Hernández	Silvia Beatriz		Lavalleja		

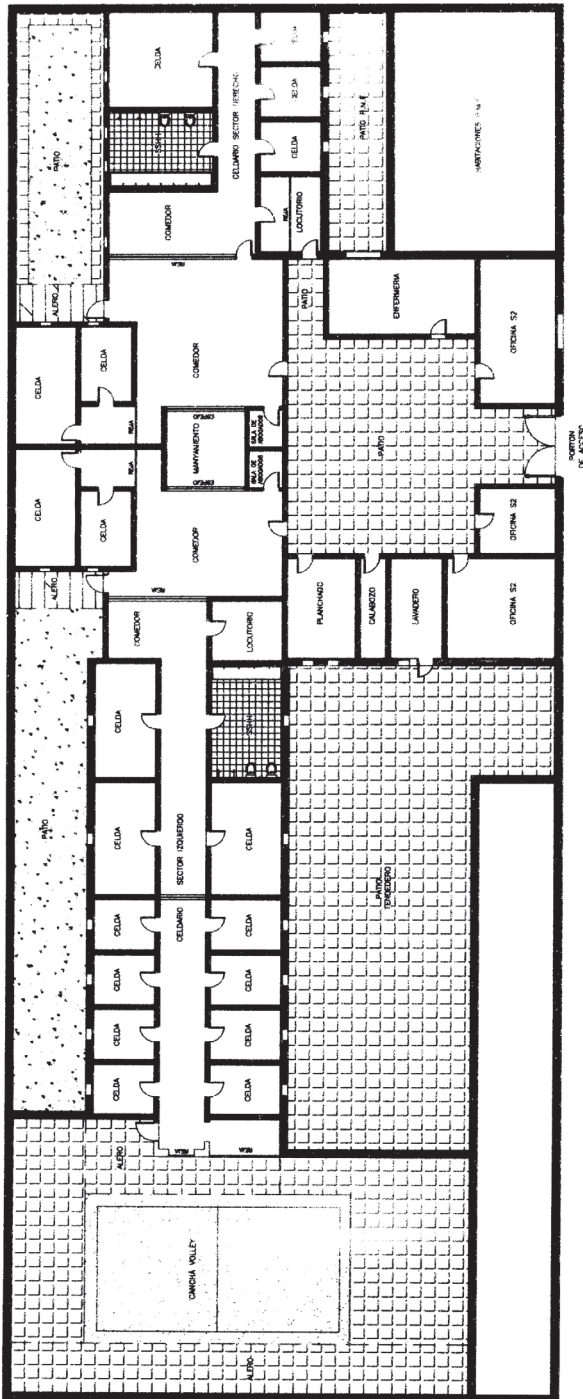
46	Culnev Hein	Raquel	081	Paysandú	Fallecida
47	Curbelo Acosta	Zully	092	Paysandú	
48	Curi Caminuaga de Bonfiglio	Carmen		Rivera	
49	Chabalgoity	Beatriz	112	San José	
50	Da Luz Galarza	Dora Néfer	071	Salto	
51	Da Rosa	Thelmar	013	Tacuarembó	
52	Da Silva Arias	Alicia Estela	075	Paysandú	
53	Da Silva Esperón	Silvia		Treinta y Tres	
54	De Ávila Ruiz	Ofelia		Treinta y Tres	
55	De Gregorio Andrada	Laura Beatriz	095	Paysandú	
56	De Palacios	Shirley		Rivera	
57	Díaz López de Piedra	María Teresa		Tacuarembó	
58	Díaz Ualde	Lilián María	109	Durazno	
59	Dubra Raggio	Cristina		Maldonado	Fallecida
60	Echeveste Falcón	Gloria Amanda		Maldonado	
61	Esperón Rodríguez de Da Silva	Ruth Teresa		Rivera	
62	Espillar Pullieri	Magdalena	080	Paysandú	
63	Espinosa Cardarello	Ana María	144	San José	
64	Fabre	Analía	032	Tacuarembó	
65	Facio Soto	Blanca Belia		Artigas	
66	Faedo Cáceres de Bordone	Ana María	113	Colonia	
67	Fernández	Ma. Cristina		Salto	
68	Fernández	Myriam	053	Flores	
69	Fernández	Walkiria		Artigas	
70	Ferreira Alejandro	Luz América			Fallecida

71	Ferreira Borges	Corina		Tacuarembó		
72	Ferrón Montero de Gallo	Lourdes		Rivera		
73	Fontora Santos	Santa Nélida	180	Artigas		
74	Fuletti Pintos	Olga Beatriz	087	Paysandú		
75	Galván	Gloria		Artigas		
76	Galeano	Mabel		Salto	Fallecida	
77	Gargano	Argelia		Colonia		
78	Ghisolfo Olivera de Alesio	Graciela Angélica	059	Río Negro		
79	Gómez Crespo	Ma. Isabel		Soriano		
80	Gómez Ledesma	Ma. Delia		Mercedes		
81	González Aguirre	Alicia Blanca		Treinta y Tres		
82	González Martínez	Mirtha Silvia	123	Florida		
83	Grisolia Graycher	Alí Amara		Salto		
84	Gutiérrez Prieto	Albana		Treinta y Tres		
85	Hernández Gómez	Selly Teresita		Salto		
86	Herrera Goicochea	Beatriz	001	Tacuarembó		
87	Houska	Teresa		Salto		
88	Irigoyen Arbiza de Ciarán	Susana		Tacuarembó		
89	Irigoyen	Rosa Nélida		Río Negro	Fallecida	
90	Irigoyen García	Ma. Catalina	162	Río Negro		
91	Iriondo Chiesa	Ma. Corina	147	Salto		
92	Ikwat Abeles	Marion	136	Montevideo		
93	Lavecchia De Palleja de Benítez	Ana	121	Florida		
94	Leal Rovira	Azilde		Colonia		

95	Lemos	Élida		Tacuarembó		
96	Letamendia	Elina	129	Colonia		
97	López Rodríguez de Núñez	Ulma		Artigas		
98	López Parodi	Dora	049	Paysandú	Fallecida	
99	Luna Silva	Lilián	046	Paysandú		
100	Luzardo	Gladys	061	Salto		
101	Madero Vila de Pino	Terry		Colonia		RTD 033
102	Martínez	Somnia		T. y Tres	Fallecida	
103	Márquez Sabanes	Ma. de los Ángeles	104	Montevideo		
104	Maurin Lima	Mirta Susana		Rivera		
105	Mazzone Vivas	Gloria Mariel	110	San José	Fallecida	
106	Melgar	Elizabeth	118	Florida		
107	Mengui Burgos	Brenda		Salto		
108	Miño Nan	Nidia Teresa		Paysandú	Fallecida	
109	Montero Merlo	Dora L.	108	Durazno		
110	Montero Merlo	Mirtha	107	Durazno		
111	Morales Mayor de García	Luisa Graciela	106	Soriano		
112	Moreno Apaulaza	Niria Beatriz		Rocha	Fallecida	
113	Mulethaler Spica	Sonia	011	Artigas		
114	Nari Henriaud	Alicia Haydée	088	Paysandú	Fallecida	
115	Nicolini	Silvia		Salto		
116	Noble Sabaris	Selfa	002	Tacuarembó		
117	Noble Sabaris	María	010	Tacuarembó		
118	Olascoaga Macedo	Ma. del Carmen		T. y Tres		
119	Ortiz Camerotta	Estela	058	Paysandú		
120	Ortiz Camerotta	Susana	048	Paysandú		

121	Peña Zuasnábar	Ma. Cristina	033	Tacuarembó		
122	Peña Zuasnábar	Matilde	007	Tacuarembó		
123	Peralta Anzorena	Margarita		Durazno		
124	Pereira Vicentino de Gándaro	Ma. Beatriz		T. y Tres		
125	Pereira	Ema		T. y Tres		
126	Pereira	Estela		T. y Tres	Fallecida	
127	Pinchac	Elena		Artigas		
128	Pírez Berrueta de Riguetti	Mirtha Renée		Rivera	Fallecida	
129	Placeres Fierro	Mary Irma		Artigas	Fallecida	
130	Poggio Ferrari	Lelia Miriam	050	Paysandú	Fallecida	
131	Popitti Puñales	Mireya Julia		Paysandú		
132	Pose Bella	Silvia Graciela	040	Salto		
133	Pradere Machado	Alicia		Rocha		
134	Quintana	Victoria		Artigas		
135	Raffo Escobar	Dora	039	Salto		
136	Ramírez	Diana Cristina		Tacuarembó		
137	Ramos Capdevilla de Milán	Rosa Otilia		Tacuarembó		
138	Riccio Ciaran	Inés Ofelia	036	Tacuarembó		
139	Rinaldi Devoto	Hilda Renée	041	Salto	Fallecida	
140	Risvegliatto Montes de Oca	Ana María	145	San José		
141	Rocha	Victoria		Paysandú	Fallecida	
142	Rosas	Ana María		T. y Tres		
143	Sachino	Cristina		Paysandú		
144	Scartaccini Caminada	Adela Cristina		Paysandú		
145	Schettini de Susena	Adelina	122	Florida		
146	Segovia Bowhill	Alba Luz	003	Tacuarembó		

147	Solis	Auristela		Artigas		
148	Sosa Bordolli de Carrera	Nibia Ofelia		Salto		
149	Sosa Reyes	Nelly	147	Salto		
150	Soto de Arbiza	Rosa		Artigas		
151	Stirling Saralegui	Martha		Paysandú	Fallecida	
152	Stoppa	Lucía		Montevideo		
153	Suiziña Curbelo	Ana Luisa		Río Negro		
154	Suiziña Curbelo	Nelsa Esther		Río Negro	Fallecida	
155	Tejeiro Vallejo	Irma Raquel	005	Tacuarembó	Fallecida	
156	Topolansky Saavedra	María Elia	052	Montevideo		
157	Uribasterra Mattas	Esther Carmen		T. y Tres	Fallecida	
158	Urroz Umerez	Ingrid M.	042	Salto		
159	Urruti de Cabillón	Iris	047	Paysandú	Fallecida	
160	Uruzula Rivas	Yolanda		Paysandú		
161	Velazco Villanueva	Teresa Haydée		Colonia		
162	Vidal Montero	Gloria		Artigas		
163	Vitette Pelagio	Beatriz Susana	111	San José		
164	Xavier Ríos	Ana María		Salto	Fallecida	
165	Zamora Gil	Irma Olga		Soriano		
166	Zarazola	Ana María		Rivera		



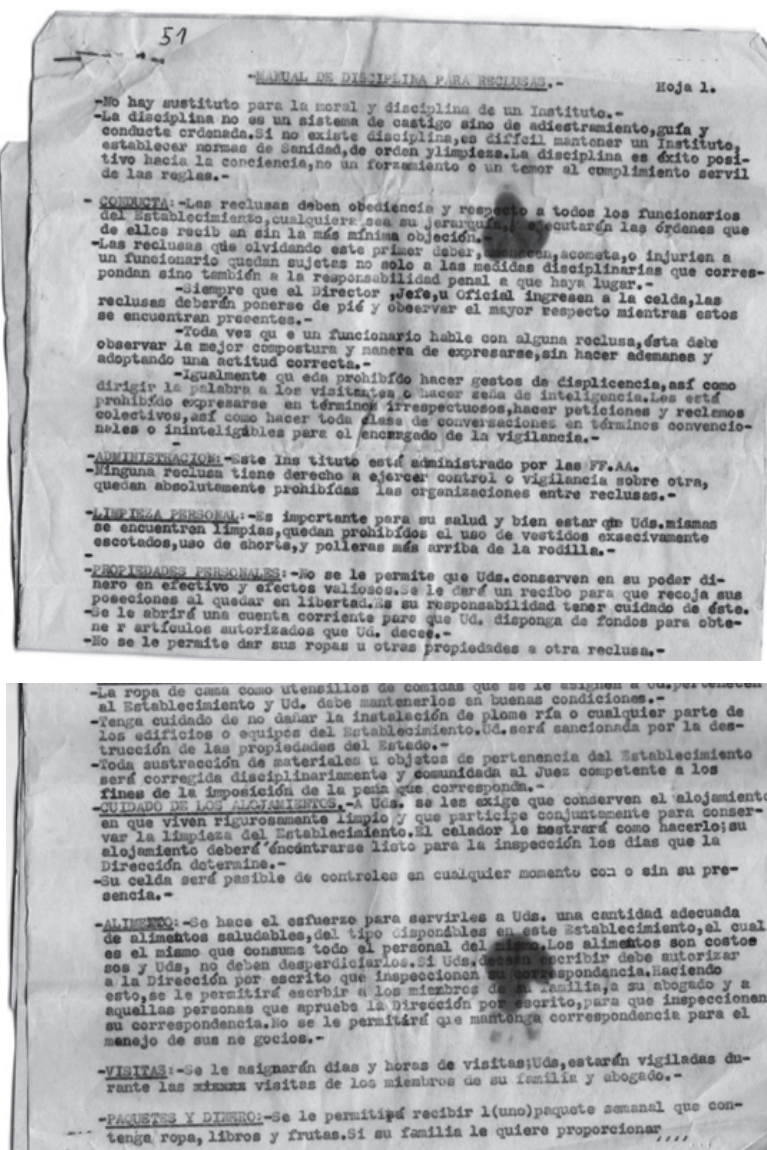
RETRO PENTONAL

LIMITO DEL INTERIO

PLANTA

Plano de la cárcel reconstruido por la arquitecta Inés Sarries de Frugoni

*Reglamento del penal**



(*) Cedido por Brenda Mengui, que lo conservó todos estos años.

////.....dinero para algunos gastos, mientras se encuentran en reclusión, lo podrán depositar en la Oficina competente del Establecimiento, donde se le acreditará en su cuenta. No podrán exceder los \$ 5,000.00 mensuales.

SERVICIO SANITARIO: Se cuenta en el Instituto con un Médico, un Odontólogo para que atiendan su salud. Si Uds. necesitan atención sanitaria se lo comunicará el celador para que le sea proporcionada.-

FUGAS Y CONTRABANDO: Cualquier fuga, intento de fuga o ayuda de otra reclusa será reprimido con el máximo de energía y con los medios materiales disponibles en el Establecimiento. El responsable de la introducción al Establecimiento de cualquier Arma, sierra, lima, drogas, narcóticos, u otros contrabandos será sancionado severamente.-

-ACTOS QUE SERÁN CONSIDERADOS COMO FALTAS

CONTRA LA DISCIPLINA.-

1- Todo acto de indisciplina, desobediencia o infracción al Reglamento, a las ordenes o resoluciones, determina medidas de corrección.-

2- Las correcciones consistirán en:

- a - Amonestación verbal como enseñanza educativa.-
- b - Amonestación verbal y escrita, dejando constancia expresa en el expediente de la reclusa, a los efectos de seguir su contabilidad moral y servir de elemento de juicio en la clasificación de conducta.-
- c - Situación del detenido en su celda (privación de visita y recreos).
- d - Situación de incomunicado de 1 a 20 días.-
- e - Situación de incomunicado de 21 a 45 días.-
- f - Situación de incomunicado de 46 a 60 días.-
- g - Situación de incomunicado por el término de 3 meses.-
- h - Departamento de corrección, permanencia en celda de aislamiento.-

ESTABLECIMIENTO DE HORAS DE RECLUSIÓN Noche-

REGLAMENTO PARA OBSERVANCIA DE LAS RECLUSAS-

- 1.- El Consejo del Establecimiento a discreción que en los días jueves antes de las 1200 horas, se recoja la correspondencia de las reclusas.-
- 2.- Las cartas deberán ser entregadas en sobre cerrado. Deben de ser debidamente censuradas.-
- 3.- Cada reclusa podrá escribir y mandar como máximo 1 (una) carta por semana siempre y cuando se ajuste al siguiente reglamento:
 - a - Escritas en idioma español.-
 - b - Sin expresiones vulgares, groseras u obscenas.-
 - c - Escritas con letra clara, tamaño normal y legible.-
 - d - Máximo de dos grillas de extralínea.-
 - e - No podrán contener juicios o apreciaciones sobre el régimen interno del Establecimiento, o asuntos que salgan de los temas personales o familiares.-
 - f - Deberán ser firmadas con la firma habitual de la reclusa y con contrafirmas en letra de imprenta.-
- 4.- Las cartas que no reúnan los requisitos establecidos serán devueltas sin más trámite.-
- 5.- Podrán recibir una carta semanal, la cual deberá ajustarse a los párrafos, 2, 3, y 4.-

Índice

Algunas consideraciones preliminares	7
Las reuniones del grupo de ex presas de Paso de los Toros	9
Contexto histórico	13

Voces de ex presas

testimonios	19
Teresita Almada de Cruz	21
María Noble	28
Selfa Noble	29
Silvia Pose	31
Manuela Castro	33
Ali Grisolia	35
Dora Raffo	37
Perla Campbell	39
Laura De Gregorio	41
Graciela Guisolfo Olivera	43
Laura Belli	46
Chela Fontora	53
Cristina Ramírez	57
Mirtha Montero	62
Ana Alfonso	63
Raquel Bonilla	65
Luján Buday	70
Ana Lavecchia	72
Ana Faedo	74
Isabel Gómez	84
Graciela Castillo	89
Marigen Lilena Consiglio	96
Cecilia Buschiazzo	101
Ana Espinosa	103
Beatriz Pereyra	105
Silvia Beatriz Cuitiño	107
Lilián Canosa	109
Lila Cornalino	117
Gianna Carla Canina Lavarino	123
Ana María Risvegliato	124
Corina Iriondo	127
Gladys Bertulo	129

María Catalina Irigoyen (<i>Yita</i>)	131
Edith Castillo	133
Azil de Leal	135
Teresa Hernández	137
Zully Esmirela Curbelo	139
Carmen Beretta Curi	141
Cristina Peña	159
Otras creaciones de las ex presas	160
Otras voces	
testimonios de familiares	163
Fernando Cruz	165
Nevsky	166
Teresita Castro	169
Elizabeth Castro	171
Mario Castro	174
Elena Franco	176
Iván Franco	178
María Angélica Benítez Lavecchia	181
Antonio Buday	182
Andrea Lluberas Consiglio	191
Luis Pablo Bonet Cabrera	192
Alexis	199
Leticia Bidmar Alfonso	202
Daniela	205
Alejandro Gutiérrez	207
Lourdes Xavier	210
Tere Hernández, la <i>Negra</i>	215
Laura Campal	216
María Cristina y Nelly Martínez	219
Testimonio sobre Julia Armand Ugon	220
Julio Listre	221
Compañeras y compañeros recordamos	
a Esther Carmen Uribasterra Matta, <i>Nená</i>	222
Voces de hoy	224
La placa de Paso de los Toros	227
Reencuentros poscárcel	236
Anexo	239
Lista de presas que estuvieron en Paso de los Toros	241
Plano de la cárcel	248
Reglamento del penal	249



Foto de la reja de entrada a uno de los sectores del penal, tomada por un familiar en oportunidad de la colocación de la placa.

